



De la guerra y otras formas de violencia en el Cercano Oriente antiguo

Marcelo Campagno y Augusto Gayubas (Editores)



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

**De la guerra y otras formas de violencia
en el Cercano Oriente antiguo**



De la guerra y otras formas de violencia en el Cercano Oriente antiguo

Marcelo Campagno y Augusto Gayubas (Editores)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano Américo Cristófalo	Secretario de Investigación Marcelo Campagno	Subsecretario de Publicaciones Matías Cordo
Vicedecano Ricardo Manetti	Secretario General Jorge Gugliotta	Secretaria de Transferencia y Relaciones Interinstitucionales e Internacionales Silvana Campanini
Secretaria Académica Sofía Thisted	Secretaria de Hacienda Marcela Lamelza	Dirección de Imprenta Rosa Gómez
Secretaria de Extensión Ivanna Petz	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	
Secretario de Posgrado Alejandro Balazote		

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Saberes

ISBN 978-987-8363-99-8
© Facultad de Filosofía y Letras (UBA)

Subsecretaría de Publicaciones
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel.: 4432-0606 int. 213 - info.publicaciones@filo.uba.ar
www.filo.uba.ar

De la guerra y otras formas de violencia en el Cercano Oriente antiguo / Marcelo Campagno...
[et al.]; editado por Marcelo Campagno; Augusto Gayubas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2021.
292 p.; 14 x 21 cm. - (Saberes)

ISBN 978-987-8363-99-8

1. Antiguo Egipto. 2. Guerras. 3. Violencia. I. Campagno, Marcelo, ed. II. Gayubas, Augusto, ed.
CDD 303.66

Índice

- De la guerra y otras formas de violencia en el Cercano Oriente antiguo: a modo de introducción** 9
Marcelo Campagno y Augusto Gayubas
- Amistades peligrosas: hombres y animales en el bestiario egipcio de los orígenes** 31
Sebastián F. Maydana
- Los inicios del urbanismo en el Levante meridional: evidencias de conflictos armados y posibles interpretaciones** 59
Pablo Jaruf, Ezequiel Cismondi, Katherine Kifer y Leandro Constanze Lima
- Prácticas militares y administrativas en el antiguo Egipto durante el período Dinástico Temprano** 89
Augusto Gayubas
- La guerra en los albores de la Historia. Los conflictos entre Lagash y Umma en el período Presargónico** 119
Andrea Seri

Las fortificaciones sirio-cananeas del segundo milenio a. n. e. Estructuras militares y monumentos cívicos	157
<i>Lluís Feliu y Jordi Vidal</i>	
“El botín más preciado”. Las deportaciones masivas de personas a través de las fuentes de Mari (siglo XVIII a. C.)	175
<i>Leticia Rovira</i>	
Noticias de hostilidad y conflicto en las cartas de El Amarna	197
<i>Emanuel Pfoh</i>	
Guerra y transformación política en el reino arameo de Arpad/Bīt-Agusi	225
<i>Alejandro Mizzoni</i>	
Violencias y secuencias narrativas en tres relatos míticos egipcios	243
<i>Marcos Cabobianco</i>	
Reflexiones sobre guerra y lógicas sociales en el Antiguo Egipto	269
<i>Marcelo Campagno</i>	
Editores	287
Autores	289

De la guerra y otras formas de violencia en el Cercano Oriente antiguo: a modo de introducción

Marcelo Campagno y Augusto Gayubas

En los últimos años, la guerra ha suscitado un creciente interés en el ámbito de la historia antigua oriental, sin lugar a dudas influido por los renovados estudios conducidos desde la nueva historia militar, la arqueología del conflicto y la antropología y la sociología de la guerra. Las preguntas que moviliza tal interés orbitan a grandes rasgos en torno a los modos de identificar e interpretar la evidencia, la formulación de herramientas teóricas y el abordaje de la relación en clave histórica entre la guerra y otros aspectos de lo social. Simultáneamente, interrogantes que exceden la problemática bélica dirigen su interés hacia el estudio de diversas formas de la violencia, cuya relación específica con la actividad militar puede ser reconocida, disputada o delimitada pero cuyo tratamiento ofrece sin dudas un impulso adicional para el análisis de las diferentes situaciones histórico-sociales que conforman el campo de estudios.

Pensar la guerra en las sociedades antiguas es también reflexionar sobre el alcance del término. En este sentido, un primer grupo de definiciones que puede reconocerse en estudios antropológicos, arqueológicos e históricos

es aquel que tiende a circunscribir la guerra al enfrentamiento armado entre fuerzas o grupos organizados pertenecientes a sociedades sedentarias (Haas y Piscitelli, 2013) o a entidades políticas centralizadas (Claessen, 2006), en ocasiones incluyendo la existencia de “asesinatos” como indicadores excluyentes de actividad bélica (Cioffi-Revilla, 2000). Tales aproximaciones propenden a situar a toda otra forma de relación hostil entre comunidades políticas, pero también a los grupos humanos que no se corresponden con dichas formas sociales, por debajo de lo que H. H. Turney-High (1949) denominó “horizonte militar” (cfr. Keegan, 2014 [1993]: 129-136), abonando interpretaciones a menudo apegadas al modelo occidental de guerra entre Estados-nación.

Un segundo grupo de definiciones halla en la formulación de R. Brian Ferguson (1984: 5) un ejemplo ilustrativo e influyente. De acuerdo con el autor, la guerra es “la acción grupal organizada e intencionada, dirigida contra otro grupo que puede o no estar organizado para una acción similar, involucrando la aplicación real o potencial de la fuerza letal”. Esta definición, que apunta a reconocer el carácter bélico de acciones o actividades que no son propiamente batallas, como las incursiones, ataques sorpresivos o emboscadas del tipo que es habitual en contextos no-estatales pero que no están ausentes en contextos estatales, tiene el mérito adicional de no limitarse tampoco a la circunstancia del asesinato, pudiéndose considerar la potencialidad o la amenaza de la violencia letal como parte de una relación conflictiva de tipo bélico, incluyéndose episodios rituales o actividades de reconocimiento e inteligencia.

De todos modos, hay un elemento ausente en la definición de Ferguson que aparece, en cambio, en el trabajo de otros investigadores: la caracterización de los grupos en situación de conflicto como entidades políticas autónomas

o que reclaman autonomía (Malinowski, 1936; Carneiro, 1990; Thorpe, 2003; Otterbein, 2004). Este punto contribuye a diferenciar la guerra de otras formas de conflicto intergrupal que pueden darse, por ejemplo, en el seno de una misma comunidad o entidad sociopolítica. Al respecto, el principio de “sustitución social” introducido por Raymond C. Kelly añade claridad al asunto. De acuerdo con dicho principio, en la guerra “el asesinato de [o la agresión contra] un individuo es percibido como un daño contra su grupo. La misma lógica engendra el concepto relacionado de responsabilizar a un grupo, de modo que cualquier miembro de la colectividad del asesino [o agresor] es un blanco legítimo para una venganza [...] retaliatoria (más que el asesino específico solo)” (Kelly, 2000: 5). En tal sentido, el carácter “sustituible” de cada miembro de un grupo define no sólo la identidad social que cohesiona internamente a una comunidad (o a una elite que se vale de población subordinada para la actividad militar), sino también una identificación de las entidades políticas vecinas o rivales como grupos, de sus miembros como personificaciones (equivalentes, intercambiables o representativas) del grupo enemigo. De este modo, la guerra tiene lugar no sólo prácticamente sino también “cognitiva y conceptualmente” entre grupos recíprocamente diferenciados (Kelly, 2000: 5).

Un autor que ofrece una definición particularmente operativa en función de lo que venimos considerando es el antropólogo Mervyn Meggitt (1977: 10), según quien la guerra es “un estado o período de hostilidad armada existente entre comunidades políticas autónomas que, en ciertos momentos, consideran las acciones (violentas o no) de sus miembros contra sus oponentes como expresiones legítimas de la política soberana de la comunidad”. Esta definición, al tiempo que rehúye conceptualizaciones que pudieran restringir su campo de aplicación al estudio de

combates armados puntuales o a entidades políticas centralizadas, incorpora dos elementos que conducen a pensar la guerra en toda su complejidad: la guerra constituye un “estado de hostilidad” que trasciende pero involucra las acciones bélicas concretas; y ello se enmarca en la “política soberana” o en la legitimidad que imprime a dichas acciones la identificación colectiva (constituida por la comunidad o construida por una elite) y el sentido de autonomía que se presenta como indisociable de tal estado de hostilidad o antagonismo (cfr. LeBlanc, 1999: 7-8; Gayubas, 2014: 145-147).

Este énfasis en el estado de hostilidad armada entre grupos autónomos diferenciados adquirió nuevo impulso con posterioridad a la publicación del libro de Lawrence H. Keeley *War before Civilization* (1996), sobre todo entre algunos arqueólogos e historiadores que se vieron inclinados a reconocer la variabilidad de las situaciones de guerra que podían testimoniar los indicadores del registro material, especialmente en relación con contextos antiguos.

Si estas delimitaciones conceptuales conducen, por un lado, a reconocer el aspecto político de la guerra, tanto en contextos estatales como no-estatales, y por el otro, a eludir conceptualizaciones que podrían restringir el área de incumbencia a batallas más o menos reguladas entre dos grupos organizados, también ponen de relieve el hecho de que el estado o período de hostilidad entre comunidades políticas autónomas involucra “acciones” que son compatibles con la idea de práctica, entendida como el *hacer* material y simbólico (Campagno, 2002: 82-83). Desde un punto de vista arqueológico, por ejemplo, algunos autores advierten que abordar la guerra no supone simplemente ir a la búsqueda de indicios de violencia física sobre cuerpos humanos sino identificar aspectos de “acciones acumulativas”, como pueden ser diversos tipos de “ataques violentos, construcción de muros, traslados defensivos, la negociación

y renovación de alianzas” (Arkush, 2009: 217) o incluso la fabricación de armas u otra tecnología que pudiera tener utilidad militar (Angelbeck, 2009: 23).

La cuestión de la violencia merece otra reflexión. Así como la existencia de un estado de guerra no implica necesariamente la realización permanente de acciones militares, tampoco toda actividad de tipo bélico supone el ejercicio de la violencia física, ni mucho menos toda violencia realmente acontecida puede ser asociada con la guerra. Una definición operativa de violencia debe al menos reconocer un aspecto físico y otro cognitivo: el primero refiere a la comisión de daño físico, en principio sobre una o más personas, y adicionalmente a la agresión sobre estructuras edilicias y posesiones orgánicas o artificiales que pudieran repercutir sobre determinados grupos o personas; el segundo aspecto involucra una dimensión intencional: la intención de agredir, herir o asesinar, o de destruir con fines de hostigamiento, debilitamiento o aniquilación. En una discusión sobre la violencia bélica, esto último se relacionaría con el principio de sustitución social y sus disposiciones de sentido según las cuales, a diferencia de otras formas de violencia, se identifica al individuo o grupo agredido (pero también al individuo o grupo agresor) como enemigo en función de un antagonismo político intrínseco a una identificación colectiva (Clastres, 1981 [1980]: 206).

Por otro lado, si bien elaboraciones teóricas en torno a conceptos como el de “violencia simbólica” (Bourdieu, 2013 [1972]: 190-197) pueden conducir a difuminar los límites que precisan el área de intervención intelectual que nos ocupa, la diferenciación entre violencia directa y violencia indirecta guarda alguna utilidad a la hora de considerar testimonios no sólo del uso efectivo e inmediato de la fuerza física sino también de su amenaza o de la existencia de situaciones o períodos marcados por la posibilidad del

ejercicio de la violencia (Riches, 1988 [1986]: 42). De todos modos, en última instancia es la “capacidad de afectación” de la violencia física, por la cual la contemplación directa de la violencia efectiva o su comunicación “por medios diversos, es capaz de influir en quienes no sintieron la violencia física efectivamente, en primera persona”, la que establece las “condiciones de posibilidad de las violencias psíquicas y simbólico-discursivas. Así pues, la *violencia física* se erige como la forma superior de violencia que condiciona o posibilita las restantes” (Lull, Micó Pérez, Herrada y Risch, 2006: 92). De ello se deriva, pues, la importancia de estudiar este aspecto de la violencia en sociedades antiguas, se relacione o no con la actividad bélica.

Según permite inferir la evidencia disponible, la violencia ocupa un lugar de singular importancia en la estructuración de las sociedades del mundo antiguo. Por una parte, la guerra constituye una práctica recurrente tanto en las sociedades no-estatales como en las estatales, si bien su signo varía profundamente en unas respecto de otras. Por otra parte, desde que emerge lo estatal, nuevas formas de violencia se introducen en la trama social, desde la capacidad de la elite para imponer su voluntad a través del ejercicio de la coerción hasta las resistencias que eventualmente han ofrecido diversos sectores sociales a ese dominio. Se trata de cuestiones de alta complejidad, tanto por las implicancias teóricas y el profuso debate historiográfico como por las dificultades inherentes al material documental procedente de las sociedades antiguas.

En este sentido, analizar los modos específicos a través de los cuales se manifiestan la guerra y otras formas de violencia en las sociedades antiguas del Mediterráneo oriental, tanto en contextos no-estatales como estatales, conlleva considerar su rol en la configuración social así como en los procesos de cambio histórico. Se ha observado que en

sociedades no-estatales regidas por el parentesco, la guerra contribuye al sostenimiento de la autonomía e indivisión de la comunidad de parientes al afirmar o reforzar el antagonismo con las comunidades “otras”, mientras que en ciertas circunstancias la actividad bélica se ve involucrada en procesos de transformación social, como puede ser la emergencia de lazos de dominación política de tipo estatal (Clastres, 1981 [1980]: 211; Campagno, 2002; Campagno y Gayubas, 2015). La guerra estatal aparece, por su parte, como una práctica que se asocia al dispositivo de coerción de la elite estatal, desplegando la violencia y su amenaza “hacia afuera” pero sustentándose en la concentración y el ejercicio (real o potencial) de la violencia “hacia adentro”. En unas situaciones como en otras, unos discursos sobre la legitimidad del empleo o la apropiación de la fuerza suelen conectar la actividad o práctica bélica con otros aspectos de lo social, como aquellos que remiten al orden de lo ideológico o a las formas de administración de los recursos (Campagno y Gayubas, 2015).

Si se parte de la idea de que las situaciones histórico-sociales que constituyen las sociedades antiguas del Mediterráneo oriental consisten en redes de prácticas, articuladas de modos variables y cuya forma específica es definida por una práctica hegemónica o dominante (Campagno, 2002: 82-83), se puede complementar lo antedicho reconociendo que las prácticas bélicas tienen su especificidad como tales pero se articulan con otras clases de prácticas que organizan la trama social: por un lado, no escapan a la influencia de la lógica social que rige una situación histórico-social determinada, como puede ser la del parentesco en contextos no-estatales o la estatal en contextos de dominación política (Campagno, en este volumen; cfr. Campagno, 2018); y por el otro, tienen la capacidad de contribuir al sostenimiento del *statu quo* comunal que regula la lógica parental y de

incidir o acompañar los procesos de transformación social o de sostenimiento de pautas de dominación política de signo estatal (Campagno y Gayubas, 2015). No menos interesante, otras prácticas que construyen lazo social –como pueden ser el patronazgo y la esclavitud– pueden presentar modos diversos de relación con la práctica bélica y con diversas formas de la violencia (Campagno, en este volumen). En este sentido, para determinar la posición específica que la práctica de la guerra tiene en un contexto determinado, es necesario considerar qué tipos de testimonios se encuentran disponibles y de qué modos permiten pensar ramificaciones en torno al problema de la guerra y la violencia en las sociedades antiguas del Mediterráneo oriental.

Por cierto, las evidencias disponibles para pensar la cuestión de la violencia bélica en el antiguo Oriente son de una índole muy variada y heterogénea. En un sentido general, el egiptólogo Jan Assmann (2005 [1996]) considera las evidencias de las que se dispone para pensar el antiguo Egipto, organizándolas en tres grandes grupos según el tipo de información que esas fuentes proporcionan. En primer lugar, denomina *huellas* al tipo de materiales que usualmente aporta el trabajo arqueológico –desde cerámica hasta restos óseos– y que suele informar acerca de prácticas de la vida “cotidiana”, desde los materiales y técnicas utilizados para la elaboración de un objeto hasta el modo en que tal objeto era empleado en el contexto social en el que se insertaba. En segundo lugar, llama *mensajes* a los testimonios procedentes de textos e imágenes, que proporcionan información en la medida en que se comprende el código simbólico que subyace al sistema de escritura o del sistema iconográfico, y que permite comprender lo que una sociedad determinada –o un grupo dentro de ella– expresa de modo explícito en términos de ideas que esos sistemas permiten formular y transmitir. Y en tercer lugar,

denomina *recuerdos* a una forma específica de transmisión de mensajes, que es la que se aborda fundamentalmente a través de la vía mitológica y que permite acceder a la reflexión que esas sociedades del pasado disponían acerca de su propio pasado y que involucra al mito –pero no solamente al mito– como figura fundamental de la memoria colectiva, que se transmite a lo largo del tiempo. No se trata de que estos tres planos no puedan solaparse en la práctica –una muralla podría expresar tanto el material y técnica constructiva como el mensaje que los gobernantes de un núcleo urbano pretendían expresar; un texto de homenaje a un monarca podría asimilar sus proezas a los hechos de los dioses, articulando así el mensaje con el recuerdo–, pero, en tanto criterios analíticos, ofrecen una atractiva organización de los testimonios que deja una sociedad del pasado.

Veamos esa organización de la evidencia en función de los testimonios que son considerados en los diversos trabajos reunidos en este volumen. Los testimonios arqueológicos acerca de la existencia de guerras en las sociedades antiguas son muy variados, si bien todos ellos se encuentran sujetos a diferentes tipos de controversias. Quizás uno de los más relevantes es el que corresponde a los restos de estructuras fortificadas que informan sobre la coordinación de energías colectivas al servicio de necesidades defensivas. Si bien no debe descartarse la posibilidad de que algunas de tales estructuras tuvieran un objetivo de protección ante animales salvajes o bien de constituirse en formas de demarcación territorial o de expresión simbólica de poderío o sacralidad, la utilidad inmediata de palizadas, terraplenes o murallas bordeando un asentamiento o una determinada edificación apunta a un horizonte de prácticas que debieron involucrar en ocasiones la violencia intergrupala, sobre todo allí donde las características específicas de tales

obras defensivas acusan tal utilidad en relación con las capacidades tecnológicas y técnicas (ofensivas y defensivas) del contexto histórico.

Ello es lo que permiten inferir, por ejemplo, los testimonios de asentamientos amurallados en el Levante meridional durante el Bronce Antiguo. La contribución de Pablo Jaruf, Ezequiel Cismondi, Katherine Kifer y Leandro Constanze Lima aborda dicho período mediante una identificación de la funcionalidad defensiva de las murallas reconocidas arqueológicamente en dicha región, siguiéndose de ello un análisis que vincula la actividad bélica con la configuración de pautas urbanas de organización social en dos fases correspondientes al Bronce Antiguo IB (segunda mitad del IV milenio a. n. e.) y el Bronce Antiguo II-III (c. 3100/3000-2600/2500 a. n. e.). De una época a grandes rasgos contemporánea data cierta evidencia de arquitectura militar del Estado egipcio en puntos estratégicos como el sur de Palestina (hacia Nagada IIIab y comienzos de la Dinastía I) y el límite meridional con la Baja Nubia (a partir de la Dinastía I), lo cual sugiere el aprovechamiento del carácter defensivo de recintos fortificados, ya fuera para fines estratégicos ofensivos en regiones de frontera o para delimitar el espacio de una dominación política en proceso de consolidación (Gayubas, en este volumen). En un sentido más general, algunos patrones de asentamiento inferidos por vestigios habitacionales pueden ofrecer pistas sobre dinámicas a la vez políticas y militares, como sugiere el estudio de Alejandro Mizzoni sobre el reino de Arpad/Bit-Agusi y otros reinos arameos de Siria en la Edad del Hierro, no solamente en relación con el nucleamiento de poblaciones y su fortificación, según se testimonia a partir del siglo IX a. n. e., sino también en relación con formas más tempranas de dispersión asociadas con la movilidad y la evasión, según puede inferirse durante los siglos XII-X a. n. e.

Lo que estos estudios también demuestran es la conveniencia de acudir a “múltiples indicadores empíricos” (Cioffi-Revilla, 2000: 64) como forma de evitar miradas fragmentarias que pudieran conducir a conclusiones equívocas o sesgadas. Por ejemplo, aun manteniéndonos en el terreno de las “huellas”, la constatación de distintas clases de indicios más o menos contemporáneos de aquellos que acabamos de señalar, contribuye a componer la imagen de unos escenarios de relaciones intergrupales atravesados por la práctica bélica: abandono o destrucción de sitios y regiones (por ejemplo, en relación con sitios del Levante meridional del Bronce Antiguo II; en relación con la Baja Nubia hacia comienzos del Dinástico Temprano; o respecto a algunos niveles del sitio sirio de Tell Rifa’at, a menudo identificado con Arpad, durante el Hierro), restos óseos con lesiones compatibles con el ejercicio de la violencia armada (por ejemplo, respecto del sitio sudlevantino de Bad edh-Dhra’ en el Bronce Antiguo; a propósito de algunas tumbas del Grupo A de la Baja Nubia; o para el nivel IIc del sitio de Tell Rifa’at, hacia los siglos X-IX a. n. e.) e instrumentos de funcionalidad bélica tales como mazas, hachas, arcos y flechas, lanzas o dagas (Jaruf *et al.*, Gayubas, Mizzoni, en este volumen). En todos estos escenarios, puede notarse la convergencia de una variedad de testimonios, cada uno de los cuales podría ser objeto de discusión particular pero que, tomados en conjunto, permiten bosquejar un cuadro verosímil de la importancia de la guerra en esos contextos históricos.

En ocasiones, la comprensión de esas “huellas” viene de la mano de los “mensajes” que transmiten los textos y, fundamentalmente, la iconografía. Así por ejemplo, el uso de la maza, que en el valle del Nilo se documenta arqueológicamente desde tiempos predinásticos como arma para golpear al enemigo, se ve clarificado por las escenas que presentan

al monarca sacrificando de ese modo al enemigo cautivo, pero también en escenas que presentan a este último siendo abatido en combate (como se advierte en una tablilla del rey Den, de la Dinastía I; cfr. Gayubas, 2019: 72). Por su parte, el empleo militar de otros implementos recuperados arqueológicamente, como las armas arrojadizas, e incluso el carácter defensivo de recintos amurallados, tienen su correlato en imágenes que representan a individuos atravesados por proyectiles o el ataque a tal clase de estructuras, como se percibe en artefactos de la elite estatal egipcia de fines del período Predinástico y el período Dinástico Temprano (Gayubas, en este volumen) pero también en elaboraciones posteriores en Egipto y el Cercano Oriente antiguos.

En todo caso, la importancia del mensaje iconográfico va mucho más allá de clarificar el uso de ciertos objetos de la cultura material. Si nos remontamos nuevamente al período Predinástico del valle del Nilo, Sebastián Maydana encuentra en la frecuente representación de escenas de caza de animales salvajes una vinculación entre los humanos y tales animales “que es eminentemente retórica” y que posee precisos “efectos políticos relacionados con la legitimación de jerarquías” puesto que los atributos del cazador se asocian con las posiciones de liderazgo comunal y hacen de esos líderes personajes implicados en prácticas que no tienen una finalidad económica –la caza como búsqueda de sustento material– sino política y cósmica –la caza como predicado del líder que afronta los peligros que acechan a la sociedad.

Por cierto, la asociación entre liderazgo y ejercicio de la violencia organizada es una temática omnipresente en la iconografía de las sociedades de la Antigüedad oriental. Basta pensar en el uso intensivo que de estas escenas se hace durante el Reino Nuevo egipcio o durante la época del Imperio neo-asirio para tener presente esa asociación

entre el monarca y la guerra. Pero ese tipo de asociaciones se remonta a las más tempranas dinámicas estatales. La iconografía del período Dinástico Temprano en Egipto (c. 3050-2700 a. n. e.) ofrece imágenes de evocación bélica o posbélica en las que el rey, en solitario o acompañado de funcionarios en ocasiones armados, ocupa el centro de la escena, a menudo dirigiendo un arma y su propia fuerza contra enemigos de diversas identificaciones étnicas o geográficas (Gayubas, en este volumen). Respecto de Mesopotamia, Andrea Seri analiza la célebre Estela de los Buitres, en la que el rey Eanatum de Lagash es representado al frente de su ejército, con el cual triunfará sobre el rey de la vecina ciudad de Umma. Correspondiente al período Dinástico Temprano IIIb (c. 2450-2350 / 2470-2290 a. n. e.) y conservada en estado fragmentario, en ella se representan también los cuerpos derrotados de los enemigos, algunos de ellos atrapados en una red por el dios Ningirsu, cuya presencia evoca a la vez el favor al rey de Lagash –a quien, en la inscripción epigráfica que acompaña a la escena, el dios preanuncia su victoria en un sueño– y la subordinación de éste a dicha divinidad.

La Estela de los Buitres, de hecho, es sólo uno de un numeroso conjunto de documentos de la época que Seri considera para determinar la cuestión de la guerra. Todos esos documentos movilizan un mensaje compatible con el iconográfico, pero que se extiende mucho más, hacia el dominio de la información textual. Inscripciones reales en objetos votivos y monumentos de cinco reinados de la Primera Dinastía de Lagash ofrecen rastros descriptivos y narrativos sobre los conflictos territoriales con la elite gobernante de Umma, junto con referencias a acciones bélicas contra otras ciudades del período. Una lectura conjunta de los documentos, como la que propone la autora, conduce a identificar unas secuencias narrativas que se ordenan según condiciones y motivaciones, reales o imaginadas (aval

divino, transgresión de límites por parte del gobernante de Umma), desempeño militar exitoso y resultados inmediatos (túmulos de muertos) o mediatos (restitución de tierras). Tales mensajes combinan, pues, “acontecimientos piadosos y actividades bélicas” como aspectos decisivos de la realeza. Más de mil años después, registros epigráficos relativos a los reinos arameos de Siria y a la expansión político-militar asiria durante la Edad del Hierro aluden no sólo al empleo militar de cierto armamento –recuperado a la vez arqueológicamente– y a episodios bélicos que implican el ataque o la captura de asentamientos amurallados, sino también a “la presencia de figuras reales o de liderazgo asociadas a entidades políticas [...], reconocibles en el marco de las relaciones externas (coaliciones, tributación, imposición de límites, tratados de subordinación) y vinculadas a determinados asentamientos fortificados y a la práctica bélica” (Mizzoni, en este volumen).

El mundo de los textos y sus mensajes es, para el Antiguo Oriente, ciertamente vasto. Uno de los tipos textuales que ofrecen extraordinaria información de las prácticas que entablan distintas entidades políticas es el que corresponde al género epistolar. Las misivas que forman parte del corpus documental hallado entre las ruinas de la ciudad de Mari, en la actual Siria, contienen referencias que informan, entre otras áreas de incumbencia, sobre relaciones entre reinos, ciudades y otros grupos sociales en las regiones de Siria y Mesopotamia hacia comienzos del II milenio a. n. e., incluyendo entre ellas conflictos y guerras. Sin limitar su espectro a la mención de objetivos o episodios militares, los intercambios epistolares del período visibilizan acciones y decisiones que atañen a fases posbélicas, como la deportación de poblaciones vencidas que, según el análisis de Leticia Rovira a partir de la correspondencia entre Samsî-Addu, Ísme-Dagan y Yasmah-Addu durante el siglo XVIII a. n. e.

(mucho tiempo antes de la experiencia acaso más estudiada de deportaciones, correspondiente al Imperio neo-asirio), pudieron responder a requerimientos a la vez estratégicos (la desarticulación de lazos sociales y la prevención de rebeliones) y materiales (la obtención y distribución de mano de obra para la ciudad, el campo e incluso las fuerzas militares).

Otro corpus epistolar, el correspondiente a las cartas de El Amarna del siglo XIV a. n. e., habilita un acercamiento a prácticas y relaciones características del ámbito levantino del Bronce Tardío, especialmente de las entidades políticas del Levante cuyos gobernantes dirigían sus reclamos de asistencia militar al rey de Egipto, poder hegemónico en la región. El análisis de Emanuel Pfoh echa luz no sólo sobre tales pautas de organización y vinculación política sino también sobre los patrones ideológicos detrás de las fórmulas epistolares, dirigiendo la atención hacia una “retórica de la subordinación” que, sin negar la posibilidad de la existencia de hostilidades de diversa índole en la región, reconoce en los pedidos de ayuda militar, estrategias políticas y comunicativas sostenidas en una concepción asociable a la lógica del patronazgo.

Las dimensiones política e ideológica perceptibles en esta clase de fuentes se complementan con otros textos que ilustran, por ejemplo, el simbolismo asociado a construcciones defensivas, según lo presentan Lluís Feliu y Jordi Vidal en relación con las ciudades sirio-cananeas del II milenio a. n. e. En los archivos de Mari, en las cartas de El Amarna, pero también en textos literarios y religiosos de Ugarit y Emar, se encuentran referencias que conectan las murallas no sólo con funcionalidades defensivas sino también con identidades políticas, expresiones de poder (incluido el empleo del término acadio para *wuralla* como metáfora de la fuerza física del faraón) y con prácticas rituales que involucran la sacralización de esos dispositivos, todo lo cual

acusa la importancia del aspecto bélico en la construcción de sentido y en las configuraciones identitarias de las sociedades del Cercano Oriente antiguo. Como indican los autores, “las murallas, al margen de su estricta función militar, tenían también un significado religioso. Era precisamente ese carácter monumental el que convertía a la muralla en un ámbito susceptible de ser sacralizado”. Por este sesgo, el “mensaje” de los textos se conecta, una vez más, con la materialidad de la “huella” que dejan las murallas.

Ahora bien, de acuerdo con la distinción de Assmann, los textos antiguos no sólo transmiten “mensajes” sino también “recuerdos”, reflexiones acerca del pasado tal como era percibido en aquellas sociedades antiguas. Cuando se considera el asunto desde un punto de vista comparativo, de inmediato se aprecia que la experiencia del pasado, los modos de simbolizar y de organizar sucesos transmitidos o recordados, es notoriamente variada. Pero incluso es multiforme respecto de la experiencia de una misma sociedad. El pasado evocado por las sociedades del Antiguo Oriente es un terreno en que los dioses campean permanentemente. Sin embargo, cuando se trata de un pasado relativamente cercano, los textos suelen reponer eventos y escenarios que son antecedentes directos del presente desde el que se redacta el texto, y que, como apunta Seri a propósito de los textos de la Primera Dinastía de Lagash, son referidos para avalar “las acciones políticas y militares contemporáneas”. En tal sentido interpreta Seri no sólo la sucesión de transgresiones de los gobernantes de Umma reseñada en una inscripción del rey Enmetena y en las “reformas” del rey Urukagina, sino también el trazado de límites territoriales que es atribuido al dios Enlil y al rey Mesilim de Kish y que, por lo tanto, es retrotraído a época previa a la fundación de la Primera Dinastía de Lagash, según se recoge de inscripciones de los reinados de Eanatum y de Enmetena.

En cambio, cuando se trata de un pasado remoto, de aquel “illo tempore” de un mundo anterior, los dioses son los grandes protagonistas. Y aun así, los recursos simbólicos a partir de los cuales se piensan esos mundos remotos corresponden a la experiencia social de quienes los narraron y eventualmente redactaron. Entre tales recursos, sobresale el del conflicto violento, que se proyecta a un escenario en el que los antagonistas son dioses. Ese aspecto es destacado por Marcos Cabobianco a propósito de diversos relatos míticos del Antiguo Egipto en los que la violencia se plantea fundamentalmente como una acción ilegítima respecto de la lógica del parentesco que regula la vida de la comunidad de los dioses tanto como la de los humanos en múltiples contextos de la vida social. Y esa ilegitimidad, que está en la base de la percepción de la violencia sufrida, ha de ser repelida por otras acciones que pueden ser igualmente violentas aunque legítimas para el bando que las conduce. Por ejemplo, la contienda entre los dioses Horus y Seth implica una violencia que es consecuencia del fratricidio de Osiris, un acto que el mito presenta como absolutamente ilegítimo y que exige una respuesta reparadora. Y los enfrentamientos cobran formas que abarcan desde luchas cuerpo a cuerpo y confrontaciones de tipo judicial hasta batallas entre los ejércitos de los seguidores de uno y otro dios (Campagno, 2004a: 27-31). Así la guerra, como epítome de la violencia, se proyecta de lleno en aquel pasado mítico que los “recuerdos” recrean desde el presente que los evoca.

La idea general de este volumen se fue plasmando a lo largo de una década de trabajo compartido por sus editores, en la que se articuló el interés de ambos por la guerra –y más en general, por la violencia– como práctica asociada al

cambio histórico pero también a la reproducción de ciertos ordenamientos sociales. Marcelo Campagno había considerado la importancia de la guerra en el proceso en el que surge el Estado en el valle del Nilo en su tesis de Doctorado *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto* (defendida en 2001; publicada en Barcelona en 2002) así como en trabajos posteriores (por ejemplo Campagno, 2004b; 2011). Augusto Gayubas, por su parte, se abocó de lleno a considerar la relevancia del fenómeno bélico respecto de similar escenario histórico en su tesis doctoral *Guerra y sociedad en el antiguo Egipto desde el período Predinástico hasta la Dinastía III* (defendida en 2018), así como en una pluralidad de trabajos previos (por ejemplo Gayubas, 2006; 2016). En 2011, la oferta del seminario de grado *De la guerra y otras formas de violencia en el Antiguo Egipto* en la carrera de Historia (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires), dictado por Marcelo Campagno, con la colaboración de Augusto Gayubas y Marcos Cabobianco, sentó las bases para una reflexión colectiva acerca del papel de la guerra en las sociedades antiguas, que se prolongó luego en otras experiencias de trabajo grupal. La publicación del libro *Pierre Clastres y las sociedades antiguas* (2014) implicó, para los editores del presente volumen, la posibilidad de entablar un diálogo en profundidad sobre las ideas del antropólogo francés en torno de la condición fundamental de la práctica bélica en las sociedades no-estatales, así como del posicionamiento anti-evolucionista de Clastres en relación con la problemática del surgimiento del Estado. De ese diálogo surgió la posterior escritura del artículo “La guerra en los comienzos del antiguo Egipto: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres”, publicado en la revista *Cuadernos de Marte* en 2015.

Por otra parte, dos proyectos colectivos consecutivos en el marco de la programación científica UBACyT de la

Universidad de Buenos Aires –*Violencia y consenso en los modos de estructuración social en el Antiguo Egipto* (2013-2016) y *Formas de conflicto en las sociedades del Mediterráneo Antiguo* (2017-2020)–, dirigidos por Marcelo Campagno, con la participación de Augusto Gayubas, proporcionaron el ámbito investigativo más reciente para la continuación de la línea reflexiva acerca del lugar de la guerra y la violencia en las sociedades antiguas. En ese marco, y con el objetivo de ampliar las perspectivas, Augusto Gayubas organizó en 2019 la Jornada *De la guerra y otras formas de violencia en el Mediterráneo oriental entre el IV y el I milenios a. n. e.*, en el Instituto de Historia Antigua Oriental de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Las ponencias presentadas por los participantes de esa jornada, investigadores del propio Instituto, se reúnen en este volumen, al que se han sumado los trabajos de colegas de otras universidades nacionales y del exterior, que también incluyen la temática de la guerra en el mundo antiguo entre sus principales objetivos de análisis académico. En cierto sentido, la colección de estudios que aquí se introduce es resultado de todo este recorrido a lo largo del cual se entrelazaron investigaciones y se formularon y reformularon ideas sobre la guerra y la violencia en el Oriente Antiguo. Estos trabajos hablan de la especificidad de las diversas situaciones históricas consideradas pero también de aquello que emerge como un denominador común: la condición decisiva de esos fenómenos en la estructuración de las sociedades de aquel mundo antiguo.¹

1 La publicación de este libro contó con el respaldo financiero del Proyecto UBACyT 20020160100059BA, *Formas de conflicto en las sociedades del Mediterráneo Antiguo* (2017-2020), dirigido por Marcelo Campagno y radicado en el Instituto de Historia Antigua Oriental “Dr. Abraham Rosenvasser” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Bibliografía

- Angelbeck, W. O. (2009). *"They Recognize No Superior Chief". Power, Practice, Anarchism and Warfare in the Coast Salish Past*, PhD Thesis. Vancouver: University of British Columbia.
- Arkush, E. (2009). Warfare, Space, and Identity in the South-Central Andes: Constraints and Choices, en: Nielsen, A. y Walker, W. (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Amerind Studies in Archaeology 3, pp. 190-217. Tucson: University of Arizona Press.
- Assmann, J. (2005 [1996]). *Egipto. Historia de un sentido*. Madrid: Abada Editores.
- Bourdieu, P. (2013 [1972]). *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge Studies in Social and Cultural Anthropology 16. Cambridge / Nueva York: Cambridge University Press.
- Campagno, M. (2002). *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Período Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a.C.* Barcelona: Aula Aegyptiaca.
- (2004a). *Una lectura de La contienda entre Horus y Seth*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires / Del Signo.
- (2004b). In the Beginning was the War. Conflict and the Emergence of the Egyptian State, en: Hendrickx, S., Friedman, R. F., Ciałowicz, K. M. y Chłotnicki, M. (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August – 1st September 2002)*, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, pp. 689-703. Lovaina: Peeters.
- (2011). En los umbrales. Intersticios del parentesco y condiciones para el surgimiento del Estado en el valle del Nilo, en: Campagno, M., Gallego, J. y García Mac Gaw, C. G. (comps.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, pp. 45-79. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- (2018). *Lógicas sociales en el antiguo Egipto. Diez estudios*, Colección Saberes. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Campagno, M. y Gayubas, A. (2015). La guerra en los comienzos del antiguo Egipto: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres, *Cuadernos de Marte. Revista latinoamericana de sociología de la guerra* 8, pp. 11-46.

- Carneiro, R. (1990). Chiefdom-Level Warfare as Exemplified in Fiji and the Cauca Valley, en: Haas, J. (ed.), *The Anthropology of War*, School of American Research advanced seminar series, pp. 190-211. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cioffi-Revilla, C. (2000). Ancient Warfare: Origins and Systems, en: Midlarsky, M. I. (ed.), *Handbook of War Studies II*, pp. 59-89. Michigan: University of Michigan Press.
- Claessen, H. (2006). War and State Formation: What is the Connection?, en: Otto, T., Thrane, H. y Vandkilde, H. (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, pp. 217-226. Aarhus: Aarhus University Press.
- Clastres, P. (1981 [1980]). *Investigaciones en Antropología Política*. Barcelona: Gedisa.
- Ferguson, R. B. (1984). Introduction: Studying War, en: Ferguson, R. B. (ed.), *Warfare, Culture, and Environment*, Studies in Anthropology, pp. 1-82. Orlando: Academic Press.
- Gayubas, A. (2006). Guerra, parentesco y cambio social en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico, en: Campagno, M. (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*, pp. 51-73. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires / Del Signo.
- (2014). Pierre Clastres y la guerra en el valle del Nilo preestatal, en: Campagno, M. (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, pp. 143-162. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- (2016). Guerra, territorio y cambio social en el valle del Nilo preestatal, en: Campagno, M., Gallego, J. y García Mac Gaw, C. G. (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo antiguo*, pp. 31-43. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- (2019). Mapas ideológicos y violencia bélica en el valle del Nilo entre el período Predinástico y la Dinastía III, en: Rodríguez, P. S. y Gayubas, A. (eds.), *Poder y cultura en el antiguo Egipto. Contribuciones a la reflexión histórica sobre el valle del Nilo y sus periferias*, pp. 64-86. Salta: ICSOH-UNSa.
- Haas, J. y Piscitelli, M. (2013). The Prehistory of Warfare: Misled by Ethnography, en: Fry, D. P. (ed.), *War, Peace, and Human Nature. The Convergence of Evolutionary and Cultural Views*, pp. 168-190. Nueva York: Oxford University Press.
- Keegan, J. (2014 [1993]). *Historia de la guerra*. Madrid: Turner.
- Keeley, L. H. (1996). *War before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*. Oxford / Nueva York: Oxford University Press.

- Kelly, R. C. (2000). *Warless Societies and the Origin of War*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- LeBlanc, S. A. (1999). *Prehistoric Warfare in the American Southwest*. Salt Lake City: University of Utah Press.
- Lull, V., Micó Pérez, R., Herrada, C. R. y Risch, R. (2006). La investigación de la violencia: una aproximación desde la arqueología, *Cypsela* 16, pp. 87-108.
- Malinowski, B. (1936). Culture as Determinant of Behavior, *The Scientific Monthly* 43 (5), pp. 440-449.
- Meggitt, M. (1977). *Blood is their Argument. Warfare among the Mae Enga Tribesmen of the New Guinea Highlands*. Palo Alto: Mayfield.
- Otterbein, K. F. (2004). *How War Began*. College Station: Texas A&M University Press.
- Riches, D. (1988 [1986]). El fenómeno de la violencia, en: Riches, D. (coord.), *El fenómeno de la violencia*, pp. 15-49. Madrid: Pirámide.
- Thorpe, I. J. N. (2003). Anthropology, Archaeology, and the Origin of Warfare, *World Archaeology* 35 (1), pp. 145-165.
- Turney-High, H. H. (1949). *Primitive War: Its Practice and Concepts*. Columbia: University of South Carolina Press.

Amistades peligrosas: hombres y animales en el bestiario egipcio de los orígenes

Sebastián F. Maydana

*“Was it something unavoidable, when strangers met,
that the meeting had to be marked with blood?”*

Orson Scott Card, *Speaker for the Dead*.

Los trabajos que componen el presente volumen se concentran en las prácticas violentas entre seres humanos en Egipto y el Cercano Oriente Antiguo. Sin embargo, este panorama de violencia generalizada no contempla a los demás habitantes de la zona: los animales. ¿Podría un análisis de la relación entre humanos y animales en el área nilótica matizar tal panorama? Después de todo, aunque la cacería sin duda existía, desde comienzos del Holoceno era cada vez más insignificante en comparación a la ganadería y la agricultura en tanto estrategia de obtención de alimento; y además, parece haber consenso académico en destacar la “relación armoniosa” (Germond y Livet, 2001: 11) que los egipcios habrían tenido desde el origen con los animales con quienes compartían el territorio.

Los autores recién citados comienzan su *Bestiaire* anunciando que “de todas las civilizaciones antiguas, la egipcia es aquella que ha mantenido la relación más importante con el mundo animal” (Germond y Livet, 2001: 7; en esta cita y en las siguientes, la traducción es mía), un axioma a primera vista fácil de aceptar. Sin embargo, me gustaría

plantear aquí la pregunta: ¿en qué se basan para aseverar esto? Es interesante constatar afirmaciones muy similares en la base de trabajos como los de Te Velde (1980: 76) y Houlihan (1988: xii; 1996: 10), pero nuevamente en la forma de una premisa dada por válida de antemano. Dado que tal supuesto se constituye en la piedra angular de las tesis que sostienen estos autores, sería conveniente comenzar un balance de dichas tesis a fin de evaluar la validez de su punto de partida.

En la afirmación de Germond y Livet hay varias cuestiones a discutir. El texto vagamente alude a que la relación entre los egipcios y los animales era distinta y más “cercana” o “importante” que en el resto de las civilizaciones antiguas, pero el subtexto es igual de interesante y parece basarse en la noción de que hay un mundo animal separado del humano, una distinción que en los últimos años ha sido extensamente discutida (Descola y Pálsson, 2001; Descola, 2012).

En los párrafos que siguen me gustaría, en un primer momento, rastrear la doble genealogía de esta concepción (respecto a la relación humano-animal y la distinción naturaleza-cultura) para luego confrontarla con evidencia (particularmente, me concentraré en iconografía del IV milenio a. C.) que la ponga en discusión. Finalmente, propondré que pensar la relación del hombre con el animal en otros términos alternativos al consenso nos permitirá arribar a un mejor entendimiento no sólo de esta relación sino de los procesos socio-políticos que se estaban dando en esos años.

Violencia y consenso

A la hora de clasificar un conjunto vastísimo como es el de teorías acerca del origen de los Estados, Marcelo Campagno (2002: 21-55) decidió comenzar por establecer

una útil distinción entre aquellas explicaciones que cargaban las tintas en la sujeción voluntaria de los dominados a un grupo dominante, y las que se concentraban en los aspectos coercitivos de la dominación estatal. Por supuesto, tales son extremos de un *continuum*, y no excluyentes entre sí (Campagno, 2002: 22). Más bien, resulta un criterio operativo a la hora de sistematizar posturas diversas en términos accesibles.

Pues bien, a la hora de analizar las distintas aproximaciones a la relación entre los egipcios y los animales, considero de gran utilidad establecer un criterio semejante de acuerdo a si los investigadores tienden a señalar una coexistencia pacífica o se decantan por colocar el énfasis en prácticas más violentas como la caza o el sacrificio. Lo que llama la atención, en este sentido, es la ostensible concentración de los puntos de vista en el polo del consenso.

Se han publicado numerosos “bestiarios” egipcios, entre los cuales considero no sólo aquellas obras que se autodenominan así, sino cualquiera que se proponga dar una imagen en conjunto de la relación entre hombres y animales en el antiguo Egipto.¹ A continuación haré un rápido repaso de la forma en que ellos se aproximan a la cuestión, pero me gustaría adelantar una estadística reveladora: todos, con la excepción de uno, adscriben a la hipótesis consensual. Veamos cuáles son y cómo la sustentan.

El primer trabajo que tomaré, tanto por su preeminencia cronológica como por la influencia que sus ideas han tenido en los demás casos, es un artículo de Erik Hornung titulado “Die Bedeutung Tieres im alten Ägypten” (“El significado de los animales en el antiguo Egipto”, 1967), donde asevera que

1 En tal sentido, quedarán fuera de este análisis importantes obras de corte netamente expositivo o científicista, como Hartmann (1864a, 1864b), Boessneck (1988), Houlihan (1988) y Porcier *et al.* (2019).

el hombre egipcio, lejos de considerarse a sí mismo como amo y señor de los animales, habría sido antes que nada un “compañero de los animales” (1967: 77).

En el mismo sentido es que el egiptólogo holandés Herman Te Velde afirmaba en 1980 que “en el mundo egipcio, el hombre no ocupaba una posición dominante con respecto al mundo animal, como la que damos por hecho siguiendo las tradiciones humanística y judeo-cristiana” (1980: 77). Vale la pena subrayar esta intervención en el debate, pues no es el único en contraponer la cosmovisión judeo-cristiana a la egipcia en este aspecto. En efecto, Germond y Livet (2001: 11) veían que la distinción egipcia con respecto a las demás cosmogonías, y la judeo-cristiana en particular, estribaba en otorgar al animal y al hombre un *status* equivalente; en otras palabras, el demiurgo egipcio habría creado un mundo carente de jerarquías fijas y por lo tanto el hombre no estaría en un rango superior al animal.

La de Te Velde y Germond y Livet es una lectura parcial y literal del texto bíblico. Ya San Agustín había señalado que de hecho Adán no dominaba a los animales en el Paraíso, lo cual generó no pocas confusiones por estar en aparente contradicción con lo que se dice en Génesis 1:26: “Domine [el hombre] sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y las bestias de la tierra”. Siglos después, Tomás de Aquino retomó esta idea en su *Summa Theologiae*, donde bajo el sugestivo título de *Utrum Adam in statu innocentiae animalibus dominaretur* (“Si Adán en el estado de inocencia dominaba a los animales”) expone el siguiente argumento: “En el estado de inocencia, los hombres no necesitaban animales para cubrir las necesidades corporales; ni para sus vestidos, pues estaban desnudos y no se avergonzaban, porque en ellos no había ningún movimiento desordenado de la concupiscencia; ni para alimento, pues comían de los árboles

del paraíso; ni como vehículo, pues su cuerpo era robusto. Sin embargo, los necesitaban para un conocimiento experimental tomado de su comportamiento natural. Lo prueba el hecho que Dios le presentó a Adán los animales para que les diera nombre que designaba su naturaleza” (*Summa*, I, q. 96, art. 1, ad. 3).

Lo que parece decir Santo Tomás es que el hombre originario no necesitaba al animal para nada salvo para ser hombre, para poder observar su comportamiento de forma de distinguirse de él. De ninguna manera estos exégetas reconocen el orden jerárquico rígido que los egipólogos le adscriben al texto bíblico, y como veremos finalmente podría considerarse como un punto de vista bastante parecido al egipcio.

Dorothea Arnold destaca también el “sencillo y natural vínculo entre animales y egipcios. Se trató claramente de una asociación (*partnership*) de dependencia mutua” (1995: 3), abonando de esta manera la idea de una alianza idilíca entre hombre y animal, incluso cuando eran cazados (más adelante veremos esta cuestión en detalle). Patrick Houlihan señala que, a pesar de ser cazados para comer y masacrados para ofrendar a los dioses, la actitud del egipcio hacia los animales era muy positiva (Houlihan, 1996: 9) y de hecho “íntima e intensa” como en ningún otro pueblo de la antigüedad o de tiempos modernos (Houlihan, 1996: 10), una idea que también está presente en Osborn y Osbornová (1998: 1).

Más recientemente, Emily Teeter intenta poner de relieve que “el sentido egipcio de *armonía* con el mundo animal se opone absolutamente al sentido de dominio sobre la naturaleza. Muchos textos indican la paridad de todas las formas de vida” (2002a: 251, la cursiva es mía). Entre las últimas caracterizaciones, Catherine Spieser también ve una paridad, y dice: “el hombre no ocupaba una posición

dominante con respecto al animal, sino que los hombres, los animales y los dioses formaban parte integrante de la Creación” (2015: 320; cfr. Germond y Livet, 2001: 11-13).

Por último quisiera destacar que de los llamados “bestiarios” sólo una parte de una idea distinta acerca de la relación entre el egipcio y el animal. Se trata del *Bestiaire des Pharaons*, una extensa y ambiciosa obra editada por Pascal Vernus y Jean Yoyotte. En ella, Vernus reconoce que en el antiguo Egipto el estatuto de los hombres era superior al de los animales (Vernus y Yoyotte, 2005: 23), aunque ambos participen en última instancia de una misma naturaleza. Sin entrar en detalle acerca de las razones que da, es significativo que la primera fuente que cita al respecto sea las *Enseñanzas para Merikara*, un clásico texto egipcio del Reino Medio (2025-1700 a. C.) que ha sido curiosamente utilizado por José Manuel Galán para plantear lo opuesto, la superioridad de un animal (divino, eso sí) sobre el hombre (Galán, 2000: 36).

En todo caso, lo que podemos decir es que incluso cuando las fuentes sean ambiguas al respecto, la tendencia general ha sido privilegiar la relación de consenso y cooperación entre animales y hombres. Pero además es notable la evidente semejanza, ya no de las ideas contenidas, sino de la forma de expresarlas. Palabras, frases y argumentos se repiten una y otra vez entre los defensores de esta “hipótesis consensual”. Ya que en otro lugar me referí a sus características (Maydana, 2017: 12), en los párrafos que siguen me gustaría ahondar en los orígenes de esta concepción.

Genealogía histórica de una hipótesis

Desde la antigüedad clásica hasta nuestros días, diversos pensadores se han dejado seducir por la idea de que el

antiguo Egipto es la fuente primordial de una supuesta sabiduría arcaica y hermética que ha sido olvidada y es preciso recuperar. Platón habría visitado el Nilo hacia 393 a. C., y se decía que Pitágoras se inició en los Secretos egipcios durante una larga estadía en ese país (Hornung, 2001: 20). Entre los defensores de la sabiduría ancestral egipcia estuvieron personajes tales como el orador ateniense Isócrates, e incluso algunos de los primeros cristianos la consideraban una importante fuente de enseñanzas, como expresó Clemente de Alejandría (150-215 d. C.) en sus *Stromata* (VI, 4).

Erik Hornung acuñó el término “egiptosofía” (2001: 3) para referirse a esta convicción, extendida a lo largo de los siglos, que tiene la virtud de constituir un útil hilo conductor para las ideas que me interesa discutir aquí. En particular, en esta sección intentaré recorrer ese hilo de Ariadna hasta salir del laberinto y con suerte arribar al origen de las concepciones acerca de la animalidad en Egipto.

Casi un siglo antes de que Howard Carter descubriese cosas maravillosas en el Valle de los Reyes, los exploradores victorianos más acaudalados ya eran afectos a visitar los yacimientos de momias animales en Egipto. Así, William Wilde (padre de Oscar) se maravillaba durante una exploración por los yacimientos de íbices momificados en Saqqara, escribiendo en su diario que “No creo haber sentido en todo mi viaje una sensación equivalente a la fuerte emoción que sentí al entrar en tal encantado lugar...” (Wilde, 1840, citado en Baber, 2019: 72). Entre los siglos XVI y XVIII, las momias de animales eran un producto codiciado para confeccionar la milagrosa medicina llamada “mumia”, que circulaba en Europa gracias a la apertura de redes de contacto a partir del Renacimiento.

Entre los filósofos renacentistas que cultivaron la egiptosofía, Giordano Bruno parece ser el que más discutió acerca de los animales egipcios. Durante los dos años en que

residió en Inglaterra (Feingold, 2004), escribió sendas obras de nombres sugestivos. El *Spaccio de la Bestia Trionfante* (1584) y la *Cabala del Cavallo Pegaseo* (1585). En el primero de ellos Júpiter, arrepentido por el rumbo que ha tomado la Creación, decidió convocar a una asamblea celeste con el objetivo de “expulsar” (*spacciare*) a los símbolos negativos del cielo (Ordine, 2003: 99). El Tonante reconoce en la crisis de la época moderna la necesidad de una renovación absoluta que precisa cumplir dos condiciones: debe comenzar en los cielos y debe reestablecer la verdadera religión, aquella de los egipcios (Yates, 1972 [1964]: 211). Bruno resalta sobre todo un aspecto de la religión egipcia, afirmando que ésta consiste primordialmente en el culto del “Dios en todas las cosas” (*Spaccio*, Diál 3, 214). Los dioses egipcios permean todo el cosmos, y sobre todo están presentes en la animalidad, es decir, lo extra-humano:

Sabían aquellos sabios que dios está en las cosas, y que la divinidad, latente en la naturaleza, actuando y resplandeciendo diversamente en diferentes sujetos, y a través de diversas formas físicas, con ciertos órdenes, llega a participar de sí, es decir, del ser, de la vida e intelecto [...] entonces, por la victoria, libaban a Júpiter magnánimo en el águila, en la cual, según tal atributo, está escondida la divinidad; por la prudencia en las operaciones, libaban en la serpiente a Júpiter sagaz; contra la traición, a Júpiter amenazante en el cocodrilo; y así, para otros innumerables fines, libaban en otras innumerables especies. Todo lo cual no se hacía sin un mágico y eficacísimo saber (*Spaccio*, Diál III, 216).

En cuanto a la adoración de la divinidad en los animales, retomaba a Diodoro Sículo (80-20 a. C.), quien, convencido

del origen egipcio de los dioses griegos (García Bazán, 2009: 8), afirmaba en su *Bibliotheca Historica* que “los egipcios veneran a algunos animales en extremo, no sólo vivos, sino también muertos” (I, 83). A su vez, esta información era reproducida y desarrollada por Plutarco de Queronea (50-120 d. C.).

Plutarco señalaba que mientras los griegos consagraban algunos animales a ciertos dioses, los egipcios, en cambio, parecían “venerar a los propios animales y tratarlos como dioses” (*De Isis y Osiris* 71, 379E). Otros autores intentaron justificar el porqué de esta práctica. Ovidio, en sus *Metamorfosis*, explica que Tifón, “salido de las profundas entrañas de la tierra, llenó de pavor a los celestes”, quienes se dieron a la fuga “hasta que, cansados, los acogió la tierra de Egipto y el Nilo”, donde los dioses “se ocultaron en mentidas figuras” convirtiéndose en animales (*Met.* V, 321-326).

Poco tiempo después, Luciano de Samósata se valía del contenido del texto plutárqueo para realizar una crítica irónica (justamente el orador es Momo) en *La Asamblea de los Dioses*:

Pero tú, cara de perro, egipcio vestido de lino, ¿quién eres, buen hombre, o cómo pretendes ser un dios con tus ladridos? [...] Porque me da vergüenza hablar de los ibis, los monos y otras criaturas mucho más ridículas que nos han metido no sé cómo en el cielo procedentes de Egipto. ¿Cómo podéis aguantar, dioses, el ver que se les rinde culto tanto o más que a vosotros? O tú, Zeus, ¿cómo lo llevas cuando te ponen cuernos de carnero? (*Deorum Concilium*, 10-11).

Vale la pena recordar que, como señalé más arriba en cuanto a las obras de los siglos XX y XXI, aquí también hay una sugerente coincidencia no sólo en el lugar de

privilegio que habrían tenido los animales en el antiguo Egipto, sino también en la forma de expresarlo. Así, lo que predomina en las exposiciones es la contraposición con una cosmovisión donde los animales estaban desencantados, sea ésta la Europa del Quinientos o la Grecia clásica. Afortunadamente para nosotros, es posible rastrear las influencias que han determinado esta perdurable forma de pensar la animalidad egipcia.

En efecto, la fuente principal del conocimiento brunniano acerca de los egipcios, tal cual hace explícito en su *Cabala del Cavallo Pegaseo* (Diál I, 867, p. 102 y ss.), es Plutarco. Entre los autores que cita en su *Isis y Osiris* están Aristágoras, Filarco, Sócrates, Teopompo, Jenófanes, etcétera (Pordomingo Pardo y Fernández Delgado, 1995: 38). Debido a que no nombra a su coetáneo Diodoro Sículo, a quien citamos más arriba y que se ocupó largamente de la religión egipcia, existen dudas acerca de si conocía su obra. De igual manera, tampoco cita a Heródoto, lo cual llevó a Griffiths a desconocerlo en su análisis de las fuentes de Plutarco (1970: 75 y ss.). Otro comentarista, Christian Froidefond (1988: 45-66) se encargó de rescatar lo que hoy consideramos la mayor de sus influencias, ya que en *Isis y Osiris* Plutarco “Ha conservado errores que ya Heródoto manifiesta, incluso están agravados por la amalgama de varios pasajes del libro II de sus *Historias*. Existen asociaciones o recurrencias de hechos o de ideas notablemente idénticas; su huella se ve también en los relatos etiológicos” (Pordomingo Pardo y Fernández Delgado, 1995: 37-38). Dado que las fuentes del primer historiador son las cosas que vio y escuchó en su viaje a Egipto, podemos estar seguros que el hilo acaba (o más bien, comienza) en su *Historia*.

De los nueve libros en que los sabios alejandrinos dividieron la obra de Heródoto, conocida simplemente como *Historia*, el II (*Euterpe*) lo dedica a la tierra de Egipto.

Luego de detallar sus fuentes de información y describir la geografía de Egipto, da una relación muy precisa y profunda acerca de las costumbres de los egipcios, prestando especial atención a aquello que más le llamaba la atención, que era la relación que tenían con los animales, sobre todo la cuestión de representar a sus dioses como antropomorfos con cabezas animales, algo muy extraño a los ojos helénicos.

Pues bien, Heródoto explica que al contar con un río muy peculiar, las costumbres de los egipcios también lo eran. Así, según él los egipcios “Han adoptado en casi todo costumbres y leyes contrarias a las de los demás pueblos” (II 35, 2) y empieza a enumerarlas: entre ellos son las mujeres las que van al mercado, y los hombres se quedan en casa tejiendo; no son las mujeres las sacerdotisas sino los hombres; los sacerdotes se afeitaban el pelo en vez de llevarlo largo, y al contrario de los griegos se dejan el pelo largo en señal de luto; y lo más relevante aquí: “el resto de los hombres hace su vida aparte de los animales. Los egipcios cohabitan con ellos”² (II 36, 2). Y en otro párrafo: “Aunque confina con Libia, Egipto no abunda mucho en animales, sin embargo todos los que hay los consideran sagrados, tanto los domésticos como los que no lo son” (II 65, 2). Estas afirmaciones, sumadas a la historia que luego cuenta acerca del luto que llevaban cuando moría el gato del lugar, determinó que la mayoría de los investigadores (muchos de los cuales hemos nombrado en los párrafos precedentes) partiera de la idea que los egipcios vivían en una especie de convivencia pacífica con los animales.

2 Osborn y Osbornová (1998: 1) de hecho empiezan su libro con esta cita. Poco antes, en el Prólogo, Osborn se lamenta de que en el pasado dio “por ciertas informaciones de un libro o dos sin verificarlas. Así es como los errores y las discrepancias se suelen perpetuar y transmitir de autor a autor” (1998: vii).

Lo interesante de la cuestión es observar hasta qué punto los egiptólogos modernos que se dedican a la religión egipcia rechazan, al igual que Bruno, Plutarco y tantos otros, las afirmaciones de Heródoto acerca de que la *totalidad* de los animales eran considerados sagrados, pero sin cuestionar la tesis acerca de la cohabitación con ellos. Así, Emily Teeter a quien citamos hablando de la “armonía” del egipcio con el mundo natural (Teeter, 2002a: 251), en un artículo del mismo libro reconoce que “el rol de los animales en la religión egipcia es generalmente mal entendido, y su significado sobreestimado en gran parte gracias a los errores de griegos y romanos que visitaron Egipto en la antigüedad” (Teeter, 2002b: 335). Otro autor ya citado, Erik Hornung, dice que no hay que confundir la adoración de los animales como imágenes de los dioses con la adoración de los animales como efectivamente dioses: “Todos los animales sagrados son considerados el *ba* [alma] de una divinidad, la manifestación visible de un poder invisible” (Hornung, 1999 [1971]: 127). Beinlich habla de la “adoración de los animales como manifestaciones de la divinidad” (Beinlich, 2013: 49), en oposición a dioses en sí mismos, como también repite Ikram (2015: 211). Quizás la expresión más adecuada de esta idea sea la de Josep Cervelló, cuando dice que “a ojos de los egipcios, todos los seres y objetos de la creación, dioses incluidos, tienen el mismo origen y son consustanciales, a la vez que son diversos y singulares” (Cervelló, en prensa).

Es decir que hace por lo menos dos mil quinientos años que Occidente tiene una idea excesivamente benévola de lo que fue la relación de los antiguos egipcios con los animales, idea que no se condice con las fuentes históricas, muchas veces descubiertas a posteriori. Hoy en día tenemos un conocimiento muy superior de la sociedad egipcia del que tenían los griegos y los latinos, y precisamente es

ese conocimiento el que nos permitirá reevaluar y finalmente abandonar la hipótesis consensual.

La egiptóloga australiana Linda Evans ha dedicado parte de su tesis doctoral a criticar la postura clásica y por extensión a todos aquellos que defienden la perspectiva consensual. En particular, y tras un extenso estudio de fuentes iconográficas, demuestra que los egipcios “no percibían un parentesco con el reino animal, sino que los entendían como una ‘otredad’ distintiva” (Evans, 2010: 124). Como corolario de esta perspectiva alternativa se puede observar lo siguiente: la visión egipcia no sería tan distinta a la griega; y la relación entre el humano y el animal distaría mucho de ser pacífica y fraternal. Cualquier estudio serio acerca de los egipcios en su relación con el mundo animal debería partir de considerar la otredad como el signo de dicha relación. Veamos cómo se traduce esto al estudio de la iconografía predinástica egipcia.

Iconografía de animales y humanos

Los ejemplos que presento a continuación no sólo muestran imágenes poco consistentes con el panorama herodóteo de cohabitación y armonía, sino que fueron escogidos especialmente por las lecturas ambivalentes que han suscitado. Discutiremos estas lecturas para evaluar tanto la pertinencia del enfoque basado en la violencia como la extensión de los errores a los que lleva el enfoque consensual.

Se ha señalado que los motivos predominantes en la cerámica con decoración figurativa de Nagada I y II (primera mitad del IV milenio a. C.) son las escenas de caza y de navegación (Graff, 2009; Hendrickx, 2011), muchas veces en combinación. También se ha señalado que este tipo de actividades estaba muy restringido para los períodos en

que aparecen dichas imágenes (Linseele *et al.*, 2009; Abd el Karem, 2013), de modo que la matanza de animales salvajes estaba presente en mayor medida en las representaciones mentales egipcias que en su realidad cotidiana.

Así, en la figura 1.1 se observa un personaje cazando un hipopótamo. Sin embargo, desde muy temprano se intentó evitar esta identificación, evidente a simple vista. Robert Mond y Oliver Myers, por ejemplo, propusieron que difícilmente se tratase de un hombre capturando un hipopótamo sino más bien guiándolo por medio de riendas (Mond y Myers, 1937: 38-42). Ellos creían que era posible que los egipcios hubieran domesticado al hipopótamo y lo utilizaran para cazar cocodrilos. Esta teoría ha sido revalorizada por Behrmann (1996: 135), y más recientemente retomada por la egiptóloga española Ana Díaz Blanco como soporte para su propuesta de que “los animales y el entorno han jugado un importantísimo papel en la ideología egipcia, elevando su estrecha relación a niveles insospechados y diluyendo las fronteras naturales entre el hombre y el animal” (Díaz Blanco, 2016: 193). De esta manera, algunas de las imágenes que hasta ahora consideramos de cacería en realidad mostrarían la captura de los animales, y no su matanza (perspectiva criticada en Maydana, 2020).

Al intentar darle mayor sustancia teórica a su propuesta, Díaz Blanco recurre a la obra de un importante antropólogo contemporáneo, Tim Ingold (2000), para afirmar con él que la cacería es una “forma recíproca”, es decir que en ella se conjugan dones y contradones de forma que el cazador recibe un beneficio al igual que el animal que es cazado, que además se entrega voluntariamente al cazador. En efecto, una de las críticas de Ingold a la manera en que la caza fue entendida en la literatura especializada tradicional, es la forma en que la relación cazador-presa es comúnmente representada en términos de antagonismo (Ingold, 2000:

62-63), cuando muchas veces no hay rivalidad alguna. El problema de aplicar esto a la situación histórica que existía en Nagada I y II es, primero, que no se trata de una sociedad de cazadores-recolectores; y segundo, que el planteo de Ingold no tiene pretensiones de universalidad, y de hecho como veremos a continuación, el caso egipcio no entraría en el conjunto de aquellos que establecen amistad o alianzas con los animales.

Es cierto que la alianza cazador-presa existe en algunas sociedades bien documentadas gracias a la etnografía. Por ejemplo, entre algunas poblaciones de Siberia, “la muerte del animal depende, al menos parcialmente, del animal mismo. Para ser matado, hace falta que haya, previamente, dado el consentimiento, que se haya por así decir vuelto cómplice de su propio asesino” (Lot-Falck, citada en Bataille, 2013 [1955]: 82-83). Y Sir James Frazer se sorprendía en 1922 de que cierta etnia japonesa, a pesar de considerar al oso como su divinidad más poderosa y respetada, no hubiera impuesto sobre su matanza un tabú. Relata que cuando los Aino matan un oso se sientan frente a él y lo admiran, le ofrecen sus disculpas, lo adoran y le presentan ofrendas (Frazer, 1996 [1922]: 586), en una actitud que él considera ambivalente. “Y sin embargo, solían matar al oso en cada oportunidad que tuvieran” (Frazer, 1996 [1922]: 585). En todo caso, está claro que la cercanía no excluye la violencia. No conozco ninguna fuente, escrita o pictórica, que sugiera que este tipo de prácticas existían en el antiguo Egipto.

Las figuras 1.2 y 1.3, pertenecientes a cerámicas decoradas halladas en un contexto funerario en Abydos, pueden dar una pista acerca de si los egipcios predinásticos estarían en el grupo de los cazadores que se consideran “amigos” de los animales que cazan. En estas vasijas, encontradas en la misma tumba (denominada U-415), se ha representado la

cacería de animales salvajes (en este caso de hipopótamos), en estrecha relación con escenas de captura de prisioneros, posiblemente enemigos militares. Mientras que la primera es explícita en cuanto a la naturaleza de las escenas pintadas, la segunda es más difícil de comprender. En este sentido, me interesa señalar la manera en que el artista que realizó el dibujo para la publicación decidió el orden de los animales. Al ser una superficie cilíndrica proyectada en un plano, el comienzo y el final son necesariamente arbitrarios. En su dibujo, los distintos animales están dispuestos de forma ordenada y prolija. En mi reinterpretación, parecen estar escapando del perro, una imagen metonímica del cazador predinástico (Hendrickx, 2013).

Las escenas de cacería con perros han sido muchas veces malinterpretadas, en parte debido a la cercanía que nosotros mismos guardamos con aquellos animales. Así, se ha intentado ver en la figura 1.4 “dos escenas prácticamente idénticas que muestran una gran cabra hembra a la derecha y una cría pequeña a la izquierda, amamantándose entre las piernas de la hembra” (McHugh, 1990: 267). Bill McHugh entendió la escena como de pastoreo, y a los animales como domésticos, lo cual sería muy extraño para dicho período y zona por los motivos discutidos anteriormente. Gwenola Graff (2009) fue la primera en darse cuenta que se trataba de una escena de cacería con perros, y todos los autores posteriores la siguieron en este sentido (Hendrickx *et al.*, 2009; Navajas, 2012; Brémont, 2014). No es difícil hacerlo considerando las similitudes con la figura 1.5, un petroglifo predinástico de Wadi Abu Subeira donde se ve una cacería con perros de asnos salvajes (Maydana, 2019).

¿Por qué un grupo humano que se habría caracterizado por la convivencia pacífica con los animales escogió para representarse sobre todo imágenes en las que se observa el acto mismo de matar a esos animales? Esto sería difícil de

explicar desde la hipótesis consensual, dado que, por ejemplo, las escenas de pastoreo o de convivencia pacífica brillan por su ausencia. Lo que se observa en las fuentes y en el registro arqueológico es una relación que estaba fundamentalmente atravesada por la violencia y la otredad.

Conclusiones

A pesar de lo apresurado de este recorrido provisorio, algunas cosas parecen estar un poco más claras. En primer lugar, que no existe una sola forma de considerar a los animales no-humanos y de relacionarse con ellos. Incluso entre grupos de cazadores-recolectores, lo que predomina es la pluralidad de aproximaciones (cfr. Ingold, 2000).

En el caso egipcio en general, pero en particular en las escenas predinásticas que hemos visto, los animales eran considerados “Otros” radicales, difíciles de comprender y controlar, y como tales aparecen en la iconografía enfrentados a la sociedad de los humanos (Vernus y Yoyotte, 2005; Evans, 2010). La dificultad y el carácter extraordinario de la cacería tendía a subrayar la habilidad y carácter también extraordinario de los cazadores, presentados siempre con atributos distintivos que posteriormente encontramos en reyes y funcionarios jerárquicos.

A pesar de lo que la tendencia general (pre)supone, la relación entre hombres y animales estaba signada por la violencia y no por el entendimiento mutuo y la equivalencia ontológica. Los atributos que poseen los cazadores los señalan como poseedores de un prestigio que los posiciona en lo alto de la jerarquía comunal predinástica. Estos líderes eran identificados en la iconografía por dos características específicas: estaban fuertemente asociados a lo ritual y a la violencia en todas sus formas (Campagno, 2016: 19). Eran

representados junto con armas, o en combate contra enemigos humanos o animales salvajes (Gayubas, 2016: 35). La cacería de animales salvajes (o por lo menos su representación) cumpliría entonces un rol importante en los procesos de creación y mantenimiento de jerarquías de estas comunidades preestatales.

Dicho de otro modo, lo que en otro momento había sido una estrategia económica, se ha transformado en el período previo a la aparición del Estado en una estrategia eminentemente política. Queda por ver cuáles son los mecanismos por los que dicha práctica cambió su naturaleza de tal drástica forma. En mi opinión, la cacería de animales salvajes está en estrecha relación con los profundos cambios socio-políticos que se sucedieron a lo largo del IV milenio a. C. en la región, aunque desarrollar esta idea exceda a los objetivos del presente trabajo. Simplemente me limité a sugerir que para realizar un estudio serio de tales mecanismos el punto de partida debe ser el rechazo de la visión consensual.

En las vasijas de la Tumba U-415 hemos observado claramente que la relación entre hombre y animal estaba en el imaginario predinástico íntimamente relacionada con la violencia contra los “otros” Otros, los enemigos de Egipto. ¿Cuál es entonces el vínculo entre violencia guerrera y cacería del animal salvaje? Algunos animales poderosos como el hipopótamo se han asociado con los enemigos militares de Egipto (Müller, 2008). En tal sentido, representar la violencia contra este animal equivalía a mostrar una victoria en el campo de batalla contra un enemigo humano. En definitiva, la relación conflictiva del hombre con el animal salvaje es como veíamos eminentemente retórica, pertenece sobre todo al ámbito de la representación. Todo parece indicar que el fin cósmico que esta iconografía poseía tiene efectos políticos relacionados con la legitimación de jerarquías de otro orden que lo parental.

Se relacionan también con los procesos de diferenciación social que se estaban dando, relaciones distintas del parentesco: algo debió haber ocurrido en la temporalidad densa (Sewell, 2005 *sensu*) del IV milenio a. C. para que de pronto cobrara relevancia social aquella minoría especializada en caza que ya no era requerida desde hacía siglos para la supervivencia de la comunidad. La cacería de animales salvajes nunca desapareció, sólo que perdió centralidad frente al pastoreo y la agricultura. Sin embargo, algo sucedió en el IV milenio que hizo que adquirieran relevancia las prácticas de la cacería y los cazadores mismos, que como vimos empiezan a aparecer en gran cantidad en las representaciones de todo tipo, cerámicas, arte rupestre, paletas, estatuaria, etcétera. Lo que estaba sucediendo era la división de la comunidad en un grupo dominante y otro dominado, y la construcción de relaciones entre ambos grupos distintas de las del parentesco y que llamaríamos de tipo estatal.

En definitiva, si pretendemos realizar cualquier estudio serio acerca de los pobladores del territorio egipcio durante el IV milenio a. C., no podemos soslayar el componente violento tanto en las relaciones humano-animal como entre grupos humanos. Hasta ahora se evitó pensar en tales términos porque la mirada etnocéntrica occidental tiende a concebir la violencia en términos eminentemente negativos; pero también tiende a otorgar a la civilización egipcia un lugar bastante alto en la escala de evolución social, de modo que relacionarla con la violencia hacia los animales la desvalorizaría. Todo lo contrario, el análisis que presenté aquí obliga no sólo a revalorizar la relación conflictiva de los egipcios con ese Otro peligroso, sino a despojar a dicha relación de sus connotaciones negativas. No puedo en este punto menos que recordar los poderosos versos alusivos de Baudelaire que rezan:

Te golpearé sin cólera alguna
y sin odio, como un carnicero,
como Moisés golpeará la roca
y hasta haré brotar de tu ojo
para alimentar mi Sahara propio
a las vertientes del sufrimiento.
Mi deseo de esperanza henchido
habrá de flotar sobre tu llanto salino.

Bibliografía

- Abd el Karem, M. (2013). *Die Nutzung tierischer Ressourcen während des 5. und 4. Jahrtausends v. Chr. in Ägypten*. Tesis inédita de maestría en Filosofía por la Universität Wien.
- Arnold, D. (1995). *An Egyptian Bestiary*. Nueva York: The Metropolitan Museum of Art Bulletin.
- Baber, T. T. (2019). Early travellers and the animal 'mummy pits' of Egypt, en: Porcier, S., Ikram, S. y Pasquali, S. (eds.), *Creatures of Earth, Water, and Sky. Essays on Animals in Ancient Egypt and Nubia*, pp. 67-86. Leiden: Sidestone Press.
- Bataille, G. (2013 [1955]). *Lascaux o el nacimiento del arte*. Madrid: Arena Libros.
- Behrmann, A. (1996). *Das Nilpferd in der Vorstellungswelt der Alten Ägypter. Teil II, Textband. Europäische Hochschulschriften. Reihe XXXVIII. Archäologie. Bd. 62*. Frankfurt del Meno: Peter Lang.
- Beinlich, H. (2013). Götter, Tiere, Statuetten, en: Floßmann-Schütze, M. (ed.), *Kleine Götter, große Götter. Festschrift für Dieter Kessler zum 65. Geburtstag*, pp. 45-50. Vaterstetten: Patrick Brose.
- Boessneck, J. (1988). *Die Tierwelt des alten Ägypten*. Munich: C. H. Beck.
- Brémont, A. (2014). *Les Pétroglyphes des Déserts Égyptiens. De la période de Badari aux premières Dynasties (ca. 4500-2600 av. JC). Des animaux entre Nature et Culture*. Tesis de maestría inédita. París.
- Campagno, M. (2002). *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto*, Aula Ægyptiaca-Studia 3. Barcelona: Aula Aegyptiaca.
- (2016). Surgimiento de lo estatal y liderazgo local en el valle del Nilo (IV-III milenios a. C.), en: Campagno, M., Gallego, J. y García Mac Gaw, C. G. (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, Estudios del Mediterráneo Antiguo, PEFSCA 11, pp. 15-30. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Cervelló Autuori, J. (en prensa). Los animales y el poder en el Egipto de los orígenes, en: Diego Espinel, A. (ed.), *Los animales en el Antiguo Egipto: los realeza del hábitat nilótico*. Barcelona: Abadía de Monserrat-Reale Seguros.
- Descola, Ph. (2012). *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Descola, Ph. y Pálsson, G. (eds.) (2001). *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas Antropológicas*. México: Siglo XXI.
- Díaz Blanco, A. (2016). Iconografía y prácticas funerarias del Predinástico egipcio: ¿adoración y culto hacia animales sagrados?, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 25, pp. 165-196.
- Dreyer, G. et al. (2003). Umm el-Qaab, Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof, 13./14./15. Vorbericht, *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Abteilung Kairo* 59, pp. 43-129.
- Evans, L. (2010). *Animal Behaviour in Egyptian Art. Representations of the Natural World in Memphite Tomb Scenes*. Oxford: Aris & Philipps.
- Feingold, M. (2004). Giordano Bruno in England, Revisited, *Huntington Library Quarterly* 67 (3), pp. 329-346.
- Frazer, J. G. (1996 [1922]). *The Golden Bough. A Study in Magic and Religion*, Abridged Edition. Nueva York: Simon & Schuster.
- Froidefond, Ch. (1988). *Plutarque. Oeuvres Morales V, 2^a partie, Isis et Osiris*. París: Les Belles Lettres.
- Galán, J. M. (2000). *Cuatro viajes en la Literatura del Antiguo Egipto*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- García Bazán, F. (2009). *La Religión Hermética. Formación e historia de un culto de misterios egipcio*. Buenos Aires: Lumen.
- Gayubas, A. (2016). Guerra, territorio y cambio social en el valle del Nilo preestatal, en: Campagno, M., Gallego, J. y García Mac Gaw, C. G. (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, Estudios del Mediterráneo Antiguo, PEFSCA 11, pp. 31-44. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Germond, Ph. y Livet, J. (2001). *Bestiaire Égyptien*. París: Citadelles & Mazenod.
- Graff, G. (2009). *Les peintures sur vases de Naqada I - Naqada II. Nouvelle approche sémiologique de l'iconographie prédynastique*. Lovaina: Leuven University Press.
- Griffiths, J. G. (1970). *Plutarch's De Iside et Osiride*. Cardiff: University of Wales Press.
- Hartmann, R. (1864a). Versuch einer systematischen Aufzählung der von den alten Ägyptern bildlich dargestellten Thiere (mit Rücksicht auf die heutige Fauna des Nilgebietes), *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 2 (1), pp. 7-12.

- (1864b). Versuch einer systematischen Aufzählung der von den alten Ägyptern bildlich dargestellten Thiere (mit Rücksicht auf die heutige Fauna des Nilgebietes), *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 2 (2), pp. 19-28.
- Hendrickx, S. (2011). L'iconographie de la chasse dans le contexte social prédynastique, *Archéo-Nil* 20, pp. 108-136.
- (2013). Hunting and social complexity in Predynastic Egypt, *Academie Royale des Sciences d'Outre-mer, Bulletin des Séances / Koninklijke Academie voor Overzeese Wetenschappen, Mededelingen der Zittingen* 57 (2-4), pp. 237-263.
- Hendrickx, S., Riemer, H., Förster, F. y Darnell, J. C. (2009). Late Predynastic/ Early Dynastic rock art scenes of Barbary sheep hunting in Egypt's Western Desert. From capturing wild animals to the women of the 'Acacia House', en: *Desert Animals in the Eastern Sahara: Status, Economic Significance and Cultural Reflection in Antiquity. Proceedings of an interdisciplinary ACACIA Workshop held at the University of Cologne, December 14-15 2007, Colloquium Africanum* 4, pp. 189-244. Colonia: Heinrich Barth Institut.
- Hornung, E. (1967). Die Bedeutung Tieres im alten Ägypten, *Studium Generale* 20, pp. 69-84.
- (1999 [1971]). *El Uno y los Múltiples. Concepciones egipcias de la divinidad*. Madrid: Trotta.
- (2001). *The Secret Lore of Egypt: Its Impact on the West*. Ithaca: Cornell University Press.
- Houlihan, P. F. (1988). *The Birds of Ancient Egypt*. El Cairo: American University in Cairo Press.
- (1996). *The Animal World of the Pharaohs*. Londres: Thames and Hudson.
- Ikram, S. (2015). Speculations on the Role of Animal Cults in the Economy of Ancient Egypt, en: Massiera, M., Mathieu, B. y Rouffet, Fr. (eds.), *Apprivoiser le sauvage / Taming the Wild. Cahiers de l'ENiM* 11, Université Paul Valéry Montpellier 3 - CNRS, pp. 211-228.
- Ingold, T. (2000). From trust to domination: an alternative history of human-animal relations, en: *The Perception of the Environment*, pp. 61-76. Londres: Routledge.
- Linseale, V., Van Neer, W. y Friedman, R. (2009). Special animals from a special place? The Fauna of HK29A at Predynastic Hierakonpolis, *Journal of the American Research Center in Egypt* 45, pp. 105-136.

- Maydana, S. F. (2017). Reevaluando la evidencia acerca de la cacería del hipopótamo en Egipto predinástico, *Sociedades Precapitalistas* 7 (1), pp. 1-17.
- (2019). Tres escenas inéditas de cacería en petroglifos predinásticos de Wadi Abu Subeira (Desierto Oriental, Egipto), *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenwasser"* 20, pp. 141-146.
- (2020). Hippopotamushunting in Predynastic Egypt: Reassessing Archaeozoological Evidence, *Archaeofauna* 29, pp. 137-150.
- McHugh, W. P. (1990). Implications of a decorated Predynastic terracotta model for Saharan Neolithic influence in the Nile Valley, *Journal of Near Eastern Studies* 49, pp. 265-280.
- Mond, R. y Myers, O. H. (1937). *Cemeteries of Armant I*. Londres: Egypt Exploration Society.
- Müller, V. (2008). Nilpferdjagd und geköpfte Feinde - zu zwei Ikonen des Feindvernichtungsrituals, en: Engel, E.-M., Müller, V. y Hartung, U. (eds.), *Zeichen aus dem Sand. Streiflichter aus Ägyptens Geschichte zu Ehren von Günter Dreyer*, Menes 5, pp. 477-493. Wiesbaden: Harrassowitz.
- Navajas, A. I. (2012). Some New Hunting Scenes in Pre-Dynastic C-Wares. London Petrie Museum UC15331 and Oxford Ashmolean Museum 1946.297 'Revisited', *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 139 (2), pp. 171-178.
- Ordine, N. (2003). *El umbral de la sombra: literatura, filosofía y pintura en Giordano Bruno*. Madrid: Siruela.
- Osborn, D. J. y Osbornová, J. (1998). *The Mammals of Ancient Egypt*. Warminster: Aris & Phillips.
- Porcier, S., Ikram, S. y Pasquali, S. (eds.) (2019). *Creatures of Earth, Water, and Sky. Essays on Animals in Ancient Egypt and Nubia*. Leiden: Sidestone Press.
- Pordomingo Pardo, F. y Fernández Delgado, J. A. (1995). Introducción, en: Plutarco, *Obras Morales y de Costumbres (Moralia)*. VI. *Isis y Osiris. Diálogos Píticos*, pp. 9-52 Madrid: Gredos.
- Sewell, H. W. (2005). *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Spieser, C. (2015). Animalité de l'homme, humanité de l'animal en Égypte ancienne, en: Massiera, M., Mathieu, B. y Rouffet, Fr. (eds.), *Apprivoiser le sauvage / Taming the Wild*. Cahiers de l'ENiM 11, Université Paul Valéry Montpellier 3 CNRS, pp. 307-320.

- Te Velde, H. (1980). A Few Remarks upon the Religious Significance of Animals in Ancient Egypt, *Numen* 27 (1), pp. 76-82.
- Teeter, E. (2002a). Animals in Egyptian Literature, en: Collins, B. J. (ed.), *A History of the Animal World in the Ancient Near East*, pp. 251-270. Leiden: Brill.
- (2002b). Animals in Egyptian Religion, en: Collins, B. J. (ed.), *A History of the Animal World in the Ancient Near East*, pp. 335-360. Leiden: Brill.
- Vernus, P. y Yoyotte, J. (2005). *Bestiaire des Pharaons*. París: Agnès Viénot, Perrin.
- Yates, F. (1972 [1964]). *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*. Chicago: University of Chicago Press.

Figuras

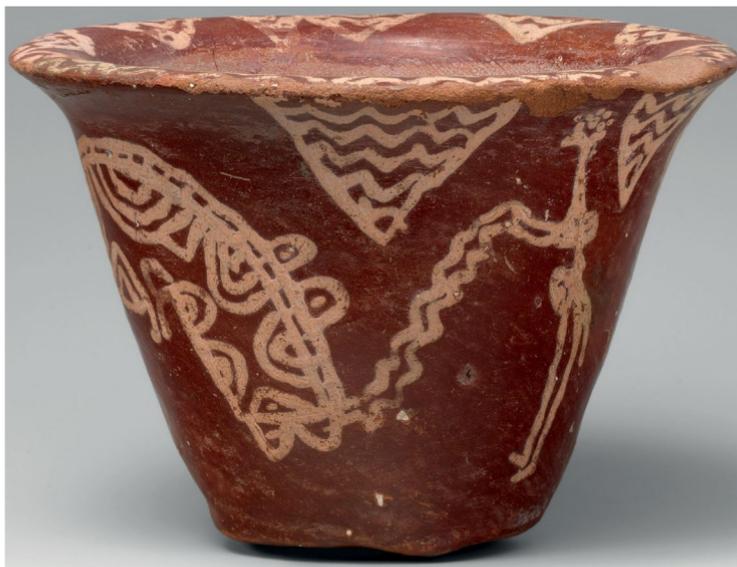


Figura 1.1. Vasija de cerámica tipo C del Metropolitan Museum, Núm. 12.182.15.
(Foto: www.metmuseum.org).

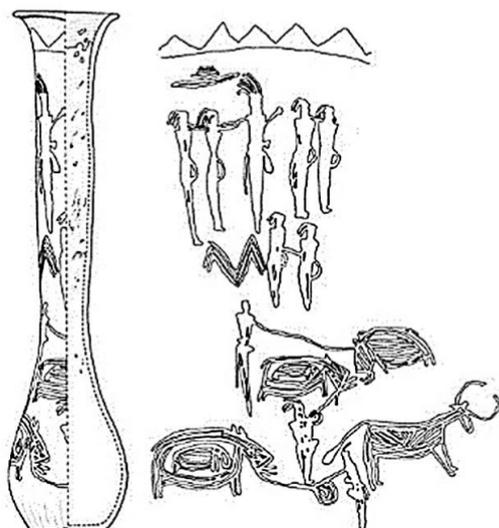


Figura 1.2. Vasija de cerámica tipo C de Abydos (Tumba U-415, Dreyer et al., 2003: 81 Abb. 5).

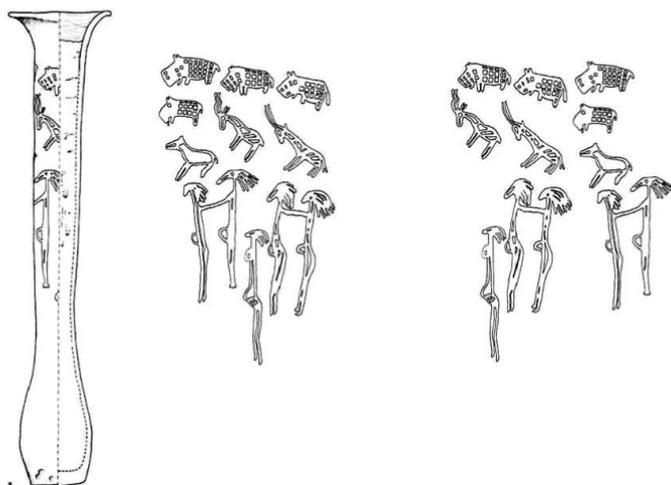


Figura 1.3. Vasija de cerámica tipo C de Abydos (Tumba U-415, Dreyer et al., 2003: 83 Abb. 6) y la interpretación del autor.



Figura 1.4. Modelo de terracota del Royal Ontario Museum, ROM Núm. 900.2.45 (McHugh, 1990: 271).



WASRAP 4 2016. L. 281.
Infoorachie : G. Graff

Figura 1.5. Petroglifo de cacería de asno, hallado en Wadi Abu Subeira (Maydana, 2019; calco de Gwenola Graff).

Los inicios del urbanismo en el Levante meridional: evidencias de conflictos armados y posibles interpretaciones

*Pablo Jaruf, Ezequiel Cismondi, Katherine Kifer
y Leandro Constanze Lima*

Introducción

Las primeras ciudades en el Levante meridional surgieron en el Bronce Antiguo (a partir de ahora BA). Hacia fines del IV milenio, las poblaciones comenzaron a rodear sus asentamientos con murallas y torres, y a construir en su interior edificios públicos y grandes almacenes. Estos cambios fueron correlativos de un aumento del intercambio interregional y de la especialización artesanal, lo que en conjunto implicó una centralización territorial de las relaciones políticas y económicas. Este primer urbanismo abarcó aproximadamente desde el BA IB hasta el BA III –3500/3400-2600/2500 a. C.– tras lo cual se produjo una retracción en este tipo de asentamientos.¹

1 Para una visión de conjunto sobre este período véase Ben-Tor, 1992: 81-125; Mazar, 1992: 91-150; Herzog, 1997: 36-97; Philip, 2001; Harrison, 2012; Miroschedji, 2014, 2018; Chesson, 2019; Greenberg, 2019: 24-135.

Los investigadores han propuesto distintas teorías para explicar este proceso, las cuales podemos agrupar de la siguiente manera: a) aquellas que colocan en primer plano los factores exógenos; b) aquellas que se basan en los factores endógenos; y c) aquellas que intentan articular con el mismo peso tanto los factores exógenos como los endógenos.

Entre aquellas que colocan en primer plano los factores exógenos podemos distinguir las teorías basadas en el migracionismo, el difusionismo y la emulación por contacto. Las primeras sostienen que el fenómeno urbano fue resultado de la migración de personas venidas desde Siria y/o Mesopotamia, las cuales, ya habituadas a vivir en contextos urbanos, reprodujeron su forma de vida en el Levante meridional (de Vaux, 1970; Kenyon, 1960a). La teoría difusionista también sostiene que la idea del urbanismo pudo haber provenido del norte, pero que habría llegado por contacto y habría sido adoptada por los habitantes locales (Kempinski, 1978). En el caso de la emulación por contacto, el urbanismo también sería adoptado por los habitantes del lugar pero obligados por circunstancias bélicas, es decir que, ante el avance de sociedades más poderosas militarmente, decidieron emular sus formas de organización social para evitar ser conquistados. En este caso, la influencia habría venido desde el sur, pues a fines del IV milenio se constata una presencia egipcia, tanto en los asentamientos como en la cultura material (Yadin, 1955; van den Brink y Levy, 2002).

Entre las teorías que se basan en los factores endógenos podemos diferenciar aquellas que sostienen una evolución gradual y progresiva a ritmo lento, desde el Neolítico Tardío o el Calcolítico Temprano, según la cual los elementos urbanos se fueron gestando poco a poco (Amiran, 1970; Miroschedji, 1971; Finkelstein, 1996), y aquellas que, en cambio, hablan de un cambio revolucionario sucedido

durante el BA I (ca. 3800/3600-3100/3000 a. C.). Entre estas últimas se distinguen a su vez dos teorías, una basada en la emergencia de una elite sacerdotal-militar, que por medio de la legitimidad religiosa y del uso de la fuerza, logra imponer sus intereses sobre el resto de la sociedad, siendo sus centros políticos los primeros asentamientos urbanos (Herzog, 1997); y otra según la cual, debido al aumento del intercambio, primero local y luego interregional, los líderes habrían logrado acumular riquezas que reinvertían en el proceso productivo, generando un circuito de retroalimentación que terminó favoreciendo a aquellos asentamientos que estaban mejor ubicados en las rutas de intercambio y lograban producir más en menos tiempo (Milevski, 2011).

Por último, contamos con teorías que intentan articular con el mismo peso tanto los factores exógenos como los endógenos. Por un lado, figuran aquellas que consideran la urbanización como un fenómeno secundario, esto es, como la reproducción a menor escala de un fenómeno sucedido con anterioridad en otro lugar (Esse, 1989). Desde este punto de vista, los asentamientos urbanos del Levante meridional habrían tenido lugar gracias al influjo de ideas venidas desde el exterior, producto del contacto, pero las cuales sólo pudieron adoptarse de manera exitosa porque ya existían elementos urbanos previos en gestación. Por otro lado, están las teorías que se basan en el enfoque del sistema-mundo, según las cuales el Levante meridional se convirtió en una región periférica de los núcleos mesopotámico y egipcio, donde los asentamientos urbanos se dedicaron preferentemente a organizar la producción y el intercambio de materias primas destinadas a la exportación, a cambio de las cuales recibían productos manufacturados (Marfoe, 1987). A su modo de ver, este primer urbanismo constituyó una suerte de asociación voluntaria de aldeas

autónomas que encontraron cierta ventaja en reunirse en torno a un asentamiento común para participar de mejor manera en estas rutas de intercambio (Marfoe, 1979; Chesson, 2003; Harrison, 2012).

Ahora bien, más allá de la pluralidad de teorías mencionadas, llama la atención que ninguna de ellas se concentra en la cuestión de la guerra, pues justamente uno de los primeros indicadores para hablar de urbanismo es la construcción de estructuras defensivas. Si bien los conflictos armados son considerados en la teoría de la emulación por contacto y mencionados en ocasiones como factor desencadenante (Lemche, 2008: 419-422; Miroschedji, 2018: 127), aún no existe un trabajo que reúna e interprete de manera sistemática las evidencias disponibles y su relación con el surgimiento de las primeras ciudades. El propósito del presente artículo es tratar de comenzar a suplir esta ausencia.

Evidencias de guerra

Para establecer la existencia de conflictos armados a comienzos del BA en el Levante meridional hemos consultado “cuatro clases de evidencias habitualmente consideradas relevantes para la identificación arqueológica de la guerra, a saber: sistemas de asentamiento defensivos, armas u otros objetos vinculados con el conflicto armado, restos osteológicos de violencia e iconografía” (Nielsen, 2007: 9). Si bien es cierto que abordados de una manera aislada no proporcionarían información acabada sobre este fenómeno, consideramos que su análisis en conjunto puede ofrecer indicios suficientes para suponer la existencia de enfrentamientos durante este período.

Sistemas de asentamiento defensivo

Sin dudas, la evidencia más contundente relativa a conflictos es la construcción de estructuras defensivas,² que en nuestro caso comienzan a aparecer a partir del BA IB (ca. 3500/3400-3100/3000 a. C.). Entre la costa sur y el piedemonte contiguo contamos con el sitio de Tel Erani, donde es posible identificar con claridad una primera fase, el Horizonte Erani C o BA IBI (ca. 3500/3400-3300/3200 a. C.), donde se hallaron dos murallas superpuestas de ocho metros de espesor cada una, que aparentemente rodeaban todo el asentamiento de 25 ha aproximadamente (Ciałowicz *et al.*, 2015; Milevski *et al.*, 2019). Esta misma fase coincide con la presencia de un gran edificio de aparente función pública o comunitaria, así como también con el envío de cerámicas y de otros productos hacia el Alto Egipto (Ciałowicz *et al.*, 2016).

Al norte del Levante meridional no es posible diferenciar con claridad esta misma fase, pero para el BA IB contamos sin dudas con la construcción de varias murallas en los sitios de Tel Shalem y de Tel Abu al-Kharaz, ambos ubicados en el valle del Jordán (Eisenberg, 1996; Fischer, 2008). Excavaciones de rescate en el sitio de 'Ein Zippori, en la Baja Galilea, también han identificado murallas (Milevski y Getzov, 2014), así como sondeos limitados realizados en Pella, al este del Jordán (Bourke, 2014). En el período siguiente, el BA II (ca. 3100/3000-2900/2800 a. C.), el número de estructuras defensivas se multiplica de manera exponencial, convirtiéndolas ya en un rasgo característico de los asentamientos del Levante meridional (Greenberg, 2009: 71-95).

2 Según algunos autores, los requerimientos básicos que debería tener un sitio defensivo o una fortificación amurallada son: estar situado en un área fácil de defender con acceso restringido (por ejemplo, terreno escarpado, cima o pendiente de una colina); si se encuentra en una planicie, tiene que haber un foso seco fuera del recinto; y la muralla debe poseer parapetos en donde los defensores puedan cubrirse de proyectiles enemigos (Ashkenazi, 2016: 181).

Algunos investigadores han puesto en duda la efectividad defensiva de estas estructuras, sosteniendo que habrían tenido más una función simbólica (Greenberg y Ashkenazi, 2019). Si bien es cierto que estas murallas pudieron haber servido como símbolo del esfuerzo colectivo de un grupo humano, no existen motivos suficientes para descartar su función defensiva, pues recordemos que sólo se trataba de primeros ensayos todavía rudimentarios, resultando quizás suficientes para la intensidad de los enfrentamientos de aquella época. Por lo demás, se verifica un intento permanente por tratar de mejorar su solidez y resistencia, como demuestra la evidencia de Jericó, donde se documenta durante el BA III la reconstrucción de las murallas, luego de la destrucción que había ocurrido en el BA II. El sistema defensivo de este sitio consistía en una muralla interna y otra externa, en las que se depositaron postes de caña y madera entre los cimientos de piedra y la superestructura de ladrillo, para evitar la humedad y preservar el fondo de las paredes, al mismo tiempo que los muros se construyeron en tramos separados de longitud rectangular para prevenir los perjuicios que podría provocar un terremoto (Nigro, 2019).

Otra cuestión posiblemente vinculada con la defensa es el abandono de sitios en favor de otros ubicados en zonas que ofrecían una mejor protección, y la disminución en el tamaño de los asentamientos, que de estar compuestos por estructuras dispersas pasan a tener una ordenación más concentrada (Gophna, 1995). Un ejemplo claro son los sitios de la costa central y el piedemonte contiguo, donde la cantidad de sitios desciende a menos de la mitad en el BA II, tratándose en su mayoría de nuevas fundaciones fortificadas (Gophna y Paz, 2014). En otros lugares del Levante meridional también se constata el abandono de sitios a fines del BA IB, como en Megiddo (Finkelstein y Ussishkin,

2000), e incluso episodios de destrucción, como en Tel Abu al-Kharaz (Fischer, 2008). Al respecto, es sugerente que en los estratos de Tel Erani anteriores a la construcción de murallas se verifique un episodio de incendio, tras el cual el tamaño del sitio se contrajo (Milevski *et al.*, 2016a).

El fenómeno del amurallamiento no es exclusivo de las costas o de los valles, sino que se extiende también en las tierras altas y al sudeste de Siria, por ejemplo en el Golán, donde se multiplica la presencia de asentamientos cercados cuyo interior parece haber estado vacío (Zertal, 1993). El hecho de que algunos de estos sitios presentan murallas de más de cuatro metros de espesor, e incluso la posible presencia de torres, nos lleva a suponer que pudieron ser lugares donde poblaciones semi-nómades dedicadas al pastoralismo encontraran refugio en caso de una amenaza. La excavación de un asentamiento con estas características en Leviah, ha mostrado que algunos poseían en su interior grandes unidades de almacenamiento e instalaciones dedicadas a la producción de aceite de oliva (Paz, 2018a).

En resumen, contamos con indicios suficientes para suponer que desde comienzos del BA IB habrían existido conflictos en la región, lo que llevó a las poblaciones locales a construir estructuras defensivas. En un comienzo, se trataba sólo de unas pocas, pero luego, en la transición al BA II, cuando se constatan episodios de abandono y de destrucción, su cantidad aumentó en casi todas las zonas del Levante meridional. En la figura 2.1 indicamos la ubicación de la mayoría de los asentamientos amurallados datados entre el BA IB y el BA III (*ca.* 2900/2800-2600/2500 a. C.).

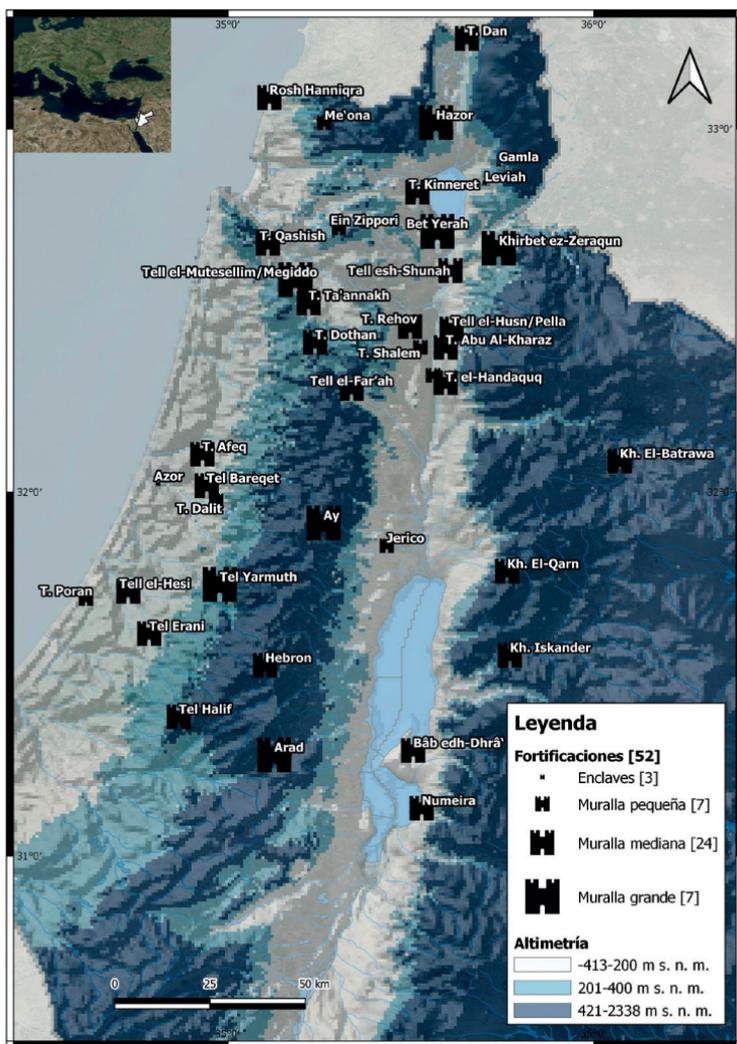


Figura 2.1. Mapa del Levante meridional en el cual se representan los tamaños de las fortificaciones del BA IB al III, y las franjas altimétricas establecidas, seleccionadas de esta manera para observar la altura en la que se encontraban las diferentes fortificaciones (adaptado de Miroshedji, 2014).

Armas

A diferencia de las estructuras defensivas, que es más sencillo poder vincular con la existencia de conflictos, el registro sobre armas siempre se presta a discusión, pues puede ser que hayan sido utilizadas para la caza. Entre aquellas que con seguridad podemos vincular con los enfrentamientos, figuran las llamadas armas melé o de combate cuerpo a cuerpo, entre las que destacan las cabezas de maza, las hachas y las dagas. Sobre las cabezas de maza, se ha hallado una piriforme de cobre elaborada mediante la técnica de la cera perdida en el sitio de Kfar Monash, en la planicie costera, la cual ha sido datada en el BA IB (Hestrim y Tadmor, 1963: 283-284, fig. 13) y otra hecha de mármol en Jericó, pero datada en el BA III (Nigro, 2019: 94). En este sitio se halló también un hacha del mismo metal, pero elaborada con molde abierto (Gophna, 1968: Pl. 3.C). A partir de entonces, y durante todo el BA I-III, van a predominar las hachas simples de cobre, de las cuales se han hallado sesenta y ocho ejemplares, caracterizadas por una sección longitudinal biconvexa y una forma trapezoidal alargada (Montanari, 2015: 69-67). En lo que respecta a las dagas, las cuales consisten en cuchillas bifaciales simétricas que se insertaban en mangos de madera, hallamos pocas evidencias datadas en el BA IB, por un lado, dagas cortas –menos de dieciocho cm de largo– en los sitios de Azor, en la costa central, y de Biblos, al norte del Levante meridional, y, por otro lado, dagas largas –más de veinte cm de largo– en los sitios ya mencionados de Kfar Monash y de Azor (Hestrim y Tadmor, 1963: 283, fig. 12.1-4; Bentor, 1975: 22-23, 44, fig. 12.4-6; Montanari, 2015: 70-71). No obstante, a partir del BA II-III su número aumenta de manera considerable, destacando las dagas largas halladas en sitios como Jericó, donde se encontró una daga con parte

del mango de cuero preservado, datado del BA III (Nigro, 2019: 93), Tel Qassis, Lachish y Bab edh-Dhra' (Kenyon, 1960b: 174, fig. 66.3; Salmon, 2008: fig. 12.1; Montanari, 2015: 70-71). Vemos así, entonces, cómo el incremento de armas es correlativo con el aumento del número de murallas en todo el Levante meridional.

Con relación a las armas arrojadizas o de distancia, como las puntas de lanza y de flecha, es legítimo preguntarse si realmente fueron empleadas o no en enfrentamientos. Para el BA IB contamos con seis puntas de lanza de cobre en Biblos, Megiddo y Kfar Monash (Montanari, 2015: 72-73). Sobre las puntas de flecha líticas, su número decrece notablemente desde el Calcolítico en adelante, a la par de los restos óseos de animales salvajes (Rosen, 1984). Sin embargo, en las regiones semiáridas al este y al sur del Levante, su cantidad permanece, como las llamadas puntas de flecha transversales y las lunares, halladas en distintos sitios del Négev, del Sinaí y del valle sur del Jordán (Rosen, 1983). Por su parte, en el Golán, se identifican puntas de flecha “pedunculadas” (*tanged*), mientras que las conocidas como puntas tipo Beth Shean se han hallado en el valle norte del Jordán y otros sitios (Paz, 2018b: 3-4). En una tumba al interior de una cueva en Wadi el-Makkukh, datada en la transición del Calcolítico al BA, se han hallado flechas completas de madera, lo que nos permite suponer que para este período solía emplearse este material para fabricarlas, aunque su efectividad en un combate armado es dudosa (McEwen, 1998). Por último, volviendo al sitio de Kfar Monash, cabe mencionar que junto a las hachas y dagas ya mencionadas, se encontraron también treinta puntas de flecha de cobre (Hestrin y Tadmor, 1963: 276-277).

Es necesario remarcar que gran parte de esta evidencia procede de contextos funerarios o de posibles depósitos votivos. Un sitio relevante es Wadi el-Makkukh, donde

un individuo fue inhumado de manera primaria junto a arcos y flechas, una cuchilla de pedernal de treinta cm, y varias telas y cestos (Schick, 1998). Este enterramiento destaca por su contraste con las costumbres funerarias del Calcolítico, las cuales estaban caracterizadas por los enterramientos secundarios colectivos. La evidencia de Wadi el-Makkukh parece dar cuenta, al contrario, de un individuo que sobresalía con respecto a su comunidad. La asociación, cada vez más común a partir del BA IB, entre armas e individuos como en Azor, Tell el-Fara'h (norte) y Bat Yam, ha llevado a algunos investigadores a plantear el surgimiento de líderes guerreros, un sector social desconocido en períodos anteriores, entre cuyos ajueres figuran armas elaboradas para que emplearan en su vida en el más allá (Klirmscha, 2018).

En resumen, si bien estas evidencias son pocas en comparación con las grandes estructuras defensivas, creemos que son suficientes para dar cuenta de la existencia de enfrentamientos armados, y, sobre todo, de la emergencia de nuevas formas de concebir la vinculación entre los sujetos y las armas, sugiriendo quizás la aparición de personajes especializados en la función guerrera.

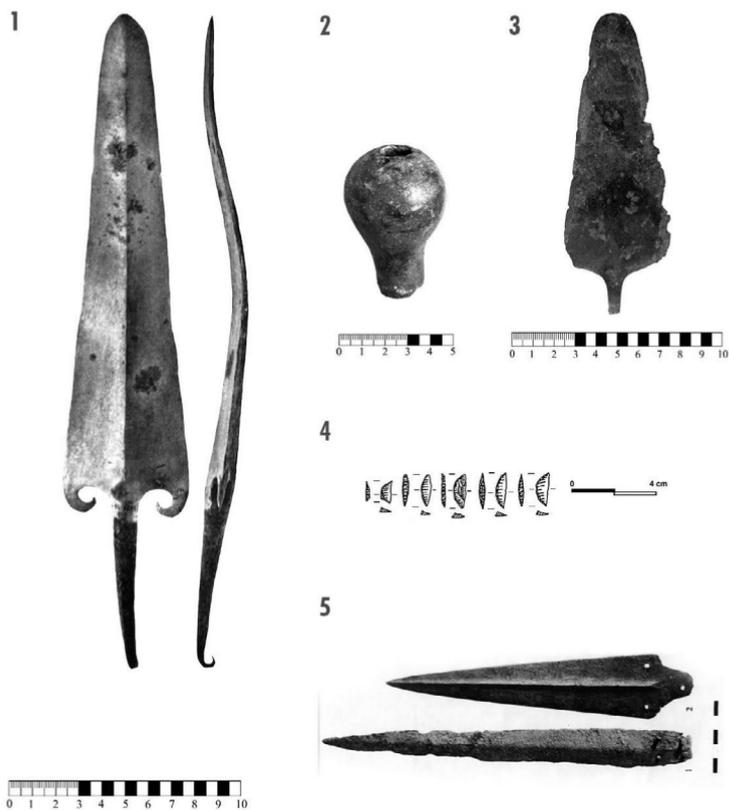


Figura 2.2. Algunas armas mencionados en el artículo: 1) Punta de lanza procedente de Tell el-Mutesellim/Megiddo del BA I (Loud, 1948: Pl. 283:1); 2) Cabeza de maza de cobre proveniente de Kfar Monash del BA IB (Hestrin y Tadmor, 1963: fig. 13); 3) Punta de flecha de cobre de Kfar Monash del BA IB (Hestrin y Tadmor, 1963: fig. 8:2); 4) Puntas de flechas de microlíticas lunares del Camel Site del BA II (Rosen, 2011: fig. 6.2); 5) Dagas de cobre de Azor del BA IB (Ben-Tor, 1975: fig. 12:4 pl. 22).

Restos óseos

Casi no disponemos de evidencias sobre lesiones en restos óseos³ datadas en el BA. Contamos con una evidencia muy temprana, en el sitio de Shiqmim, aunque en realidad es de finales del Calcolítico, donde se halló un cráneo con un golpe producido quizás por una maza, lo que sin dudas provocó la muerte del individuo (Dawson *et al.*, 2003).

Ahora bien, sucede que existe un sesgo arqueológico producto quizás de las prácticas de inhumación. Mientras que en el BA I abundan las evidencias mortuorias en distintas partes del Levante meridional, a partir del BA II prácticamente desaparecen (Greenberg, 2019: 93-94). La única excepción hasta el momento es Bad edh-Dhra', al este del mar Muerto (Gasperetti y Sheridan, 2013). En lo que respecta a las muestras óseas de este sitio, se han analizado sesenta y tres cráneos, setenta y siete cúbitos y cuarenta y nueve radios del BA IA, y sesenta y siete cráneos, ciento cinco cúbitos y ciento cincuenta y ocho radios del BA II-III. Los resultados de estos estudios han demostrado, por un lado, que quince cráneos del BA IA y catorce del BA II-III presentaban fracturas, y, por otro lado, que diez huesos de antebrazo del BA II-III tenían evidencia de lesiones (Gasperetti y Sheridan, 2013: 396-397).

Iconografía

El registro iconográfico del BA I también es escaso, al punto que algunos han propuesto que esta ausencia se debió

3 La evidencia osteológica es analizada por métodos bioarqueológicos, en la que los indicadores más comunes de violencia suelen ser las fracturas curadas en restos óseos, especialmente en cráneos y antebrazos, particularmente cuando se pretende determinar violencia en períodos prehistóricos (Gasperetti y Sheridan, 2013).

a la imposición de una ideología iconoclasta (Yekutieli, 2014). Aun así, ni antes, en el Calcolítico, ni después, en el BA II-III, es posible hallar imágenes de guerra, ni siquiera de murallas, a pesar de que estas últimas formaban parte del paisaje urbano. La iconografía sud-levantina del BA prefirió representar imágenes de procesiones, rituales o danzas, mientras que las únicas estructuras, reproducidas de manera esquemática, parecen haber consistido en la fachada de edificios (Miroschedji, 1993). Lo anterior contrasta con la iconografía egipcia, la cual, a la hora de dar cuenta de los asentamientos sud-levantinos, siempre los representaba rodeados de murallas (Miroschedji, 2018: fig. 11).

El único registro iconográfico quizás relacionado a contextos de violencia se encuentra en Megiddo. En la superficie de las baldosas que cubrían el suelo del patio de uno de los santuarios del BA IB, se grabaron dibujos de aparente inspiración egipcia, donde figuran animales enastados, posiblemente toros –animales tradicionalmente vinculados a la fuerza– y humanos portando coronas y lanzas o cetros, además de otras representaciones de difícil interpretación, pues con posterioridad fueron tachadas de manera adrede (Loud, 1948: Pls. 271-282). Algunos investigadores han señalado posibles paralelos con la iconografía egipcia proto-dinástica, particularmente el fresco de la Tumba 100 de Hieracómpolis, la Paleta de la Caza y la Paleta de Narmer (Keinan, 2007). El hecho de que se hayan intentado borrar ha sido interpretado como una forma de resistencia a los egipcios o bien a sectores locales que estarían emulando prácticas y discursos de origen nilótico (Yekutieli, 2008). Fuera como fuese, esta acción se inscribiría dentro de la tradición local de no representar escenas bélicas ni figuras de liderazgo relacionadas con la guerra.

Posibles interpretaciones

La evidencia indicada en los apartados anteriores nos resulta suficiente para suponer la existencia de enfrentamientos a comienzos del BA, los cuales parecen haberse intensificado en el BA II-III, como indica el aumento de estructuras defensivas y de distintos tipos de armas. A continuación, discutimos los motivos que habrían desatado estos conflictos, considerando la presencia de poblaciones foráneas en la región, el rol de poblaciones semi-nómades y las posibles revueltas internas provocadas por un aumento de las desigualdades sociales.

¿Poblaciones locales vs. poblaciones foráneas?

Una de las primeras teorías para explicar la urbanización del Levante meridional había sido la intrusión de egipcios desde el sur (Yadin, 1955). Como vimos, hallazgos posteriores han permitido datar de mejor manera esta presencia, la cual es contemporánea o ligeramente posterior a los primeros indicios de urbanismo, como muestran las evidencias de Tel Erani. La presencia egipcia, sin embargo, es relativamente breve, y es recién tras su final que el fenómeno urbano se multiplica en todo el Levante meridional. De hecho, el urbanismo se desarrolla también con intensidad en el norte, donde no se constata dicha presencia.

De todas maneras, no podemos descartar la existencia de vínculos con los egipcios. La presencia de vasijas cerámicas Erani C en el Alto Egipto y los grabados en el suelo del santuario en Megiddo, dan cuenta de interrelaciones de larga distancia, las cuales pudieron no estar exentas de conflictos. Que estos contactos se dieran al mismo momento que los asentamientos se iban amurallando quizás

sea indicador del aumento de un sentimiento de extrañeza con respecto al otro, de una mejor delimitación de las fronteras identitarias.

En relación con lo anterior, debemos tener presente que no podemos considerar a todo el Levante meridional como una unidad. A la heterogeneidad del paisaje físico, que siempre favoreció la fragmentación política del territorio, se suma una mayor diferenciación en la cultura material y en especial en las costumbres mortuorias, siendo estas últimas los mejores indicadores de las nociones identitarias (Ilan, 2002). Al contrario del Calcolítico, donde, a pesar de sus variables locales, predominaba un mismo complejo cultural Ghassuliense-Golanita (Jaruf, 2018), a partir del BA comienza a verificarse una mayor atomización, según la cual los habitantes de otro valle o tras la montaña podían ser tan foráneos como los egipcios. Sobre estos últimos, conviene resaltar también la existencia de asentamientos con repertorios cerámicos mixtos, como vasijas egipcias con decoraciones locales o viceversa, o vasijas con formas egipcias pero elaboradas con técnicas locales (Braun, 2016), cuyas poblaciones pudieron haber sido vistas como extrañas tanto a los ojos de los egipcios como de los sud-levantinos.

No es posible constatar la penetración desde el norte de un poder político semejante al egipcio, aunque sí destaca la presencia de una cultura cerámica con posibles influencias septentrionales, denominada *Gray Burnished Ware*, la cual parece haber sido realizada por artesanos itinerantes (Goren y Zuckermann, 2000). Hayan sido estas personas sud-levantinas o no, es probable que fuesen vistas como extrañas a las comunidades locales. Este movimiento de población, sumado al incremento del intercambio interregional, favorecido por la domesticación del asno, pudo haber llevado a los asentamientos más expuestos a trasladarse o a amurallarse.

En resumen, las diferencias entre las distintas partes del Levante meridional parecen haberse pronunciado en el transcurso del BA, lo que pudo haber implicado el surgimiento de un sentimiento de extrañeza y de inseguridad que explicara la construcción de estructuras defensivas que, aún precarias, pudieron haber servido para proteger y definir identidades locales centradas en los asentamientos. Estas diferencias, de raigambre local, parecen haberse acentuado por la presencia de poblaciones egipcias, la cual, en lugar de provocar una unidad en la región, habría pronunciado aquella atomización. En pocas palabras, las poblaciones foráneas habrían desempeñado el rol de catalizadoras de un proceso local, cuyo origen habría que rastrear quizás a fines del Calcolítico.

¿Conflictos nómades vs. sedentarios?

Una teoría clásica para explicar los cambios en los sistemas de asentamiento y la cultura material han sido los conflictos entre nómades y sedentarios, contemplados desde un punto de vista tradicional como dos formas de vida contrapuestas (Kupper, 1957). Sin embargo, la mayor parte de los estudios sobre la Edad del Bronce indican que se trataba de poblaciones semi-nómades pastoriles que convivían de manera relativamente pacífica con los sedentarios, manteniendo no sólo relaciones de intercambio, sino que incluso podrían haber formado parte de la misma comunidad de parentesco, estando esta última entonces compuesta por segmentos sedentarios y móviles (Levy, 1992: 75-76; Rosen, 2017: 199-202).

No obstante, como se desprende de la evidencia, aquellas poblaciones que habitaban en los márgenes de las tierras de cultivo y en las zonas áridas al sur y al este del Levante meridional, todavía utilizaban flechas durante el BA, que, si

bien estarían dedicadas a la caza, podían ser empleadas en un enfrentamiento si era necesario. De manera paralela, en las tierras altas donde no se constatan muchos asentamientos permanentes, se construyeron cercamientos que pudieron haber servido de refugio para pequeñas poblaciones dispersas. En pocas palabras, es posible que haya habido conflictos armados en estas regiones.

Lo anterior, claro está, no explicaría el surgimiento de asentamientos amurallados en otras zonas del Levante meridional, pero quizás sí el incremento de este fenómeno. Varios investigadores han señalado el establecimiento de vínculos permanentes, a fines del BA IB, entre los sitios urbanos y las poblaciones semi-nómades de la periferia, según los cuales éstas entregaban bienes primarios que luego eran consumidos o elaborados en talleres artesanales (Rosen, 2017: 167-204). Esto implicaría el establecimiento de relaciones regulares con determinados grupos pastoriles en detrimento de otros, lo que pudo entonces pronunciar las diferencias entre estos últimos. De ser así, se habilita la posibilidad de pensar situaciones en las que semi-nómades atacaran asentamientos, no por una oposición irreconciliable entre dos formas de vida, sino porque eran enemigos de los pastores aliados a aquella ciudad.

El hallazgo de sitios al sur del Sinaí con estructuras y cultura material semejantes a las de la ciudad de Arad, ubicada en el norte del Négev y datada en el BA II, sería indicador de que en ocasiones las poblaciones urbanas habrían preferido establecer sus propios asentamientos en regiones áridas, evitando así la intermediación de grupos semi-nómades (Beith-Arieh, 1986); o, al contrario, que el propio sitio de Arad pudo haber sido un asentamiento central de poblaciones pastoriles (Greenberg, 2019: 79-81). Fuera como fuese, en ambas situaciones podríamos suponer la competencia entre distintos grupos móviles de las zonas

desérticas del Levante meridional, cuyas consecuencias pudieron impulsar el amurallamiento y la centralización de las relaciones de intercambio.

¿Desigualdad y conflictos sociales?

Una tercera posibilidad para suponer la existencia de conflictos radica en el aumento de las desigualdades sociales, esto es, que los centros urbanos hayan sido resultado de la imposición de un sector social sobre otros. Sin embargo, las desigualdades no parecen haber sido una causa, sino una consecuencia del urbanismo. Recién en el BA III podemos confirmar la existencia de grandes edificios como palacios que habrían sido la residencia de una clase gobernante, como por ejemplo en Tel Yarmuth (Miroshedji, 2013). También para este período contamos con complejos de grandes almacenes, como los de Beth Yerah, los cuales dan cuenta de una marcada centralización de excedentes y una mayor capacidad de mantener a sectores de trabajadores especializados (Greenberg *et al.*, 2012).

Para el BA IB existen sólo unos pocos indicios de edificios públicos, como en Tel Erani, los cuales ya no existen en el BA IB2 (Yekutieli, 2006), o de almacenes centrales, aunque de menor escala, como en Amasiya (Milevski *et al.*, 2016b). Del mismo período datan las primeras construcciones de grandes casas, que se distinguen de las demás no sólo por su tamaño sino por su riqueza material, como en Bet Shean o Tel Abu al-Kharaz, pero que también desaparecen del registro a comienzos del BA II (Greenberg, 2019: 47-48, 55-57). Hemos mencionado también la posible existencia de líderes destacados, quizás guerreros (Klimscha, 2018), pero en este caso se trataría de figuras vinculadas a conflictos con otras poblaciones, no al interior de sus propias comunidades.

A raíz de los cambios en los patrones de asentamiento entre el BA IB y el BA II, algunos autores han propuesto que se debieron a enfrentamientos locales, sin injerencia de foráneos o de semi-nómades (Gophna, 1995; Miroshedji, 2018: 127; Greenberg, 2019: 64-65). De ser así, a nuestro modo de ver, estos conflictos no habrían tenido que ver con contradicciones sociales internas sino con la competencia entre distintos centros, ya sea por las redes de intercambio o por las tierras de cultivo o de pastoreo, los cuales entonces se irían definiendo en oposición a los demás, como sugerimos anteriormente. En este sentido, el control de las redes de intercambio plantearía ventajas económicas en la producción y administración de bienes (Milevski, 2009: 139-142). La prosperidad de ciertos asentamientos urbanos habría sido lo que generaba una mayor competencia, recrudesciendo así los enfrentamientos entre centros locales.

De todas maneras, en tanto y en cuanto las murallas eran símbolos de poder central que delimitaban un espacio interior (urbano) y otro exterior (rural), aquel que las controlara podía adoptar una posición dominante sobre las poblaciones que habitaran fuera. En pocas palabras, a pesar de que en un principio estas estructuras pudieron ser fruto del esfuerzo colectivo para la defensa común, con el paso del tiempo se habrían convertido en el medio y el símbolo de la dominación de unos sobre otros, unos obligando a otros para mantenerlas y reconstruirlas.

Conclusión

Se han propuesto distintas teorías para explicar el surgimiento del urbanismo en el Levante meridional. Si bien algunas mencionan la guerra, ninguna de ellas ha profundizado de manera sistemática en esta cuestión. Las evidencias

analizadas en este artículo nos permiten plantear que hubo un incremento de los conflictos armados desde el BA IB en adelante. Los mismos, si bien pudieron haber estado motivados por el acceso a las rutas de intercambio y los recursos productivos, debieron haber estado fundados en fuertes oposiciones locales, lo que llevó a que se amurallaran para su mejor defensa. De esta manera, los asentamientos habrían servido como protección y como centros político-administrativos para las poblaciones locales.

En otras palabras, el abandono de asentamientos, el establecimiento de sistemas defensivos y su ubicación en zonas más altas, el incremento de armas, su asociación con personas en determinadas tumbas, más los pocos indicadores osteológicos e iconográficos, nos llevan a pensar que el nucleamiento poblacional debe haber sido resultado de una creciente hostilidad entre las poblaciones del lugar. Desde este punto de vista, si bien desde fines del Calcolítico se constata un mayor intercambio y especialización artesanal, estos procesos económicos, por sí mismos, no habrían dado lugar a la centralización territorial de las relaciones políticas. Estas últimas, en cambio, parecen haber tenido lugar recién cuando los asentamientos entraron en competencia, pero para que esto sucediera debía pronunciarse la sensación de extrañeza, según la cual los otros eran concebidos como enemigos. En efecto, lo que parece indicar el amurallamiento de los asentamientos –a pesar quizás de lo rudimentario de estas estructuras– es una intención por defender la autonomía. Esta redefinición de las identidades locales habría sido entonces lo que terminó de centralizar las relaciones económicas, dando lugar así al fenómeno del urbanismo.

Esta base local no implica descartar factores exógenos a la región, como la presencia de poblaciones foráneas o la incidencia de semi-nómades, pero estas últimas parecen

haber servido como catalizadores para que los asentamientos urbanos terminaran de tomar forma, unos en oposición de otros. El establecimiento y perduración de éstos, sobre todo los más grandes y con mejores sistemas defensivos, como Tel Yarmouth y Tel Beth Yerah, habría pronunciado las desigualdades sociales entre las autoridades locales y el resto de la población, convirtiendo entonces a estas construcciones en símbolos de dominación y de opresión. A partir de entonces, se establecería un escenario políticamente fragmentado en el cual, si bien se constatan formas de solidaridad entre habitantes urbanos y rurales, y entre asentados y móviles, cualquier desavenencia podía dar lugar a conflictos, ya sea por el dominio de estas estructuras o por su demolición.

Bibliografía

- Amiran, R. (1970). The Beginnings of Urbanization in Canaan, en: Sanders, J. A. (ed.), *Near Eastern Archaeology in the Twentieth Century. Essays in Honor of Nelson Glueck*, pp. 83-100. Garden City (Nueva York): Doubleday.
- Ashkenazi, H. (2016). *Southern Levantine Early Bronze Age III: Society, Social Power, and Ideology*. Tesis publicada. Tel Aviv: Tel-Aviv University.
- Beith-Arieh, I. (1986). Two Cultures in South Sinai in the Third Millennium BC, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 263, pp. 27-54.
- Ben-Tor, A. (1975). Two Burials Caves of the Proto-Urban Period at Azor 1971, *Qedem* 1, pp. 1-46.
- (1992). The Early Bronze Age, en: Ben-Tor, A. (ed.), *The Archaeology of Ancient Israel*, pp. 81-125. New Haven / Londres: Yale University Press.
- Bourke, S. J. (2014). Urban Origins in the Early Bronze Age Jordan Valley: Recent Discoveries from Pella in Jordan, en: Höflmayer, F. y Eichmann, R. (eds.), *Egypt and the Southern Levant during the Early Bronze Age*, pp. 3-18. Rahden / Westfalia: Marie Leidorf.
- Braun, E. (2016). Little Pot Who made Thee? Dost Thou Know Who made Thee?, en: Bader, B., Knoblauch, C. M. y Köhler, E. C. (eds.), *Vienna 2 - Ancient Egyptian Ceramics in the 21st Century*, *Orientalia Lovaniensia Analecta* 245, pp. 69-84. Lovaina / París / Bristol: Peeters.
- Chesson, M. (2003). Households, Houses, Neighborhoods and Corporate Villages: Modelling the Early Bronze as a House Society, *Journal of Mediterranean Archaeology* 16, pp. 79-102.
- (2019). The Southern Levant during the Early Bronze Age I-III, en: Yasur-Landau, A., Cline, E. H. y Rowan, Y. M. (eds.), *The Social Archaeology of the Levant. From Prehistory to the Present*, pp. 163-182. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ciałowicz, K. M., Yekutieli, Y. y Czarnowicz, M. (eds.) (2016). *Tel Erani I. Preliminary Report of the 2013-2015 Excavations*. Cracovia: Wydawnictwo Alter.
- Ciałowicz, K. M., Yekutieli, Y., Dębowska-Ludwin, J., Rosińska-Balik, K., Shalev, O. y Wasilewski, M. (2015). Egyptian-Levantine Connections: New Evidence for Early Bronze Age Fortifications and some Preliminary Results of an Initial Season of Investigation at Tel Erani, Israel, *Current Research in Egyptology* 15, pp. 13-28.

- Dawson, L., Levy, T. E. y Smith, P. (2003). Evidence of Interpersonal Violence at the Chalcolithic Village of Shiqmim (Israel), *International Journal of Osteoarchaeology* 13, pp. 115-119.
- de Vaux, R. (1970). Palestine during the Neolithic and Chalcolithic Periods, en: Edwards, I. E. S., Gaad, C. J. y Hammond, N. G. L. (eds.), *Cambridge Ancient History*, Vol. 1, Part 2, pp. 208-237. Cambridge: Cambridge University Press.
- Eisenberg, E. (1996). Tel Shalem: Soundings in a Fortified Site of the Early Bronze Age IB, *Atiqot* 30, pp. 1-24.
- Esse, D. L. (1989). Secondary State Formation and Collapse in the Early Bronze Age Palestine, en: Miroshedji, P. de (ed.), *L'Urbanisation de la Palestine à l'âge du Bronze Ancien. Actes de colloque d'Emmaüs (20-24 Octobre 1986) part I*, British Archaeological Reports International Series 527, pp. 81-96. Oxford: Archaeopress.
- Finkelstein, I. (1996). Toward a New Periodization and Nomenclature of the Archaeology of the Southern Levant, en: Cooper, J. S. y Schwartz, G. M. (eds.), *The Study of the Ancient Near East in the 21st Century. The William Foxwell Allbright Centennial Conference*, pp. 103-124. Winona Lake (Indiana): Eisenbrauns.
- Finkelstein, I. y Ussishkin, D. (2000). Area J, en: Finkelstein, I., Ussishkin, D. y Halpern, B. (eds.), *Megiddo III: The 1992-1996 Seasons*, Monograph Series of the Institute of Archaeology of Tel Aviv University 18, pp. 25-74. Tel Aviv: Tel Aviv University.
- Fischer, P. M. (2008). *Tell Abu al-Kharaz in the Jordan Valley, Volume 1: The Early Bronze Age*, Contributions to the Chronology of the Eastern Mediterranean 16. Viena: Austrian Academy of Sciences.
- Gasperetti, M. A. y Sheridan, S. G. (2013). Cry Havoc: Interpersonal Violence at Early Bronze Age Bab edh-Dhra', *American Anthropologist* 115 (3), pp. 388-410.
- Gophna, R. (1968). A Crescentic Axe Head from Kfar Monash, *Israel Exploration Journal* 18, pp. 47-49.
- (1995). Early Bronze Age Canaan: Some Spatial and Demographic Observations, en: Levy, T. E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, pp. 269-280. Londres: Leicester University Press.
- Gophna, R. y Paz, Y. (2014). From Village to Town to Village Again: Settlement Dynamics in the Central Coastal Plain and Adjacent Shephelah from the Late Early Bronze Age I to Early Bronze Age III, *Strata: Bulletin of the Anglo-Israel Archaeological Society* 32, pp. 13-35.

- Goren, Y. y Zuckermann, S. (2000). An Overview of the Typology, Provenance and Technology of the Early Bronze Age I 'Gray Burnished Ware', en: Philip, G. y Baird, D. (eds.), *Ceramics and Change in the Early Bronze Age of the Southern Levant*, pp. 165-182. Sheffield: Sheffield Academic Press.
- Greenberg, R. (2019). *The Archaeology of the Bronze Age Levant*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Greenberg, R. y Ashkenazi, H. (2019). On the Collective Ethos of Fortification in the Levantine Bronze Age, en: Hansen, S. y Krause, R. (eds.), *Bronze Age Fortresses in Europe*, pp. 17-28. Bonn: Habelt.
- Greenberg, R., Paz, S., Wengrow, D. e Iserlis, M. (2012). Tel Bet Yerah: Hub of the Early Bronze Age Levant, *Near Eastern Archaeology* 75, pp. 88-107.
- Harrison, T. P. (2012). The Southern Levant, en: Potts, D. T. (ed.), *A Companion to the Archaeology of the Ancient Near East*, pp. 629-646. Londres: Wiley-Blackwell.
- Herzog, Z. (1997). *Archaeology of the City. Urban Planning in Ancient Israel and its Social Implications*. Tel Aviv: Tel Aviv University.
- Hestrin, R. y Tadmor, M. (1963). A Hoard of Tools and Weapons in Kfar Monash, *Israel Exploration Journal* 13, pp. 265-288.
- Ilan, D. (2002). Mortuary Practices in Early Bronze Age Canaan, *Near Eastern Archaeology* 65 (2), pp. 92-104.
- Jaruf, P. (2018). La función de la iconografía en las culturas calcolíticas del Levante meridional: una lectura a partir del concepto de esferas de interacción, *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental* 19, pp. 21-47.
- Keinan, A. (2007). *The Megiddo Picture Pavement: Evidence for Egyptian Presence in Northern Israel during Early Bronze Age I*. Tesis de maestría (en hebreo). Tel Aviv: Tel Aviv University.
- Kempinski, A. (1978). *The Rise of an Urban Culture*. Jerusalén: Israel Ethnographic Society.
- Kenyon, K. (1960a). *Archaeology in the Holy Land*. Londres: Ernest Benn.
- (1960b). *Excavations at Jericho, Volume One. The Tombs Excavated in 1952-1954*. Londres: British School of Archaeology in Jerusalem.
- Kupper, J. R. (1957). *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari*. París: Presses universitaires de Liège, Les Belles Lettres.

- Klimscha, F. (2018). The Emergence of Specialized Combat Weapons in the Levantine Bronze Age, en: Horn, C. y Kristiansen, K. (eds.), *Warfare in Bronze Age Society*, pp. 101-118. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lemche, N. P. (2008). *The Old Testament between Theology and History. A Critical Survey*. Louisville / Londres: Westminster John Knox Press.
- Levy, T. E. (1992). Transhumance, Subsistence, and Social Evolution in the Northern Negev Desert, en: Bar-Yosef, O. y Khazanov, A. (ed.), *Pastoralism in the Levant. Archaeological Materials in Anthropological Perspectives*, pp. 65-83. Madison (Wisconsin): Prehistory Press.
- Loud, G. (1948). *Megiddo II: Seasons of 1935-39*, Oriental Institute Publications 62. Chicago: University of Chicago Press.
- Marfoe, L. (1979). The Integrative Transformation: Patterns of Sociopolitical Organization in Southern Syria, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 234, pp. 1-42.
- (1987). Cedar Forest to Silver Mountain: Social Change and the Development of Long-Distance Trade in Early Near Eastern Societies, en: Rowlands, M., Larsen, M. y Kristiansen, K. (ed.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, pp. 25-35. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mazar, A. (1992). *Archaeology of the Land of the Bible - 10,000-586 BCE*. Nueva York: Doubleday.
- McEwen, E. (1998). The Bow, en: Schick, T. (ed.), *The Cave of the Warrior*, Israel Antiquities Authority Reports 5, pp. 45-53. Jerusalén: Israel Antiquities Authority.
- Milevski, I. (2009). Local Exchange in the Southern Levant During the Early Bronze Age: A Political Economy Viewpoint, *Antiguo Oriente* 7, pp. 125-159.
- (2011). *Early Bronze Age Goods Exchange in the Southern Levant. A Marxist Perspective*. Londres: Equinox.
- Milevski, I. y Getzov, N. (2014). 'En Zippori. Preliminary Report, *Hadashot Arkheologyiot - Excavations and Surveys in Israel* 126. [En línea] http://www.hadashot-esi.org.il/Report_Detail_Eng.aspx?id=13675. [Consulta: 14-7-2020]
- Milevski, I., Campagno, M., Gandulla, B., Jaruf, P., Daizo, M. B., Czarnowicz, M., Ochał-Czarnowicz, A., Karmowski, J., Yegorov, D., Cohen-Sasson, E. y Yekutieli, Y. (2019). Tel Erani, Israel: reporte de la campaña arqueológica de 2018 y sus antecedentes, *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental* 20, pp. 5-22.

- Milewski, I., Yegorov, D., Aladjem, E. y Pasternak, M. D. (2016a). Salvage Excavation at Tel Erani, Areas P to U: Preliminary Report, en: Ciałowicz, K. M., Yekutieli, Y. y Czarnowicz, M. (eds.), *Tel Erani I. Preliminary Report of the 2013-2015 Excavations*, pp. 45-57. Cracovia: Wydawnictwo Alter.
- Milewski, I., Braun, E., Varga, D. e Israel, Y. (2016b). On Some Possible Implications of a Newly Discovered Early Bronze Age, Large-Scale Silo Complex at Amaziya, Nahal Lachish (Israel), en: Manzanilla, L. R. y Rothman, M. S. (eds.), *Storage in Ancient Complex Societies. Administration, Organization, and Control*, pp. 61-83. Nueva York / Londres: Routledge.
- Miroschedji, P. de (1971). *L'Époque pré-urbaine en Palestine*, Cahiers de la Revue Biblique 13. París: J.Gabalda et Cie.
- (1993). Cult and Religion in the Chalcolithic and Early Bronze Age, en: Biran, A. y Aviram, J. (eds.), *Biblical Archaeology Today, 1990, Pre-Congress Symposium: Population, Production and Power*, pp. 208-220. Jerusalén: Israel Exploration Society.
- (2013). Fouilles de Tel Yarmouth: résultats des travaux de 2003 à 2009 (14e-18e campagnes), *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et Belles-Lettres* 2013, pp. 759-796.
- (2014). The Southern Levant (Cisjordan) during the Early Bronze Age, en: Steiner, M. L. y Killebrew, A. E. (eds.), *The Oxford Handbook to the Archaeology of the Levant, c. 8000-332 BCE*, pp. 307-329. Oxford: Oxford University Press.
- (2018). The Urbanization of the Southern Levant in its Near Eastern Setting, *Origini* 42 (2), pp. 109-148.
- Montanari, D. (2015). Metal Weapons in the Southern Levant during the Early Bronze Age: an Overview, en: Rosińska-Balik, K., Dębowska-Ludwin, J., Ochot-Czarnowicz, A. y Czarnowicz, M. (ed.), *Copper and Trade in the South - Eastern Mediterranean. Trade Routes of the Near East in Antiquity*, BAR International Series 2753, pp. 67-77. Oxford: Archaeopress.
- Nielsen, A. (2007). Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1), pp. 9-41.
- Nigro, L. (2019). Tell Es-Sultan/Ancient Jericho in the Early Bronze Age II-III, en: Gallo, E. (ed.), *Conceptualizing Urban Experiences: Tell Es-Sultan and Tall Al-Ḥammām Early Bronze Cities across the Jordan. Proceedings of a Workshop Held in Palermo, G. Whitaker Foundation, June 19th, 2017 (Rome «La Sapienza» Studies on the Archaeology of Palestine & Transjordan, 13)*, pp. 79-108. Roma: Sapienza University of Rome.

- Paz, Y. (2018a). *Leviah. An Early Bronze Age Fortified Town in the Megalithic Landscape of the Golan*. Kinneret: Kinneret Academic College, Kinneret Institute for Galilean Archaeology / Ostrakon.
- (2018b). The Existence of Archery in Early Bronze Age Southern Levant Warfare: A Note, *Journal of Conflict Archaeology* 13 (1), pp. 3-11.
- Philip, G. (2001). The Early Bronze Age I-III, en: MacDonald, B., Adams, R. y Bienkowski, P. (eds.), *The Archaeology of Jordan*, pp. 163-232. Sheffield: Sheffield Academic Press.
- Rosen, S. A. (1983). The Microlithic Lunate: An Old-New Tool Type from the Negev, Israel, *Paléorient* 9 (2), pp. 81-83.
- (1984). The Adoption of Metallurgy in the Levant: A Lithic Perspective, *Current Anthropology* 25 (4), pp. 504-505.
- (2011). *An investigation into early desert pastoralism: excavations at the Camel Site, Negev*. Los Ángeles: UCLA.
- (2017). *Revolutions in the Desert. The Rise of Mobile Pastoralism in the Negev and the Arid Zones of the Southern Levant*. Nueva York / Londres: Routledge.
- Salmon, Y. (2008). Qyriat Haroshet - An Early Bronze Age Cemetery in the Vicinity of Tel Qashish, *Contract Archaeology Reports* 3, pp. 1-30.
- Schick, T. (ed.) (1998). *The Cave of the Warrior*, Israel Antiquities Authority Reports 5. Jerusalén: Israel Antiquities Authority.
- van den Brink, E. C. M. y Levy, T. (eds.) (2002). *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through Early 3rd Millennium BCE*. Londres: Leicester University Press.
- Yadin, Y. (1955). The Earliest Record of Egypt's Military Penetration into Asia? Some Aspects of the Narmer Palette, the 'Desert Kites' and Mesopotamian Seal Cylinders, *Israel Exploration Journal* 5 (1), pp. 1-16.
- Yekutieli, Y. (2006). The Ceramics of Tel 'Erani, Layer C, *Glasnik, The Journal of the Serbian Archaeological Society* 22, pp. 225-242.
- (2008). Symbols in Action - The Megiddo Graffiti Reassessed, en: Midant-Reynes, B. Tristant, Y., Rowland, J. y Hendrickx, S. (eds.), *Egypt and Its Origins 2. Proceedings, of the International Conference "Origin of the State, Predynastic and Early Dynastic Egypt", Toulouse (France), 5th-8th September 2005*, Orientalia Lovaniensia Analecta 172, pp. 807-837. Lovaina: Peeters.

- (2014). The Early Bronze Age Southern Levant: The Ideology of An Aniconic Reformation, en: Knapp, B. y van Dommelen, P. (eds.), *The Cambridge Prehistory of the Bronze and Iron Age Mediterranean*, pp. 609-618. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zertal, A. (1993). Fortified Enclosures of the Early Bronze Age in the Samaria Region and the Beginning of Urbanization, *Levant* 25, pp. 113-125.

Prácticas militares y administrativas en el antiguo Egipto durante el período Dinástico Temprano

Augusto Gayubas

I

En los estudios sobre el antiguo Egipto, el período Dinástico Temprano (c. 3050-2700 a. n. e.) sigue siendo una fase de difícil abordaje, dado el carácter muy a menudo fragmentario de la evidencia disponible. No obstante, algo sobre lo que tenemos certezas es, por un lado, la presencia de un gobierno regio que, al menos durante la mayor parte del período, debió ejercer una dominación política sostenida en un territorio ocupado *grosso modo* entre la costa del mar Mediterráneo y Elefantina, y por el otro, la existencia de contactos entre el Estado egipcio y sus áreas o poblaciones periféricas. Las formas de organización y administración de esa dominación política estatal, así como las características específicas de las relaciones entabladas con las periferias, son menos claras, si bien a lo largo de los años se han hecho importantes indagaciones al respecto (Emery, 1961; Edwards, 1971; Helck, 1987; Wilkinson, 1999, 2010; Engel, 2013).

Si pensamos la organización estatal como aquella que concentra en una elite la capacidad coercitiva (Campagno,

2013), uno de los problemas que atañen a la relación con las áreas y poblaciones adyacentes es el de la actividad militar, esto es, la puesta de esa capacidad coercitiva al servicio de otra dimensión de la violencia, dirigida hacia ámbitos sobre los que no se ejerce, al menos en principio, una dominación política estable o permanente. Precisamente, entre los inconvenientes que se presentan a la hora de abordar la evidencia de vínculos extraestatales está el de reconocer cuándo tales relaciones y sus consecuencias (por ejemplo, la obtención de bienes o materias primas) tuvieron una dimensión pacífica (mediante intercambios, dones, u otros) y cuándo involucraron el ejercicio (o la amenaza) de la violencia (por ejemplo, expediciones armadas, guerras, imposiciones tributarias).

Lo que nos interesa en el presente trabajo es repasar la evidencia de esta segunda dimensión de las relaciones entre el Estado egipcio del período y las áreas o poblaciones adyacentes, es decir, aquella que involucra la capacidad militar, y reflexionar, a continuación, sobre aspectos administrativos ligados a dicha actividad.

II

¿Qué sabemos sobre la actividad militar en el período Dinástico Temprano? La principal fuente de evidencia es la iconografía. Aun con todas las dificultades de interpretación que trae aparejadas, nos ofrece, en conjunto con algunas inscripciones epigráficas, información sobre distintos aspectos de lo bélico (Hamilton, 2016; Bestock, 2018). Por un lado, sobre la conceptualización de poblaciones colocadas en el lugar de “enemigas” o de merecedoras de la violencia regia o estatal, según son representadas en actitud de derrotadas: grupos o individuos muertos, prisioneros

o a punto de ser ejecutados, y localidades asaltadas o destruidas (Wilkinson, 1999: 150-182; Gilbert, 2004: *passim*; Campagno y Gayubas, 2015: 31-39). Si bien no siempre es clara la identificación de estos enemigos, ciertos atributos visuales, referencias epigráficas o la ubicación geográfica de las imágenes permiten reconocer a poblaciones de los ámbitos nubio, sinaítico, sudlevantino y, presumiblemente, libio, así como del delta del Nilo (sin que podamos descartar que la presunta identificación libia refiera, en esta época, al delta occidental del Nilo, como parece sugerir una etiqueta del reinado de Narmer, primer rey de la Dinastía I).¹ También se documenta actividad egipcia en los desiertos circundantes, la cual pudo involucrar la movilización de contingentes armados y el contacto con poblaciones seminómicas (Wilkinson, 1999: 169-174).

Otro aspecto visible en la iconografía es la centralidad ideológica del rey. La figura de éste como fuerza ordenadora tiene su expresión militar en las imágenes y textos que lo presentan como guerrero victorioso, especialmente en las escenas del sometimiento del enemigo que quizás representen un ritual posbélico de ejecución o de su amenaza –en cualquiera de los dos casos, una demostración de dominación o control–, o sinteticen iconográficamente una (real o imaginada) situación militar: campaña, incursión, combate (Hall, 1986; Köhler, 2002; Gayubas,

1 En algunas de tales inscripciones contemporáneas o provenientes de referencias a las dos primeras dinastías en la Piedra de Palermo y fragmentos asociados de la Dinastía V, se documentan términos como *sty/t3-sty* (relativos al ámbito nubio), *stt/stt(w)* (relativos al Levante, aunque una inscripción sobre tributación de la Dinastía II puede hacer referencia a la localidad de Sethroë, en el extremo oriental del delta del Nilo), *iwntiw* (posiblemente alusivo a poblaciones del Sinaí), *thnw* (ámbito libio o delta occidental), y otros que identifican a poblaciones con el norte (el delta) o el este (Sinaí o Levante meridional), así como términos más generales como *h3st* (tierra extranjera) o *zmit* (desierto), y más específicos que refieren a localidades o estructuras amuralladas que pudieron ubicarse en el delta, el norte del Sinaí o el sur de Palestina.

2020). En efecto, el motivo del rey a punto de descargar su arma (a menudo una maza) sobre la cabeza de un enemigo vencido parece sugerir que, más allá de cuáles fueran las circunstancias, prácticas y personajes directamente involucrados en tales situaciones bélicas, el triunfo se debía ideológicamente al rey-dios, y era ello lo que merecía ser representado, mediante la imagen del rey victorioso, en última instancia también responsable de la captura y potencial ejecución de enemigos. Es significativo que, si acaso como argumenta Bestock (2018: 196), las inscripciones rupestres del Sinaí meridional durante el período Dinástico Temprano (Wadi Ameyra, Wadi el-Humur) y el Reino Antiguo (Wadi Maghara) que representan al rey sometiendo enemigos pudieron ser encomendadas por los funcionarios encargados de organizar tales expediciones armadas a dichas áreas, el protagonista iconográfico de la potencia coercitiva del Estado continúa siendo el rey; los funcionarios simplemente acompañan iconográfica y/o epigráficamente al rey, sin disponerse a ejercer directamente ninguna clase de violencia aun cuando son representados portando armas.²

Nada parecido a un combate o a una *melé* aparece representado en el Dinástico Temprano. Pero sí prácticas asimilables a la resolución de enfrentamientos o incursiones armadas: letalidad derivada de la actividad militar, expresada mediante cuerpos en posición horizontal o contorsionándose con los miembros extendidos o los brazos sujetos a la espalda (indicativos de individuos muertos violentamente y de la posible exposición de sus cadáveres); heridas posiblemente fatales provocadas por el impacto de

2 Acaso el valor social del funcionario estaba dado por organizar, obligar o estimular a las tropas o grupos movilizados, así como por servir eficientemente al rey, mas no por ejercer por sí mismo la violencia.

proyectiles en el torso; captura de prisioneros, a menudo atados con lazos o sogas de sus brazos o cuellos; potencial ejecución –en contextos presuntamente rituales– de enemigos vencidos, fueran jefes, líderes o simplemente miembros de la comunidad derrotada, mediante la descarga (iconográficamente suspendida) de un arma sobre la cabeza; mutilaciones antemortem o postmortem de la cabeza y/o los genitales de grupos de vencidos; y, con cierto grado de incertidumbre, la obtención de tributo (si interpretamos como tal algunas imágenes de individuos inclinados o cargando bienes, así como inscripciones epigráficas relativas a la obtención de productos de regiones circundantes), que pudo haber seguido a –o constituido un modo de evitar– acciones o extorsiones bélicas.³

Una actividad que podemos asociar al desempeño militar propiamente dicho es el asalto a recintos, asentamientos o fortificaciones (Gayubas, 2018a, con bibliografía). Quizás hagan referencia a ello, aunque sin brindar detalles, algunas entradas de la Piedra de Palermo (compilación de anales reales compuesta en la Dinastía V), concretamente las referencias a un año de reinado de Den de la Dinastía I relativo a un viaje río abajo a dos localidades presumiblemente ubicadas entre el delta oriental y el sur del Levante mediterráneo que culmina con el ataque a una de ellas (según sugiere la representación de un hombre atacando el determinativo de ciudad), y a un año de reinado de Ninetjer de la Dinastía II en el que se expresa el asalto a dos recintos o localidades del Bajo Egipto o alrededores mediante azadas –de modo similar a como son empleadas

3 Para los ejemplares específicos que contienen estas imágenes, remitimos a las obras ya referenciadas que tratan sobre el período Dinástico Temprano, en general, y sobre la iconografía de violencia bélica del período, en particular, como modo de evitar entorpecer la lectura saturando de datos estas líneas.

en la Paleta de las Ciudades de fines del Predinástico y en una más evidente escena del ataque a una fortificación en la pintura mural de la tumba de Kaemheset, de la Dinastía V, en Saqqara– (Redford, 1986: 135; Wilkinson, 2000: 116, 125).⁴ Algunas etiquetas de los reinados de Aha y Den también asocian azadas con posibles localidades fortificadas del sur del Levante o el Sinaí (algunas de ellas abiertas, como si estuvieran parcialmente destruidas), y otra etiqueta de Den presenta a una de tales localidades junto a un personaje en actitud de golpear con un arma (Helck, 1987: 158-160; Monnier, 2013a). Una evocación bastante elocuente se encuentra a comienzos de la Dinastía I en la Paleta de Narmer, en la cual un recinto fortificado abierto o destruido de un modo notablemente parecido a la inscripción en las etiquetas del reinado de Den, es embestido por un toro (probable simbolización del rey o de sus atributos de fuerza) y acompañado de un individuo muerto o derrotado (Wengrow, 2007 [2006]: figs. 2.1-2).

Un último aspecto que podemos mencionar relativo a las imágenes de guerra del Dinástico Temprano atañe a la tecnología. Los testimonios iconográficos y epigráficos recién mencionados indican la presencia de estructuras fortificadas en los períodos que estamos considerando, se ubicaran en torno al Nilo o en sus alrededores (por ejemplo, el Levante meridional o el Sinaí). La construcción o gestión de fortificaciones más claramente debidas a la administración del Estado egipcio es sugerida por un sello del reinado de Qaa de la Dinastía I que contiene, junto al *serekh* del rey, una torre *swnw* (quizás una torre defensiva) y un recinto ovalado con salientes en el contorno que pudo representar alguna estructura defensiva (Moreno García,

4 Sobre la Paleta de las Ciudades y la decoración en la tumba de Kaemheset, véase Müller, 2009: 218, 220 y *Abb.* 3 y 7.

1997: 116-118, fig. 1b); también por una etiqueta y dos modelos en miniatura de la Dinastía I que representan lo que pudieron ser igualmente torres *swnw* del tipo que se documenta epigráficamente en el Reino Antiguo (Monnier, 2013b: 368-369, figs. 1-4).⁵

Embarcaciones usadas para la movilización de contingentes armados son sugeridas en inscripciones rupestres: la imagen de una barca con el *serekh* de Narmer en Wadi Ameyra, Sinaí meridional, puede indicar que tal era uno de los medios de transporte (complementario de otras formas de movilidad) para la realización de expediciones más allá del valle del Nilo, y una escena con prisioneros e individuos muertos junto a una embarcación en Djebel Sheikh Suleiman, en la Baja Nubia, que algunos autores datan hacia comienzos de la Dinastía I aunque pudo corresponder a la fase Nagada IIIb del período Predinástico, testimonia de un modo u otro que el tránsito por el Nilo era un medio efectivo de movilidad militar en aquellas épocas, incluso más allá de la primera catarata (Tallet y Laisney, 2012: 397; Bestock, 2018: 62-64). La presencia de una barca sobre hileras de prisioneros decapitados en la Paleta de Narmer ha sido en ocasiones identificada también con una expedición naval con objetivos militares, si bien no existe acuerdo al respecto, y las etiquetas de Aha que mencionamos más arriba, que conectan azadas con lo que parecen ser recintos amurallados, incluyen bajo éstos una fila de barcas, cuyo sentido de todos modos no resulta del todo claro (Gayubas, 2018b, con bibliografía). La entrada del reinado de Den en la Piedra de Palermo que alude al ataque a una localidad septentrional especifica más elocuentemente el carácter náutico de la expedición que concluye en una agresión presumiblemente militar (Wilkinson, 2000: 116).

5 Volveremos sobre ello más adelante.

En cuanto al armamento, las escenas de sometimiento del enemigo y similares del período exhiben palos y, sobre todo, mazas (mayormente piriformes). Esta última clase de implemento que empuña el rey aparece, pues, asociada a escenas que podríamos caracterizar como posbélicas, si bien la conformación del nombre del rey Aha, directamente asociada con el jeroglífico *ḥ3* (“luchar”, “combatir”) que emula la portación simultánea de una maza y un escudo y es también documentado como tal en el período, sugiere que la maza pudo ser usada en situaciones de enfrentamiento, fueran batallas o incursiones (Gilbert, 2004: 43-44; Herold, 2009: 195). El escudo aparece también, entonces, como arma, en este caso defensiva. Personajes cercanos al rey, quizás funcionarios, son representados portando palos, mazas o arcos y flechas –piénsese en las imágenes del reinado de Den en Wadi el-Humur (Tallet, 2010: 98)–,⁶ y un fragmento cerámico de datación dudosa (entre fines del Predinástico y el Dinástico Temprano) presenta a un individuo armado con un hacha de hoja semicircular (Krauss, 1955; Sass y Sebbane, 2006).

El empleo militar de flechas se infiere también por la representación, en dos escenas de fines del Predinástico o comienzos de la Dinastía I, de sendos personajes alcanzados o atravesados por proyectiles (el ya mencionado grabado rupestre de Djebel Sheikh Suleiman y un fragmento de paleta actualmente conservado en el Metropolitan Museum de Nueva York; De Wit, 2008: 277-278). Acaso las sogas o lazos con los que aparecen atados algunos prisioneros suponen otro implemento de utilidad bélica o posbélica, de modo similar a lo que podría pensarse del instrumento empleado

6 No hay acuerdo en considerar la tercera de dichas imágenes como correspondiente al reinado de Den, aunque se reconoce que debió pertenecer al período Dinástico Temprano (Bestock, 2018: 178-179).

para las decapitaciones, posiblemente cuchillos como aquel que reposa sobre el cuello de un ave-*rekhyt* en un año de reinado de Djer de la Dinastía I en la Piedra de Palermo (Wilkinson, 2000: 97-98; Ludes y Crubézy, 2005: 91).⁷ La azada que se representa en posición de ataque o destrucción de estructuras fortificadas pudo simbolizar tanto una herramienta-arma como la acción evocada por el signo que, para el Reino Medio, ha sido identificado en asociación con el verbo *b3*, “destruir” (Vernus, 1993: 87, n. 40, 99).

La arqueología ofrece otros indicios, algunos de ellos compatibles con los testimonios iconográficos y epigráficos señalados. Restos de armas (algunas de ellas funcionales, otras de carácter evocativo) han sido recuperados, principalmente en tumbas y espacios culturales de la elite: cabezas de maza de piedra, arcos de asta y madera, flechas de sílex, madera y marfil, carcajes de cuero, hojas de hacha de piedra, sílex y cobre, cuchillos o dagas de sílex y cobre, y unas pocas puntas de lanza (Wolf, 1926: 4-19; Gilbert, 2004: 33-72; Herold, 2009: 193-195; Shaw, 2019: 94-96, 100-101). La escasa cantidad de ejemplares de esta última clase de arma, sumada al desconocimiento de iconografía alusiva a su uso en este período –salvo por la inscripción epigráfica que conforma uno de los nombres del rey Semerkhet de la Dinastía I (Gilbert, 2004: 58)–, podría indicar su ausencia en la actividad militar o, alternativamente, su asociación con los contingentes armados que no formarían parte de los sectores de elite dedicados a su conducción y que, por tal motivo, no estarían representados en la iconografía ni lo suficientemente

7 Etiquetas de madera de los reinados de Aha y Djer de la Dinastía I contienen la escena de un personaje arrodillado, al parecer clavando un objeto en el pecho de otro personaje, también arrodillado pero con los brazos aparentemente atados a la espalda (Wilkinson, 1999: 266-267; Crubézy y Midant-Reynes, 2005: 65-66; Morris, 2007: 20-21). Tal objeto ha sido interpretado en ocasiones como un cuchillo o un puñal, y la escena como una especie de sacrificio. Otros autores, como Bestock (2018: 218, n. 4), cobijan dudas sobre la interpretación que puede hacerse de tales etiquetas.

documentados en el registro funerario; estas observaciones son pertinentes si se tiene en cuenta que desde el Reino Antiguo se hace notorio que las lanzas formaban parte importante de la fuerza militar del Estado egipcio.⁸

Los indicios arqueológicos de la destrucción e interrupción en el uso del cementerio real de Qustul, en la Baja Nubia, hacia la Dinastía I, seguida de la casi total desaparición del Grupo A del registro material de la región han sido vinculados a agresiones posiblemente militares del Estado egipcio sobre dichas poblaciones del sur (Williams, 1986: 183; Török, 2009: 53-55). Tanto ello como situaciones potencialmente coercitivas posteriores pueden ser relacionadas con la existencia, a partir de la Dinastía I, de un recinto amurallado del Estado egipcio en Elefantina, en el límite meridional con la Baja Nubia, posible punto de apoyo para expediciones conducidas hacia el sur (Vogel, 2009: 168-170).⁹ Otra fortificación egipcia ha sido relevada arqueológicamente en Tel es-Sakan, en el sur del Levante mediterráneo, datada entre Nagada IIIab y comienzos de la Dinastía I, la cual añade a otros indicadores de presencia o actividad estatal egipcia en la región, una imagen de potenciales conflictos, además de contribuir a testimoniar la existencia de una arquitectura militar en el período Dinástico Temprano (Miroschedji *et al.*, 2001: 84).

8 También debe ser señalado que una placa de estuco del período Dinástico Temprano hallada en Adaïma junto a una serie de modelos de armas, ha sido interpretada como un modelo de escudo. Véase Gilbert, 2004: 43.

9 También hay indicios de presencia estatal egipcia en la zona de Buhen, en torno a la segunda catarata, durante el período Dinástico Temprano, así como de actividades regias en puntos intermedios como las inmediaciones de Naga Abu Shanak, cerca de Kuban (Gratien, 1995; Török, 2009: 55, 57). Por otro lado, merece ser señalado que han sido documentados restos humanos con lesiones en cráneos y antebrazos en tumbas del norte de la Baja Nubia correspondientes al Grupo A, contemporáneos de las fases expansivas de las entidades del Alto Egipto hacia la fase Nagada II del período Predinástico y de la conformación del Estado egipcio entre la fase Nagada IIIab y comienzos de la Dinastía I (Rampersad, 1999: 199-201).

III

Los indicios de actividades bélicas durante el período Dinástico Temprano pueden habilitar múltiples líneas de reflexión sobre sus especificidades y sobre su relación con otras esferas de la vida social. Sobre lo primero, sólo apuntaremos aquí que el armamento recuperado arqueológicamente y representado iconográficamente permite inferir el recurso a tácticas de ataque tanto con proyectiles (arcos y flechas) como con armas para el combate cuerpo a cuerpo (mazas, hachas, cuchillos o dagas), efectivas tanto en incursiones como en eventuales batallas (salvo los modelos de armas que pudieron tener otras funciones, simbólicas o de ostentación). La poca presencia de lanzas pudo tener que ver menos con la renuencia a usar tal implemento que con razones de supervivencia arqueológica y de escaso interés iconográfico. Los escudos pudieron servir para proteger los cuerpos tanto de golpes con armas de corto alcance como de proyectiles (Spalinger, 2010: 426). Las heridas provocadas a los enemigos (pero quizás también aquellas recibidas por los contingentes al servicio del rey-dios) pudieron ser en ocasiones fatales, según sugieren las imágenes de individuos muertos o atravesados por proyectiles, y la captura de prisioneros parece haber sido una práctica habitual, en ocasiones tal vez derivando en la (real o simulada) ejecución, en contexto ritual, protagonizada por el rey; la mutilación tampoco habría estado ausente en algunas situaciones, según se infiere de testimonios iconográficos de decapitación y castración (Gayubas, 2020).

La movilidad por el Nilo y, quizás, por las costas de los mares Rojo o Mediterráneo debió depender de tecnología náutica apta para transportar contingentes humanos armados, mientras que el tránsito terrestre debió ser a pie y con la posible asistencia de animales de carga (Gayubas,

2018b). La coordinación de tales grupos humanos parece haber estado a cargo de funcionarios que pudieron dirigirlos tanto en actividades bélicas como en excursiones con otras finalidades. La correspondencia organizativa entre grupos humanos movilizados para distintos (o simultáneos) objetivos estratégicos, como por ejemplo la guerra y la extracción de recursos, halla un correlato algo más tardío en el uso (documentado a partir de la Dinastía III) del término *mšꜥ*, “tropa”, empleado tanto para unos contextos como para los otros.¹⁰

Por otro lado, testimonios de fines del período Predinástico y comienzos de la época dinástica ofrecen evidencia de técnicas de asalto a fortificaciones, cualesquiera fueran la ubicación y el alcance defensivo de éstas en los distintos períodos. Descargas –acaso recíprocas– de proyectiles y el empleo de instrumentos (hachas o azadas) para socavar o destruir muros pudieron formar parte de tales acciones, poniendo en juego diversos grados de coordinación. La capacidad organizativa orientada a dicho fin destructivo pudo también ser responsable de la dimensión constructiva que debió suponer la instalación de estructuras fortificadas en diversos puntos del valle del Nilo o en los bordes e inmediatas periferias del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras.¹¹ Los asentamientos de frontera de las primeras dinastías pudieron funcionar menos como puestos de protección ante eventuales agresiones de poblaciones

10 Sobre el carácter “elástico” de este término, véase Spalinger, 2013: 465-466. Las inscripciones rupestres del reinado de Den en Wadi el-Humur, en el Sinaí meridional, que presentan al rey en actitud de someter al enemigo acompañado de lo que parecen ser funcionarios armados (Tallet, 2010), sustentan la imagen que asocia las expediciones conducidas a regiones fronterizas, así como su control, administración o explotación, al empleo de la violencia organizada (contingentes organizados o entrenados militarmente), y a la existencia de funcionarios que cumplieran, si bien no exclusivamente, funciones bélicas o de control y vigilancia armada.

11 Sobre esto último volveremos más adelante.

periféricas que como puntos de apoyo, “puertas” (Diego Espinel, 1998: 15-16), para las iniciativas exteriores del Estado egipcio, fueran incursiones bélicas propiamente dichas (algunas de las cuales pudieron encontrar escasa, si acaso alguna, resistencia) o expediciones de exploración, extracción de recursos o intercambio que contaran con alguna clase de respaldo armado.¹²

Ahora bien, sobre la segunda cuestión que mencionamos al comienzo de este apartado –la relación entre la guerra y otros ámbitos de lo social– lo que nos interesa a continuación es ocuparnos brevemente de uno de los recorridos posibles, consistente en pensar la vinculación entre la capacidad bélica del Estado egipcio del período, esbozada en los párrafos precedentes, y ciertas pautas administrativas de la dominación estatal.

La concentración de la fuerza constituye la condición mínima de posibilidad para la movilización compulsiva de grupos humanos y para la obtención de recursos orientados a satisfacer los intereses de un grupo diferenciado, no sometido a normas de reciprocidad. De este modo, el ejercicio de la violencia o su amenaza resultan la forma privilegiada de relación de la elite estatal tanto con las poblaciones enemigas a las que se hace la guerra y de las que se obtiene, mediante tributo o botín, bienes, recursos humanos y materias primas (los cuales pueden ser conseguidos alternativamente a través de vínculos de alianza o intercambios), como con la población subordinada, cuya condición en tanto tal la constituye, precisamente, en tributaria del Estado, obligada a ceder ya sea excedentes productivos o mano de obra (Giddens, 1985: 58; Campagno, 2002: 244-246; Trigger, 2003: 375-394).

12 Si a nivel táctico las fortificaciones cumplen una función defensiva, a nivel estratégico pueden, efectivamente, jugar un rol ofensivo.

En el valle del Nilo, la relación mediada por la violencia entre la elite estatal y las regiones periféricas –aun cuando no fuera el único modo de vinculación posible– puede deducirse de los indicadores que mencionamos en el apartado anterior. Respecto a la relación de aquella con la población subordinada, podemos inferirla en una serie de artefactos de fines del período Predinástico y comienzos de la época dinástica. El indicio más elocuente es la representación simultánea de Nueve Arcos (simbolización de las poblaciones enemigas del rey) y tres aves-*rekhyt* (simbolización de los súbditos del rey) en situación de sometimiento en soportes como la Cabeza de Maza de Escorpión de Nagada IIIb (donde aparecen respectivamente colgados y ahorcadas de estandartes) y la base de una estatua del rey Netjerkhet/Djoser de la Dinastía III (los Nueve Arcos bajo sus pies y las aves-*rekhyt* inmediatamente delante de éstos) (Baines, 1996: 367-368; Campagno, 2013: 215).

También resultan de interés los registros epigráficos del ritual de “seguir a Horus” (*šms hr*), que probablemente implicaba la obtención compulsiva de tributo a lo largo del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras y que es referido en la Piedra de Palermo en relación con varios años de reinado de las primeras dinastías, así como en etiquetas de los reinados de Den, Semerkhet y Qaa de la Dinastía I (Wilkinson, 1999: 220-221; Campagno, 2002: 244-245). Llamativamente, un antecedente de tal ritual es testimoniado como “seguimiento náutico” (*šmsw*) en una inscripción rupestre de Nagada IIIb en Nag el-Hamdulab, en las cercanías de Asuán, que vincula lo que parece ser la recolección de tributo con la conmemoración de una victoria militar u otra clase de ejercicio armado de la violencia en una fase de expansión política en la cual el límite entre la actividad bélica y el empleo de la fuerza para garantizar una dominación estable o preestablecida sería

borroso (Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012: 1080-1081 y fig. 11; Darnell, 2015).¹³ Una referencia conjunta al año de “seguir a Horus” y a la presencia de “*rejit* decapitados” (Diego Espinel, 2006: 188) en una entrada del reinado de Djer de la Dinastía I en la Piedra de Palermo también parece enfatizar la dimensión coercitiva de la actividad tributaria del Estado egipcio. La posibilidad de rastrear unos mecanismos tributarios estables en el período Dinástico Temprano se refuerza al documentarse la existencia de una institución identificada con el tesoro desde el reinado de Den (*pr-ḥd*, posteriormente también *pr-dšr*), así como inscripciones sobre recipientes interpretadas como “anotaciones de tributo” que aparecen con anterioridad (Wilkinson, 1999: 125-128; Engel, 2013: 25-32).

Por otro lado, podemos suponer que la obtención de recursos materiales y humanos mediante las distintas formas de tributación permitiría el sostenimiento e incluso la expansión de la “capacidad de coerción” del Estado (Campagno, 2013). En efecto, en el valle del Nilo la disposición de recursos y fuerza de trabajo por parte de las elites estatales debió no sólo permitir la conformación de grupos humanos movilizables y sustentar su equipamiento y abastecimiento, sino también facilitar la construcción de embarcaciones y fortificaciones que debieron servir a fines militares tanto ofensivos como defensivos. Como vimos, la existencia de una “arquitectura militar” adquiere importancia en los registros iconográfico y arqueológico durante Nagada IIIab y comienzos de la época dinástica, es decir, en sendos contextos de expansión y consolidación de la

13 Tal inscripción se completaría con la forma *nḥb b3* que ha sido traducida como “tributación de la localidad-piel-de-pantera” (Darnell, 2015: 29). Para una lectura distinta de la inscripción jeroglífica de Nag el-Hamdulab, véase Begon, 2016, quien sin embargo reconoce, en un personaje sosteniendo lo que parece ser un cuenco sobre su cabeza, una práctica de tributación.

dominación estatal a lo largo del valle y el delta del Nilo, coincidente a su vez con el testimonio de la construcción de estructuras funerarias y culturales de proporciones –y de una presumible demanda de materias primas y de mano de obra– crecientes (Wilkinson, 1999: 230-255). Por su parte, la navegación como “tecnología de movimiento” que permitiría acortar distancias y “resolver problemas logísticos” (Ferguson, 1999: 412), parece haber puesto en funcionamiento, en las fases de expansión política y de consolidación de la dominación territorial, una operatoria regular tanto de obtención de maderas locales y periféricas (como, por ejemplo, el cedro del Líbano que, a partir de la Dinastía II, debió ser obtenido mediante intercambios con la ciudad de Biblos) como de construcción de embarcaciones bajo administración estatal, cuya expresión más evidente es el título de “portador del sello del astillero” (*htm w whrt*) documentado hacia finales de la Dinastía II, y cuyos indicios más directos son los enterramientos de barcas de madera en contextos de elite correspondientes a la Dinastía I (Wilkinson, 1999: 160-162; Gayubas, 2018b, con bibliografía).

Esta relación entre el ejercicio de la violencia y la concentración económica puede entenderse según lo que para el mundo moderno Samuel Finer (1975: 96) denomina ciclo “extracción-coerción”: la apropiación de recursos materiales y humanos, obtenidos principalmente mediante la tributación, es garantizada por –pero es a la vez fundamento de la expansión de– la “capacidad de coerción” del Estado.¹⁴ Ello supone, en definitiva, un ciclo de actividades ya sea rotativo o estacional que pudiera garantizar la continuidad de la producción primaria tanto a nivel comunal como de las instalaciones productivas de la elite al tiempo que

14 Véase Giddens, 1985: 8, 13-17. Sobre la “capacidad de coerción” del Estado egipcio, véase Campagno, 2013.

habilitara la asignación de mano de obra a la realización de obras y a la conducción de expediciones (Ferguson, 1999: 391-392; Gnirs, 1999: 78).

En relación con ello, cabe señalar que el mantenimiento y la movilidad de grupos humanos con finalidad total o parcialmente militar se pudo haber sostenido, no sólo en la tributación como práctica fundadora de lo estatal y en las facilidades de transporte ofrecidas por la tecnología náutica, sino también en el establecimiento de redes de comunicación y abastecimiento que debieron vincular lo económico con lo militar desde un punto de vista organizativo. Los testimonios más elocuentes acerca de esta cuestión aparecen a partir de la Dinastía III, período en el cual, según sostiene Moreno García (2010: 14-15; 2013: 190-192), existe evidencia textual de un sistema de establecimientos agrícolas y de almacenamiento dependientes de la realeza distribuidos a lo largo del territorio, que debió servir no sólo a la producción y recolección de recursos para la corona sino también al abastecimiento con equipamiento, comida e instalaciones a los grupos humanos movilizadas tanto en expediciones de exploración, extracción o intercambio como en campañas militares. Es con este sentido que el autor interpreta las referencias textuales a instalaciones *ḥwt* y *ḥwt-ʿ3t* que se documentan en inscripciones sobre recipientes hallados en el complejo funerario del rey Netjerkhet/Djoser de la Dinastía III y en improntas de sellos de la misma dinastía en Elefantina (Moreno García, 2013: 190-192, 198). Las inscripciones rupestres de Hatnub, las más tempranas de las cuales datan de la dinastía siguiente, sustentan tal lectura al mencionar “los recursos entregados por [la instalación] *ḥwt* local a los equipos de trabajadores enviados a las canteras [y] la organización de las expediciones por un supervisor de *ḥwt*” (Moreno García, 2013: 198). Las improntas de sellos de Elefantina de la Dinastía III, por su parte, refieren el envío

de bienes de Abidos a dicha ciudad ubicada en el extremo meridional del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras, lo cual parece conectar el sistema de instalaciones de la realeza con el rol de Elefantina como fortaleza y como “puerta” de acceso a la Baja Nubia, y la distribución de recursos con los grupos humanos estacionados en –o movilizadas desde– dicha región (Moreno García, 2013: 192).

Si bien su interpretación es más difícil, inscripciones de las Dinastías I y II que refieren a la existencia de instalaciones reales con fines de producción y almacenamiento en distintos puntos del territorio pueden testimoniar un sistema en alguna medida compatible con lo propuesto por Moreno García (Wilkinson, 1999: 117-124; Engel, 2013: 27-28). El carácter de las instalaciones *hwt* del período, inicialmente documentadas hacia mediados de la Dinastía I, es difícil de precisar. No obstante, los nombres asociados a ellas permiten inferir identificaciones por localidad o por actividad económica que evidencian alguna clase de organización territorial orientada al aprovisionamiento de la realeza. Algunos de dichos nombres evocan lo que se ha interpretado como centros o talleres regioes especializados en determinadas actividades productivas, como la ganadería o el trabajo de metales, que pudieron servir al abastecimiento tanto localizado como de grupos humanos movilizadas (Wilkinson, 1999: 123-124; Campagno, 2002: 206; Regulski, 2004: 952-953).

Otro establecimiento de la realeza que parece vincular las actividades productivas del Estado con el ámbito bélico desde la Dinastía I son las torres defensivas a las que hemos hecho referencia en el capítulo anterior y que parecen constituir un antecedente de las torres *swnw* del Reino Antiguo (Moreno García, 1997; Monnier, 2013b). El objetivo estratégico de estas torres de vigilancia, más allá de su inmediata funcionalidad defensiva, no es evidente. De todos modos,

su evaluación a la luz de testimonios del Reino Antiguo permite hacer algunas inferencias. En efecto, títulos como los de Nesutnefer, funcionario de comienzos de la Dinastía V, conectan la administración de fortificaciones y de una torre *swnw* (o de un recinto fortificado identificado con el determinativo de una torre *swnw*) con la gestión de regiones de frontera y de una instalación *hwt-ʿ3t* (Diego Espinel, 1998: 24; Jones, 2000: 137-139, 160-161, 204, 678; Kanawati, 2002, 31-33). Ello nos conduce al testimonio ya mencionado de una inscripción del reinado de Qaa, de la Dinastía I, que contiene junto al *serekh* del rey una torre *swnw* y un recinto ovalado con entrantes y salientes (alternativamente interpretado como una fortificación o una instalación productiva, pero en ambos casos asociado a una utilidad defensiva, ya sea del territorio o de los recursos de la realeza). Tales testimonios contribuyen a relacionar dichas torres con la protección de los puntos o vías de acceso a regiones periféricas ricas en materias primas o bien a interpretarlas como centros de almacenamiento –y, simultáneamente, de protección– de recursos del Estado. Ambas situaciones no son incompatibles, pues la presumible ubicación de estas torres de vigilancia en regiones de frontera permite asociarlas tanto al aprovisionamiento de grupos humanos estacionados o movilizados (por ejemplo, a minas y canteras o en avanzadas de tipo bélico) como a la concentración de recursos obtenidos en dichas expediciones. Por otro lado, su asociación con la protección de instalaciones agrícolas o ganaderas también sugiere una doble dirección de almacenamiento y de abastecimiento que pudo servir a expediciones conducidas por funcionarios de la realeza.¹⁵

15 Lloyd (2014: 161) enfatiza la dimensión militar de las instalaciones *hwt* y equipara ello a la funcionalidad a la vez administrativa y defensiva de las torres *swnw* y de fortificaciones en regiones limítrofes como Elefantina.

Finalmente, podemos observar que la conexión entre la actividad militar (como estrategia ofensiva sobre territorio periférico o como control fronterizo) y el ámbito de la administración económica se encuentra también evocada en una serie de títulos de funcionarios del Estado. Si nos alejamos por un momento de la periodización que nos ocupa, podemos notar que el título de “supervisor de las regiones del desierto” (*imy-r zmiwt*) detentado junto al de “supervisor de recintos fortificados” (*imy-r rthw*) y “supervisor de la fortaleza real” (*imy-r mnnw nswt*) por Nesutnefer de comienzos de la Dinastía V, quien también fuera “supervisor de fortalezas” (*imy-r mnnw*) –quizás vinculado también a la administración de una torre *swnw*– y “gobernador de *hwt-ʕt*” (*hqʕ hwt-ʕt*), advierte sobre el carácter a la vez militar y administrativo de las funciones de dicho funcionario. En lo que respecta *grosso modo* a nuestro período de estudio, títulos como el de “inspector del desierto” (*hrp zmit*) detentado por Merka de la Dinastía I y el de “administrador del distrito del desierto” (*ʕd-mr zmit*) detentado, no sólo por Merka, sino también por Metjen de fines de la Dinastía III y comienzos de la Dinastía IV, parecen apuntar en la misma dirección. Estos títulos pudieron haber implicado no sólo “la responsabilidad de proteger las fronteras de Egipto con el desierto” o cierta política ofensiva sugerida adicionalmente por los títulos de “comandante de cazadores” (*hrp nww*) y “comandante de auxiliares libios” (*hrp ʕtyw*) de Metjen, sino también la “administración de los desiertos propiamente dichos, sus habitantes y sus recursos” (Wilkinson, 1999: 149).¹⁶

Por otro lado, pueden ser considerados el título de “supervisor de la tierra extranjera” (*imy-r hʕst*) que aparece en una impresión de sello durante el reinado de Khasekhemuy

16 Sobre los títulos de Merka, véase Wilkinson, 1999: 143. Sobre los títulos de Metjen, véase Jones, 2000: 361, 703, 721-722. Véase también Campagno, 2002: 246.

de la Dinastía II, las inscripciones “tributo/producto de la tierra extranjera” (*inw ḥ3st*) y “tributo/producto de *stt*” (*inw stt*) correspondientes a la misma dinastía y, nuevamente excediéndonos por unos pocos años, el título de “administrador de la tierra extranjera” (*ḥd-mr ḥ3st*), significativamente junto al de “supervisor de tropas” (*imy-r mš*) en referencia a un mismo funcionario, en una inscripción rupestre de la Dinastía III en Wadi Maghara (Sinaí meridional). Éstos permiten sustentar el escenario de una integración de las actividades bélica y económica en las regiones fronterizas y periféricas, tanto en lo que concierne a la administración para el aprovisionamiento de los grupos humanos estacionados o movilizados como en lo que respecta a la obtención y administración de recursos obtenidos mediante la realización de expediciones de diversa índole.¹⁷

En suma, los indicadores arqueológicos, iconográficos y epigráficos de actividades militares, cuyas particularidades hemos sintetizado, se conjugaron con indicios de una organización que involucró a funcionarios al servicio del rey-dios y el recurso a embarcaciones, arquitectura militar y unas redes de comunicación y abastecimiento que, al tiempo que debieron sustentarse en la concentración estatal de recursos, pudieron facilitar la realización de expediciones, fueran de intercambio y extracción de recursos –en cualquier caso, posiblemente protegidas por grupos armados– o de carácter bélico. Toda vez que la guerra era organizada en el marco de una configuración

17 Sobre el título de “supervisor de la tierra extranjera”, véase Wilkinson, 1999: 92, 143. Sobre la forma *inw ḥ3st/stt*, véase Wilkinson, 1999: 89-90, 143-144; Campagno, 2002: 218. Sobre los títulos de “administrador de la tierra extranjera” y “supervisor de tropas”, véase Wilkinson, 1999: 166-167.

política sostenida en el monopolio de la violencia, no debía ser ajena al ciclo “extracción-coerción” según el cual la apropiación (interna o externa) de recursos materiales y humanos estaría en buena medida garantizada por la capacidad coercitiva del Estado y permitiría, a su vez, que ésta se expandiera o reforzara.

Ciertamente, la guerra parece haber formado parte de los ámbitos de incumbencia de la realeza y, por lo tanto, también de los funcionarios encomendados por el rey para conducir expediciones militares o para adquirir bienes, materias primas y recursos humanos mediante saqueo, tributación o avanzadas de extracción de recursos y de intercambio de bienes sustentadas en grupos humanos armados y organizados. De todos modos, no debe perderse de vista que tales acciones bélicas debieron sostenerse en una disposición ideológica según la cual las regiones o poblaciones periféricas eran identificadas con lo caótico, de donde podían fluir bienes hacia el centro cósmico representado por la residencia real pero que, en última instancia, eran concebidas como inherentemente proclives a rebelarse y, por lo tanto, pasibles de recibir la violencia ordenadora del rey-dios (Campagno, 2004). En efecto, la concepción acerca del sostenimiento del orden cósmico mediante las acciones reguladoras del rey (incluyendo su lucha cotidiana contra los agentes del caos), tan enfáticamente visibilizada en la iconografía faraónica, se corresponde con la reproducción de un orden sociopolítico estatal en cuyo vértice o centro se sitúa el monarca. El mapa ideológico configurado en el marco de la consolidación del Estado dinástico establece, de este modo, una identificación colectiva de la elite estatal sostenida en su vínculo con el rey-dios, y una doble demarcación hacia afuera (las poblaciones periféricas o enemigas, los Nueve Arcos) y hacia adentro (la población subordinada, las aves-*rekhyt*), que sin dudas debió

haber incidido en el tipo de relación establecida con (o en la intervención ejecutada sobre) ambas clases de poblaciones. La administración de la capacidad bélica y de los recursos asociados a ella debió haber hecho posible, pues, la ejecución política del ideal de la realeza.

Bibliografía

- Baines, J. (1996). Contextualizing Egyptian Representations of Society and Ethnicity, en: Cooper, J. S. y Schwartz, G. (eds.), *The Study of the Ancient Near East in the 21st Century: The William Foxwell Albright Centennial Conference*, pp. 339-384. Winona Lake: Eisenbrauns.
- Begon, M. (2016). Aux origines de l'exploitation pharaonique des carrières d'Assouan? Retour sur la lecture de l'inscription du bas-relief de Nag el-Hamdulab (NH 7, tableau 7a), *Archéo-Nil* 26, pp. 173-183.
- Bestock, L. (2018). *Violence and Power in Ancient Egypt: Image and Ideology before the New Kingdom*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Campagno, M. (2002). *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Periodo Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a. C.* Barcelona: Aula Aegyptiaca.
- (2004). Sobre bienes de prestigio, orden y caos. El Estado egipcio y sus periferias durante el período Dinástico Temprano (ca. 3000-2700 a. C.), en: Daneri Rodrigo, A. y Campagno, M. (eds.), *Antiguos contactos. Relaciones de intercambio entre Egipto y sus periferias*, pp. 41-69. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- (2013). Coercion, creation, intervention: three capacities of the early Egyptian state, en: Frood, E. y McDonald, A. (eds.), *Decorum and experience. Essays in ancient culture for John Baines*, pp. 214-219. Oxford: Griffith Institute.
- Campagno, M. y Gayubas, A. (2015). La guerra en los comienzos del antiguo Egipto: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres, *Cuadernos de Marte. Revista latinoamericana de sociología de la guerra* 8, pp. 11-46.
- Crubézy, E. y Midant-Reynes, B. (2005). Les sacrifices humains à l'époque prédynastique. L'apport de la nécropole d'Adaïma, en: Albert, J.-P. y Midant-Reynes, B. (eds.), *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, pp. 58-81. Paris: Soleb.
- Darnell, J. C. (2015). The Early Hieroglyphic Annotation in the Nag el-Hamdulab Rock Art Tableaux, and the Following of Horus in the Northwest Hinterland of Aswan, *Archéo-Nil* 25, pp. 19-43.
- De Wit, T. J. (2008). *Enemies of the State: Perceptions of 'otherness' and state formation in Egypt*. MA Thesis. Leiden: Leiden University.
- Diego Espinel, A. (1998). Fronteras y demarcaciones del territorio egipcio en el Reino Antiguo, *Studia historica. Historia antigua* 16, pp. 9-30.

- (2006). *Etnicidad y territorio en el Egipto del Reino Antiguo*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Edwards, I. E. S. (1971). The Early Dynastic Period in Egypt, en: Edwards, I. E. S., Gadd, C. J. y Hammond, N. G. L. (eds.), *The Cambridge Ancient History. Third Edition. Volume I. Part 2. Early History of the Middle East*, pp. 1-70. Cambridge: Cambridge University Press.
- Emery, W. B. (1961). *Archaic Egypt*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Engel, E.-M. (2013). The Organisation of a Nascent State: Egypt until the Beginning of the 4th Dynasty, en: Moreno García, J. C. (ed.), *Ancient Egyptian Administration*, *Handbuch der Orientalistik* 104, pp. 19-40. Leiden / Boston: Brill.
- Ferguson, R. B. (1999). A Paradigm for the Study of War and Society, en: Raaflaub, K. y Rosenstein, N. (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, pp. 389-437. Washington: Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University.
- Finer, S. (1975). State- and Nation-Building in Europe: The Role of the Military, en: Tilly, C. (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, pp. 84-163. Princeton: Princeton University Press.
- Gayubas, A. (2018a). Disposiciones defensivas en el antiguo Egipto entre el período Predinástico y la Dinastía III, *Historiae* 15, pp. 33-46.
- (2018b). Capacidad bélica y tecnología náutica en el valle del Nilo desde el período Predinástico hasta la Dinastía III, *Revista Universitaria de Historia Militar* 7 (15), pp. 127-149.
- (2020). Captura, ejecución, decapitación: reflexiones sobre guerra y poder en el antiguo Egipto durante los períodos Predinástico y Dinástico Temprano, *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental* 21, pp. 27-53.
- Giddens, A. (1985). *The Nation-State and Violence. Volume Two of A Contemporary Critique of Historical Materialism*. Cambridge: Polity Press.
- Gilbert, G. P. (2004). *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, BAR International Series 1208. Oxford: Archaeopress.
- Gnirs, A. M. (1999). Ancient Egypt, en: Raaflaub, K. y Rosenstein, N. (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, pp. 71-104. Washington: Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University.

- Gratien, B. (1995). La Basse Nubie a l'Ancien Empire: Egyptiens et Autochtones, *Journal of Egyptian Archaeology* 81, pp. 43-56.
- Hall, E. S. (1986). *The Pharaoh Smites his Enemies. A Comparative Study*. Múnich: Deutscher Kunstverlag.
- Hamilton, C. R. (2016). Conflict in the Iconography of the Protodynastic and Early Dynastic Periods, en: Landgráfová, R. y Mynářová, J. (eds.), *Rich and Great: Studies in Honour of Anthony J. Spalinger on the Occasion of his 70th Feast of Thoth*, pp. 99-113. Praga: Charles University in Prague.
- Helck, W. (1987). *Untersuchungen zur Thinitenzeit*. Wiesbaden: Otto Harrassowitz.
- Hendrickx, S., Darnell, J. C. y Gatto, M. C. (2012). The earliest representations of royal power in Egypt: the rock drawings of Nag el-Hamdulab (Aswan), *Antiquity* 86 (334), pp. 1068-1083.
- Herold, A. (2009). Aspekte ägyptischer Waffentechnologie - von der Frühzeit bis zum Ende des Neuen Reiches, en: Gundlach, R. y Vogel, C. (eds.), *Militärgeschichte des pharaonischen Ägypten. Altägypten und seine Nachbarkulturen im Spiegel aktueller Forschung*, Krieg in der Geschichte 34, pp. 187-216. Paderborn / Múnich / Viena / Zúrich: Ferdinand Schöningh.
- Jones, D. (2000). *An Index of Ancient Egyptian Titles, Epithets and Phrases of the Old Kingdom. Volume I*. Oxford: Archaeopress.
- Kanawati, N. (2002). *Tombs at Giza. Volume II. Seshathetep/Heti (G5150), Nesutnefer (G4970) and Seshemnefer II (G5080)*, The Australian Centre for Egyptology: Reports vol. 18. Warminster: Aris and Phillips.
- Köhler, E. C. (2002). History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt, en: van den Brink, E. C. M. y Levy, T. E. (eds.), *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the early 3rd Millennium BCE*, pp. 499-513. Londres: Leicester University Press.
- Krauss, R. (1955). Zur stilgeschichtlichen Einordnung der Gefäßfragmente Berlin ÄGM 15084/15693 und des Messers vom Gebel el-Arak, *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft zu Berlin* 127, pp. 151-171.
- Lloyd, A. B. (2014). *Ancient Egypt. State and Society*. Oxford: Oxford University Press.
- Ludes, B. y Crubézy, E. (2005). Le sacrifice humain en contexte funéraire. Problèmes posés à l'anthropobiologie et à la médecine légale. L'exemple prédynastique, en: Albert, J.-P. y Midant-Reynes, B. (eds.), *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, pp. 82-95. Paris: Soleb.

- Miroschedji, P. de, Sadeq, M., Faltings, D., Boulez, V., Naggiar-Moliner, L., Sykes, N. y Tengberg, M. (2001). Les fouilles de Tell es-Sakan (Gaza): Nouvelles données sur les contacts égypto-cananéens aux IVE-IIIe millénaires, *Paléorient* 27 (2), pp. 75-104.
- Monnier, F. (2013a). La houe et la forteresse... Finalement, acte de fondation ou de destruction?, *Égypte Nilotique et Méditerranéenne* 6, pp. 243-256.
- (2013b). Tours de guet et tours *swnw* dans la campagne égyptienne, *Res Antiquae* 10, pp. 367-388.
- Moreno García, J. C. (1997). Administration territoriale et organisation de l'espace en Égypte au troisième millénaire avant J.-C. (II): *swnw*, *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 124, pp. 116-130.
- (2010). War in Old Kingdom Egypt (2686-2125 BCE), en: Vidal, J. (ed.), *Studies on War in the Ancient Near East*, pp. 5-41. Münster: Ugarit-Verlag.
- (2013). Building the Pharaonic state: Territory, elite, and power in ancient Egypt during the 3rd millennium BCE, en: Hill, J. A., Jones, P. H. y Morales, A. J. (eds.), *Experiencing Power - Generating Authority. Cosmos and Politics in the Ideology of Kingship in Ancient Egypt and Mesopotamia*, pp. 185-217. Filadelfia: University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology.
- Morris, E. F. (2007). Sacrifice for the State: First Dynasty Royal Funerals and the Rites at Macramallah's Rectangle, en: Laneri, N. (ed.), *Performing Death. Social Analyses of Funerary Traditions in the Ancient Near East and Mediterranean*, pp. 15-37. Chicago / Illinois: The Oriental Institute of the University of Chicago.
- Müller, M. (2009). Bidliche Quellen zur Militärgeschichte, en: Gundlach, R. y Vogel, C. (eds.), *Militärgeschichte des pharaonischen Ägypten. Altägypten und seine Nachbarkulturen im Spiegel aktueller Forschung*, Krieg in der Geschichte 34, pp. 217-242. Paderborn / München / Viena / Zürich: Ferdinand Schöningh.
- Rampersad, S. R. (1999). *The Origin and Relationships of the Nubian A-Group*. PhD Thesis. Toronto: University of Toronto.
- Redford, D. B. (1986). Egypt and Western Asia in the Old Kingdom, *Journal of the American Research Center in Egypt* 23, pp. 125-143.
- Regulski, I. (2004). Second Dynasty Ink Inscriptions from Saqqara Paralleled in the Abydos Material From the Royal Museums of Art and History (RMAH) in Brussels, en: Hendrickx, S., Friedman, R. F., Ciałowicz, K. M. y Chłodnicki, M. (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International*

Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August - 1st September 2002, *Orientalia Lovaniensia Analecta* 138, pp. 951-972. Lovaina: Peeters.

- Sass, B. y Sebbane, M. (2006). The Fourth-Millennium BCE Origin of the Three-Tanged 'Epsilon' Axe, en: Maeir, A. M. y Miroshedji, P. de (eds.), "I Will Speak the Riddles of Ancient Times". *Archaeological and Historical Studies in Honor of Amihai Mazar on the Occasion of His Sixtieth Birthday*, vol. 1, pp. 79-88. Winona Lake: Eisenbrauns.
- Shaw, I. (2019). *Ancient Egyptian Warfare. Tactics, Weapons and Ideology of the Pharaohs*. Oxford / Filadelfia: Casemate Publishers.
- Spalinger, A. J. (2010). Military Institutions and Warfare: Pharaonic, en: Lloyd, A. B. (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, pp. 425-445. Malden / Oxford: Wiley-Blackwell.
- (2013). The Organisation of the Pharaonic Army (Old to New Kingdom), en: Moreno García, J. C. (ed.), *Ancient Egyptian Administration*, pp. 393-478. Leiden: Brill.
- Tallet, P. (2010). Le roi Den et les Iouitiou. Les Égyptiens au Sud-Sinaï sous la 1er dynastie, *Archéo-Nil* 20, pp. 97-105.
- Tallet, P. y Laisney, D. (2012). Iry-Hor et Narmer au Sud-Sinaï (Ouadi 'Ameyra). Un complément à la chronologie des expéditions minières égyptiennes, *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 112, pp. 381-398.
- Török, L. (2009). *Between Two Worlds. The Frontier Region between Ancient Nubia and Egypt 3700 BC - AD 500*. Leiden / Boston: Brill.
- Trigger, B. G. (2003). *Understanding Early Civilizations. A Comparative Study*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vernus, P. (1993). La naissance de l'écriture dans l'Égypte ancienne, *Archéo-Nil* 3, pp. 75-108.
- Vogel, C. (2009). Das ägyptische Festungssystem bis zum Ende des Neuen Reiches, en: Gundlach, R. y Vogel, C. (eds.), *Militärsgeschichte des pharaonischen Ägypten. Altägypten und seine Nachbarkulturen im Spiegel aktueller Forschung*, *Krieg in der Geschichte* 34, pp. 165-185. Paderborn / München / Viena / Zürich: Ferdinand Schöningh.
- Wengrow, D. (2007 [2006]). *La arqueología del Egipto arcaico. Transformaciones sociales en el noreste de África (10.000-2650 a. C.)*. Barcelona: Bellaterra.

- Wilkinson, T. A. H. (1999). *Early Dynastic Egypt*. Londres: Routledge.
- (2000). *Royal Annals of Ancient Egypt. The Palermo Stone and its Associated Fragments*. Londres: Routledge.
- (2010). The Early Dynastic Period, en: Lloyd, A. B. (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, pp. 48-62. Malden / Oxford: Wiley-Blackwell.
- Williams, B. B. (1986). *The A-Group Royal Cemetery at Qustul: Cemetery L*. Chicago: The Oriental Institute of the University of Chicago.
- Wolf, W. (1926). *Die Bewaffnung des altägyptischen Heeres*. Leipzig: J. C. Hinrichs.

La guerra en los albores de la Historia. Los conflictos entre Lagash y Umma en el período Presargónico

Andrea Seri

1. La guerra en los albores de la Historia

Heródoto y Tucídides, a quienes suele adjudicárseles la paternidad de la historia, indagaron conflictos bélicos. Algunos, como Voltaire, piensan que Heródoto es historiador sólo cuando escribe sobre la guerra, distinguiéndolo así del Heródoto viajero, etnógrafo y cuentacuentos (Hartog, 1988: xx-xxi). Desde esa perspectiva, entonces, Heródoto se consagraría como historiador sólo al escribir los últimos cinco libros de sus *Historias*, dedicados, en su mayor parte, a las guerras persas. Heródoto, argumentarán otros, con sus *histoires* inventó un género literario, mientras que Tucídides le dio forma a una manera original de escribir sobre el pasado. Una manera que, por el uso de fuentes y por el interés en la verdad, se diferenciaba de la forma en la que los poetas, como el propio Homero, escribían sobre la guerra y sobre el pasado (Munn, 2017). Cabe preguntarse, entonces, ¿cuándo comienza la escritura de la

historia?¹ Este interrogante, por lo general, lo plantean los clasicistas, a quienes las corrientes historiográficas y académicas tradicionales suelen homologar con “los” historiadores antiguos o, más precisamente aún, con quienes se dedican a estudiar la historia antigua. La respuesta a la pregunta sobre los orígenes de la historia, sin embargo, no goza de consenso. En los últimos veinticinco años, por ejemplo, pueden encontrarse explicaciones que se ubican en las antípodas. En su obra *Writing Ancient History*, Neville Morley (1999) afirma que los antiguos griegos inventaron la historia, así como muchas otras actividades intelectuales.² Mientras que para François Hartog –quien le dedicó uno de sus libros a Heródoto– la historia y su escritura no comenzaron en Grecia sino en Egipto y en la Mesopotamia antigua.³

Esa fascinación que tuvieron los griegos y otros escritores antiguos y modernos con la guerra es evidente. Basta un rápido recorrido por la tradición clásica para ver que la guerra ha gozado de cierta predilección entre historiadores, cronistas y políticos hasta bien entrado el siglo XIX. Las narrativas sobre conflictos bélicos cuentan con una larga prosapia. Entre algunos de los distinguidos representantes antiguos puede mencionarse a Tucídides y su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, a Julio César y sus *Comentarios a las Guerras de las Galias* y a Flavio Josefo y su *Guerra Judía*. Más recientemente, en la década de 1960, Arnaldo Momigliano (1966) señalaba la centralidad de la guerra en

-
- 1 François Hartog (1988: 373) le adjudica esa pregunta clave a Jacoby al afirmar que en 1909 y 1913: “Jacoby revived the subject, treating it from a profoundly different point of view. For him, the predominant question was that of the birth of history: when and how did the Greek become historians, and what is Herodotus’s place in the evolution?”
 - 2 “History, like so many other intellectual activities, was invented by the ancient Greeks” (Morley, 1999: 24).
 - 3 Hartog (2002: 19) comenta: “It is well-known that history and its writing did not begin in Greece; rather it began further to the East and earlier”. Se refería, específicamente, a Egipto y Mesopotamia.

la historiografía antigua y, más específicamente, la contribución de Tucídides en hacer de la guerra un ingrediente esencial del pensamiento europeo.⁴ En este trabajo, propongo analizar las circunstancias de una serie de guerras que tuvieron lugar a mediados del tercer milenio a. C. entre dos Estados de la Mesopotamia antigua, Lagaš y Umma. El conflicto se conoce gracias a un conjunto de inscripciones reales que provienen de Lagaš y ofrecen una versión de la historia. Me referiré primero al contexto socio-político de la Mesopotamia antigua en la segunda mitad del tercer milenio. Revisaré, luego, las nuevas calibraciones cronológicas para analizar, por último, los documentos reales referidos a la guerra. Me interesa, sobre todo, explicar cómo los antiguos escribas narraron, a lo largo de más de cien años, sus visiones de ese conflicto.

2. El contexto histórico de los conflictos entre Lagaš y Umma

2.1. *El panorama político*

Las intermitentes disputas entre Lagaš y Umma, de acuerdo con las inscripciones existentes, tuvieron lugar durante más de un siglo y medio, a partir de mediados del tercer milenio a. C. Las contiendas entre esos dos Estados no eran la excepción de la época. Las rivalidades entre reinos que competían por el control territorial y la supremacía política marcan una de las características del período que se extiende entre el 2900/2800 a. C. y el 2300 a. C., aproximadamente. Para gran parte de ese lapso de tiempo, las fuentes narrativas referidas a la historia política son escasas. En

4 Sobre la guerra y sus causas sostenía que Tucídides "contributed more than anybody else to making it an essential ingredient of European thought" (Momigliano, 1966: 116).

dicha época aparecen las primeras inscripciones reales. Al principio son textos con breves dedicatorias, aunque luego, desde alrededor del 2500 a. C., comienzan a aparecer narraciones más extensas que proporcionan información sobre el pasado. A lo largo de todo el tercer milenio, los documentos administrativos constituyen el género más numeroso. Las fuentes epigráficas y los registros arqueológicos ayudan a comprender el funcionamiento de esa constelación de ciudades-Estado que constituyen el universo socio-político de la Mesopotamia antigua. Esta descripción, que a simple vista no presentaría mayores dificultades, evidencia ciertas fisuras cuando se indaga en detalle la índole de esas ciudades-Estados, sus formas de gobierno, su interacción con ciudades vecinas, la capacidad de dominación política de amplio alcance y, en términos más generales, su posición dentro del espectro sociopolítico del tercer milenio.⁵ Estas instituciones esquivas, que se denominan ciudad-Estado, solían abarcar otras ciudades y territorios rurales.

Un centro de poder que, desde temprano, se destaca sobre el resto es Kiš. El título “rey de Kiš” era sinónimo de gran poderío. Y fue precisamente uno de los reyes de Kiš, Mesilim,⁶ el que actuó como mediador en los primeros conflictos entre Lagaš y Umma. El rol predominante de Kiš fue señalado desde temprano por T. Jacobsen (1939a y 1939b) y, posteriormente, elaborado por I. Gelb (1970; 1981; 1992) en varios escritos

5 N. Yoffee (2005: 42-90) hace un análisis crítico del uso del término ciudad-Estado en las sociedades antiguas. S. Garfinkle (2013: 103), desde una perspectiva más tradicional, afirma que el período Dinástico Temprano representó el auge de la ciudad-Estado mesopotámica. Y más adelante sostiene que la era de las ciudades-Estado llegó a su fin a principios del segundo milenio (2013: 104), ubicándolas, de este modo, en un escalón inferior dentro de la evolución de las formaciones políticas. Aunque aclara que las ciudades-Estados sobrevivieron, incluso, a medida que se incrementaba el poder de los reinos territoriales. Véase también la interpretación de Glassner, 2000.

6 El nombre Mesilim se escribe siempre con los signos me-DI(-ma). Algunos leen el nombre Mesilim y otros Mesalim (véase Frayne, 2008: 69).

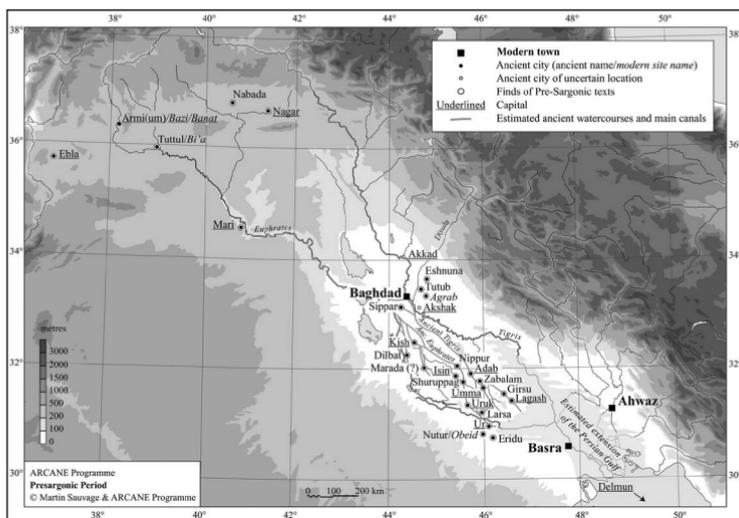
en los que habla de un gran complejo cultural y político al que llama, primero, “Tradición Kišita” y, luego, “Civilización de Kiš”. Más tarde P. Steinkeller (1993) argumentó que a inicios del tercer milenio Kiš era un gran Estado territorial que incluía el norte de la Mesopotamia, la región del Diyala y, ocasionalmente, el sur de la Mesopotamia. Sus planteos cobraron mayor fuerza en los últimos años con la publicación de un documento al que su editor, el propio Steinkeller, caracteriza como “la fuente histórica más temprana que sobrevive de la Mesopotamia antigua” (Steinkeller, 2013: 145). La inscripción –que da un total de treinta y seis mil prisioneros de guerra e incluye una lista de cautivos y sus lugares de origen– llevó a Steinkeller a reafirmar su planteo de que Kiš era un inmenso Estado territorial con injerencia también en Elam, en el actual territorio de Irán. Algunas de las ideas de Gelb y Steinkeller sobre ciertas características de Kiš a principios del tercer milenio han sido cuestionadas.⁷ La discusión en torno a problemas complejos como las características de las primeras ciudades-Estado y de los Estados territoriales antiguos, excede los límites de este trabajo. Sin embargo, cabe destacar que inscripciones reales, textos administrativos y registros arqueológicos evidencian la importancia política y cultural de Kiš (Veldhuis, 2014), sea o no considerada un Estado territorial. Se estima que la ciudad de Uruk ejerció un rol similar en el sur de la Mesopotamia (Cooper, 1983: 7).

El panorama de mediados del tercer milenio presenta, entonces, un entramado de ciudades-Estado jerarquizadas de acuerdo al poder político y económico que detentaban y al predominio que ejercían sobre las ciudades menos

7 Véanse, por ejemplo, los diferentes planteos de Westenholz (1999 y 2002) y Yoffee (1995). Más recientemente, Westenholz rebate los argumentos de Gelb y de Steinkeller en un artículo que acaba de publicarse (Westenholz, 2020).

poderosas.⁸ Entre esos reinos se encontraban los de Lagaš y Umma. El Estado de Lagaš incluía tres ciudades importantes: Lagaš (Al-Hiba), Girsu (Tello) y Nina o Nigin (Zurghul) y varios asentamientos menores.⁹ La situación de Umma era similar e incluía, entre otras, una ciudad importante como Zabala.¹⁰ Son precisamente estas dos configuraciones políticas las que van a ser las protagonistas de una rivalidad prolongada con claras evidencias de esporádicas acciones bélicas.

-
- 8 En este sentido, y partiendo de fuentes literarias apoyadas en evidencia arqueológica e histórica, Frayne (2009) sostiene que entre aproximadamente el 2700 y 2600 a. C. existían tres grandes poderes: el reino de Kiš, el de Uruk y el de Umma/Zabala, documentados en la tradición literaria.
- 9 Para un informe reciente sobre las excavaciones italianas en Tell Zurghul, antigua Nina o Nigin, véase Nadali y Polcaro, 2018. El sitio cubre un área de unas 70 ha. y está compuesto por dos montículos.
- 10 El caso de Umma es algo más complicado que el de Lagaš, puesto que existen desacuerdos sobre la identificación epigráfica y geográfica de Umma. Lambert (1990) concluyó que ^{ĝeš}KUŠU₂^{ki} con el valor Kišša o Kissa era la contrapartida acadia del nombre sumerio UB-me^{ki}, Umma: dos nombres y una misma ciudad. Selz (2003) planteó la posibilidad de que esos nombres correspondan a dos sitios diferentes. Frayne (2008: 358 y 2009: 62) sostiene que Ĝišša (^{ĝeš}KUŠU₂^{ki}) se emplazaba en Tell Jokha y Umma (HixDIŠ) en Umm al' Aqrib. Almamori (2014a y 2014b) argumenta, por el contrario, que Giš(š)a (^{ĝeš}(eš)a^{ki}KUŠU₂^{ki}) estaba en el sitio de Umm al-Aqrib y que Umma, situada en Jokha, era una ciudad gemela que heredó el nombre ^{ĝeš}KUŠU₂^{ki} después de que la primera declinara. Bartash (2015) proporciona un resumen conveniente de las diferentes posturas y declara que el debate permanece abierto.



Mapa del período Presargónico. Tomado de Sallaberger y Schrakamp (2015: 83).

2.2. Problemas de periodización y cronología

La periodización y la cronología del tercer milenio son problemáticas y están sujetas a revisiones frecuentes debido a la disponibilidad de información proveniente de nuevas calibraciones y de descubrimientos arqueológicos y epigráficos. A este período a veces se lo caracteriza, según un criterio arqueológico tradicional, como Bronce Temprano. En general se impuso, no obstante, la denominación Dinástico Temprano (DT), originada en la secuencia estratigráfica que establecieron los arqueólogos del Oriental Institute de la Universidad de Chicago en la década de 1930 para la región del Diyala. El período fue posteriormente subdividido en DT I, DT II, DT IIIa y DT IIIb y esa periodización se adoptó luego para toda la Mesopotamia. Más tarde se comprobó que hay características regionales del Diyala que no

se registran en otras áreas. Así, por ejemplo, a partir de excavaciones en Nippur se reconoció que el DT I era una fase más larga e importante de lo que originalmente se había estimado para la región del Diyala (Kuhrt, 1998: 28). Según las fechas convencionales, en cifras redondas, el DT se encuadra en el siguiente marco temporal:¹¹

Tabla 1. El Dinástico Temprano

Dinástico Temprano (ca. 2900-2350 a. C.)	DT I	(ca. 2900-2750 a. C.)
	DT II	(ca. 2750-2600 a. C.)
	DT IIIa	(ca. 2600-2450 a. C.)
	DT IIIb	(ca. 2450-2350 a. C.)

Es de señalar, sin embargo, que no necesariamente hay acuerdo en cuanto a la cantidad de años que abarca cada etapa y, como se verá más adelante, ha habido ajustes regionales. Incluso se ha cuestionado la validez del DT II, ya que ni siquiera existiría como regionalismo del Diyala, sino sólo como característica del sitio de Khafajah, donde se encontró cerámica típica del DT II sólo en las casas 6-4 (Evans, 2007: 629). Por ese motivo, se ha sugerido eliminar al DT II.¹² En

11 Así en M. Van De Mierop (2016: 45). Véanse también los valores aproximados de Englund (1998: 23) en su cronología del tercer milenio.

12 Por ejemplo, Evans (2007: 630) plantea "the solution outlined here eliminates ED II terminology by way of correction: the ED I dating of the relevant Square Temple and Shara Temple levels is based on ceramics, and the ED II ceramics at Khafajah are better understood as localized variations on ED III ceramics. The span of time now accorded to an ED II period could then be subsumed equally into ED I and ED III". Para Frayne (2009: 38), "the term 'ED II' is an old term and should likely be abandoned".

tanto otros autores denominan período Presargónico al DT IIIb (Sallaberger y Schrakamp, 2015: 3).¹³ Las confusiones en torno a la periodización suelen originarse por la superposición y la utilización simultánea de varios criterios que, con el tiempo, han ido desdibujando las especificidades de las disciplinas para las que esas divisiones habían sido originalmente formuladas.¹⁴

Sallaberger y Schrakamp (2015: 135-136) han calibrado los datos de la Cronología Media (CM) con información histórica, con datos de la dendrocronología, con la fecha del eclipse solar del año 1833 a. C. y con la reducción de ocho años de la Cronología Media II (rCM_s). Los autores consideran que la rCM_s permite una buena concordancia entre la estratigrafía arqueológica fechada con radiocarbono y las fechas estimadas de los textos basadas, principalmente, en la paleografía. En vista a esos resultados, y con los estimados a partir de generaciones de entre veinte y veinticinco años, la duración del período Presargónico, puede dar un error de *ca.* ±20 años. A pesar de eso, sostienen, la rCM_s ofrece la cronología más razonable que puede obtenerse del entrecruzamiento de varios grupos de información. La comparación entre la datación con la CM tradicional y la rCM_s se resume de la siguiente manera:¹⁵

13 Más adelante (2015: 5), los autores especifican que, como ellos lo entienden, el período Presargónico incluye a la dinastía I de Lagaš (Urnaiše) y al reinado de Lugalzagesi hasta el comienzo del reinado de Sargón, lo que corresponde al DT IIIb.

14 Sallaberger y Schrakamp (2015: 4 y nota 3) advierten que las divisiones en fases dependen de la información en la que se basan. Así, por ejemplo, los arqueólogos sacan sus conclusiones a partir de contextos bien estratificados; los historiadores proponen divisiones diferentes basadas en el estudio de la duración de reinos y dinastías; en tanto los historiadores del arte pueden proponer otras divisiones.

15 Este cuadro es una versión abreviada y adaptada del que aparece en Sallaberger y Schrakamp (2015: 136). Como señalan los autores, la rCM_s que proponen es ocho años más baja que la CM. La rCM_s está adaptada a rCM_{3/10} para las fechas estimadas.

Tabla 2. Datación según la Cronología Media y la Media Reducida

Período/rey	Duración	Fechas CM	Fechas rCMs
Presargónico (Lagaš I - Umma)	ca. 175 años	ca. 2475-2300 ^{±30}	ca. 2470-2290 ^{±30}
Urukagina ¹⁶ de Lagaš	10 años	ca. 2324-2315 ^{±30}	ca. 2316-2307 ^{±30}
Lugalzagesi de Uruk	25 años	ca. 2324-2300 ^{±30}	ca. 2316-2292 ^{±30}

2.3. Los reyes de Lagaš y Umma

Sabido es que las dinastías de Lagaš y Umma no fueron incluidas en la Lista Real Sumeria, por consiguiente, la reconstrucción del orden de sucesión de los monarcas de ambos reinos parte de la información proveniente de inscripciones reales y textos económicos y legales. La nómina de reyes presargónicos correspondientes a los períodos Dinástico Temprano IIIa y IIIb ha sido objeto de estudios recientes (Marchesi, 2015; Sallaberger y Schrakamp, 2015). En base a esos trabajos se obtienen las siguientes secuencias y sincronismos de gobernantes cuyos nombres se han preservado para las ciudades de Lagaš y Umma durante el período Dinástico Temprano IIIa y IIIb:¹⁷

16 La lectura de este nombre, escrito URU-KA-gi-na, presenta aún algunas dudas sobre qué valores asignarles a los dos primeros signos. Entre las discusiones más recientes se encuentran, por ejemplo, las de Edzard (1991), Steinkeller (1991: 227), Lambert (1992), Bauer (1998: 475-477) y Selz (1998). Marchesi (2015: 149) propone leer los signos como eri-enim-ge-na, con la normalización Eri(‘e)nimgennak, y traduce el nombre como “The City Is (Someone) of Reliable Word”.

17 La siguiente tabla reúne y abrevia la información de las tablas 1.1 y 1.2 confeccionadas por Marchesi (2015: 141-143).

Tabla 3. Reyes de Lagaš y Umma en el DT IIIa y IIIb

DT	Lagaš	Umma
IIIa	Lugalšaengur	
		Parasagnudi
		Eabzu
IIIb	Urnanše	Pabilgagaltuku

	Akurgal	
	Eanatum	Ninta
		Enakale
	Enanatum I	Urlumma
	Enmetena	Il
		Geššakidu
	Enanatum II	Meanedu
	Enentarzi	Ušurdu
	Lugalanda	Eden
	Urukagina	
		Lugalzagesi

La lectura de algunos de los nombres reales que aparecen en la lista es anticuada. Sin embargo, por razones prácticas, en este trabajo se han mantenido las formas tradicionales.¹⁸

Cálculos cronológicos basados en las fuentes de Lagaš y Umma y en el sincronismo de los gobernantes de ambos reinos arrojan un total de unos ciento setenta y cinco años de duración para el período Presargónico, que se corresponde con el DT IIIb en la datación arqueológica (Sallaberger y Schrakamp, 2015: 82).¹⁹

3. El conflicto entre Lagaš y Umma

3.1. Las fuentes

Hace ya casi cuatro décadas desde que Jerrold Cooper (1983) publicara una monografía dedicada exclusivamente al conflicto limítrofe entre Lagaš y Umma.²⁰ En ella incluía traducciones al inglés de todos los documentos que hacían

18 Las lecturas más recientes de esos nombres propuestas por Marchesi (2015) se brindan a continuación en el orden en el que aparecen en el cuadro comparativo. **Lagaš:** Lugalšagdaġalal (<lugal-šag₄-daġal> = Lugalšaengur), Urnanšek (<ur-⁴nanše> = Urnanše), Ayakurgal (<aya₂-kurgal> = Akurgal), E'annabtum (<e₂-an-na-tum₂> = E-anatum), En'annabtum (<en-an-na-tum₂> = Enanatum), Enmetēnnak (<en-mete-na> = Enmetena), En'entariid (<en-en₃-tar₂.zi = Enentariid), Lugalidigirda (<lugal-idigir-da> = Lugalanda), Eri'(e)nimgennak (<eri-enim-ge-na> = Urukagina). **Umma:** Paragsagnudid (<parag-sag₃-un-di> = Parasagnudi), E'abzuk (<e₂-abzu> = Eabzu), Pabilgagaltuku (<^{pa}pabilga₄[ĠÍŠ.NEXPAP]-gal-tuku> = Pabilgagaltuku), Uš (<uš> = Ninta), En'akale (<en-a₂-kal-le> = Enakale), Urummak (<ur-⁴lum-ma> = Urumma), Ġeššagkidug (<ġeš-ša₄-kidug₃> = Geššakidu), Me'anedug (<me-an-ne₂-dug₃> = Meanedu), Ušuredug (<ušur₄[LAL₂xTUG₂]-dug₃>), Ū (<u₂-u₂> = U₂.u₂).

19 Esta cifra presenta una diferencia de 25 años con respecto al cálculo de 150 años de Bauer (1998: 432). Por su parte, Marchesi (2006: 259) había estimado que la dinastía fundada por Urnanše habría durado unos 110/120 años y que al agregarle unos 21/25 años del reinado de Lugalzagesi, el total del Predinástico IIIb sería de unos 131/145 años.

20 Tres importantes artículos previos son los de Poebel (1926), Lambert (1956) y Pettinato (1970-1971).

referencia a las disputas entre los dos Estados rivales. Esos textos, en transcripción y traducción, forman parte ahora del volumen que reúne las inscripciones reales del período Presargónico (2700-2350 a. C.), trabajo editado por Douglas Frayne (2008). El conflicto está registrado en inscripciones de cinco de los nueve reyes de Lagaš en el DT IIIb. En orden cronológico ellos son Urnanše, Eanatum, Enanatum I, Enmetena y Urukagina. Una sola inscripción proveniente de Umma haría alusión al conflicto y pertenece al rey Geššakidu, contemporáneo de Enmetena (ver Tabla 3). A continuación, presento un listado actualizado de las inscripciones de Lagaš y Umma que mencionan conflictos bélicos entre esos dos territorios y también entre Lagaš y otros reinos:

Rey	Conflicto / Referencia	Soporte	Proveniencia ²¹	RIME 1 ²²	SANE 2 ²³
Urnanše	Guerra con Ury y Umma	Losa de piedra caliza	Lagaš (1) (al-Hiba)	E1.9.1.6b (pp. 89-93)	n° 1 (pp. 44-45)
Eanatum	Guerra con Umma	Piedra caliza. Estela de los Buitres.	Girsu	E1.9.3.1 (pp. 126-140)	n° 2 (pp. 45-48)

21 Los números entre paréntesis al lado de la procedencia indican la cantidad de ejemplares. Cuando la misma inscripción aparece sobre diferentes objetos se le asigna una letra en minúscula seguida del número que indica la cantidad de ejemplares.

22 RIME 1= Royal Inscriptions of Mesopotamia, volumen 1 (Frayne, 2008).

23 SANE 2 = Sources and Monographs on the Ancient Near East, volumen 2 (Cooper, 1983).

Rey	Conflicto / Referencia	Soporte	Proveniencia	RIME 1	SANE 2
Eanatum	Transgresión territorial de Umma	Piedra	Girsu (1) Incierta (2)	E1.9.3.2 (pp. 140-142)	n° 3 (p. 48)
Eanatum	Disputa territorial con Umma	Jarras de arcilla	Girsu (1) Lagaš (2) (al-Hiba)	E1.9.3.3 (pp. 142-144)	n° 4 (p. 48)
Eanatum	Restitución de Gu'edena a Ningirsu	Pequeño pilar de piedra	Girsu (1)	E1.9.3.4 (pp. 144-145)	∅
Eanatum	Victorias sobre varias ciudades y reinos	Piedra mojón	Girsu (1) Lagaš (1) (al-Hiba)	E1.9.3.5 (pp. 145-149)	∅
Eanatum	Victorias sobre varias ciudades y reinos	Piedra	Girsu (2)	E1.9.3.6 (pp. 149-152)	∅
Eanatum	Victorias sobre [Elam] y Subartu	Piedra	Girsu (1) Incierta (1)	E1.9.3.7 ^a	∅
Eanatum	Victorias sobre varias ciudades y reinos	Ladrillos	Incierta (11)	E1.9.3.8 (pp. 154-156)	∅
Eanatum	Victorias sobre varias ciudades y reinos	Ladrillos	Girsu (39)	E1.9.3.9 (pp. 158-156)	∅

Rey	Conflicto/ Referencia	Soporte	Proveniencia	RIME 1	SANE 2
Eanatum	Restitución de Gu'edena a Ningirsu	Vaso de piedra	Lagaš (1) (al-Hiba)	E1.9.3.10 (pp. 158-159)	∅
Eanatum	Victorias sobre Uruk y Ur	Mortero de diorita negra	Incierta (1)	E1.9.3.11 (pp. 159-161)	∅
[Eanatum]	Restitución de Gu'edena a Ningirsu	Piedra mojón	Incierta (1)	E1.9.3.16 (pp. 164-165)	∅
Enanatum I	Transgresión territorial y derrota de Umma	Tablilla de arcilla	Lagaš (1) (al-Hiba)	E1.9.4.2 (pp. 170-173)	n° 5 (p. 49)
Enmetena	Transgresión territorial y derrota de Umma. Demarcación territorial	a. Cono de arcilla b. Cilindro de arcilla c. Fragmentos de jarra	Entre Tello y Jokha (2) (a y b) Uruk (1) (c ₁) Incierta (1) (c ₂)	E1.9.5.1 (pp. 194-199)	n° 6 (pp. 49-50)
Enmetena	Demarcación territorial	Ladrillo	Incierta (1)	E1.9.5.2 (pp. 199-200)	∅
Enmetena	Construcción de una muralla junto a un canal en Gu'edena	Piedra	Incierta (1)	E1.9.5.27 (pp. 231-232)	∅

Rey	Conflicto / Referencia	Soporte	Proveniencia	RIME 1	SANE 2
Geššakidu de Umma	Delimitación territorial del dios Šara	a. Vaso de terracota b. Tablilla de piedra c. Cono de piedra caliza	Incierta a. (1) b. (1) c. (1)	E1.12.6.2 (pp. 372-374)	n° 10 (pp. 52-53) ²⁴
Urukagina	Recensión de las "Reformas" menciona el conflicto entre Lagaš y Umma	Placa de arcilla	Girsu (1)	E1.9.9.3 (pp. 269-275)	n° 7 (p. 51)
Urukagina	Menciona el posible sitio de Girsu	Cono de arcilla	Girsu (1)	E1.9.9.4 (pp. 275-276)	n° 8 (p. 52)
Urukagina	Ataque de Lugalzagesi a Lagaš	Tablilla de arcilla	Girsu (1)	E1.9.9.5 (pp. 276-279)	n° 9 (p. 52)
No preservado	Menciona la irrigación de un campo, Umma y la destrucción de la ciudad	Cilindro de arcilla	Girsu (1)	E1.9.10.1 (pp. 289-290)	n° 11 (p. 53)
No preservado	Disputa con Uruk	Vasija de arcilla	Girsu (1)	E1.10.2 (pp. 290-291)	n° 12 (p. 53)

24 Esta inscripción había sido adjudicada a Lugalzagesi. La aparición del cono de caliza, que preserva el nombre del rey, deja en claro que es una inscripción de Geššakidu (Frayne, 2008: 372).

3.2. Los actores y sus conflictos

A continuación, se ofrece una breve descripción de las características de las fuentes y de las disputas de cada uno de los reyes de Lagaš para los que se preservan inscripciones reales que hacen referencias a conflictos territoriales.

3.2.1. Urnanše

Se ha visto antes que el período Dinástico Temprano IIIb, en el que se ubica la Primera Dinastía de Lagaš, va desde *ca.* 2470 a *ca.* 2290 a. C., es decir, dura algo menos de dos siglos. Las inscripciones más antiguas provenientes de Lagaš son las del rey Urnanše, fundador de la Primera Dinastía. Uno de sus textos –escrito sobre una losa caliza para conmemorar la construcción de un templo y para dar cuenta de otras obras– informa que el rey fue a la guerra en contra de Ur y de Umma, derrotó y capturó al líder (lu₂) de Ur y al gobernante (ensi₂) de Umma, capturó prisioneros y enterró a los muertos en túmulos. Es de señalar que ésta es la primera inscripción que nombra la construcción de montículos para sepultar a los caídos en combate.²⁵ La inscripción no explica los motivos de la guerra ni tampoco proporciona el nombre de los reyes capturados.

3.2.2. Eanatum

El siguiente rey de Lagaš con inscripciones sobre los conflictos bélicos es Eanatum, hijo de Akurgal y nieto de Urnanše. A los fines analíticos, los doce textos de Eanatum referidos a contiendas, se presentan a continuación ordenados según los enemigos que se registran y los motivos de las disputas. A diferencia de la inscripción de Urnanše,

25 Para un análisis reciente del enterramiento después de la batalla en la segunda mitad del tercer milenio, con literatura previa, véase Selz y Niedermayer, 2015.

en algunos casos, las de Eanatum especifican el objeto del pleito. En ese sentido, el criterio consistirá en seleccionar los documentos que mencionan litigios con Umma y luego los conflictos con otros rivales. Umma aparece como única rival en cinco casos:

1. En un texto escrito sobre un mojón de piedra, se acusa a Umma de haber traspasado los límites territoriales y de haber tomado posesión de parcelas de tierra, a las que Eanatum restituyó al dios Ningirsu, la divinidad tutelar de su reino (RIME 1.9.3.2).
2. En una inscripción preservada sobre dos jarras de arcilla, Eanatum dice haber destruido Umma y, aunque hay una laguna, el rey parece haber reinstalado los límites entre ambos reinos (RIME 1.9.3.3).
3. La leyenda sobre un pequeño pilar conmemora la restitución del campo Gu'edena al dios Ningirsu y deja constancia del nombre que se le pone al territorio recuperado (RIME 1.9.3.4).
4. Un grabado sobre un vaso de piedra conmemorativo dice que Eanatum le devolvió a Ningirsu el control sobre el campo Gu'edena (RIME 1.9.3.10).
5. Un mojón de piedra fragmentario también menciona la devolución de Gu'edena al dios (RIME 1.9.3.16). Ese mismo territorio aparece en otras cuatro inscripciones de Eanatum.²⁶ En estos últimos ejemplos, Umma es uno de entre varios rivales listados, aunque sólo en el caso de Umma se explicita el problema del límite territorial.

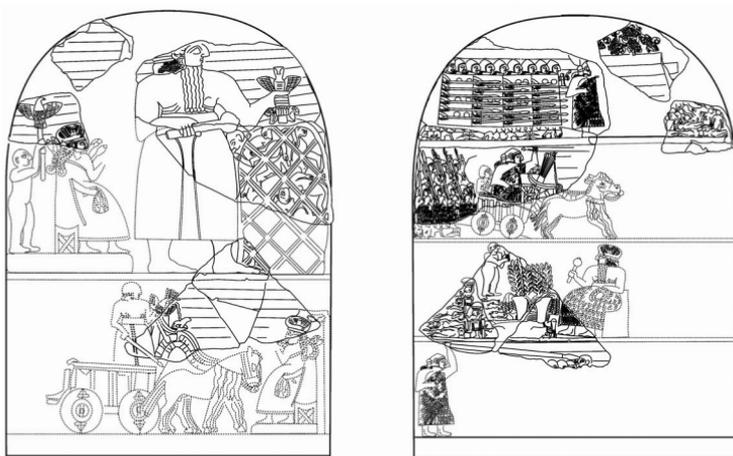
El segundo grupo de textos está conformado por siete inscripciones que hacen referencia a varios rivales, incluido el reino de Umma. A continuación, se los lista en escala

26 Así en RIME 1.9.3.1; RIME 1.9.3.5; RIME 1.9.3.6 y RIME 1.9.3.8.

ascendente según la cantidad de enemigos especificados. Es de señalar que algunos ejemplos proporcionan información parcial debido al pobre estado de preservación de ciertos pasajes:

1. Un fragmento de mortero de diorita negra, que no conserva el comienzo del texto, detalla que el rey derrotó a [nombre geográfico perdido], Uruk y Ur (RIME 1.9.3.11).
2. Una inscripción completa, grabada en dos piedras que conmemoran la construcción de un templo, menciona que el rey subyugó a [Elam] y Subartu (RIME 1.9.3.7a).
3. Treinta y nueve ladrillos preservan una inscripción completa sobre la construcción de un aljibe de ladrillos cocidos. Se cuenta que el rey derrotó a Elam, Urua, Umma y Ur (RIME 1.9.3.9).
4. En la Estela de los Buitres, la sección que incluye las victorias reales tiene varias lagunas. Allí los vencidos son: Umma, Elam (y Susa), Subartu, Arua y Ur (RIME 1.9.3.1).
5. Once ladrillos preservan una inscripción completa en la que los derrotados son: Elam, Urua, Umma, Uruk, Uruaz, Mišime y Arua (RIME 1.9.3.8).
6. Una inscripción sobre dos piedras conmemora la construcción de la muralla de la ciudad de Lagaš y enumera las victorias sobre Elam, Urua, Umma, Uruk, Ur, Kiutu, Uruaz, Mišime y Arua (RIME 1.9.3.6).
7. Por último, dos mojones de piedra, dedicados a la excavación de un “Nuevo Canal”, preservan una lista de 13 ciudades, regiones y reinos derrotados: Elam, Urua, Umma, Uruk, Ur, Kiutu, Uruaz, Mišime, Arua, Akšak, Subartu, Kiš y Mari (RIME 1.9.3.5).

En tres de esas inscripciones se menciona, además de los gobernantes vencidos, al soberano (*ensi*₂) de Urua, que sostenía el emblema de la ciudad (RIME 1.9.3.5, iii:17-20 y RIME 1.9.3.8, iii:10-iv:3), y a aquellos que fueron asesinados. Estos últimos eran el gobernante (*ensi*₂) de Uruaz (RIME 1.9.3.5, iv:12-15 y RIME 1.9.3.6, iv:16-19) y Zuzu, el rey de Akšak (RIME 1.9.3.5, v:4-7 y RIME 1.9.3.6, v:10-vi:5). Dos de las inscripciones dan cuenta del enterramiento de los caídos en combate (RIME 1.9.3.1., xi:12-15 y RIME 1.9.3.5, iii:12-12, *passim*). En el caso de la Estela de los Buitres, los túmulos de los muertos aparecen también en la iconografía.



Estela de los Buitres de Eanatum (secciones iconográficas). Dibujo de L. Romano (2007: fig. 1-2). Tomado de Selz y Niedermayer (2015: 390).

3.2.3. Enanatum I

A Eanatum lo sucede su hermano Enanatum I, también hijo de Akurgal y, por consiguiente, nieto del fundador de la dinastía, Urnanše. De las veinte inscripciones que se

preservan de Enanatum I, sólo una menciona algún tipo de conflicto interestatal, más específicamente, con Umma (RIME 1.9.4.2). El texto cuenta que el dios Enlil, en favor del dios Ningirsu, le sacó a Umma el territorio Gu'edena y se lo entregó a Enanatum. Como respuesta, Urumma, el gobernante (ensi₂) de Umma, contrató a gente de otras tierras y traspasó la marca de un canal limítrofe. Intervención divina mediante, Enanatum venció a Urumma y le impuso restricciones sobre posibles reclamos futuros.

3.2.4. Enmetena

Enmetena, hijo y sucesor de Enanatum I, ha dejado una elaborada narración sobre el conflicto territorial entre Lagaš y Umma (RIME 1.9.5.1). Enmetena acusa al gobernante (ensi₂) de Umma, Urumma, de haber desviado los cursos de agua de los diques de los dioses Ningirsu y Nanše, de haber prendido fuego y destruido los monumentos, de haber contratado gente de otras tierras y de transgredir el dique limítrofe. Enmetena derrota a Urumma, quien logra escapar, pero termina asesinado en Umma. La inscripción cuenta que Il, el sucesor de Urumma, vuelve a transgredir los límites y Enmetena envía mensajeros. Il les reafirma que tiene derechos sobre el territorio disputado y amenaza con controlar las aguas. La inscripción afirma que los dioses no se lo permitieron y deja el tema allí para pasar a detallar las obras de irrigación que realizó el rey de Lagaš. La transición de las amenazas de Il a la interferencia divina, sin mediación de una incursión armada –sobre todo si se tiene en cuenta la reacción de Enmetena para con Urumma, el antecesor de Il–, hace pensar que el rey de Umma desoyó los reclamos del rey de Lagaš. La inscripción termina con una maldición para cualquier líder que transgreda los límites y tome los campos pertenecientes a Lagaš. Las obras de irrigación de Enmetena incluyen el canal Nun, que aparece

también en otra inscripción donde se conmemora esa obra (RIME 1.9.5.2). Otro texto de Enmetena reporta que un servidor del rey, Dudu, construyó una muralla junto al canal Sala, en el distrito Gu'edena (RIME 1.9.5.27). Además de Urlumma e Il, un tercer rey, Geššakidu de Umma, también es contemporáneo de Enmetena. Ninguna de las dos inscripciones que sobreviven de él hace referencia a un conflicto con Lagaš, aunque una de ellas da cuenta de la construcción de un dique y del emplazamiento y restauración de monumentos (RIME 1.12.6.2).

3.2.5. Urukagina

Considerado durante mucho tiempo un usurpador ajeno al círculo real, hoy se piensa que Urukagina tenía vínculos de parentesco con algún miembro de la familia real. Detentaba un alto cargo militar (gal-uĝ₂) bajo el reinado de su antecesor Lugalanda (Bauer, 1998: 477). Urukagina fue el último rey antes de la conquista de Lugalzagesi. En una de las recensiones de sus célebres “Reformas”, Urukagina reseña los conflictos entre Enanatum I de Lagaš y Urlumma de Umma sobre el territorio de Antasura y menciona la derrota de Urlumma, quien habría huido dejando atrás una recua de asnos (RIME 1.9.9.3). Asimismo, en un cono de arcilla en estado fragmentario, donde se menciona el trabajo en el canal Nimin-Du y otras obras edilicias, podría haber una referencia al ataque a Girsu (RIME 1.9.9.4, iii':1'-3'). Por último, un texto escrito sobre una tablilla de arcilla, da detalles precisos del saqueo a Lagaš por parte del rey de Umma. El documento termina con el repudio a la conducta del gobernante enemigo, con una maldición para la mano que se levantó contra el dios Ningirsu y con otra para la gente de Umma (RIME 1.9.9.5). Se sabe que Lugalzagesi conquistó Umma durante el octavo año del reinado de Urukagina.

3.3. Sobre cómo se escribió aquella historia de la guerra entre Lagaš y Umma

A diferencia de Lagaš, ninguna de las inscripciones reales que se preserva para los reyes de Umma durante el Dinástico Temprano IIIb hace referencia a conflictos bélicos con Lagaš o con cualquier otro reino.²⁷ Existe, ciertamente, una sola versión de la historia, la de los reyes de Lagaš.

3.3.1. Los episodios de la guerra

De la sección anterior se desprende que las reseñas de las disputas territoriales entre Lagaš y Umma, sobre todo por el control del territorio denominado Gu'edena y sus canales y reservorios de agua, se concentran en las inscripciones de tres monarcas: Eanatum, Enanatum I y Enmetena. Esos tres monarcas ocupan el tercer, cuarto y quinto lugar, respectivamente, en la sucesión de reyes de la dinastía fundada por Urnanše. En tanto una breve referencia a ese conflicto se encuentra en una de las recensiones de las llamadas “Reformas” de Urukagina. La información contenida en la mayoría de esas inscripciones permite reconstruir una historia del conflicto, a la que cada rey suma un episodio de su participación en disputas y batallas, casi a modo de continuación de una antigua tradición. Los pasajes contenidos en las inscripciones de esos tres monarcas ayudan a precisar y a ordenar parte del desarrollo de las luchas y los reclamos, incluso desde antes de los reyes cuyos textos han sobrevivido.

Dos de las inscripciones de Eanatum y una de Enmetena remontan el conflicto a la época del rey Mesilim de Kiš, quien actuó como mediador del conflicto:

²⁷ Se trata de las inscripciones de Urukagina (RIME 1.12.4.1 y RIME 1.12.4.2), de Il (RIME 1.12.5), de Geššakidu (RIME 1.12.6.1 y RIME 1.12.6.2) y de Lugalsagezi (RIME 1.12.7).

- » [Cuando E]nllil demarcó (el límite entre Ningirsu y Šara), Mesilim, habiendo erigido allí un monumento (límitrofe), con su orden [...] *laguna de unas tres líneas*. (Eanatum, RIME 1.9.3.2, i: 1-8).
- » En el lugar donde Mesilim había erigido un monumento (límitrofe), Eanatum, [por orden de Ningirsu y Šara] *laguna*. (Eanatum, RIME 1.9.3.3, ii:6-11).
- » Enlil, rey de las tierras, padre de los dioses, por medio de su orden confiable, demarcó el límite entre Ningirsu y Šara. Mesilim, rey de Kiš, por orden de Ištaran, extendió la cuerda de medición en el campo y erigió allí un monumento. (Enmetena, RIME 1.9.5.1, i:1-12).

Mesilim reinó durante el DT IIIa. Una inscripción grabada sobre una cabeza de maza de piedra encontrada en Girsu (RIME 1.8.1.1) lo ubica como contemporáneo de Lugalšaengur de Lagaš (ver Tabla 3). No se preserva ninguna inscripción de Lugalšaengur. El siguiente rey del que se tienen fuentes es Urnanše. Si bien menciona una guerra contra Ur y Umma y no hace referencia específica a un problema limítrofe, Urnanše dice haber derrotado y capturado al gobernante de Umma (RIME 1.9.1.6b). Quizás se trate del rey Pabilgagaltuku.²⁸ Es posible que el conflicto limítrofe continuara durante el reinado de Akurgal de Lagaš, puesto que en un pasaje fragmentario de una inscripción de Eanatum (RIME 1.9.3.1, ii:30-33), se lo menciona a Akurgal en la sección que reseña la historia del conflicto.

Los textos de Eanatum, Enanatum I y Enmetena permiten reconstruir sólo una versión aproximada de las acciones militares y sus resultados, puesto que estos escritos combinan acontecimientos piadosos y actividades bélicas con el objeto de expresar las grandes hazañas de los reyes.

28 Según la deducción de Marchesi (2015: 149). Véase también Marchesi, 2004: 196.

3.3.1.1. La secuencia de acontecimientos de Eanatum en distintas inscripciones

RIME 1.9.3.1. Estela de los Buitres

- » El rey de Umma transgrede los límites territoriales y explota el territorio Gu'edena (vi: 8-15)
- » Eanatum
 - › recibe en un sueño un mensaje favorable de parte de Ningirsu (vii:1-viii:3)
 - › lucha con el rey de Umma (ix:1)
 - › recibe una herida de flecha (ix:2-5)
 - › provoca una tormenta similar al diluvio allá en Umma (x:1-4)
 - › mide el límite con Umma (x:12-xi:1)
 - › deja parte de la tierra bajo el control de Umma (xi:2-3)
 - › erige un monumento en el lugar (xi:4)
- » El rey de Umma posiblemente vuelve a transgredir el límite (xi:5)
- » Eanatum derrota a Umma y hace 20 túmulos para sepultar a los muertos (xi:12-15)
 - › restituye el control del territorio Gu'edena a Ningirsu (xi:24-12:4)
 - › erige un [monumento] en el templo (xii:21-xiii:2)
 - › le toma un largo juramento al rey de Umma (xvi:12-rev. v:41)
 - › derrota a varios rivales (Elam, Subartu, Urua, Arua, Ur) (rev. vi:10-ix:2')

RIME 1.9.3.2. Mojones de piedra

- » El rey de Umma arranca el monumento limítrofe e ingresa a la llanura de Lagaš (ii:5-8)
 - › le pone nombre a los campos (iii:11-iv:1)
- » Eanatum restituye el control de los campos a Ningirsu, no traspasa el límite marcado por el monumento de Mesilim y, además, lo restaura (iv:13-21)

RIME 1.9.3.4. Pequeño pilar dedicado a Ningirsu después de la restitución de Gu'edena

- » Después de aplastar a Umma, que había avanzado sobre Gu'edena, Eanatum, restituye el control de Gu'edena a Ningirsu (i:18-ii:10)
 - › le pone nombre al territorio en la región de Girsu que había recuperado para Ningirsu (ii:7-12)

3.3.1.2. La secuencia de acontecimientos en la inscripción de Enanatum I

RIME 1.9.4.2. Tablilla de arcilla de Lagaš (al-Hiba)

- » Enlil le saca el territorio Gu'edena a Umma para favorecer a Ningirsu y se lo entrega a Enanatum (vii:1-6)
- » Urlumma, rey de Umma, contrata mercenarios de otras tierras y traspasa el canal limítrofe de Ningirsu y se apodera de Antasura (vii:7-viii:7)
- » Enanatum derrota a Urlumma (x:6-xi:2) y le prohíbe hacer reclamos futuros (x:6-xi:6)

3.3.1.3. La secuencia de acontecimientos en la inscripción de Enmetena

RIME 1.9.5.1. Cono, cilindro y jarra de arcilla

- » Urlumma de Umma no puede entregar la cebada que debía pagar por el uso de las tierras de Ningirsu y Nanše (ii:27)
 - › por consiguiente, desvía las aguas de los diques de Ningirsu y Nanše, prende fuego y destruye monumentos y santuarios (ii:28-42)
- » Enmetena derrota a Urlumma (iii:11-14)
- » Urlumma escapa, pero es asesinado en la propia Umma (iii:15-18)
 - › abandona una recua de asnos (iii:19-21)

- » Enmetena hace túmulos de enterramientos en cinco lugares (iii:25-27)
- » Il, un administrador del templo en Zabala, toma el poder en Umma (iii:28-37)
 - › desvía las aguas de los diques de Ningirsu y Nanše (iii:38-iv:3)
- » Enmetena envía una misión a Umma (iv:13-18)
- » Il dice que los diques limítrofes de Ningirsu y Nanše le pertenecen y amenaza con secalos (iv:19-33)
- » Enlil y Ninhursag se lo impiden (iv:34-36)
- » Enmetena construye un dique desde el Tigris hasta el canal Nun (v:1-11)

3.3.2. Algunas de las Estrategias Discursivas

3.3.2.1. Organización narrativa

Las inscripciones de Eanatum, Enanatum I y Enmetena comparten, en general, una estructura narrativa similar en lo que respecta al conflicto limítrofe entre Lagaš y Umma. Esa organización discursiva consiste en comenzar con una mención al aval divino con el que cuenta el rey, para pasar luego a las transgresiones y a los incumplimientos del monarca de Umma. Las acciones del rey de Umma suelen conducir a un enfrentamiento del que siempre sale triunfal el rey de Lagaš. Y la victoria trae consigo alguna acción positiva por parte del rey vencedor, como, por ejemplo, la restitución de tierras a Ningirsu y Nanše, dioses tutelares de Lagaš, la construcción o refacción de obras de irrigación, o la instalación de monumentos conmemorativos.

Una innovación de los textos de Eanatum con respecto a su antecesor en el reino de Lagaš es el agregado de juramentos y maldiciones hacia el final de algunas de las inscripciones. Una larga serie de juramentos, acompañados de ciertos rituales, aparece en la Estela de los Buitres. Allí, después de vencer a Umma, se inserta una letanía algo

monótona, donde el rey le entrega al soberano de Umma la red de combate de un dios y le hace jurar que utilizará el campo como préstamo, que no traspasará los límites del territorio de Ningirsu, que no desviará el curso de los canales de irrigación y, en caso de hacerlo, que la red del dios caiga sobre Umma. Luego el dios le delinea los ojos con kohl a dos palomas, les unge la cabeza con resina de cedro y las suelta. Se vuelve a repetir la fórmula alertando que quien incumpla los términos del juramento, verá caer sobre Umma la red del dios. Ese juramento se toma en nombre de los dioses Enlil, Ninhursag, Enki, Su'en, Utu y Ninki.

Si en la Estela de los Buitres el episodio de la lucha con Umma se cierra con la toma de un largo juramento, otros textos terminan con una maldición. Así, por ejemplo, una inscripción de Eanatum, maldice a cualquier gobernante de Umma que cruce el canal para apropiarse de los campos, se le desea el castigo de varios dioses y la rebelión de su propia ciudad (RIME 1.9.33, ii':18-iii:16). De manera similar, Enmetena culmina su larga inscripción sobre el conflicto territorial con una maldición dirigida al líder de Umma que transgreda los límites de los dioses Ningirsu y Nanše para tomar los campos por la fuerza. Si el rey de Umma o cualquier otro gobernante así lo hiciere, que Ningirsu, después de arrojarle su red de combate, lo aplaste y que la gente de su propia ciudad, después de sublevarse, lo asesine en esa misma ciudad (RIME 1.9.5.1). La maldición de Enmetena no sólo es reminiscente de la de Eanatum, sino que evoca la imagen del relieve de la Estela de los Buitres, monumento con el que el escriba de Enmetena estaba, sin dudas, familiarizado.

3.3.2.2. *El uso del discurso directo*

Algunas de las inscripciones que narran el conflicto limítrofe entre Lagaš y Umma hacen uso del discurso directo para reportar los dichos tanto de reyes como del

dios Ningirsu. En la Estela de los Buitres (RIME 1.9.3.1), por ejemplo, la primera “cita textual” es la palabra del dios Ningirsu cuando, después de una actitud arrogante del rey de Umma, brama: “Umma ha [...] mi heno, mi propiedad, los campos de Gu’edena [...]” (iii:28-iv:3). Más adelante, Eanatum duerme y Ningirsu se comunica con él por medio de un sueño para preanunciarle la victoria en el combate. Aunque el pasaje se preserva en estado fragmentario, el dios dice: “Kiš debe abandonar^(?) Umma (...). El dios sol brillará a tu diestra y [...] (...) [...]. Allí matarás. La multitud de sus cadáveres alcanzará la base del cielo (...) [...] su gente se sublevará en su contra y será asesinado en Umma” (vii:1-viii:3).²⁹ Unas líneas antes de esa revelación, se citan las palabras del rey Eanatum: “El rey de Umma (...) con otros hombres [...] puede explotar Gu’edena, el amado campo de Ningirsu. ¡Que (Ningirsu) lo abata!” (vi:8-16). La inscripción cita también las palabras del rey enemigo al tomar juramento ante Eanatum: “Por la vida de Enlil, rey del cielo y de la tierra (...) no transgrediré el territorio de Ningirsu, no desviaré el (curso) de los canales de irrigación (...)” (xvi:21-31, *passim*). Y después del juramento, Eanatum sentencia: “Después de lo que ha declarado (...), cuando quiera que viole este acuerdo, ique la gran red de batalla de Enlil, (...) descienda sobre Umma!” (xvii:6-20, *passim*).

Una estrategia discursiva similar se aprecia en una de las inscripciones de Enanatum I (RIME 1.9.4.2), donde el rey enemigo, Urlumma de Umma, desafía: “¡(La ciudad de) Antasura es mía! (...)” (viii:5). Y unas líneas más abajo, el dios Ningirsu reacciona ante esa declaración al afirmar: “Urlumma, el rey (ensi₂) de Umma, ha dicho: ‘¡(la ciudad de) Antasura es mía!’ y ha ingresado a (la ciudad de) Ešaniga.

29 Los puntos suspensivos dentro de corchetes indican que el pasaje está dañado o perdido. Los puntos suspensivos dentro de paréntesis indican un pasaje omitido para abreviar la cita textual.

¡No debe rebelarse en contra de Enanatum, mi poderoso varón!” (ix:2-x:5). Lo novedoso de este ejemplo, es que el discurso del dios integra, a modo de cita textual, las palabras que había expresado el rey enemigo.

Continuando con esa estrategia, aunque de manera más sencilla, una de las inscripciones de Enmetena (RIME 1.9.5.1), cita las palabras hostiles de Il, rey de Umma: “¡El dique limítrofe del dios Ningirsu y el dique limítrofe de Nanše son míos! Los drenaré desde Antasura (hasta) el templo de Dimgal-abzu” (iv:24-32).

Algunos años después, en una de las recensiones de sus “Reformas”, Urukagina (RIME 1.9.9.3), refiriéndose al conflicto limítrofe en la época de Enanatum I, cita las palabras que Urukagina les dijo a los emisarios del rey de Lagaš: “¡Antasura es mía!” (iv: 7'-8").

3.3.2.3. La presencia del pasado en el presente

En las inscripciones sobre el conflicto territorial, la presencia del pasado en el presente se logra mediante la inserción de pasajes que explican qué había ocurrido previamente con ese mismo conflicto. Es decir, se utiliza la historia para avalar las acciones políticas y militares contemporáneas. Ya se ha señalado antes que tanto Enanatum como Enmetena se refieren al trazado de los límites por el rey Mesilim de Kiš. Pero, además de esa referencia a un tiempo previo a la existencia de la Primera Dinastía de Lagaš, Enmetena aporta una innovación al incluir información sobre el contexto histórico, puesto que proporciona datos sobre la situación del conflicto en tiempos de otros reyes. Este nuevo recurso discursivo se evidencia en la introducción de una de las inscripciones reales de Enmetena (RIME 1.9.5.1), donde el texto comienza con una descripción histórica que incluye los siguientes momentos:

- » Enlil demarcó el límite entre los dioses Ningirsu y Šara (i:1-7)
- » El rey Mesilim de Kiš extendió la cuerda de medición en el campo y erigió un monumento (i:8-12)
- » Ninta el rey de Umma destruyó el monumento y avanzó sobre el distrito Eden, perteneciente a Lagaš (i:13-21)
- » El dios Ningirsu, por orden de Enlil, luchó contra Umma, la derrotó y realizó túmulos de enterramiento en el distrito Eden (i:22-31)
- » Eanatum, el rey de Lagaš, tío de Enmetena, demarcó el límite con Enakale, el gobernante de Umma (i:32-42), le dejó bajo el control de Umma una franja de territorio perteneciente a Ningirsu (ii:1-3)
- » Además, Eanatum erigió monumentos y restauró el antiguo monumento de Mesilim, pero no pasó a la zona del distrito Eden bajo el control de Umma (ii:4-10)
- » Más tarde, el rey Urlumma de Umma no pudo pagar la cebada que le debía a Lagaš y desvió el agua del dique limítrofe de los dioses Ningirsu y Nanše. Quemó y destruyó los monumentos. Contrató gente de otras tierras y traspasó los límites jurisdiccionales (ii:27-iii:4)
- » El rey Enanatum luchó contra Urlumma en el campo Ugi-ga, perteneciente al dios Ningirsu (iii:5-19)

Esta especie de prólogo histórico, que menciona la situación desde Mesilim hasta el presente del entonces rey, le permite a Enmetena convalidar su victoria sobre Urlumma y la situación con el nuevo rey de Umma, II.

A Enmetena lo sucedieron otros tres soberanos de Lagaš: Enanatum II, Enentarzi y Lugalanda. No se preservan inscripciones sobre el conflicto territorial con Umma para ninguno de ellos. Sin embargo, el cuarto monarca después de Enmetena, Urukagina (ver Tabla 3), vuelve a hacer referencia a la disputa territorial en una de las recensiones de sus “Reformas” (RIME 1.9.9.3). En ese pasaje histórico cuenta

que, debido a una cantidad de cebada impaga, Enanatum I envió una comitiva a Urlumma. El rey de Umma respondió que Antasura le pertenecía y reclutó gente de otras tierras. Entonces el dios Ningirsu destruyó las tropas de Urlumma en el campo Ugiga y lo expulsó del territorio. Urlumma huyó abandonando una recua de asnos (iv:l'-30'). Como se ve, la inscripción de Urukagina resume e integra información que aparece en un texto de Enmetena, incluida la recua de asnos (RIME 1.9.5.1). Puesto que a ese pasaje de Urukagina le sigue una laguna de unas 24 líneas, no queda claro cómo se realiza la transición.

Conclusión

Homero, Heródoto, Tucídides y, a su manera, los anónimos escribas mesopotámicos de Lagaš escribieron sobre la guerra. Los documentos aquí analizados, contienen las versiones narrativas más tempranas que se conocen de una guerra. Más concretamente aún, uno de los textos de Urnanše ofrece la primera descripción que existe de un conflicto bélico. Pero ese es un dato anecdótico circunstancial. Estas inscripciones reales eran comisionadas por reyes, tenían fines conmemorativos y solían inscribirse en objetos votivos o en monumentos. Ciertamente, esos escritos provenientes de Lagaš lejos están de poder equipararse –en caso de que ese fuera un ejercicio deseable– con *La Iliada*, con *Las Historias*, o con la *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Hay que recordar que unos dos milenios separan a Urnanše de Heródoto. Unos años atrás, Michalowski (2011: 5) explicaba que los mesopotámicos nunca habían desarrollado formas metadiscursivas ni tampoco prosa narrativa exploratoria, pero que eso no les impedía darse el gusto de reflexionar sobre el mundo y sus alrededores. Aun así, las

descripciones de las contiendas entre Lagaš y Umma contienen rasgos narrativos que muestran el dominio magistral de ciertas técnicas discursivas. Uno de esos recursos es el uso del discurso directo en dosis moderada. Se transcriben las palabras del dios Ningirsu y la de algunos reyes de Lagaš y Umma. La cita directa de los actores principales de la contienda crea la ilusión de verdad. En el caso de la toma de juramento que aparece en la Estela de los Buitres, el intercambio discursivo se entreteje con el rito de soltar palomas para sellar los términos de la victoria e impedir futuras transgresiones limítrofes por parte de Umma. De la misma manera, el uso del pasado para conferirle legitimidad a las acciones político-militares de Lagaš, aparece de manera casi tenue con la invocación que Eanatum hace de la demarcación territorial en tiempos de Mesilim de Kiš, para aparecer, más tarde, en la elaborada reseña histórica de una de las inscripciones de Enmetena y en la más breve, pero no menos efectiva, síntesis histórica en una de las recensiones de las “Reformas” de Urukagina. El uso de esas estrategias discursivas le confiere veracidad al texto, autoridad al pasado y legitimidad al presente.

En términos formales, las inscripciones reales de Lagaš no son escritos históricos, pero se le parecen bastante.

Bibliografía

- Almamori, H. (2014a). Gišša (Umm Al-Aqarib), Umma (Jokha), and Lagaš in the Early Dynastic III Period, *Al-Rāfidān* 35, pp. 1-37.
- (2014b). The Early Dynastic Monumental Buildings at Umma al-Aqarib, *Iraq* 76, pp. 149-187.
- Bartash, V. (2015). On the Sumerian City UB-me^{ki}, the Alleged “Umma”, *Cuneiform Digital Library Bulletin* 2015 (2), pp. 1-7.
- Bauer, J. (1998). Der vorsargonische Abschnitt der Mesopotamien Geschichte, en: Bauer, J. et al. (eds.), *Mesopotamien: Späturuk-Zeit und Frühdynastische Zeit*, OBO 160/1, pp. 431-565. Friburgo / Gotinga: Universitätsverlag-Vandenhoeck & Ruprecht.
- Cooper, J. (1983). *Reconstructing History from Ancient Inscriptions: The Lagash-Umma Border Conflict*, SANE 2. Malibú: Undena Publications.
- Edzard, D. O. (1991). Irigakina (Urukagina), en: Michalowski, P. et al. (eds.), *Velles Parauls. Ancient Near Eastern Studies in Honor of Miguel Civil on the Occasion of his Sixty-fifth Birthday*, AuOr 9, pp. 77-79. Barcelona: AUSA.
- Englund, R. (1998). Texts from the Late Uruk Period, en: Bauer, J. et al. (eds.), *Mesopotamien: Späturuk-Zeit und Frühdynastische Zeit*, OBO 160/1, pp. 15-233. Friburgo / Gotinga: Universitätsverlag-Vandenhoeck & Ruprecht.
- Evans, J. (2007). The Square Temple at Tell Asmar and the Construction of Early Dynastic Mesopotamia, ca. 2900-2350 B.C.E., *American Journal of Archaeology* 111 (4), pp. 599-630.
- Frayne, D. (2008). *The Royal Inscriptions of Mesopotamia. Early Periods: Presargonic Period (2700-2350 B.C.)*, RIME 1. Toronto / Buffalo / Londres: University of Toronto Press.
- (2009). The Struggle for Hegemony in “Early Dynastic II” Sumer, *Journal of the Canadian Society for Mesopotamian Studies* 4, pp. 37-75.
- Glassner, J. J. (2000). Les petits États mésopotamiens à la fin du 4e et au cours du 3e millénaire, en: Hansen, M. H. (ed.), *A Comparative Study of Thirty City-State Cultures. An Investigation Conducted by the Copenhagen Polis Center*, pp. 35-53. Copenhagen: Reitzels Forlag.

- Garfinkle, S. (2013). Ancient Near Eastern City-States, en: Bang, P. y Scheidel, W. (eds.), *The Oxford Handbook of State in the Ancient Near East and Mediterranean*, pp. 94-119. Oxford / Nueva York: Oxford University Press.
- Gelb, I. (1977). Thoughts about Ibla: A Preliminary Evaluation, *Syro-Mesopotamian Studies* 1, pp. 3-30.
- (1981). Ebla and the Kish Civilization, en: Cagni, L. (ed.), *La Lingua di Ebla: Atti del convegno internazionale (Napoli, 21-23 aprile 1980)*. Nápoles: Istituto Universitario Orientale.
- (1992). Mari and the Kish Civilization, en: Young, G. (ed.), *Mari in Retrospect. Fifty Years of Mari Studies*, pp. 121-202. Winona Lake: Eisenbrauns.
- Hartog, F. (1988). *The Mirror of Herodotus. The Representation of the Other in the Writing of History*. Berkeley: University of California Press.
- (2002). The Invention of History: From Homer to Herodotus, en: Wang, Q. e Iggers, G. (eds.), *Turning Points in Historiography: A Cross-Cultural Perspective*, pp. 19-29. Rochester: The University of Rochester Press.
- Jacobsen, T. (1939a). The Assumed Conflict Between Sumerians and Semites in Early Mesopotamian History, *Journal of the American Oriental Society* 59 (4), pp. 485-495.
- (1939b). *The Sumerian King List*, Assyriological Studies 11. Chicago: University of Chicago Press.
- Kuhrt, A. (1998). *The Ancient Near East c. 3000-330 B.C.*, vol. 1. Nueva York / Londres: Routledge.
- Lambert, M. (1956). Une histoire du conflit entre Lagash et Umma, *Revue d'Assyriologie et d'archéologie orientale* 50, pp. 141-146.
- Lambert, W. G. (1990). The Names of Umma, *Journal of Near Eastern Studies* 49, pp. 75-80.
- (1992). The Reading of Uru-KA-gi-na Again, *Aula Orientalis* 10, pp. 256-258.
- Marchesi, G. (2004). Who Was Buried in the Royal Tombs of Ur? The Epigraphic and Textual Data, *Orientalia* 73, pp. 153-197.
- (2006). Appendice. Statue regali, sovrani e templi del protodinastico. I dati epigrafici e testuali, en: Marchetti, N., *La statuaría regale nella Mesopotamia protodinastica. Con un'Appendice di Gianni Marchesi*, pp. 205-271. Roma: Bardi Editore.

- (2015). Toward a Chronology of Early Dynastic Rulers in Mesopotamia, en: Sallaberger, W. y Schrakamp, I. (eds.), *History and Philology*, ARCANÉ III, pp. 139-156. Turnhout: Brepols.
- Michalowski, P. (2011). Early Mesopotamia, en: Feldherr, A. y Hardy, G. (eds.), *The Oxford History of Historical Writing*, vol. 1, pp. 5-28. Oxford / Nueva York: Oxford University Press.
- Momigliano, A. (1966). *Studies in Historiography*. Nueva York: Harper & Row.
- Morley, N. (1999). *Writing Ancient History*. Ithaca (New York): Cornell University Press.
- Munn, M. (2017). Why History? On the Emergence of Historical Writing, en: Howe, T. et al. (eds.), *Ancient Historiography on War and Empire*, pp. 2-23. Oxford / Filadelfia: Oxbow Books.
- Nadali, D. y Polcaro, A. (2018). Archaeological Discoveries in the Ancient State of Lagash: Results from the Italian Excavations at Tell Zurgul/Nigin in Southern Iraq, *Ash-Sharq* 2, pp. 24-49.
- Pettinato, G. (1970-1971). *i7-idigna-ta i7-nun-še*s. Il conflitto tra Lagash ed Umma per la 'Frontera Divina' e la sua soluzione durante la terza dinastia di Ur, *Mesopotamia* 5-6, pp. 281-320.
- Poebel, A. (1926). Der Konflikt zwischen Lagash und Umma zur Zeit Ennannatums I. und Entemenas, en: *Oriental Studies Paul Haupt Anniversary Volume*, pp. 220-266. Baltimore / Leipzig: Johns Hopkins Press / Hinrichs.
- Romano, L. (2007). La Stegli degli avvoltoi: una rilettura critica, *Vicino Oriente* 13, pp. 3-23.
- Sallaberger, W. y Schrakamp, I. (2015). Philological Data for a Historical Chronology of Mesopotamia in the 3rd Millennium, en: Sallaberger, W. y Schrakamp, I. (eds.), *History and Philology*, ARCANÉ III, pp. 3-136. Turnhout: Brepols.
- Selz, G. (1998). *du-ga-ni-mu-gi-na*, aber steht die Lesung von URU-KA-gi-na(k) fest? Ein Beitrag zum Problem des göttlichen Wortes in sumerischen Personennamen, *Altorientalische Forschungen* 25, pp. 312-327.
- (2003). Who is Who? Aka, König von Ĝiš(š)a: zur Historizität eines Königs und seiner möglichen Identität mit Aka, König von Kiš(i), en: Selz, G. (ed.), *Festschrift für Burkhardt Kienast zu seinem 70. Geburtstag dargebracht von Freunden, Schülern und Kollegen*, pp. 449-518. Münster: Ugarit-Verlag.

- Selz, G. y Niedermayer, D. (2015). The Burials after the Battle. Combining Textual and Visual Evidence, en: Dittmann, R. y Selz, G. (eds.), *It's a Long Way to a Historiography of the Early Dynastic Period(s)*, pp. 387-404. Münster: Ugarit-Verlag.
- Steinkeller, P. (1991). The Reforms of Urukagina and Early Sumerian Term for "Prison", en: Michalowski, P. et al. (eds.), *Velles Paraules. Ancient Near Eastern Studies in Honor of Miguel Civil on the Occasion of his Sixty-fifth Birthday*, AuOr 9, pp. 227-233. Barcelona: AUSA.
- (1993). Early Political Development in Mesopotamia and the Origins of the Sargonic Empire, en: Liverani, M. (ed.), *Akkad: The First World Empire: Structure, Ideology, Traditions*, pp. 107-129. Padua: Sargon.
- (2013). An archaic "prisoner plaque" from Kiš, *Revue d'assyriologie et d'archéologie orientale* 107, pp. 131-157.
- Van De Mieroop, M. (2016). *A History of the Ancient Near East ca. 3000 - 323 B.C.* Malden / Oxford: Blackwell.
- Veldhuis, N. (2014). The Early Dynastic Kiš Tradition, en: Sassmannshausen, L. (ed.), *He Has Opened Nisaba's House of Learning. Studies in Honor of Åke Waldemar Sjöberg on the Occasion of His 89th Birthday on August 2013*, pp. 241-259. Boston / Leiden: Brill.
- Westenholz, A. (1999). The Old Akkadian Period: History and Culture, en: Sallaberger, W. y Westenholz, A. (eds.), *Mesopotamien. Akkade-Zeit und Ur III-Zeit*, OBO 160/3, pp. 17-117. Friburgo / Gotinga: Universitätsverlag-Vandenhoeck & Ruprecht.
- (2002). The Sumerian City-State, en: Hansen, M. (ed.), *A Comparative Study of Six City-State Cultures: An Investigation Conducted by the Copenhagen Polis Centre*, pp. 23-42. Copenhagen: C. A. Reitzels Forlag.
- (2020). Was Kish the Center of a Territorial State in the Third Millennium? - and Other Thorny Questions, en: Arkhipov, I. et al. (eds.), *The Third Millennium. Studies in Early Mesopotamia and Syria in Honor of Walter Sommerfeld and Manfred Krebernik*, pp. 686-715. Leiden / Boston: Brill.
- Yoffee, N. (1995). Political Economy in Early Mesopotamian States, *Annual Review of Anthropology* 2, pp. 11-32.
- (2005). *Myths of the Archaic State. Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*. Cambridge: Cambridge University Press.

Las fortificaciones sirio-cananeas del segundo milenio a. n. e. Estructuras militares y monumentos cívicos

Lluís Feliu y Jordi Vidal

1. Introducción¹

El antropólogo norteamericano Lawrence Keeley denunció que durante la segunda mitad del siglo XX se había producido lo que él denominó como un proceso de “pacificación del pasado”. Dicho concepto hacía referencia al intento por parte de un sector de la historiografía de eliminar o de minimizar el papel que había desempeñado la guerra en la historia (Keeley, 1996).²

El propio Keeley (1996: 163 y ss.) apuntaba al trauma provocado por la Segunda Guerra Mundial como una de las causas principales de esa pacificación. A diferencia de otras guerras libradas en territorios lejanos y sin incidencia directa sobre la población civil del Primer Mundo, la Segunda Guerra Mundial y, en especial, las atrocidades nazis supusieron una experiencia traumática para la conciencia occidental. Ciertamente, conflictos anteriores, como la Primera

1 Para las abreviaturas utilizadas, véase: http://cdli.ox.ac.uk/wiki/abbreviations_for_assyriology.

2 El trabajo de Keeley se refería sobre todo a la prehistoria.

Guerra Mundial, también tuvieron un gran impacto en Occidente, pero la magnitud del Holocausto, los bombardeos sistemáticos sobre la población civil o el uso de armas nucleares llevaron el desarrollo del conflicto a una dimensión desconocida hasta entonces. A partir de esos momentos, la guerra perdió su interpretación romántica. Ya no podía verse como una actividad noble, heroica y civilizadora, amparada en las ideas del darwinismo social propias de la segunda mitad del siglo XIX. En su lugar, la Segunda Guerra Mundial enseñó de forma dramática a las sociedades occidentales que los conflictos armados eran en esencia algo brutal, un crimen contra la humanidad.

Asimismo, el surgimiento del movimiento pacifista a partir de 1960 también contribuyó a la pacificación del pasado (Vandkilde, 2003: 132; Pollard y Banks, 2005: iv; Hernández Cardona, 2007: 12 y ss.; Hanson, 2011 [2010]: 24). Uno de sus principales objetivos era la construcción de una cultura de la paz que ayudara a evitar en la medida de lo posible la aparición de nuevos conflictos militares que amenazaran con destruir a la humanidad. Dentro de este marco, la historia debía jugar un papel muy importante a nivel educativo, promoviendo y consolidando esa nueva cultura de la paz. Sin embargo, la historia tradicional plagada de guerras y violencia, servía mal a ese propósito, por lo que era necesario un cambio epistemológico. Ahora se pedía a los historiadores que pusieran el énfasis no en las cuestiones bélicas sino en aquellas que sirviesen a los fines pacifistas: formas de cooperación, diálogo y negociación, ejemplos de rechazo explícito de la violencia y resolución pacífica de conflictos, etcétera.

Por último, debemos referirnos al contexto historiográfico general que surgió tras la Segunda Guerra Mundial, poco propicio para los estudios de Historia Militar (Loreto, 2006: 3; Hernández Cardona, 2007; Hanson, 2011 [2010]: 255 y ss.; Quesada, 2011: 44 y ss.). En la segunda mitad del

siglo XX se produjo el auge y consolidación de nuevas formas de hacer historia, estructuralista y analítica antes que narrativa, socio-económica antes que político-militar. Una historia más preocupada por las masas que por las elites, por la larga duración antes que por acontecimientos puntuales, una historia, en definitiva, que debía ser capaz de responder a las grandes preguntas relacionadas con las sociedades humanas del pasado. El impacto de esa nueva historia, abanderada por la Escuela de los Annales en Francia y por los historiadores marxistas ingleses fue notable y trajo como consecuencia que la historia-narración, la historia-acontecimiento, la historia-intriga y, cómo no, la historia-batalla se convirtiesen en historias vulgares (Vilar, 1991: 9).

Como consecuencia directa de ese cúmulo de factores, se impuso una nueva mirada sobre el pasado también en los ámbitos de la arqueología y la historia antigua. Los procesos de cambio ya no debían explicarse en función de invasiones, rupturas intrusivas o enfrentamientos armados sino de transformaciones endógenas de acuerdo con las propias dinámicas internas de cada sociedad, dentro de un contexto dominado por comunidades solidarias, fraternas y sin tensiones (Guilaine y Zammit, 2002 [2001]: 29; Vandkilde, 2003: 134 y ss.; Pollard y Banks, 2005: iv). Incluso, cuando forzosamente había que recurrir a la violencia para explicar determinadas evidencias materiales, se optó con frecuencia por utilizar eufemismos como “conflicto” o “agitación”, para evitar el uso de la palabra “guerra” (Vandkilde, 2003: 132).

Un buen ejemplo arqueológico de las consecuencias que tuvo la “pacificación del pasado” lo encontramos en determinadas interpretaciones de algunas estructuras defensivas. En este sentido, el caso del yacimiento francés de Boussarges (*ca.* 2500 a. n. e.) es paradigmático. Así, inicialmente las murallas del asentamiento se interpretaron como una típica estructura defensiva. Posteriormente, sin

embargo, se consideró que las murallas eran tan sólo el cercado de una granja, mientras que las supuestas torres de defensa eran habitaciones con un uso básicamente doméstico (Guilaine y Zammit, 2002 [2001]: 30). El proceso de pacificación de Bousargues fue evidente.

También encontramos ejemplos similares en el Próximo Oriente Antiguo. Uno de los casos más típicos es el de las murallas neolíticas de Jericó, que Kathleen Kenyon (1957: 65 y ss.) interpretó inicialmente como una estructura militar de carácter defensivo. Treinta años más tarde, Ofer Bar-Yosef (1986) pacificó aquellas murallas, señalando que su objetivo no tenía nada que ver con la salvaguarda frente a posibles ataques de comunidades enemigas. Su auténtico propósito habría sido el de proteger el yacimiento de las potenciales inundaciones provocadas por tres wadis cercanos al asentamiento.

Somos conscientes que el estudio que presentamos a continuación, centrado en las fortificaciones sirio-cananeas del segundo milenio a. n. e., encaja parcialmente dentro del marco conceptual pacificador que señalaba Keeley. Por supuesto nuestra intención no es, en ningún caso, la de negar la función militar de murallas como las de Mari o Emar. Sin embargo, sí queremos llamar la atención sobre determinadas evidencias textuales que apuntan que aquellas murallas tuvieron un valor para las ciudades que iba más allá del estrictamente militar.³

En este sentido es importante tener en cuenta que a menudo las murallas eran la única estructura arquitectónica de una ciudad que resultaba visible desde el exterior. Por lo tanto, eran la única construcción que podía usarse para transmitir un mensaje fuera de la comunidad. Las características básicas de las murallas (dimensiones, calidad de

3 Para un ejercicio similar centrado en el caso de Babilonia, véase Baker, 2014.

los materiales de construcción, altura, diseño, etcétera) ofrecían una primera impresión acerca del poder político, económico y militar de la comunidad que las había creado. Asimismo, también transmitían un mensaje en clave interna, ya que representaba la identidad y la integración política de la población, su pertenencia a una comunidad política y su sumisión a una autoridad central.

En los siguientes apartados analizaremos de forma específica el simbolismo asociado a las murallas, tal y como aparece reflejado en las fuentes cuneiformes sirio-cananeas del segundo milenio a. n. e., centrándonos en los textos de Mari, Amarna, Emar y Ugarit.

2. Mari

En los archivos de Mari existen varias referencias a la construcción y el mantenimiento de murallas.⁴ Los textos suelen consignar datos de tipo práctico, relacionados con la necesidad de construir determinadas fortificaciones o de reparar las ya existentes. Con todo, aquellas referencias también aluden a la dimensión simbólica de las murallas. Así, en los textos de Mari, fortificar un asentamiento equivale literalmente a “hacer una ciudad/aldea” (*ālam/kapram epēšum*) (Durand, 1988: 324 N. B.; 1998: 290). Dicha expresión parece sugerir que, en aquellos momentos, sólo se consideraba que un asentamiento estaba completo cuando disponía de algún tipo de fortificación.

En el texto que recogemos a continuación se aprecia de forma clara que uno de los significados del verbo *epēšum* es el de “fortificar”:

4 Véase Charpin, 1993; Durand, 1998: 289-299.

Él fortificó una aldea entre Harbû y Ayabû, y aquella aldea es muy fuerte (Heimpel, 2003: 236).⁵

En este caso, el texto no parece referirse a la construcción de una verdadera muralla sino a la creación de algún tipo de estructura defensiva que tenía como objetivo “fortalecer” la aldea en cuestión frente a una amenaza exterior. De esta forma, la expresión *ālam epēšum* no se utilizaba únicamente para referirse a la construcción de una muralla sino para cualquier trabajo de fortificación que se llevase a cabo.

Por otra parte, algunas cartas mencionan murallas (*bad₃* / *dūrum*) construidas con materiales resistentes (piedra o adobe) por parte de especialistas (*lu₂-šidim/itinnum*). Una de esas cartas menciona a un trabajador que era especialista no en la construcción sino en la reparación de murallas, designado con el término *eppišum* (Durand, 1998: 290-291):

No hay ni médico ni constructor. La muralla ha caído y no hay ningún especialista en fortificaciones (Frayne, 1990: 346).⁶

No obstante, donde se aprecia bien el valor simbólico de las murallas es en aquellos textos que se refieren a la destrucción de Mari por parte de las tropas babilónicas de Hammurapi:

Cuando él capturó Mari y y sus alrededores, destruyó sus murallas [...].⁷

5 ARM 26/1 156: 7-10: *ka-pa-ra-am / bi-ri-it ḥa-ar-be₂-e^{ki} u₃ a-ia-bi-^{ki} / e-pi₂-iš u₃ ka-ap-rum šu-u₂ ma-di-iš da-an.*

6 ARM 2 127 3-6 (Durand, 1997: 303 [167]): *lu₂-a-su₂-um u₃ lu₂-šidim / u₂-ul i-ba-aš-ši / bad₃^{ki} i-ma-qu₂-ut-ma / e-pi₂-šú-u₂ u₂-ul i-ba-aš-ši.* Sobre el término **eppišum* véase Durand, 1997: 304.

7 RIME 4.3.6.11: 27-29: *u₄ ma₂-ri₂^{ki} u₃ a₂-dam-bi / in-dab₃-be₂ / bad₃-b[i] mu-un-gul-la.*

Año en el que el rey Hammurapi, siguiendo las órdenes de An y Enlil, destruyó las murallas de las ciudades de Mari y Malgium.⁸

En ambos textos, la propaganda del rey de Babilonia insistía en resaltar la captura de la ciudad y, sobre todo, la destrucción de sus murallas, lo que implicaba que Mari había perdido su condición de fortaleza. De esta forma, si “construir una ciudad” significaba su fortificación, destruir sus murallas suponía acabar con su independencia política.

Finalmente, conviene destacar que es el material onomástico de Mari el que aporta las evidencias más explícitas acerca del simbolismo asociado a las murallas. Así, la madre de Zimri-Lim, rey de Mari, se llamaba *Addu-dūrī*, “Addu es mi muralla”, donde dicha estructura se utiliza como metáfora de la protección aportada por el dios. Como veremos a continuación, en los textos de Amarna reaparece ese uso metafórico del término *dūru*.

3. Amarna

A lo largo del archivo de Amarna únicamente hallamos tres referencias a murallas, de las cuales dos remiten a un contexto estrictamente militar, mientras que la tercera alude a su dimensión simbólica. A continuación repasamos dichas referencias.

EA 141 es una carta de Ammunira de Beirut⁹ que responde a una misiva previa del faraón en la que se anunciaba la llegada de tropas a la ciudad:

8 Nombre de Año de Hammurapi 35a: mu ḥa-am-mu-ra-pi₂ luḡal-e inim an ^den-lil₂-la₂-ta bad₃ ma₂-ri₂^{ki} u₃ bad₃ ma₂-al-gi₂-a^{hi} mu-un-gul-la.

9 Sobre la datación de la carta véase Campbell, 1964: 107 y Na'aman, 2005: 101.

Ahora, protegeré la ciudad del rey, mi señor, mi sol, mi aliento vital, y su muralla, hasta que vea los ojos de los arqueros del rey, mi señor.¹⁰

En su mensaje, Ammunira señalaba dos elementos clave en la defensa de Beirut: la propia ciudad y su muralla.¹¹ De hecho, la referencia a la muralla por parte de Ammunira es en realidad un pleonasma, pues la defensa de la ciudad obviamente implica la protección de la muralla. El hecho de que Ammunira apelase a la muralla y no a otras estructuras arquitectónicas –como el palacio o los santuarios– evidencia lo obvio, esto es, la importancia estratégica de ese elemento, en tanto que estructura defensiva clave para garantizar la defensa de Beirut.

La segunda carta de Amarna que alude a las murallas es EA 243, texto enviado por Biridiya de Megiddo.¹² También en este caso se trata de la respuesta a una misiva previa del faraón relativa a la protección de aquella ciudad cananea:

Durante el día protejo los campos con carros, y [por] la n[oche] protejo la muralla de la [ciudad] del rey, mi señor.¹³

El pasaje anterior es, desde luego, muy ilustrativo desde un punto de vista militar. Así, Biridiya deja claro que la protección de los territorios agrícolas que rodeaban la ciudad de Megiddo se basaba en el empleo de carros de guerra,

10 EA 141 rev. 16-21: *a-nu-um-ma uš-šu₂-ru / uru ša lugal en-ia⁴utu-ia / ša-ri ba-la-ti₃-ia / u₃bad₃-ši: hu-mi-tu / a-di i'-mu-ru 2' igi-hi-a<-ia> / erin₂-hi-a pi₂-t[*a₂-at-ša*]lugal en-ia* (Rainey, 2015: 720 y ss.).

11 Sobre las fortificaciones de Beirut en la Edad del Bronce, véase Badre, 2001-2002.

12 Sobre la cronología de las cartas de Biridiya y la dificultad para su datación véase Campbell, 1964: 108 y ss.

13 EA 243 obv. 14 - rev. 3: *u₃-kam i-na-ša-ru' / [i]š-tu a-ša₃-meš / 'i-na' giger-meš u₃'le'-[a] / i-na-ša-ru bad₃-meš' [uru^k] / šar₃-ri en-ia* (Rainey, 2015: 998 y ss.).

un tipo de vehículo especialmente apto para los enfrentamientos en campo abierto, donde actuaba como plataforma móvil de tiro y como fuerza rápida de intervención en la persecución de enemigos a la fuga.¹⁴ Sin embargo, los carros perdían su relevancia durante la fase de defensa estática de la ciudad, que en buena medida pasaba a depender de la muralla. Las palabras de Biridiya refiriéndose a la defensa nocturna de la fortificación pueden tomarse como indicador de la tendencia a proceder al asalto de una ciudad por la noche, aprovechando la ventaja táctica que la oscuridad ofrecía a los atacantes.¹⁵

Llega al fin el turno de EA 147, una carta de Abi-Milku de Tiro,¹⁶ donde respondía a un mensaje previo en el que se anunciaba la llegada de tropas egipcias:

Eres el sol que se levanta sobre él!, y una muralla de
bronce colocada para él.¹⁷

Como se aprecia en el pasaje anterior, en el texto de Abi-Milku se utiliza la palabra acadia *dūru* de forma metafórica, como sinónimo de la fortaleza física del faraón. Por lo tanto, de acuerdo con la mentalidad de la época, la muralla era percibida como un símbolo de fuerza que, a nivel colectivo, podía servir también para ejemplificar el poder militar y político de una comunidad.

14 Véase Quesada, 2003 (con bibliografía) acerca del uso militar de los carros durante el Bronce Reciente.

15 Diversas cartas de Mari se refieren también a la práctica de asaltar ciudades durante la noche (Vidal, 2009).

16 EA 147, al igual que el resto de cartas de Abi-Milku, debe datarse a finales del reinado de Amenophis IV. Sobre la cronología de las cartas de Abi-Milku, véase Vidal, 2006a: 255 y ss., con bibliografía.

17 EA 147 rev. 23-25: *at-ta⁴utu ša⁴ it⁴-ta-š₂i i-na muḥ-ḥi-šú / u₃ du-u₂-ri-zabar ša iz-qu₂-pu / a-na ša-a-šu (...)* (Rainey, 2015: 744 y ss.).

En definitiva, las tres referencias a las murallas identificadas en los textos de Amarna no señalan únicamente lo obvio (la importancia de las murallas para garantizar la defensa de una ciudad), sino que también aluden a su dimensión simbólica, en tanto que motivo literario utilizado para representar los conceptos de fuerza y poder.

4. Ugarit

En los textos alfabéticos ugaríticos, la palabra utilizada para designar una muralla es *hmt*.¹⁸ Con todo, dicha palabra únicamente aparece atestiguada en textos literarios o religiosos.¹⁹ En este sentido, dichos textos difícilmente podrán aportar información relevante desde un punto de vista militar.²⁰ Sin embargo, sí resultan especialmente útiles para analizar la dimensión simbólica de las murallas.

El texto más importante para el tema que nos ocupa es un pasaje de la primera tablilla de la Leyenda de Kirta.²¹ En dicho pasaje se describe el ataque del legendario rey de Bet Hubur y sus tropas contra la ciudad de Udum, donde el monarca esperaba hacerse con Hurray, la hija del rey Pabil, y conseguir así una esposa con la que poder tener descendencia. Antes de producirse el ataque, sin embargo, el texto describe una serie de acciones rituales practicadas por el propio Kirta con el fin de asegurarse por medios mágicos la victoria en la empresa militar que iba a acometer (Parker,

18 Es decir, la misma palabra usada en EA 141 r. 19: *hūmitu*.

19 RS 2.[003]+ (KTU 1.14), ii 22 i iv 24; RS 1.002+ (KTU 1.40), 36; RS 24.266 (KTU 1.119), 27, 36 y par. En los textos silábicos, el término *ḥa-mi₃-ti* aparece en RS 16.86 (PRU 3 137): 4. Sin embargo, se trata de un texto preservado de forma muy fragmentaria.

20 Véase Vidal, 2006b: 705 y ss. sobre el uso militar de las murallas. Véase también Calvet, 2006 y 2008 para un estudio arqueológico de las murallas de Ugarit.

21 RS 2.[003]+ (KTU 1.14), ii 21-22 (par. iv 2-4).

1989: 151). El ritual con el que Kirta buscaba obtener el favor de los dioses, especialmente de Ilu, implicaba tres acciones: 1) purificación, 2) selección de víctimas y 3) sacrificio.²² Tras la realización del ritual, y después de siete días de asedio, la ciudad de Udu[m] se rindió al ejército de Kirta, por lo que el rey de Bet Hubur logró su objetivo sin necesidad de entrar en combate. En cualquier caso, lo que aquí nos interesa destacar es el espacio en el que se llevó a cabo el ritual previo al asedio y es que, según el texto, el sacrificio de las víctimas por parte de Kirta tuvo lugar en lo alto de la muralla de Bet Hubur:

Purificación

Lávate y maquíllate;
lava tus manos hasta el codo,
tus brazos hasta el hombro.

Selección de víctimas (+ libaciones)

Entra en [la sombra de la tienda],
Coge un corder[o en] tu [mano],
un cordero sa[crificial en] (tu) mano derecha,
un cordero lechal con ambas (manos).
Coge una medida de [tu pan de] ofrenda,
las entrañ[as] de un ave sacrificial,
vierte vino [en una c]opa de plata,
miel en una copa de [o]ro.

Sacrificio

{Sube hasta la cima de la t[o]rre}
Y sube hasta la cima de la torre. Monta
en los hombros de la muralla. Alza tus manos
al cielo. Sacrifica al Toro,

22 Sobre la interpretación de dicho ritual véase, por ejemplo, Del Olmo, 1981: 250.

tu padre Ilu. Honra a Ba'lu
con tu sacrificio, al hijo de Dagan
con tu comida.²³

El pasaje anterior muestra claramente que las murallas, al margen de su estricta función militar, tenían también un significado religioso. Era precisamente ese carácter monumental el que convertía a la muralla en un ámbito susceptible de ser sacralizado. De hecho, la función de las murallas como espacios rituales no está atestiguada únicamente en la literatura ugarítica (Kim, 2011: 208 y ss.). Encontramos un ejemplo similar en la Biblia Hebrea, concretamente en el episodio en el que el rey Meša de Moab sacrificó a su primogénito en lo alto de la muralla de Kir-Hareseth.²⁴ Asimismo, como veremos en el apartado siguiente, también los textos de Emar confirman ese mismo uso religioso de las fortificaciones.

5. Emar

Las tablillas con instrucciones rituales halladas en la ciudad de Emar poseen una gran relevancia para el estudio de la religión siria del Bronce Final. El texto ritual más importante es el que describe la fiesta *zukru*, publicado como Emar 373 en la *editio princeps* de Daniel Arnaud. Según dicho texto, la fiesta se celebraba cada siete años y estaba dedicada al dios Dagan,²⁵ aunque prácticamente todas las divinidades del panteón emariota aparecen mencionadas como

23 RS 2.[003]+ (KTU 1.14), ii 21-22: (...) ʿ r t ʿ ḥ ṣ . w t a d m / r ḥ ʿ ṣ [. y] ʿ d k . a m t / u ṣ b [t k .] ʿ ʿ d [.] [ʿ t k m ʿ] / r b . [b z l . ḥ m t] / q ḥ . i m [r . b y d] ʿ k / i m r . ʿ d [b ḥ . b] ʿ m ʿ y m n / l l a . k l [l a t n] ʿ m ʿ / k l t . [[ḥ m k .] ʿ d n z l / q ḥ . m ʿ s [r r .] ʿ ṣ r / d b ḥ . ṣ ʿ q [. b g] ʿ l . ḥ t t / y n . b g l . [ḥ] ʿ r ṣ . n b t / ʿ l . l z r . ʿ m [g] d l / w ʿ l . l z r . ʿ m g ʿ d l . r k b / t k m m . ḥ m ʿ ʿ . ṣ a . y d k / ṣ m m . d b ʿ ḥ ʿ . l t r / a b k . i l . ṣ r d . b ʿ l / b d b ḥ k . b n . d g n / b m ṣ d k (...).

24 2 Re 3: 27.

25 Véase Feliu, 2003: 216 y ss. sobre Dagan y la fiesta *zukru*.

receptoras de ofrendas. El rey de la ciudad era el principal de los oferentes, aunque el conjunto de la comunidad participaba en la festividad.

De entre los rituales llevados a cabo durante la fiesta *zukru* aquí nos interesa llamar la atención sobre el denominado sacrificio *kubadu*, por cuanto guarda relación directa con el tema que nos ocupa. Dicho sacrificio consistía en una serie de ofrendas que se realizaban en un lugar concreto de la ciudad: “La gran puerta de la batalla” (ka₃ gal ša qa-ab-li), es decir la principal puerta de la muralla de Emar (Fleming, 2000: 93). A continuación transcribimos diversos pasajes que aluden a dichos rituales celebrados en aquel espacio concreto de la muralla de la ciudad:

Tras comer y beber, untan las piedras con grasa y sangre.

Realizan el sacrificio *kubadu* para todos los dioses frente a la gran puerta de la batalla, con una oveja, dos pares de panes gruesos hechos de cebada, y una jarra del rey.²⁶

Realizan el sacrificio *kubadu* [fren]te a la gran puerta de la [bat]alla.²⁷

El carro [de Dagan pasa] entre los betilos,

S[u rostro] está² descubierto. Se dirige [hacia] NIN-URTA.

Hacen que [NIN-URTA] monte (en el carro) [con] él.
[El arma] de los dioses lo sigue.

26 Emar 373 34-36: *ki-i-me* ku₃ nag na₄-meš *gab₂-ba₂ iš-tu* i₃-meš u₃ uš-meš *iḥar-ru-u* / udu.u₂ *ta-pal* ninda-gur₄-ra-meš *pa-pa-si₂* 1 dug *ḥu-bar ša* lugal *a-na pa-ni* / ka₂-gal *ša qa-ab-li ku-ba-da a-na gab₂-bi* dingir-meš du₃ [...] (Fleming, 2000: 238 y ss.).

27 Emar 373 62: [*a-na pa-ni*] *i ka₂-gal ša [qa-a]b-li ku-ba-da* tur du₃ [...] (Fleming, 2000: 240 y ss.).

Cuando llegan [la gran puerta de la bat]alla, realizan el sacrificio [k]ubadu.²⁸

Realizan los rituales en la gran puerta de la batalla, como el día de la consagración.²⁹

Los pasajes anteriores tienen especial relevancia para nuestro estudio. A diferencia de la epopeya de Kirta, el texto de la fiesta *zukru* no es un relato literario con incierto valor empírico, sino que se trata de un conjunto de instrucciones rituales para realizar una serie de acciones culturales que efectivamente tuvieron lugar en Emar. Por lo tanto, sirve para confirmar aquello que la epopeya de Kirta únicamente nos permitía suponer: las murallas, a las que se les atribuía un profundo significado religioso, formaban parte del paisaje cívico de las ciudades sirio-cananeas durante el Bronce Final. Su monumentalidad y visibilidad, y su función clave en la protección de la comunidad convertía a las murallas en un espacio liminal especialmente apto para facilitar el contacto con la esfera sagrada.

Consideraciones finales

El repaso cronológicamente amplio que hemos llevado a cabo demuestra que durante el segundo milenio las murallas de las ciudades sirio-cananeas tenían un significado que iba más allá de la esfera estrictamente militar, convirtiéndose en verdaderos monumentos cívicos. Así, como veíamos

28 Emar 373 163-168: [...⁹¹⁸mar-gid₂-da [ša⁹¹⁸kur i-na] be-ra-at na₂-meš s[⁹¹⁸i-ka-na-ti e(-e)-ti-iq] / [pa-nu-š]ú pe₃-tu-u [a-na li-it(?)⁹¹⁸] nin-urta il-[a(?)⁹¹⁸-ak(?)⁹¹⁸] nin-urta(?) / [it-ti(?)⁹¹⁸]-šu uš-ra-[ka-bu⁹¹⁸tukul(?)⁹¹⁸] dingir-meš egir-ki-šu [l-la-ak xxx] 'a(?)⁹¹⁸-na(?)' / [ka₃-gal ša qa-a]b(?)⁹¹⁸-li i-kaš-ša[du-ma k]u⁹¹⁸-ba-da⁹¹⁸ tur du₃ [...] (Fleming, 2000: 246 y ss.).

29 Emar 373 193: i-na ka₃-gal ša qa-ab-li par₃-ši ki-i ša u₄-mi qa-du-ši-ma du₃-šu₂ (Fleming, 2000: 250 y ss.).

en los textos de Mari, eran las murallas las que “definían” a una ciudad, eran su elemento más visible, aquel que delimitaba el espacio de la comunidad y que proyectaba su imagen de poder hacia el exterior. Los textos de Amarna, por su parte, incidían en el carácter simbólico de las murallas, a partir de su uso como metáfora mediante la que aludir a la fortaleza de un rey y de una ciudad.

Por su parte, los textos de Ugarit y de Emar permiten observar otra característica particular de las murallas que, nuevamente, va más allá de su significado militar. Textos procedentes de ambas ciudades demuestran que se usaban como espacio de culto en el que desarrollar rituales concretos (ofrenda de víctimas en el caso de Kirta, el sacrificio *kubadu* en el caso de Emar). Lejos de intentar pacificar artificialmente el pasado, creemos que la documentación textual analizada en este trabajo permite concluir que las murallas, además de su innegable significado militar, fueron también estructuras arquitectónicas capaces de expresar un amplio rango de significados simbólicos y religiosos en la región sirio-cananea durante el segundo milenio a. n. e.

Bibliografía

- Badre, L. (2001-2002). The Bronze Age of Beirut: Major Results, *Aram* 13-14, pp. 1-26.
- Baker, H. B. (2014). Babylonian City Walls in a Historical and Cross-Cultural Perspective, en: Neumann, H., Dittmann, R., Paulus, S., Neumann, G. y Schuster-Brandis, A. (eds.), *Krieg und Frieden im Alten Vorderasien*, pp. 87-96. Münster: Ugarit-Verlag.
- Bar-Yosef, O. (1986). The Walls of Jericho: An Alternative Interpretation, *Current Anthropology* 27, pp. 157-162.
- Calvet, Y. (2006). Le rempart d'Ougarit, en: Butterlin, P., Lebeau, M., Monchambert, J.-Y., Montero Fenollós, J. L. y Muller, B. (eds.), *Les espaces Syro-Mésopotamiens: dimensions de l'expérience humaine au Proche-Orient ancien: volume d'hommage offert à Jean-Claude Margueron*, pp. 191-200. Bruselas: Brepols.
- (2008). Les systèmes défensifs d'Ougarit au Bronze moyen et récent, en: Abrahami, P. y Battini, L. (eds.), *Les armées du Proche-Orient ancien (IIIe-1er mill. av. J.-C.)*, pp. 177-183. Oxford: John and Erika Hedges.
- Campbell, E. F. (1964). *The Chronology of the Amarna Letters*. Baltimore: The Johns Hopkins Press.
- Charpin, D. (1993). Données nouvelles sur la poliorcétique à l'époque paléo-babylonienne, *Mari Annales de Recherches Interdisciplinaires* 7, pp. 193-203.
- Del Olmo, G. (1981). *Mitos y leyendas de Canaán según la tradición de Ugarit*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Durand, J. M. (1988). *Archives épistolaires de Mari*, ARMT XXVI/1. París: Éditions Recherche sur les civilisations.
- (1997). *Documents épistolaires du palais de Mari* 1. París: Les éditions du Cerf.
- (1998). *Documents épistolaires du palais de Mari* 2. París: Les éditions du Cerf.
- Feliu, L. (2003). *The God Dagan in Bronze Age Syria*. Leiden / Boston: Brill.
- Fleming, D. E. (2000). *Time at Emar. The Cultic Calendar and the Rituals from the Diviner's House*. Winona Lake: Eisenbrauns.
- Frayne, D. F. (1990). *Old Babylonian Period (2003-1595 BC)*. Toronto: University of Toronto Press.

- Guilaine, J. y Zammit, J. (2002 [2001]). *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*. Barcelona: Ariel.
- Hanson, V. D. (2011 [2010]). *Guerra. El origen de todo*. Madrid: Turner.
- Hernández Cardona, F. X. (2007). Espacios de guerra y campos de batalla, *Íber* 51, pp. 7-19.
- Heimpel, W. (2003). *Letters to the King of Mari*. Winona Lake: Eisenbrauns.
- Keeley, L. H. (1996). *War Before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*. Nueva York / Oxford: Oxford University Press.
- Kenyon, K. M. (1957). *Digging up Jericho*. Londres: E. Benn.
- Kim, K. (2011). *Incubation as a Type-Scene in the 'Aqhatu, Kirta, and Hannah Stories. A Form-Critical and Narratological Study of KTU 1.14 I-1.15 III, 1.17 I-II, and 1 Samuel 1:1-2:11*. Leiden / Boston: Brill.
- Loreto, L. (2006). *Per la storia militare del mondo antico. Prospettive retrospettive*. Nápoles: Jovene.
- Na'aman, N. (2005). *Canaan in the Second Millennium B.C.E.* Winona Lake: Eisenbrauns.
- Parker, S. B. (1989). *The Pre-Biblical Narrative Tradition*. Atlanta: Scholars Press.
- Pollard, T. y Banks, I. (2005). Why a Journal of Conflict Archaeology and Why Now?, *Journal of Conflict Archaeology* 1, pp. i-vii.
- Quesada, F. (2003). La ley del péndulo. Armas, carros de guerra, tácticas y explicación histórica en el Antiguo Egipto y Oriente Próximo, en: Alonso Baquer, M., Córdoba Zoilo, J. M., Sevilla Cueva, C. y Jiménez Zamudio, R. (eds.), *La guerra en Oriente Próximo y Egipto: evidencias, historia y tendencias en la investigación*, pp. 281-302. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Servicio de Publicaciones.
- (2011). Reflexiones sobre la historia, situación actual y perspectivas de la Arqueología e Historia Militar antigua en España, en: Vidal, J. y Antela, B. (eds.), *La guerra en la antigüedad desde el presente*, pp. 41-74. Zaragoza: Pórtico.
- Rainey, A. F. (2015). *The El-Amarna Correspondence. A New Edition of the Cuneiform Letters from the Site of El-Amarna based on Collations of all Extant Tablets (2 vols.)*. Leiden / Boston: Brill.
- Vandkilde, H. (2003). Commemorative tales: archaeological responses to modern myth, politics and war, *World Archaeology* 35, pp. 126-144.

- Vidal, J. (2006a). El enfrentamiento entre Tiro y Sidón durante los reinados de Abi-Milki y Zimrida. Ensayo de reconstrucción, *Aula Orientalis* 24, pp. 255-263.
- (2006b). Ugarit at War (2): Military Equestrianism, Mercenaries, Fortifications and Single Combat, *Ugarit-Forschungen* 38, pp. 699-716.
- (2009). The Siege of Razama. An example of aggressive defence in Old-Babylonian times, *Altorientalische Forschungen* 36, pp. 365-371.
- Vilar, P. (1991). *L'historiador i les guerres*. Vic: Eumo.

“El botín máspreciado”. Las deportaciones masivas de personas a través de las fuentes de Mari (siglo XVIII a. C.)¹

Leticia Rovira

I

La deportación de personas estuvo presente en el período Paleobabilónico (2002-1595 a. C.), no con la preeminencia de épocas posteriores² pero sí como una forma de coerción socio-política importante en toda la zona siro-mesopotámica. En lo que respecta al reino de Mari durante el siglo XVIII a. C., tanto la dinastía Lîm como la de la Alta Mesopotamia llevaron adelante estos movimientos forzados masivos y/o de individuos.³

-
- 1 Este artículo es una versión revisada y corregida de Rovira, L. (2014). ‘Share them out...’ On the mass deportation of people from the sources of Mari (18th century BC), en: Nadali, D. y Vidal, J. (eds.), *The Other Face of the Battle: The impact of war on the civilians in the Ancient Near East*, pp. 25-36. Münster: Ugarit-Verlag.
 - 2 El ejemplo más estudiado es el del Imperio Neo-Asirio; véase Oded, 1979.
 - 3 Sobre otros tipos de movimientos de personas que se entienden como voluntarios pero interpretamos como forzados por diversas circunstancias, véase Rovira y Molla, 2019 y Rovira, 2016.

La deportación de individuos se daba a partir del apresamiento de fugitivos,⁴ en tanto la de pequeños grupos se llevaba adelante frente a migraciones que no tenían la autorización estatal correspondiente.⁵ Si tales personas no encontraban un lugar que los acogiera con beneplácito frente a sus dificultades, podían llegar a ser capturadas por el poder estatal y convertirse en deportados⁶ (*nasīhu*).⁷

En cambio, la deportación masiva generalmente estaba relacionada con la guerra. Ella tenía su raíz en algún enfrentamiento entre reinos o regiones en conflicto, lo que conllevaba el apresamiento de personas que devenían de cautivos de guerra, botín (*šallatu*),⁸ en deportados. Éstos eran desplazados y relocalizados según las necesidades y el objetivo del vencedor.

Luego de las contiendas, el propósito perseguido con las deportaciones masivas era el de poner en marcha una estrategia de expansión territorial, a partir de la cual se reconfigurara política y socialmente el espacio dominado (Bahrani, 2008: 178-179). También se constituía como un castigo a determinadas poblaciones, muchas veces por su resistencia a los embates del asediador. Además, con los desplazamientos forzados se trataba de diluir potenciales agrupamientos para atenuar posibles problemas que pudieran causar tanto

4 Dos casos significativos de deportados fugitivos, véanse en: ARMT II 4 = LAPO 16 11; ARMT V 35 = LAPO 16 629.

5 Una ilustración de ello en: ARMT XXVII 26, cuando Zakira-Hammû, gobernador del distrito de Qaṭṭunân, pide órdenes a Zimrî-Lim sobre qué debe hacer con respecto a los hombres que salían de su territorio para poder encontrar grano, ya que el propio había sido devorado por una invasión de langostas.

6 Dos ejemplos: ARMT IV 63 = LAPO 18 1034 = ARMT XXVI/1 269.

7 *Nasīhu*: "person transferred for work, deportee" (CAD N/2: 26 *contra* Durand, 1989: 85 y 1992: 104). Véase también *Nasāhu* (CAD N/2: 1 y ss.). Es importante notar que aunque Durand (1989; 1992) prefiere tomar el significado de "desplazados", también hace uso del de deportados en sus traducciones. Una muestra de ello en ARMT IV 86 = LAPO 17 772.

8 *Šallatu*: "plunder, booty, captives, prisoners of war" (CAD Š/1: 248).

rebeliones como oposiciones menores. Con la deportación, muchas veces se quebraban los vínculos familiares: tanto de manera objetiva, al desmembrarse la familia en una sociedad donde el parentesco era uno de los elementos clave para la subsistencia, como de manera subjetiva, al fracturarse el enlace que unía al grupo parental a través del ritual *kispum*, dedicado a los muertos (Charpin, 2012; Durand, 2012; Rovira, en prensa). Esto se lograba cuando se arrasaba con el lugar de residencia⁹ y aledaños donde podía estar sepultado el pariente (Van der Toorn, 2014: 82; Bachelot, 2009: 479), ya que la ceremonia se realizaba cerca del enterramiento y transmitía un mensaje, el del recuerdo, el de la memoria de la vida en un terruño determinado habitado por la estirpe y que creaba un lazo entre pasado y presente.

El movimiento forzado que implicaba la deportación de personas deja al descubierto uno de los mecanismos violentos que instituía el aparato estatal. Además de apoderarse de y/o dominar diversos territorios, se hacía con recursos humanos, crónicamente escasos, que generalmente fueron destinados a aumentar la fuerza de trabajo allí donde escaseara.

Las deportaciones masivas arrastraban consigo calamidades como epidemias (Battini, 2020; Rovira, 2020), hambrunas, desestructuración de clanes y familias nativas y deportadas (Bonnetterre, 1997: 550; Charpin, 2004a: 292), redistribución de las tierras, etcétera. También podían generar

9 Dos ejemplos sobre la destrucción de los hábitats nativos, uno del reinado de la Alta Mesopotamia: "Di a Yasmah-Addu: así habla Samsi-Addu, tu padre. (...) Destruye... Prende fuego a su ciudadela. Haz salir a sus habitantes de la ciudad; expúlsales hacia aquí, al interior del País; destruye esa ciudad con fuego (...)" (ARMT I 39 = LAPO 17 471); y otro del período de Zimri-Lim (1775-1762 a. C.): "Dile a mi señor (Zimri-Lim) así (habla) tu servidor Yarim-Addu. (...) y su tropa triunfó sobre el país de Mutiabal. [Deportó] a toda la población, destruyó sus [casas] y prendió fuego" (ARMT XXVI/2 365 bis).

roces que llegaran hasta una verdadera violencia, pero a su vez el arribo de estas personas que eran implantadas por la fuerza abastecía determinados lugares con mano de obra. Desde el punto de vista de la división del trabajo, eso pudo haber sido vivido por los originarios o por los servidores –según fueran establecidos los deportados en una aldea, una ciudad, en alguno de los templos o en los palacios– como algo beneficioso, ya que supondría más brazos y un reparto nuevo de las obligaciones (De Bernardi, 2001: 199).¹⁰ A su vez, todo nuevo contacto y convivencia llevaría a un “ensamble cultural”, a una “mezcla” de identidades. De esta manera se podían forjar lazos entre los deportados y los nativos, lo cual pudo haber generado una especie de “desahogo” frente a la adversidad, lo que irónicamente también serviría al estado dado que podría haber contribuido a la desactivación de posibles conflictos.

II

Aunque no se dispone de una gran cantidad de fuentes procedentes del reinado de Yahdun-Lîm (*ca.* 1810-1794 a. C.), se sabe que dos de sus conflagraciones¹¹ dejaron como saldo un botín humano que fue deportado hacia Mari (Charpin y Ziegler, 2003: 38-39). Tal fuerza de trabajo era considerada como uno de los principales beneficios que se podían obtener para el reino. Pero, además, el deportar a las poblaciones no dejaba dudas acerca de quién había

10 Sobre la integración de los descendientes de los deportados, véase como ejemplo Babilonia bajo los sucesores de Hammu-rabi (Charpin, 1992).

11 Una en Nagar, enfrentándose a Samsî-Addu, y otra, sucesiva, en Pahudar (Charpin y Ziegler, 2003: 38-39). Para su ubicación y bibliografía seleccionada sobre los topónimos nombrados en este trabajo, consultar Ziegler y Langlois, 2017.

salido victorioso en la contienda. Por tal razón, en las inscripciones reales realizadas en diversos objetos muchas veces se recapitulaba, conjuntamente con el combate, la deportación. Un ejemplo de la época de Yahdun-Lîm fueron los ladrillos de fundación (Kupper, 1976: 300) del templo de Šamaš,¹² en donde se expone cómo tal rey *se llevó* a la población de una ciudad vencida:

(...) La ciudad de Haman de la tribu de los Haneos, que todos los líderes de Hana habían construido, él la destruyó y la convirtió en un montón de escombros. Ahora, él venció al rey Kašuri-Ĥâla. Habiéndose llevado su población controló las riberas del Éufrates. (...) (M.2802),¹³

Una gran cantidad de fuentes que atestiguan deportaciones masivas pertenecen al gobierno de la Alta Mesopotamia. Esto podría deberse a la forma de manejo del reino que llevó adelante Samsî-Addu (*ca.* 1792-1775 a. C.), monarca que tuvo una visión jurisdiccional del ámbito que sojuzgaba, definiendo sus fronteras en base al dominio geográfico¹⁴ y sosteniendo una política expansiva de tono territorial.¹⁵ A sus hijos, Išme-Dagan (s/f) y Yasmah-Addu (1787-1775 a. C.), los designó como reyes de Ekâllatun y de Mari respectivamente. Muchas misivas entre ellos y con su padre expresan diversas situaciones relacionadas con el desplazamiento forzado de personas que se llevaba

12 Parrot localizó nueve ladrillos cuadrados de 41 cm de lado por 7 cm de grosor, en el interior y bajo los muros de lo que había sido el Templo de Šamaš, en los cuales se encontraba el texto escrito (Dossin, 1954; 1955).

13 RIME 4, 605-608 núm. 2. También en Dossin, 1955: 12-17, entre otros.

14 Esto queda claro en una de sus titulaciones como la A.889 = RIMA 1, 59 núm. 7 y en Charpin, 1984: 47-48.

15 Véase Lafont, 2000; Ziegler, 2000.

adelante tras una contienda. Los reinos vencidos en ocasiones eran anexados, pero esto no siempre significaba que se los dominara, y era entonces que se los despojaba de su población.

Un ejemplo de ello se encuentra en el año 1780 a. C., epónimo de Aššur-malik. Algunas ciudades turukkeas del piedemonte de los montes Zagros comenzaron una revuelta contra el reinado de la Alta Mesopotamia. Este levantamiento tuvo su comienzo a raíz de la relación diplomática naciente entre Samsî-Addu y los gutis, enemigos acérrimos de los turukkeos (Charpin y Ziegler, 2003: 106-107).¹⁶ Finalmente, Išme-Dagan consiguió la victoria en diversos “países” de la región pero juzgó que no los podría gobernar, ni administrar con la eficacia requerida. Por ello, la gente de Šušarra fue deportada y emplazada en Arrapha y Qabrâ (Charpin y Ziegler, 2003: 107), que eran dos ciudades tomadas por los reyes de la Alta Mesopotamia entre finales de 1781 a. C. y principios de 1780 a. C., epónimos de Asqudum y de Aššur-malik respectivamente:

Dile a Yasmah-Addu: así habla Išme-Dagan, tu hermano.

Con respecto al país de Šušarrâ, objeto de tu carta, Izar-Lîm te podrá decir que ese país está en confusión y no podemos administrarlo. Lidâya el turukkeo y los turukkeos que están con él, aquellos que se han instalado en el país, comenzaron las hostilidades y aniquilaron dos ciudades. Acudí en ayuda de ellas y ellos penetraron en las montañas.

16 Tal relación entre los gutis y los reyes de la Alta Mesopotamia, a través de la figura de Išme-Dagan, se mantendrá hasta tiempos de Zimrí-Lîm como lo muestra la carta A.649 = LAPO 17 592.

Nosotros hemos deliberado. Ya que no es posible administrar ese país, he deportado a los habitantes y los he instalado, servidores y criadas inclusive, en el país de Arrapha y en el país de Qabrâ. La tropa se retirará al interior del país. Yo estoy bien. Que tu corazón no se inquiete (ARMT IV 25).¹⁷

Otra carta, datada en el epónimo de Addu-bani (1777 a. C.) (Yuhong, 1994: 287), deja al descubierto algunas cuestiones a tener en cuenta en relación a las deportaciones. La misma dice:

Dile a Išme-Dagan: así habla Yasmah-Addu, tu hermano.

Sobre una carta del Rey (Samsi-Addu), se la envié a Lâ'um. Él llegó hasta el Rey y este último le dijo esto: "Yasmah-Addu me pidió que le enviara los *umšarhû*¹⁸ y la tropa. No se los di ni los afecté. En lugar de los *umšarhû*, sólo tienes que fortalecer y equipar a las personas deportadas.

Las personas que deben ser deportadas hacia Išme-Dagan, Immer-dannu y Zikrî-Estar, según las viejas tablillas, les pasarán revista de aquellos que murieron y los que están vivos. Ellos irán a controlarte y tendrán plenos poderes. En cuanto la lista de las atribuciones sobre los deportados haya sido hecha, quiero que tales personas vivan en Mari para compensar las pérdidas.

17 LAPO 17 531.

18 Según Durand (LAPO 17 563-564 N. B.), *umšarhû* sería un título o nombre de función, contra Deller (1990: 63), que los define como "einheimische" (nativo/oriundo). El CAD U/W: 156-157 plantea: *umzarḫu* (*unzarḫu*, *unzarḫḫu*, *umzarḫḫu*, *umšarḫu*) native, houseborn (slave), homebred (animal), pero cuando despliega los ejemplos del uso para Mari explicita que en sus fuentes el significado es incierto.

(Texto incompleto.)

Repártelos... Les encontraremos campos para que los cultiven. Todos los que no estén equipados y no puedan (entonces) cultivar, se los integra a las tropas auxiliares. Son esos (por otra parte) los que verdaderamente serán las tropas auxiliares: hace falta que reciban regularmente raciones de grano, de aceite y de ropa del palacio. Así (les) habré restaurado (a su antigua holgura), con el fin de que no se replanteen aquí la destrucción de su patrimonio y que nosotros no tengamos que ejercer un acto de autoridad ni quitarles sus campos y sus casas.”

He aquí lo que el Rey dio como instrucciones a Lâ'ûm. Lo que no ceso de escribirte y de lo que te hablo sin cesar a propósito de la gente deportada, sin exageración, el Rey acaba de arreglarlo de una vez. Da órdenes estrictas con el fin de que se vigile a la gente deportada, según donde se encuentran sin apego en el país. (...) (ARMT IV 86).¹⁹

En el primer fragmento de la misiva, a Yasmah-Addu le niegan los *umšarhû* pero a cambio se le explica que se le pidió a Lâ'um que equipe a los deportados. Algunos de estos últimos serían desplazados hacia Ekâllatum ya que son enviados a Išme-Dagan, y otros deben residir en Mari. Se podría entender entonces que la función de estos *umšarhû* pudo haber estado relacionada con los centros urbanos y sus alrededores, ya que fueron suplidos por los deportados.

19 LAPO 17 772.

No todos los deportados terminarían trabajando o residiendo en las ciudades según la misiva. Aunque una laguna desvanece la frase, subsiste el “Repártelos”, como acción a llevar adelante y que se conjuga con las directivas de instalar a algunos deportados en los campos²⁰ y a otros destinarlos al ejército. Los que serían ubicados como campesinos debieron ser deportados con sus enseres²¹ y por tal razón destinados para llevar adelante los cultivos. Esto en contraposición con los demás desarraigados, “los que no estén equipados”, que pasarían a formar parte de la tropa y a ser mantenidos por el estado a partir de raciones.²²

Los tres destinos determinados por el estado para los deportados (las ciudades, los campos, el ejército) tenían dos objetivos: a través del reparto y por ende de la desintegración de grupos, desactivar cualquier posible rebelión que pudiera germinar, y lograr beneficios materiales para el reino al utilizar la nueva mano de obra artesanal (?), agrícola y militar.

20 LAPO 17 520. “Dile a mi Señor (Yasmah-Addu): así habla Lâ’ûm, tu servidor. (...) he dado a los deportados 50 arpendes de campo que comprenden las aldeas (ša ka-ap-ru) (...)” (ARMT V 85 = LAPO 17 765).

21 En algunas ocasiones se deportaba a la población con su ganado mayor y menor. Un ejemplo, durante el reinado de la Alta Mesopotamia, es el fragmento de la fuente M. 5659 (Charpin, 2004b: 166), donde se plantea que los habitantes de Utûm deben ser deportados con sus bueyes y ovejas e instalados en Arrapha y Qabrâ. Para el período de Zimri-Lim, “(...) él (Hammu-rabi de Kurdâ) ha deportado a la gente de Harbû con sus muebles y todos sus bienes, y los ha hecho entrar en Kurdâ, devolviéndole a Atamrum sólo el suelo desnudo. (...)” (ARMT XXVI/2 410) y “(...) El enemigo ha saqueado [NL?], ha tomado cuarenta personas, un centenar de bovinos y dos mil ovejas (...)” (ARMT XXVI/2 515).

22 Para la época de Zimri-Lim, Villard (ARM XXIII 493-494) plantea que hubo algunos deportados que en el año 5 “Año del trono de Šamaš”, al ser liberados, fueron incorporados al ejército, y otros destinados a los dominios rurales.

De igual manera, la vigilancia se hacía presente (“que se vigile a la gente deportada”). Se puede suponer que el reparto de los deportados no siempre conllevaba arraigo en el nuevo asentamiento (“según donde se encuentran sin apego en el país”). Aunque se les brindaran medios de subsistencia, la identidad que nacía al ser “deportados”, arrancados de sus hogares, podía generar hostilidades y rebeliones que debían ser mantenidas a raya. Tal prevención de insurrecciones queda clara en la siguiente carta, de la cual no tenemos datación precisa:

Dile a Yasmah-Addu: así habla Samsî-Addu, tu padre.

He aquí lo que me escribiste: ‘Mi Señor debe enviarme a la gente que cayó en la redada llevada a cabo en Hiwilat, de la que me habló con el fin de que residan en Nilibšinnum con la gente que cayó en la redada llevada a cabo en Ekallâtum’. He aquí lo que me has escrito.

No conviene que esta gente esté en Nilibšinnum. ¡Hay que cuidar que ellos no tomen esa ciudad mientras que el grano que se encuentra allí es abundante! Es en el mismo campo en el que deben residir. Envía hacia ellos una tropa de un centenar de hombres elegidos entre aquellos que están bajo tus órdenes. Hoy mismo, 300 hombres deben acampar frente a ellos. ¡Esconde el grano de la ciudad! (ARMT I 33).²³

Como ya se dijo, las personas desplazadas constituían un beneficio en cuanto a mano de obra disponible, especializada

23 LAPO 17 624.

o no, y por esta razón se las trasladaba a zonas o espacios particulares que estaban necesitados de fuerza de trabajo.²⁴ Ello queda explícito en la siguiente fuente:

Dile a mi Señor Yasmah-Addu: así habla Tarîm-Šakim, tu servidor.

Las 1030 personas del botín que el Rey (Samsî-Addu) ha dado para compensar las faltas (de personal) de los diferentes palacios de las Riberas-del-Éufrates, viven actualmente en Kahat.

Iré en persona a reencontrar el botín, en Saggarâtum. Lo recibiré allí y luego lo otorgaré a los diferentes palacios.

Otra cosa: él (Išme-Dagan) ha deportado desde Mari a la gente deportada desde Šenânum que (se quedaban) posteriormente a la partida del Rey, diciendo: 'Envía a Kurdâ, la gente deportada que se encuentra en Mari, para reemplazar al personal; ellos mismos, yo los he reunido en Ṭahmun y en Tarîm-Hanat'. (...) (ARMT V 27).²⁵

Como se dijo, las personas eran parte del “botín” de guerra, pero éste no era apropiado solamente por el rey sino que debía ser dividido entre los altos mandos y la tropa. Pero si,

24 Durante el año 3 de Zimrî-Lîm, algunas mujeres que habían sido parte del botín de Raqqum y de Mišlan y que habían sido emplazadas en el palacio en el sector de tejido fueron redistribuidas a varios artesanos especializados (*mâr-ummên*), véase ARMT XXII 63+. Según Villard (ARMT XXIII 487-490), se supone que no como domésticas sino para trabajar en los talleres artesanales. Sobre artesanos deportados, véase Lion, 2004.

25 LAPO 17 627.

como en la fuente anterior, el estado se encontraba carente de personal, se le retiraba su parte al ejército. Durante el año II (1764 a. C.) de Zimrî-Lîm, ésa es la situación en el palacio de Mari:

Dile a mi Señor (Zimrî-Lîm) así habla Yasîm-El, tu servidor (...) Con mi parte de prisioneros, me tocaron 10 [+x potes] de hierba *amuzinnu*; hice el reparto de esos [potes] entre el ejército. [Sobre] los prisioneros, [convoqué] a los jefes de sección, los tenientes, y los [hombres] de tropa y tomé la [pala]bra para decirles: ‘Ustedes saben bien que en el palacio de mi Señor falta personal. Ahora, estos prisioneros, es a mi Señor que voy a hacérselos conducir’. He aquí lo que les dije; llamando a la razón al ejército de mi Señor, les retiré sin escándalo esos prisioneros a los hombres de tropa. (...) (ARMT XXVI/2 408).

Personas registradas como botín se encuentran luego de la toma de Ašlakkâ, la caída de Eluhut y la conquista de Hurmiš durante 1762 a. C., el último año de reinado de Zimrî-Lîm. Tales enfrentamientos y victorias dejarían como uno de sus resultados una gran masa de población, sobre todo femenina, que sería deportada hacia los palacios reales para ser instruida en la disciplina musical²⁶ y formar parte del grupo de mujeres del rey (Ziegler, 2007), o para ingresar en los talleres de tejido (Ziegler, 2007; Oliver, 2008) como lo consigna la siguiente fuente:

26 Sobre la instrucción musical de las mujeres reales y su entorno en época de Zimrî-Lîm, Ziegler, 1999: 69-82 y 116-118. Sobre los músicos como botín de guerra, Ziegler, 2007: 42-43.

Dile a mi Señor: así habla Mukannišum, tu servidor (...). Otra cosa: sobre el botín que ha entrado en Dêr²⁷ (esto es): 13 hombres, X mujeres, 2'2 jovencitas, 16 jovencitos, X nodrizas, 5 tejedores, 39 mujeres, 13 jovencitas, 10 jovencitos, 7 nodrizas, tal es el conjunto que hice salir.

66 jovencitas son para el taller de tejido.

10 mujeres, 2 jovencitos, 2 niñas, pertenecientes a las casas de Asqur-Addu y de Ilî-Samuh han sido introducidas en el taller de tejidos (ARMT XIII 21).²⁸

Las deportaciones no eran hechos que tomaran por sorpresa a las poblaciones. Se tenía conciencia de ellas y se las viviría como lo que eran, una horrorosa forma de exilio forzado, de pérdida de sus bienes muebles e inmuebles, de ruptura de sus lazos familiares, menoscabo de su “libertad”.²⁹ Dos fragmentos nos muestran la preocupación por tales acciones:

27 Según Durand (LAP0 18 356) ese botín estaba destinado a la diosa Dêrîtum.

28 LAP0 18 1171. En LAP0 18 hay un error de edición que consigna esta fuente como ARMT XVIII 21.

29 Según Bloch (1990 [1949]: 134), “(...) la noción de libertad es de las que cada época retoca a su gusto (...)”. En la zona siro-mesopotámica, durante el período tratado, la libertad era en cualquiera de sus formas restringida. La población en general, pero sobre todo la rassa, estaba limitada en cuanto a las presiones socio-económicas del poder de turno que la supervisaba y circunscribía en sus movimientos y le exigía tributo, en trabajo, bienes y a partir de la leva militar. Es entonces que la libertad podía consistir en tener acceso a sus propios medios de producción en tanto medios de trabajo y material de trabajo (Marx y Engels, 2004 [1885]: 168), que en este caso serían el agua, las tierras, los baños y las herramientas familiares o comunales (Diakonoff, 1975; Bonnetterre, 2008), y en no ser utilizado como esclavo, devenido en tal a partir de ser tomado como prisionero de guerra y deportado o por ser un deudor insolvente.

A mi Señor (Zimrî-Lîm) di (esto): así (habla) Zimri-Addu, tu servidor (...) Yamût-Bâl y toda su región, tienen los ojos enteramente dirigidos hacia mi señor; ellos dicen: ‘¡Antes de (ver) que el Elamita y el Ešnunneo nos deportan (mejor) que nuestro señor Zimrî-Lîm nos (...) por nuestro bien’ (ARMT XXVII 132).

Dile a mi Señor (Zimrî-Lîm): [así habla Ya]sîm-El, tu servidor. (...) El día en que nos dirigimos hacia la ciudad de Šuḫpad, el tercer día, Atamrum hizo la paz con esa ciudad intencionadamente, e instaló a Mannum-balulîstar como su encargado. Y el día en que la gente de Šuḫpad salió, hicieron tomar juramento a Atamrum en estos términos: ‘No nos tenderás una trampa, no nos matarás, y no nos deportarás hacia otro país’ (...) (ARMT XXVI/2 409).

A su vez, las deportaciones, como todas las demás formas de movilidad de particulares o grupos, tenían como correlato la “mezcla” de personas. Esta “mezcla” traía aparejada la posibilidad de nuevas comunicaciones y relaciones (Liverani, 2006 [1979]) que conectaban diferentes regiones, como deja ver la siguiente fuente, redactada en el año 3 (1772 a. C.) de Zimrî-Lîm:

A mi señor (Zimrî-Lîm) dile (así): así (habla) Ilušunašir, tu servidor. (...) La ciudad de Qaṭṭunân no está llena de campamentos: si a mi señor le place, entre los deportados del Suhûm que mi señor ha hecho partir, que mi señor transporte (aquí) una ciudad entera, a fin de que, a partir de ahora, esta ciudad se llene de campamentos (ARMT XXVII 7).

Tal “mixtura” ayudaba a debilitar tanto los particularismos locales como el de los recién llegados.

Una fuente del reino de la Alta Mesopotamia, sin datación exacta, muestra literalmente la “mezcla” de poblaciones nativas con las deportadas: “Los habitantes de Alatrû que tú has deportado, hazlos entrar en los suburbios de Nihriya y mézclalos³⁰ con sus habitantes” (A.4513).³¹

Según Durand,³² llevar adelante la “mezcla” de nativos y deportados fue una política del reino de la Alta Mesopotamia pero no de Zimrî-Lîm. Sin embargo, se piensa que, aun cuando no se tenga alguna fuente explícita sobre tal estrategia, los deportados no caían en “tierra vacía”. Sea donde fuera que se los emplazara (aldeas, ciudades, palacios, templos, etcétera), se efectuaría una “mezcla”. Un ejemplo es el del año 1 (1775 a. C.) de Zimrî-Lîm, cuando el monarca se lanza hacia el Alto Habur para establecer su autoridad en la zona. En este raid tomaría la ciudad de Kahat. En tal localidad se encontraba el conjunto de mujeres del entorno real³³ de Samsî-Addu. Allí se capturaron y deportaron a Mari treinta y dos mujeres de las cuales veintiseis fueron puestas al servicio de las mujeres de alto rango relacionadas a Zimrî-Lîm (Charpin y Ziegler, 2003: 186; Ziegler, 1999: 10). Al estar estos conjuntos constituidos por mujeres de la más variada procedencia, su movilización implicaba a su vez la circulación de prácticas particulares relacionadas con sus lugares de origen, abonando la “mezcla” cultural.

30 *bu-lu-ul-šu-nu-ti. Bâlatu*. “to mix” (CAD B: 39). Según Durand (1992: 105 y ARMT XXVI/1 309 n. d.), *balâlum* fue utilizado en Mari para indicar la mezcla de poblaciones.

31 LAPO 17 312. También en Durand (1992: 105 y ARMT XXVI/1 309 n. d.).

32 LAPO 17 312.

33 Véase Ziegler, 1999: 8; eran el conjunto de esposas y concubinas, así como las mujeres relacionadas con los trabajos y la atención de las mujeres de alto rango. En caso de conflicto armado entre reyes y estados, la mayoría de ellas era retenida y deportada por el vencedor. Véase también Durand, 1985.

Esta “mezcla” no se diferenciaba por género o edad,³⁴ toda persona podía convertirse en “botín”³⁵ y ser deportada, toda persona podía ser trasladada. A raíz de ello, se interactuaba con una diversidad de rasgos socio-culturales tangibles e intangibles. En esta dirección, deportaciones, casamientos entre casas reales,³⁶ migraciones y todo desplazamiento de individuos o grupos dieron lugar a la “mezcla” cultural.

III

En la zona siro-mesopotámica, el movimiento de personas a través de rutas terrestres o fluviales, y también entre ciudad y campo, en muchas ocasiones fue forzado. Tal situación puede ser rastreada a partir de los siguientes actores: prisioneros de guerra, deportados, inmigrantes, fugitivos. En este trabajo se ha tratado de indagar en algunos aspectos de lo que comporta el desplazamiento forzado a través del acto de la deportación masiva llevado adelante por el estado de Mari durante casi medio siglo de su historia. La deportación era una de las acciones violentas que implementó el estado para dominar diferentes territorios. Éstos contaban con diversas identidades que la acción de la deportación trataba de quebrar o borrar. Pero a su vez el desplazamiento forzado de personas pudo haber sido el

34 Sobre la deportación de niños durante Zimrí-Lim, véase Lion, 1997.

35 Específicamente sobre la toma de mujeres como botín de guerra, desplazadas y utilizadas como fuerza de trabajo, para el reinado de Zimrí-Lim, véase Oliver, 2008.

36 Algunos ejemplos se encuentran a partir de los casamientos de Šibtu y Hazala. La primera, una de las reinas de Zimrí-Lim, hija de Yarim-Lim de Yamhad, utilizó prácticas adivinatorias de su tierra natal que no están testimoniadas en Mari como locales (Durand, 1982; Catagnoti, 1992: 27-28). La segunda, una de las hijas del mariota, introdujo “los dioses de su padre” en el reino de su marido, el rey de Šudá: “Dile a Zimrí-Lim: así (habla) Sibkuna-Addu. Tú has dado la joven esposa a esta Casa y ahora, ella ha instalado a tus dioses. (...)” (ARMT XXVIII 27).

caldo de cultivo de nuevas formas de identificarse a partir de la “mezcla” cultural que se desarrollaba entre los actores sojuzgados deportados y nativos. Esta implantación de personas en diversas instituciones y territorios del reino sería además una de las formas que tuvo el estado para explotar la mano de obra deportada y así suplir su carencia crónica, y es por ello que estas personas se constituyeron en un botín muypreciado. Se entiende, entonces, que la circulación forzada de personas aparece como uno de los mecanismos de subordinación que empleaba el estado, manifestándose a través de la violencia extrema para el cumplimiento de sus objetivos: dominar y expandirse.

Bibliografía

- Bachelot, L. (2009). Le matériel funéraire lié à l'alimentation (des morts ?), *Cahiers des thèmes transversaux ArScAn* 9, pp. 475-483. En línea: <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-02264068/document>. [Consulta: 03-08-2020]
- Bahrani, Z. (2008). *Rituals of war. The body and violence in Mesopotamia*. Brooklyn: Zone Books.
- Battini, L. (2020). Les épidémies à Mari, *Sociétés humaines du Proche-Orient ancien* 21/04/2020. En línea: <https://ane.hypotheses.org/8497>. [Consulta: 03-08-2020]
- Bloch, M. (1990 [1949]). *Introducción a la historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bonnetterre, D. (1997). Surveiller, punir et se venger: La violence d'État à Mari, *MARI* 8, pp. 537-552.
- (2008). L'Individu, la Hiérarchie et l'État en Mésopotamie à l'époque de Hammourabi de Babylone (1792-1750 av. J.-C.), en: Bouineau, J. (ed.), *Personne et res publica*, vol. 1, pp. 37-72. París: L'Harmattan.
- CAD B = *The Assyrian Dictionary (CAD) N* (1998 [1965]), vol. 2. Chicago: Oriental Institute of the University of Chicago.
- CAD N/2 = *The Assyrian Dictionary (CAD) N* (2008 [1980]), vol. 11, parte II. Chicago: Oriental Institute of the University of Chicago.
- CAD Š/1 = *The Assyrian Dictionary (CAD) N* (2004 [1989]), vol. 17, parte I. Chicago: Oriental Institute of the University of Chicago.
- CAD U/W = *The Assyrian Dictionary (CAD) N* (2010), vol. 20. Chicago: Oriental Institute of the University of Chicago.
- Catagnoti, A. (1992). Le royaume de Tubà et ses cultes, en: Durand, J.-M. (ed.), *Florilegium Marianum. Recueil d'études en l'honneur de Michel Fleury*, pp. 23-28. París: SEPOA.
- Charpin, D. (1984). Inscriptions votives d'époque assyrienne, *MARI* 3, pp. 41-81.
- (1992). Inmigrés, refugies et déportés en Babylonie sous Hammurabi et ses sucesores, en: Charpin, D. y Joannès, F. (eds.), *La circulation des biens, des personnes et des idées dans le Proche Orient Ancien. Actes de la XXXVIIIe Rencontre Assyriologique Internationale*, pp. 207-218. París: ERC.

- (2004a). Histoire politique du Proche-Orient amorrite (2002-1595), en: Charpin, D., Edzard, D. O. y Stol, M., *Mesopotamien. Die altbabylonische Zeit*, pp. 25-480. Friburgo: Academic Press.
- (2004b). Chroniques bibliographiques. 3. Données nouvelles sur la région du Petit Zab au XVIII^e siècle av. J.C., *Revue d'Assyriologie et d'archéologie orientale* 98 (1), pp. 151-178.
- (2012). Les vivants et leurs morts dans la Mésopotamie paléo-babylonienne: l'apport des textes d'archives, en: Durand, J.-M., Römer, T. y Hutzli, J. (eds.), *Les vivants et leurs morts*, pp. 19-32. Friburgo / Gotinga: Academic Press / Vandenhoeck & Ruprecht.
- Charpin, D. y Ziegler, N. (2003). *Mari et le proche-Orient à l'époque amorrite. Essai d'histoire politique (FM V)*. Paris: SEPOA.
- De Bernardi, C. (2001). Victimización, tolerancia, segregación. Las relaciones humanas en la Mesopotamia Antigua, *Claroscuro* 1, pp. 181-206.
- Deller, K. H. (1990). aB umšarḫum, mA umzarḫum, nA unzarḫum/ unzarḫum, nB unzarah, *NABU* 1990/85, p. 63.
- Diakonoff, I. (1975). The Rural Community in the Ancient Near East, *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 18 (2), pp. 121-133.
- Dossin, G. (1954). Inscription de fondation de Iahdun-Lim, roi de Mari, *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 98 (1), pp. 48-50.
- (1955). L'inscription de fondation de Iahdun-Lim, roi de Mari, *Syria* 31 (1), pp. 1-28.
- (1982). In vino veritas, *Revue d'Assyriologie et d'archéologie orientale* 76, pp. 43-50.
- (1985). Les Dames du palais de Mari à l'époque du royaume de haute-Mésopotamie, *MARI* 4, pp. 385-436.
- (1989). Minima emariota II, *NABU* 1989/111, pp. 83-85.
- (1992). Unité et diversités au Proche-Orient à l'époque amorrite, en: Charpin, D. y Joannès, F. (ed.), *La circulation des biens, des personnes et des idées dans le Proche Orient Ancien. Actes de la XXXVIII^e Rencontre Assyriologique Internationale*, pp. 97-128. Paris: ERC.
- (2012). Le kispum dans les traditions amorrites, en: Durand, J.-M., Römer, T. y Hutzli, J. (eds.), *Les vivants et leurs morts*, pp. 34-51. Friburgo / Gotinga: Academic Press / Vandenhoeck & Ruprecht.

- Kupper, J.-R. (1976). L'inscription du "disque" de Yahdun-Lim, en: Eichler, B. (ed.), *Kramer anniversary volume: cuneiform studies in honor of Samuel Noah Kramer*, pp. 299-303. Kevelaer: Butzon & Bercker.
- Lafont, B. (2000). Le Proche-Orient à l'époque des rois de Mari: un monde sans frontières?, en: Milano, L., De Martino, S., Fales, F. M. y Lanfranchi, G. B. (eds.), *Landscapes. Territories, frontiers and horizons in the Ancient Near East, Part II*, pp. 49-55. Padua: Sargon.
- Lion, B. (1997). Les enfants des familles déportées de Mésopotamie du nord à Mari en ZL 11', *Ktèma* 22, pp. 109-118.
- (2004). Les familles royales et les artisans déportés à Mari en ZL 12', en: Nicolle, C. (ed.), *Nomades et sédentaires dans le Proche-Orient Ancien. Compte rendu de la XLVIe Rencontre Assyriologique Internationale. Amurru* 3, pp. 217-224. Paris: Éditions Recherche sur les civilisations.
- Liverani, M. (2006 [1979]). Mensajes, mujeres y hospitalidad: comunicación intertribal en Jueces 19-21, en: Liverani, M., *Mito y política en la historiografía del Próximo Oriente antiguo*, pp. 192-228. Barcelona: Bellaterra.
- Marx, K. y Engels, F. (2004 [1885]). *El Capital. Libro Segundo. El proceso de circulación del capital*, t. II, vol. 4. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Oded, B. (1979). *Mass Deportations and Deportees in the Neo-Assyrian Empire*. Wiesbaden: Reichert.
- Oliver, M. R. (2008). Entre lechos, alianzas y alta política: las mujeres como botín de guerra durante el reinado de Zimrî-Lîm de Mari, *Claroscuro* 7, pp. 11-34.
- Rovira, L. (2016). *Hapirum y munnabtum* - Identidades "en fuga" a partir de las fuentes de Mari (Siglo XVIII a.C.), *Historiae* 13, pp. 21-30. En línea: <https://www.raco.cat/index.php/Historiae/article/view/326540>. [Consulta: febrero 2021]
- (2020). Los dioses, los guerreros y las damas. Epidemias y enfermedades en la Siria Antigua (Mari, Siglo XVIII a.C.), en: Frustagli, S. (comp.), *Abordajes disciplinares sobre el Covid-19*, pp. 228-246. Rosario: UNR Editora.
- (en prensa). Hilvanando memoria e identidad a partir de la práctica religiosa en Mari (Siglo XVIII a.C.), en: Rodríguez, R. (coord.), *Sociedades Antiguas del Creciente Fértil. Territorios, memorias e identidades culturales*, vol. 3, t. 2. Buenos Aires: Remitente Patagonia.
- Rovira, L. y Molla, C. (2019). The Involuntariness of Will. Borders and Circulation of People in the Kingdom of Mari (Syria - 18th century BC), *Claroscuro* 18 (2), pp. 1-17. En línea: <https://rephip.unr.edu.ar/handle/2133/21568>. [Consulta: 03-08-2020]

- Van Der Toorn, K. (2014). Dead that Are Slow to Depart: Evidence for Ancestor Rituals in Mesopotamia, en: Hermann, V. R. y Schloen, J. D. (eds.), *In Remembrance of Me: Feasting with the Dead in the Ancient Middle East*, pp. 81-84. Chicago: Oriental Institute of the University of Chicago.
- Yuhong, W. (1994). *A Political History of Eshnunna, Mari and Assyria*. Changchun: Institute of History of Ancient Civilizations, Northeast Normal University.
- Ziegler, N. (1999). *Le harem de Zimrî-Lîm (FM IV)*. París: SEPOA.
- (2000). Aspects économiques des guerres de Samsî-Addu, en: Andreau, J., Briant, P. y Descat, R. (eds.), *Économie antique: La guerre dans les économies antique*, pp. 13-33. Saint-Bertrand-de-Comminges: Musée archéologique départemental.
- (2007). *Les musiciens et la musique d'après les archives de Mari (FM IX)*. París: SEPOA.
- Ziegler, N. y Langlois, A.-I. (2017). *Les toponymes paléo-babyloniens de la Haute Mésopotamie: La Haute-Mésopotamie au IIe millénaire av. J.-C.*, MTT I/1. París: Collège de France, SEPOA.

Fuentes

- Archibab = En línea : <http://www.archibab.fr>. [Consulta: 03-08-2020]
- ARMT I = Dossin, G. (1950). *Correspondance de Šamsî-Addu et de ses fils, ARMT I*. París: Imprimerie Nationale.
- ARMT II = Jean, C.-F. (1950). *Lettres diverses, ARMT II*. París: Imprimerie Nationale.
- ARMT IV = Dossin, G. (1951). *Correspondance de Šamsî-Addu, ARMT IV*. París: Imprimerie Nationale.
- ARMT V = Dossin, G. (1952). *Correspondance de Iasmaḥ-Addu, ARMT V*. París: Imprimerie Nationale.
- ARMT XIII = Dossin, G., Bottéro, J. et al. (1964). *Textes divers offerts à Andre Parrot à l'occasion du XXX anniversaire de la découverte de Mari, ARMT XIII*. París: Geuthner.
- ARMT XVIII = Rouault, O. (1977). *Mukannišum. L'administration et l'économie palatiales à Mari, ARMT XVIII*. París: Geuthner.
- ARMT XXII = Kupper, J. R. (1983). *Documents Administratifs de La Salle 135 du Palais De Mari, ARMT XII*. París: Éditions Recherche sur les civilisations.

- ARMT XXIII = Bardet, G., Joannès, F., Lafont, B., Soubeyran, D. y Villard, P. (1984). *Archives administratives de Mari I, ARMT XXIII*. París: Éditions Recherche sur les civilisations.
- ARMT XXVI/1 = Durand, J.-M. (1988). *Archives Epistolaires de Mari, ARMT XXVI/1*. París: Éditions Recherche sur les civilisations.
- ARMT XXVI/2 = Charpin, D., Joannès, F., Lackenbacher, S. y Lafont, B. (1988). *Archives Epistolaires de Mari, ARMT XXVI/2*. París: Éditions Recherche sur les civilisations.
- ARMT XXVII = Birot, M. (1993). *Correspondance des gouverneurs de Qaṭṭunân, ARMT XXVII*. París: Éditions Recherche sur les civilisations.
- ARMT XXVIII = Kupper, J.-R. (1998). *Lettres royales du temps de Zimri-Lim, ARMT XXVIII*. París: Éditions Recherche sur les civilisations.
- LAPO 16 = Durand, J.-M. (1997). *Documents épistolaires du Palais de Mari*, vol. I. París: Le Cerf.
- LAPO 17 = Durand, J.-M. (1998). *Documents épistolaires du Palais de Mari*, vol. II. París: Le Cerf.
- LAPO 18 = Durand, J.-M. (2000). *Documents épistolaires du Palais de Mari*, vol. III. París: Le Cerf.
- RIMA 1 = Grayson, A. K. (2002 [1987]). *Assyrian rulers of the third and second millennium BC (to 1115 BC)*. *Royal Inscriptions of Mesopotamia. Assyrian period*, vol. 1. Toronto: University of Toronto Press.
- RIME 4 = Frayne, D. R. (1990). *Old Babylonian period (2003-1595)*. *Royal Inscriptions of Mesopotamia: Early periods*, vol. 4. Toronto: University of Toronto Press.

Noticias de hostilidad y conflicto en las cartas de El Amarna

Emanuel Pfoh

Introducción

En este estudio analizamos algunas referencias textuales de situaciones de violencia, en especial relativas a conflictos internos en las comunidades políticas locales o a enfrentamientos bélicos entre los pequeños líderes de Siria-Palestina durante la Edad del Bronce Tardío (*ca.* 1550-1150 a. n. e.), todas ellas presentes en las cartas del archivo de El Amarna enviadas al rey de Egipto (EA 45-380+). Teniendo en cuenta la particularidad de este material textual, en el que la retórica de los pequeños reyes levantinos evoca prácticas y situaciones sociopolíticas acontecidas, pensamos que es posible, en efecto, establecer inicialmente dos registros paralelos, aunque interrelacionados, de análisis: uno referido a las representaciones ideológicas y ontologías políticas nativas de Siria-Palestina, tal como se manifiestan en las cartas, y otro referido a las prácticas políticas detrás de la retórica y las representaciones textuales. Ambos recortes analíticos son esenciales para comprender las diversas noticias de hostilidad y conflicto en el material epistolar.

La situación política en la Siria-Palestina amarniana

Durante la mayor parte del Bronce Tardío, la región de Siria-Palestina estuvo sometida a una dominación externa, principalmente de parte de los imperios hitita y egipcio. En el norte del Levante, el reino de Ḫatti ejercía su dominio sobre las comunidades políticas sirias a través de la imposición de un tratado de subordinación política, en ocasiones también cimentado por una alianza matrimonial entre una princesa hitita y el líder sirio, quien devenía en cliente del rey hitita. Egipto, por su parte, estableció un dominio en el sur de Siria y en toda Palestina a través de centros administrativos, fortalezas e incursiones militares que mantenían un control sobre las pequeñas comunidades políticas locales (véase sobre este panorama general Pfoh, 2016).

La cuestión acerca de si Egipto ejerció efectivamente una hegemonía imperial en el Levante meridional durante este período ha sido largamente discutida (véase Weinstein, 1981; James, 2000; Murnane, 2000; Müller, 2011; Morris, 2018: 117-252). La presencia de destacamentos militares y centros administrativos, así como una inteligencia militar relativamente al día de lo que ocurría en la región (véase Cohen, 2000), debería bastar para considerar el dominio egipcio de Palestina como esencialmente imperial durante el período amarniano (*ca.* 1353-1300 a. n. e.) y también en la posterior fase ramésida (*ca.* 1295-1069 a. n. e.). En varios sitios de la región, existe evidencia, si bien limitada, de material arqueológico, tanto epigráfico-textual como iconográfico, de carácter egipcianizante (inscripciones, escarabeos), así como de manifestaciones arquitectónicas de influencia y estilo similar (monumentos, templos, etcétera), tanto del Bronce Medio (*ca.* 2000-1550 a. n. e.; cfr. Flammini, 2010; Ben-Tor, 2011; Mazar, 2011) como del Tardío (cfr. Hasel, 1998: 91-117; Higginbotham, 2000; Steel, 2018; Koch, 2019),

pero con mayor énfasis a partir del siglo XIII a. n. e. (Oren, 1984; Greenberg, 2019: 299-300). Todo esto no hace sino reforzar –junto con la evidencia epistolar de El Amarna– la idea de que Egipto fue de manera progresiva el poder hegemónico en el Levante meridional durante toda la segunda mitad del segundo milenio a. n. e. (véase Redford, 1992: 192-213; van Dijk, 2003; Lemche, 2016).

De este modo, esta situación de dominio imperial (con ciertos aspectos “coloniales”; cfr. Koch, 2018) habilitaba un choque de concepciones ideológicas, especialmente manifiestas en el intercambio de la comunicación política, tal como lo expuso por primera vez Mario Liverani (1967). Precisamente es la mencionada confrontación, implícita en la correspondencia amarniana, la que representa un desafío interpretativo para identificar eventos concretos en una comunicación plagada de una retórica política propia del mundo semítico-occidental así como de *topoi* literarios e ideológicos, también comunes en la región levantina (cfr. Niehr, 1997).

Ahora bien, la visión actual que poseemos de la situación política del período amarniano echa por tierra las primeras impresiones que la historiografía orientalista tenía de la época poco tiempo después del descubrimiento de las tablillas cuneiformes en el archivo de Tell el-Amarna (Egipto) en 1887 y de su casi inmediato desciframiento. Por ejemplo, en una de las primeras traducciones al inglés de las cartas, Claude R. Conder (1894: xv-xvi) ofrecía el siguiente marco interpretativo, particularmente relevante para comprender la visión histórica que se tenía del período a fines del siglo XIX como uno singularmente anárquico y de conflicto endémico:

Las cartas reales son de gran importancia para la historia general de Asia occidental, exponiendo la amplia

influencia de las relaciones pacíficas entre Egipto, Siria, Asia Menor, Armenia, Asiria y Babilonia; y la interrupción de estas relaciones debido a las revueltas en Palestina.¹

Poco después, W. M. Flinders Petrie, en su *Syria and Egypt from the Tell el Amarna Letters* (1898: 9-10), pronunciaba el siguiente diagnóstico, atendiendo a la idea de que Egipto –en rigor, el faraón Ahenaten– estaba más ocupado en reformas religiosas que en mantener su imperio asiático:

[...] el caso más usual parece haber sido que los egipcios habían perdido interés en Siria[-Palestina], habían perdido la capacidad de enviar tropas para controlar el territorio y para mantener el orden, y habían perdido interés en los asuntos exteriores ya que [la atención] fue absorbida por la situación política local de revoluciones religiosas... todos los pequeños jefes y [sheiks], cuyos ancestros habían estado cortándose las gargantas los unos a los otros durante generaciones, y quienes, sin duda, tenían venerables disputas de sangre sin vengar, pronto comenzaron a atacarse los unos a los otros, cuando no estaban bajo dominación egipcia. Asimismo, cualquier hombre fuerte y capaz, como Abdi-Ashirta y su hijo Aziru, pronto se dio cuenta de que podía acosar a sus vecinos y gradualmente adquirir poder sobre ellos... Por ende, el debilitamiento de Egipto arrojó a Siria a un estado de disturbios internos sin reprimir. El efecto inmediato de esto fue que varios partidos, sin importar particularmente si estaban con o en contra de los egipcios, comenzaron a luchar entre sí. Cada

1 Todas las traducciones al español son del autor.

uno trató de atraer el poder de Egipto para su propio lado, proclamando su lealtad y que actuaba en interés de su señor [...].

Por otra parte, P. Dhorme (1909: 56) ofrecía, algún tiempo después del testimonio anterior, una imagen alternativa de la situación interna del Levante durante este período, pero enfatizando aún una situación intrínseca de anarquía local:

Amurru y Canaán se encuentran entonces acorralados entre los pueblos del norte (hititas) y aquellos del sur (Egipto). En este momento, Egipto era el amo indiscutible de la tierra de Canaán. Esta tierra, en efecto, no podía gobernarse a sí misma. Dividida en un gran número de principados independientes o rivales, carecía de la cohesión que le hubiese permitido salvaguardar su propia vida. Los conflictos internos la destrozaban, y observamos en las cartas que la principal preocupación de las ciudades cananeas era obtener los refuerzos desde Egipto. [Egipto] tenía por misión mantener el orden en la región.

Es difícil no percibir el cariz imperialista –predominante en la Europa de fines del siglo XIX y principios del XX– en esta interpretación, en la que se ve con buenos ojos la intervención de una potencia extranjera en una región en donde los propios nativos no pueden mantener el orden social y político por sí mismos (cfr. Makdisi, 2003: 42; Liverani, 2005).

Por último, cabe mencionar la descripción que James H. Breasted (1938: 108) realizaba de la situación en Siria-Palestina a la luz de la reforma religiosa llevada a cabo en Egipto por el faraón Ahenaten:

La confusión y los disturbios irrumpieron en Egipto, y los países conquistados de Asia se prepararon para rebelarse... [Las cartas de El Amarna] nos muestran como estos reyes [asiáticos] se estaban despojando gradualmente del dominio del faraón, y así el imperio egipcio en Asia se iba desmoronando rápidamente.

Estas descripciones, en efecto muy propias de la época pero que han tenido una considerable influencia durante la mayor parte del siglo XX (cfr. Albright, 1975; Aldred, 1975; Chaney, 1983), se corresponden con dos factores de interpretación. En primer lugar, una aceptación prácticamente literal de las noticias que los pequeños reyes levantinos enviaban al faraón acerca del estado político de la región: constantes ataques, rencillas internas, el peligro latente de una incursión de forajidos y otros elementos disruptivos del orden político –colectivamente referidos como *ḥabiru* (SA. GAZ en las cartas)– a los centros urbanos, etcétera. En segundo lugar, y en relación con el último factor, se produjo una rápida correlación entre las noticias sobre los *ḥabiru* en esta documentación y la narrativa bíblica sobre la conquista militar –y por ende, violenta– de la Tierra Prometida por parte de los “hebreos” (cfr., por ejemplo, Barton, 1929). En efecto, como indicaba también Conder (1894: x) en su ya referida traducción de las cartas:

[...] hemos recibido una notable correspondencia política que proviene de la época en la que, de acuerdo con la Biblia, la invasión hebrea al mando de Josué tuvo lugar... Que se mencione a los hebreos en estas cartas, conquistando el sur de Palestina y expulsando a los reyes amorreos, será natural para quienes creen que la narrativa del libro de Josué representa la historia de la conquista hebrea [...].

A lo largo del siglo XX, no obstante, y en particular durante las últimas décadas, se ha descartado la asociación entre los *ḥabiru* y una presencia étnica de hebreos a fines de la Edad del Bronce Tardío, al menos de un modo directo y totalizante, así como cualquier conquista violenta de Palestina por parte de elementos invasores (cfr. Lemche, 1985; Na'aman, 1994).² Con todo, no se puede desconsiderar la posibilidad de que parte de estos *ḥabiru* tal vez hayan contribuido a configurar la posterior población del territorio central de Palestina durante la Edad del Hierro (ca. 1200-600 a. n. e.) y tal vez algunos indicios de ello puedan ser encontrados en la narrativa bíblica (cfr. Na'aman, 1986; Lemche, 1992; Killebrew, 2014). En rigor, la presencia de los *ḥabiru* en este período tiene una esfera de acción que abarca a toda Asia sudoccidental y se corresponde con una situación sociopolítica antes que étnica o identitaria (cfr. Bottéro, 1954; Greenberg, 1955; Loretz, 1984; Bry, 2008). Por otra parte, las referencias a situaciones de conflicto entre comunidades políticas que encontramos en la correspondencia amarniana pueden referirse asimismo a otras circunstancias, en particular a las estrategias políticas que los pequeños reyes levantinos ponían de manifiesto para intentar atraer la atención del faraón, y con ella, una ganancia política en su limitada esfera de autoridad local (cfr. Pfoh, 2019: 252-255). Por último, es cierto, como indica Liverani (1998: 40) que las cartas reflejan una “endémica litigiosidad local”. Pero también debemos tener presente la imagen que proyecta la

2 Por otra parte, Dhorme fue una voz pionera en poner en duda, a comienzos del siglo XX, la conexión entre los *ḥabiru* y los hebreos: “Los *ḥabiru* no serían entonces una tribu, una agrupación étnica o geográfica, sino la designación de una colectividad [...] Ni desde el punto de vista etimológico, ni desde el punto de vista histórico, nos parece aceptable la identificación de los hebreos y los *ḥabiru*” (1924: 166, 168), adelantándose así a las discusiones producidas a partir de los años ochenta. Para una negación de la conexión entre *ḥabiru* y hebreos, especialmente a partir de argumentos lingüísticos, véase ahora Rainey, 1995; 2003; también Bry, 2008.

ya mencionada retórica de los pequeños reyes, así como la propia traducción a lenguas modernas de términos clave en acadio, que proliferan en la epistolografía siro-palestina, y su impacto en la historiografía del tema. Uno de estos términos es *nukurtu*, usualmente traducido como “guerra” por William L. Moran y Anson F. Rainey en sus ediciones en inglés de las cartas, pero cuya acepción puede igualmente ser “hostilidad, enemistad”, aligerando en efecto la connotación de la acción violenta en la interpretación de ciertos pasajes de la correspondencia amarniana (Liverani, 1998: 59; cfr. también Black, George y Postgate, 2000: 257).

Retórica de subordinación y noticias de hostilidad y conflicto

Ya a inicios de los años setenta Liverani propuso analizar la información que leemos en las cartas de El Amarna, así como en otros *corpora* de documentación textual antiguo-orientales, no sólo como fuente de información directa sobre eventos particulares, sino también, y en especial, como ejemplos de patrones ideológicos o mentales en donde hallamos distintivos *topoi* literarios (Liverani, 1973). En especial, el motivo del “justo sufriente” –el sirviente leal de su señor (generalmente divino) que sin embargo se ve atribulado por circunstancias adversas–, bien conocido en la literatura sapiencial mesopotámica (cfr. Foster, 2003) y bíblica (cfr. Gray, 2010), parece manifestarse plenamente en la epistolografía amarniana, en particular en las cartas enviadas por Rib-Hadda, regente de Biblos (en la actual costa de El Líbano).³ Así pues, por ejemplo, los eventos mediados por

3 Liverani, 1973: 184-186; y especialmente 1974a; también Harpine, 1998; Pryke, 2011. Este *topos* se manifiesta asimismo, durante este período, en Ugarit: véase Cohen, 2013: 165-175. Para otros ejemplos de “retórica cananea” en la epistolografía amarniana, cfr. Gevirtz, 1973 (Abimilki

este *topos* constituyen la principal realidad pasada de la situación que le llega al historiador del período amarniano. Por ende, las noticias sobre conflicto y hostilidad en el ámbito de las pequeñas comunidades políticas del Levante meridional deben considerarse cuidadosamente, a fin de clarificar su expresión como evento realmente acontecido o, en cambio, como proyección de un constructo ideológico que sirve a los particulares intereses políticos del emisor de la carta y que no necesariamente hace siempre referencia a unos eventos que nosotros consideraríamos efectivamente “reales”.

Encontramos en el *corpus* amarniano la primera de estas noticias de conflicto, con el motivo de la hostilidad generalizada y la necesidad de protección de parte de su señor, en la misiva de un pequeño rey llamado ‘Abdi-Ašarti de Gintu (planicie de Sharon, en la costa central del actual Israel). En EA 64, pues, el pequeño líder proclama el siguiente mensaje, cuyo formulismo estereotipado resulta habitual en la correspondencia siro-palestina:

*ù yi-il₅-ma-ad šâr-ri EN-ia ki-ma da-na-at KÚR.NU
UGU-ia ù yi-da-mi-iq i-na pa-ni šâr-ri EN-ia ù yu-wa-ši-
ra 1 LÚ.GAL a-na na-ša-ri-ia*

Y que el rey, mi señor, esté informado que la hostilidad contra mí es fuerte, y que sea favorable para el rey, mi señor, enviar un oficial superior para protegerme.⁴

Sin embargo, es Rib-Hadda quien en efecto se destaca en el conjunto de cartas de los pequeños reyes al faraón por

de Tiro); y Hess, 2003 (‘Abdi-Heba de Jerusalén). Sobre el lenguaje de la correspondencia amarniana y su entorno lingüístico, véase Vita, 2015b.

4 EA 64:8-13. Reproducimos aquí, y en los ejemplos siguientes, la transliteración del acadio tal como aparece en Rainey, 2015; aquí l: 428. Nuestra traducción al español considera las traducciones al inglés en Rainey, 2015 l: 429 y en Moran, 1992: 135; y al italiano en Liverani, 1998: 86.

haber enviado –hasta donde tenemos evidencia– alrededor de setenta misivas alertando sobre la inminencia de un ataque contra su centro urbano, ya sea de parte de forajidos y grupos no-urbanos⁵ o de otras comunidades políticas vecinas que complotan contra este leal servidor del faraón.⁶ En EA 68, por ejemplo, se lee:

‘ša` ÉRIN.MEŠ SA.GAZ.MEŠ [UG]U-ia ù la-a ‘i-a-qúl-
mi LUGAL EN-ia iš-tu [UR]U ‘Šu`-mu-ur^{KI} [l]a -a in₄-né-
pu-uš gá[b-b]u ‘a`-na ÉRIN.MEŠ SA.GAZ.MEŠ

La hostilidad de las fuerzas *ḥabiru* contra mí es fuerte. Que el rey, mi señor, no se mantenga en silencio acerca de [la ciudad de] Şumur para que nadie se una a los *ḥabiru*.⁷

Y en EA 69:

‘a`-qa-bu il-te₉-qú-mi g[áb-bu a-wa-ti] ‘i`-na be-ri-šu-
nu UGU[-ia] [ša]-ni-tam a-nu-ma i-na-an-na ‘i`-na-
mu-šu ur-ra m[u-ša] ‘i`-na nu-kùr-ti^{MEŠ} ša UGU-‘ia

5 En efecto, tanto los *ḥabiru* como los suteos atacaban los centros urbanos con tácticas de guerra de guerrillas, aunque también podían ser empleados por los mismos centros como mercenarios (cfr. EA 195). Véase Vidal, 2010.

6 El contexto político regional –cuya reconstrucción, por otra parte, ¡depende mayormente de la propia información de las cartas!– pareciera acompañar el tenor de los mensajes de Rib-Hadda, no obstante el formulismo epistolar. En efecto, como indica Liverani (1998: 167): “Políticamente, los principales problemas de Rib-Hadda eran dos: (1) la presión hostil del reino vecino de Amurru, que se encontraba en expansión, primero bajo ‘Abdi-Āširta y luego bajo Aziru, a quien Rib-Hadda considera sus enemigos por excelencia; (2) la merma de la ayuda militar y económica egipcia, relativo al cambio del rol de referencia de dos localidades, Şumura, sede del comisionado egipcio y luego entrando en órbita de Amurru, y Yarimuta, fuente de aprovisionamiento, devenida luego en lugar de la población bajo servidumbre por deudas”.

7 EA 68:13-18. Transl. en Rainey, 2015 I: 436. Trad. al inglés en Rainey, 2015 I: 437; Moran, 1992: 138; al italiano en Liverani, 1998: 168-169.

*ša-’ni-’tam at-ta ti-de-mi URU. KI. MEŠ-ia da-an-
 nu UGU-ia [ù] ’ú-’ul’ ’i-le-i i-pé-èš [SIG₃]-’qa’ ’it-’ti-
 šu [-nu ša-ni-]tam ÉRIN. MEŠ nu-KÛR-’ia [da-an-]
 nu-ta₅ ša URU Ma-’ag-’da-li ’ù ÉRIN. MEŠ URU
 Mal-aš-pat^{K1} nu-’kúr-tu₄ UGU-ia ù a-nu-ma ia-nu-um
 LÛ-lu₄ ša yi-ri-šú-ni iš-tu qa-ti-šu-nu ša-ni-tam*

He dicho muchas veces, “todos el[los] han [complotado] contra [mí]”. Más aún, ellos me han estado atacando noche y día en su enfrentamiento contra mí. Más aún, tú deberías saber que mis poblados son más fuertes que yo, y que no puedo conciliarlos. Más aún, las tropas de mis fuertes enemigos de la ciudad de Magdal y las tropas de la ciudad de Mašpat están en guerra conmigo y no hay nadie que me pueda ayudar contra ellos.⁸

Es significativo que, entre los peligros que amenazan a Rib-Hadda, se encuentren sus propios poblados (URU. KI. MEŠ-ia).⁹ Al respecto, podemos pensar por cierto que estas pequeñas poblaciones (aldeas o caseríos dispuestos en torno de un asentamiento urbano principal)¹⁰ se encontraban

8 EA 69:10-24. Transl. en Rainey, 2015 I: 438. Trad. al inglés en Rainey, 2015 I: 439; Moran, 1992: 138; al italiano en Liverani, 1998: 169-170.

9 Hay numerosas referencias en el dossier epistolar de Rib-Hadda a ataques de los *ḫabiru* (p. ej., EA 74-75) y a ataques por parte de ‘Abdi-Aširta de Amurru (p. ej., EA 76, 78), quien parece haber capturado las poblaciones otrora subordinadas a Rib-Hadda (EA 78:7-16).

10 Cfr. Thompson (1979: 4): “...el asentamiento típico de Palestina durante la Edad del Bronce eran las pequeñas aldeas en regiones de contigüidad muy limitada y de enorme variación climática [...]”. Y con respecto al cambio producido en el Bronce Tardío I: “Aunque el patrón de asentamiento del Bronce Tardío en algunas regiones refleja el mismo tipo de agricultura de aldea originalmente establecido durante el período del Bronce Antiguo, cambios significativos son evidentes en varias regiones, sugiriendo que otros factores políticos o económicos de relevancia deben ser considerados para comprender este período. En los principales valles, es aparente una concentración de la población en grandes asentamientos, a expensas de una población dispersa en

políticamente subordinadas a la persona de Rib-Hadda y que, por distintas circunstancias, podían llegar a rebelarse contra su señor. En efecto, otros indicios de dependencia personal de parte del campesinado permiten contextualizar el marco operativo del conflicto interno en estas pequeñas comunidades políticas. Nuevamente, Rib-Hadda escribe al faraón en EA 77:

šum-ma MU.MEŠ *a[n-n]i-ta ú-ul yu-ša-na* ÉRIN.MEŠ
pí-ťá-ti ù in-n[é-ep-ša-a]t ka-li KUR.KUR.KI.MEŠ
 ‘*a[na LÚ.MEŠ GA]Z šum-ma qa-a[l-mi LUGAL EN-l]*
i ù ia-nu[ÉRIN.MEŠ pí-ťá-ti ù] GIŠ.MÁ LÚ.M[EŠ
 URU *Gub-la]* ‘LÚ’.MEŠ-*ka* DIN[GIR.MEŠ *ti-il-qê]* *a-di*
muḥ[-ḥi-ka ù i-te-zi-ib] ‘URU’ [Gub-la *a-mur]* *pal-ḥa-ti*
 LÚ.MEŠ *ḥu-u[p-si-ia] | ul ti-ma-ḥa-ša-na-n[i]*

Si este año las tro[pas/arque]ros no vienen, pues todas las tierras se unirán a [los *ḥabiru*]. Si [el rey], mi señor, se mantiene en silencio y no hay [tropas/arqueros], pues que venga un barco a buscar a los hombres de Gubla [Biblos], tus hombres, (y) a los dio[ses], [para llevarlos] hacia t[í] y que yo pueda abandonar] Gubla. [Mira], tengo miedo de que los campesinos me ataquen.¹¹

pequeñas aldeas. Los grandes poblados [*towns*] de este período, descubiertos en excavaciones, nos indican que no es aparente un descenso de población y sugieren en cambio que las causas pueden estar relacionadas a la estructuración social tendiente a la defensa o al crecimiento de la ciudad-Estado” (1979: 66). Cfr. ahora la presentación del período en Greenberg, 2019: 275-310. Cfr. también Pfoh y Thompson, 2019: 209-218.

11 EA 77:26-37. Transl. en Rainey, 2015 I: 466, 468. Trad. al inglés en Rainey, 2015 I: 467, 469; Moran, 1992: 147-148; al italiano en Liverani, 1998: 175. Rainey traduce el término *ḥu-u[p-si-ia]* como “my yeoman farmers”, mientras que Moran lo traduce como “[my] peasantry” y Liverani como “miei contadini”. Aceptamos como más acertada pues la traducción de *ḥu-u[p-si-ia]* como “campesino”.

Y en otra carta (EA 118), Rib-Hadda notifica al faraón –nuevamente– de la hostilidad generalizada que está sufriendo, indicando que a causa de ello su campesinado no tiene provisiones y que existe el riesgo de que los campesinos huyan hacia ‘Abdi-Aširta o a Sidón o a Beirut, y luego solicita el envío de un comisionado con tropas para que se encargue de la situación, indicando una eventualidad significativa: “Mira, si los campesinos se van, los *ḥabiru* tomarán la ciudad”.¹²

Aquí podemos realizar dos observaciones de relevancia. En principio, como ya indicamos, la expresión del peligro pareciera corresponder más a una estrategia política de los pequeños reyes del Levante meridional para lograr la atención del faraón. Si bien es cierto que Rib-Hadda se enfrentaba a distintas amenazas internas y externas, desde una perspectiva regional el control egipcio no parecía correr mayor peligro. Eventualmente, Rib-Hadda no fue depuesto ni por un invasor externo ni por sus campesinos, sino por su propio hermano, y termina exiliándose en Beirut (según leemos en EA 136-138). En ese sentido, las noticias comunicadas a través de esta retórica de subordinación, del “justo sufriente”, encarnada por Rib-Hadda, deben entonces ser comprendidas en el marco del orden sociopolítico propio del Levante meridional, el cual trataremos en el siguiente apartado.

En segundo lugar, y ahora atendiendo a las prácticas implícitas en las noticias de hostilidad, el temor de Rib-Hadda a que los campesinos lo ataquen y la posterior indicación de que, si los campesinos lo abandonan, los *ḥabiru* pueden

12 EA 118:36-39. Trad. al inglés en Rainey, 2015 I: 627; Moran, 1992: 196; al italiano en Liverani, 1998: 224.

hacerse con el control del sitio urbano, bien nos puede estar indicando las siguientes pautas de configuración sociopolítica: a) los campesinos se encontraban bajo una relación de dependencia personal con el rey de las pequeñas comunidades del Levante meridional, y si este rey no cumplía con su rol de protección y mediación, podía ciertamente ser interpelado e inclusive depuesto; b) los campesinos parecían conformar la milicia local de la comunidad, la cual sin dudas era más que modesta, como lo demuestra la constante petición de tropas al faraón¹³ y, no menos, la posibilidad de que forajidos pudieran hacerse con el control del asentamiento urbano (cfr. Pfoh, 2019; 2020).

La conflictividad en el marco de la estructuración sociopolítica del Levante meridional

Son varias las caracterizaciones que la historiografía ha proporcionado del orden sociopolítico de la parte septentrional del Levante durante el Bronce Tardío, precisamente porque la disponibilidad de registros epigráfico-textuales y arqueológicos para los principales centros de esta región (notablemente, Ugarit, Alalah, Emar; cfr. Dietrich y Loretz, 1966; 1969; Liverani, 1974b; 1975; Fleming, 1992; etcétera) es considerablemente mayor que la información a nuestra disposición para el Levante meridional o la región de Canaán. No obstante, y en base a esta situación, Rainey (2003: 172) ofreció no hace mucho tiempo una sintética descripción de la estructura política de los pequeños

13 En la mayoría de las cartas se solicita una suma relativamente modesta de tropas, que puede ser de entre diez y ochenta arqueros (cfr. EA 108, 133, 148, 149, 151, 152, 139, 238, 289, 295), aunque en ocasiones es de entre cien y trescientos hombres (cfr. EA 93, 95, 196, 244), e incluso de tropas y carros (cfr. EA 71, 76, 83, 90, 127, 103, 132); cfr. Pintore, 1972: 102-103.

centros urbanos de todo el Levante: “Los textos nos presentan una imagen confiable de los niveles, al menos de los principales, de la sociedad. Las ciudades-Estado locales en Canaán eran mucho más pequeñas que los Estados territoriales de Ugarit o Mugish. Estaban gobernadas por un ‘rey’ a quien los egipcios llamaban *hazananu*, ‘alcalde’. [...] El gobierno local era esencialmente una oligarquía. La principal responsabilidad recaía sobre el gobernante (usualmente dinástico) designado, pero en ausencia de un jefe político ejecutivo oficial, el concejo de ‘ancianos’ se hacía cargo”.

Básicamente, se puede estar de acuerdo con la generalización de esta descripción, aunque cabe matizar el alcance concreto de términos como “ciudad-Estado” y “oligarquía” en el contexto local del Bronce Tardío. En efecto, si nos centramos en el comportamiento político de los pequeños reyes locales reflejado en la correspondencia amarniana, en las situaciones locales en las que parecen estar inmersos, en las peticiones y los reclamos de asistencia y reciprocidad por su lealtad política que saturan la epistolografía dirigida a su señor –el faraón–, estos pequeños reyes parecen ser más bien jefes tribales que líderes de una formación estatal, ya sea en ciernes o bien establecida. En este contexto, pues, la noción de “ciudad-Estado” refleja antes la propia infraestructura urbana (el palacio) que una constitución política de complejidad social.¹⁴ En

14 Cfr. Pfoh, 2016: 98-107. Jasmin (2006: 164) establece la siguiente jerarquía de sitios y sus respectivas extensiones en el Levante meridional: a) caserío: 0,1-0,3 ha.; b) aldea: 0,4-1 ha.; c) centro subregional: 1,1-3 ha.; d) centro regional secundario: 3,1-5 ha.; e) centro regional primario/ciudad-Estado: 5,1-10 ha.; f) centro interregional (Gaza): más de 10 ha. Creemos, no obstante, que esta información cuantitativa debe subsumirse a la interpretación de la organización socio-política expresada en las propias acciones y reacciones de los pequeños reyes. Esta conducta, en efecto, corresponde más a una lógica tribal que a una propiamente estatal. Sobre la articulación de distintas lógicas sociales en coexistencia, cfr. Campagno, 2018: 7-20, 161-186.

otras palabras, la monarquía del Levante meridional no parece estar establecida como un poder que podríamos llamar estatal, con una administración pública, un ejército profesional que sirve al monarca, etcétera, vale decir, como una élite con el monopolio de la coerción física, por presentarlo en términos weberianos. Al contrario, el pequeño rey sud-levantino parecía depender de su entorno familiar y social –con la excepción del escriba (muchas veces proveniente de fuera de Canaán; cfr. Vita, 2015a: 119-149) que servía para comunicarse con el faraón– para gestionar la comunidad política local de una manera personalizada. De igual modo, como ya indicamos, la defensa militar del asentamiento urbano podría haber estado a cargo del propio campesinado políticamente subordinado al monarca, y este monarca se encontraba, a su vez, sometido al escrutinio de estos subordinados, que podían asimismo confrontar sus acciones y hasta deponerlo (cfr. Solans, 2014: 129-136). Sin duda, estos monarcas detenían una cierta autoridad pública –que Rainey infiere como “oligárquica”, tal vez pensando más en el Levante septentrional– pero dicha autoridad en el contexto del Levante meridional, era más apropiada para un jefe tribal (o para un patrón en una relación patrón-cliente) y no podía equipararse con el poder político propio de un jefe estatal, al estar limitada por las redes de dependencia con su propia comunidad (cfr. Pfoh, 2019; 2020: 243-250). Inclusive, la evidencia de una “economía de prestigio” durante el Bronce Tardío II (expresada particularmente en los palacios, con sus paneles decorativos, ajuares y objetos preciosos de estilo “internacional”, etcétera; cfr. Feldman, 2006; Greenberg, 2019: 310-341) bien podría ser interpretada a la luz de esta comprensión de la construcción de la autoridad personal de los monarcas locales frente a su familia, sus dependientes cercanos y sus súbditos en la

comunidad política y bajo hegemonía egipcia.¹⁵ En efecto, no sólo se observa una economía local de bienes de prestigio en este período del Levante, sino también una cultura política anclada en la autoridad personal.

Así pues, las manifestaciones de conflicto, hostilidad y agresión bélica, tanto internas como externas, evidenciadas en las cartas de El Amarna deben en principio observar todas estas circunstancias sociopolíticas. Los conflictos entre comunidades políticas locales se asimilan a una competencia política entre “clientes” de un mismo patrón regional (el faraón), activando distintas estrategias por debajo de la atención imperial para ganar influencia territorial a sus vecinos sin perturbar demasiado los intereses de los amos egipcios, los cuales mayormente no intervenían entre las disputas locales precisamente porque éstas no ponían en riesgo la hegemonía egipcia. En esta situación de competencia local, cada pequeño rey levantino acudía al faraón, solicitando asistencia y protección en reciprocidad por su lealtad política. El faraón –o mejor dicho, la administración egipcia– no reconocía esta apelación a una reciprocidad debida ni como protocolo diplomático ni como negociación (cfr. Liverani, 1967: 4-5), de acuerdo a convenciones propias de percepción del mundo asiático desde Egipto –desde una ontología egipcocéntrica hasta la representación narrativa y visual, exponiendo un “desdén estereotípico por el mundo exterior a Egipto” (Baines, 2016: 141)–, pero también a causa

15 “Mientras la población se mantuviera reducida y el marco político general estable y tendiente a un equilibrio social, el régimen fundamentalmente asimétrico y no productivo del Bronce Tardío podía ser mantenido y sobrevivir a las irrupciones localizadas de violencia, registrada en los recurrentes estratos de destrucción de la mayoría de los sitios, o el movimiento de personas y ejércitos a través de la campaña. Los elementos constituyentes del Bronce Tardío II en el Levante meridional –palacios y casas de la elite, sectores urbanos y estructuras culturales– revelan las disparidades entre una infraestructura agotada y las ocasionales expresiones de riqueza simbólica y material que les permitía a las elites sobrevivir y prosperar” (Greenberg, 2019: 310).

de que su dominio militar de la región hacía que dicha reciprocidad fuera irrelevante: Egipto imponía desde afuera el monopolio de la coerción y no necesitaba establecer una relación de dependencia asimétrica con los líderes locales. Esta relación de dependencia asimétrica, precisamente propia de las relaciones de patronazgo, es en verdad el modo hegemónico de expresión política en el Levante. Por una parte, marca la norma de conducta política local, del pequeño monarca como protector de su comunidad política, de sus subordinados como clientes que le deben lealtad. No obstante, como en cualquier relación patrón-cliente, esta lealtad era frágil y podía revertirse si el encargado de la comunidad política no cumplía satisfactoriamente con su rol de protector y mediador. Por otra parte, esta concepción de patronazgo también establecía la pauta de conducta hacia el exterior: el pequeño monarca, que actuaba como patrón de su comunidad local, era a su vez cliente de un patrón mayor, usualmente una divinidad, pero en términos prácticos, de un rey o líder más poderoso –como el faraón, o sus oficiales superiores– que detentaba el poder último en la región. En suma, esta estructuración piramidal de redes de patronazgo expresa la ontología indígena del Levante en este período, a través de la cual los pequeños reyes locales interpretaban la realidad política y sus vicisitudes (Pfoh, 2016: 168-171).

Consideraciones finales

A partir de la discusión precedente, podemos realizar algunas observaciones, preliminarmente conclusivas, con respecto a la situación general en el período de El Amarna, y en particular acerca de las situaciones en las que el conflicto, la hostilidad y distintas formas de violencia se manifestaron en la región.

En primer lugar, la imagen anárquica de la Siria-Palestina amarniana, propia de la historiografía de la primera mitad del siglo XX, debe descartarse por no integrar las dinámicas sociopolíticas en acción que ahora podemos identificar. El estudio pionero de Liverani (1967), junto con las derivaciones historiográficas posteriores basadas en él, han permitido postular que las expresiones de un conflicto permanente en las cartas de los pequeños reyes y líderes al faraón corresponden antes a una estrategia para llamar la atención de la parte superior y hegemónica en una situación local de competición política. De este modo, los pequeños reyes intentaban ganar prestigio y reforzar su autoridad local frente a su propia comunidad política pero también aventajar a sus pares monárquicos en la región. La investigación arqueológica del período nos ofrece una imagen que se corresponde con la información en la epistolografía amarniana, propia de un paisaje sociopolítico fragmentado y atomizado en comunidades políticas relativamente modestas en su dominio territorial pero también en la complejidad de su articulación jerárquica; en efecto, una situación que caracterizó a las organizaciones sociopolíticas de la región durante varios períodos (cfr. Pfoh y Thompson, 2019).

En segundo lugar, podríamos afirmar que la constatación de una acción violenta o de guerra en la Siria-Palestina amarniana necesitaría de un segundo o tercer testimonio (textual, arqueológico) para ser confirmado sin lugar a dudas como un evento histórico. En vista de que la estrategia comunicacional de los pequeños líderes levantinos reside en proyectar un panorama de inminente conflicto y una expectativa de anarquía en la región si el faraón no interviene, a partir de una retórica propia de la subordinación personal, no deberíamos confiar a primera vista en la información transmitida en la correspondencia amarniana como un acontecimiento real, a menos que dispongamos de un

testimonio extra-epistolar que permita confirmar eventos puntuales de conflicto y violencia como efectivamente históricos. Como tal, la comunicación de los pequeños reyes es evidencia primaria de su propia ontología política frente al dominio egipcio de la región, y secundaria para la historia política de la región.¹⁶

Finalmente, y al respecto del párrafo anterior, la retórica de subordinación presente en la epistolografía amarniana manifiesta implícitamente la organización sociopolítica de los reinos locales, así como una ontología política local, ambas basadas en relaciones de tipo patrón-cliente. Los pequeños reyes siro-palestinos gestionaban sus respectivas comunidades políticas locales a través de estructuras jerárquicas centradas en la figura de un jefe/rey/patrón, el cual actuaba como mediador entre el poder regional (Egipto) y la propia comunidad. Asimismo, a través de esta ontología política de patronazgo, el faraón era percibido como un patrón supremo al cual, sin embargo, era factible realizar peticiones de ayuda y protección en una expectativa, percibida por los reyes locales como legítima, de reciprocidad ante la lealtad proclamada.

16 No obstante la utilidad cronológica y de organización de la evidencia textual-epigráfica que tiene este uso secundario en estudios ahora clásicos, como por ejemplo Klengel, 1969.

Bibliografía

- Albright, W. F. (1975). The Amarna Letters from Palestine, en: Edwards, I. E. S. *et al.* (eds.), *Cambridge Ancient History*, vol. II Part 2, 3ra ed., pp. 98-116. Cambridge: Cambridge University Press.
- Alfred, C. (1975). Egypt: The Amarna Period and the End of the Eighteenth Dynasty, en: Edwards, I. E. S. *et al.* (eds.), *Cambridge Ancient History*, vol. II Part 2, 3ra ed., pp. 49-97. Cambridge: Cambridge University Press.
- Baines, J. (2016). On Egyptian Elite and Royal Attitudes to Other Cultures, Primarily in the Late Bronze Age, en: Bartoloni, G. y Biga, M. G. (eds.), *Not Only History: Proceedings of the Conference in Honor of Mario Liverani Held in Sapienza-Università di Roma, Dipartimento di Scienze dell'Antichità, 20-21 April 2009*, pp. 127-146. Winona Lake: Eisenbrauns.
- Barton, G. A. (1929). The Habiri of the El-Amarna Tablets and the Hebrew Conquest of Palestine, *Journal of Biblical Literature* 48 (3-4), pp. 144-148.
- Ben-Tor, D. (2011). Egyptian-Canaanite Relations in the Middle and Late Bronze Ages as Reflected by Scarabs, en: Bar, S., Kahn, D. y Shirley, J. J. (eds.), *Egypt, Canaan, and Israel: History, Imperialism, Ideology and Literature. Proceedings of a Conference at the University of Haifa, 3-7 May 2009*, Culture and History of the Ancient Near East 52, pp. 23-43. Leiden: Brill.
- Black, J., George, A. y Postgate, N. (2000). *A Concise Dictionary of Akkadian*, 2da ed. Wiesbaden: Harrassowitz.
- Bottéro, J. (1954). *Le problème des Habiru à la 4e Rencontre Assyriologique Internationale*, Cahiers de la Société Asiatique 12. París: Imprimerie nationale.
- Breasted, J. H. (1938). *The Conquest of Civilization*, nueva edición a cargo de E. Williams Ware. Nueva York: Harper.
- Bry, P. (2008). Les « Hébreux » dans la Bible : 'ibrīm et habiru, *Semitica et Classica* 1, pp. 39-60.
- Campagno, M. (2018). *Lógicas sociales en el Antiguo Egipto. Diez estudios*, Colección Saberes. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Chaney, M. L. (1983). Ancient Palestinian Peasant Movements and the Formation of Premonarchic Israel, en: Freedman, D. N. y Graf, D. F. (eds.), *Palestine in Transition: The Emergence of Ancient Israel*, The Social World of Biblical Antiquity 2, pp. 39-90. Sheffield: Almond.

- Cohen, R. (2000). Intelligence in the Amarna Letters, en: Cohen, R. y Westbrook, R. (eds.), *Amarna Diplomacy: The Beginnings of International Relations*, pp. 85-98. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Cohen, Y. (2013). *Wisdom from the Late Bronze Age*, Writings from the Ancient World 29. Atlanta: Society of Biblical Literature.
- Conder, C. R. (1894). *The Tell Amarna Tablets*, 2da ed. Londres: A. P. Watt.
- Dhorme, P. (1909). Les pays bibliques au temps d'El-Amarna. Suite, *Revue Biblique* 6 (1), pp. 50-73.
- (1924). Les *Habiru* et les Hébreux, *Journal of the Palestine Oriental Society* 4, pp. 162-168.
- Dietrich, M. y Loretz, O. (1966). Die soziale Struktur von Alalāḫ und Ugarit: I. Die Berufsbezeichnungen mit der hurritischen Endung -ḫuli, *Die Welt des Orients* 3 (3), pp. 188-205.
- (1969). Die soziale Struktur von Alalāḫ und Ugarit: II. Die sozialen Gruppen *ḫupše-namē*, *ḫaniaḫe-ekū*, *eḫele-šūzubu* und *marjanne* nach Texten aus Alalāḫ IV, *Die Welt des Orients* 5 (1), pp. 57-93.
- Feldman, M. H. (2006). *Diplomacy by Design: Luxury Goods and an 'International Style' in the Near East*. Chicago: University of Chicago Press.
- Flammini, R. (2010). Elite Emulation and Patronage Relationships in the Middle Bronze: The Egyptianized Dynasty of Byblos, *Tel Aviv* 37, pp. 154-168.
- Fleming, D. E. (1992). A Limited Kingship: Late Bronze Emar in Ancient Syria, *Ugarit-Forschungen* 24, pp. 59-71.
- Foster, B. R. (2003). Just Sufferer Compositions, en: Hallo, W. W. (ed.), *The Context of Scripture, I. Canonical Compositions from the Biblical World*, pp. 485-495. Leiden: Brill.
- Gevirtz, S. (1973). On Canaanite Rhetoric: The Evidence of the Amarna Letters from Tyre, *Orientalia* 42, pp. 162-177.
- Gray, J. (2010). *The Book of Job*, ed. por D. J. A. Clines. Sheffield: Sheffield Phoenix Press.
- Greenberg, M. (1955). *The Hab/piru*, American Oriental Studies 39. New Haven: American Oriental Society.

- Greenberg, R. (2019). *The Archaeology of the Bronze Age Levant: From Urban Origins to the Demise of City-States, 3700-1000 BCE*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Harpine, W. D. (1998). Epideictic and Ethos in the Amarna Letters: The Withholding of Argument, *Rhetoric Society Quarterly* 28 (1), pp. 81-98.
- Hasel, M. G. (1998). *Domination and Resistance: Egyptian Military Activity in the Southern Levant, ca. 1300-1185 B.C.*, Probleme der Ägyptologie 10. Leiden: Brill.
- Hess, R. S. (2003). Rhetorical Forms in the Amarna Correspondence from Jerusalem, *Maarav* 10, pp. 221-244.
- Higginbotham, C. (2000). *Egyptianization and Elite Emulation in Ramesside Palestine. Governance and Accommodation on the Imperial Periphery*, Culture and History of the Ancient Near East 2. Leiden: Brill.
- James, A. (2000). Egypt and Her Vassals: The Geopolitical Dimension, en: Cohen, R. y Westbrook, R. (eds.), *Amarna Diplomacy: The Beginnings of International Relations*, pp. 112-124. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Jasmin, M. (2006). The Political Organization of the City-States in Southwestern Palestine in the Late Bronze Age IIB (13th Century BC), en: Maeir, A. M. y de Miroschedji, P. (eds.), *'I Will Speak the Riddles of Ancient Times': Archaeological and Historical Studies in Honor of Amihai Mazar on the Occasion of his Sixtieth Birthday*, pp. 161-191. Winona Lake: Eisenbrauns.
- Killebrew, A. E. (2014). Hybridity, Hapiru, and the Archaeology of Ethnicity in Second Millennium BCE Western Asia, en: McNerney, J. (ed.), *A Companion to Ethnicity in the Ancient Mediterranean*, Blackwell Companions to the Ancient World, pp. 142-157. Chichester: Wiley-Blackwell.
- Klengel, H. (1969). *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z. Teil 2: Mittel- und Sudsyrien*, Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Institut für Orientforschung. Veröffentlichung 70. Berlin: Akademie.
- Koch, I. (2018). The Egyptian-Canaanite Interface as Colonial Encounter: A View from Southwest Canaan, *Journal of Ancient Egyptian Interconnections* 18, pp. 24-39.
- (2019). Southwestern Canaan and Egypt during the Late Bronze Age I-IIA, en: Maeir, A. M., Shai, I. y McKinny, C. (eds.), *The Late Bronze and Early Iron Ages of Southern Canaan*, Archaeology of the Biblical Worlds 2, pp. 262-282. Berlin: De Gruyter.

- Lemche, N. P. (1985). *Early Israel. Anthropological and Historical Studies on the Israelite Society before the Monarchy*, Vetus Testamentum Supplements 37. Leiden: Brill.
- (1992). Ḥabiru/Ḥapiru, en: Freedman, D. N. (ed.), *The Anchor Bible Dictionary. Vol. III*, pp. 6-10. Nueva York: Doubleday.
- (2016). The Amarna Letters and Palestinian Politics, en: Grabbe, L. L. (ed.), *The Land of Canaan in the Late Bronze Age*, Library of Hebrew Bible / Old Testament Studies 636, pp. 133-146. Londres: Bloomsbury T & T Clark.
- Liverani, M. (1967). Contrasti e confluenze di concezioni politiche nell'età di el-Amarna, *Revue d'Assyriologie et d'archéologie orientale* 61 (1), pp. 1-18.
- (1973). Memorandum on the Approach to Historiographic Texts, *Orientalia* 42, pp. 178-194.
- (1974a). Rib-Adda, giusto sofferente, *Altorientalische Forschungen* 1, pp. 175-205.
- (1974b). La royauté syrienne à l'âge du Bronze Récent, en: Garelli, P. (ed.), *Le palais et la royauté (XIXe RAI)*, pp. 329-356. Paris: P. Geuthner.
- (1975). Communautés de village et palais royal dans la Syrie du IIème millénaire, *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 18, pp. 146-164.
- (1998). *Le lettere di el-Amarna, 1. Le lettere dei 'Piccoli re'*, Testi del Vicino Oriente Antico 3/1. Brescia: Paideia.
- (2005). Imperialism, en: Pollock, S. y Bernbeck, B. (eds.), *Archaeologies of the Middle East: Critical Perspectives*, pp. 223-244. Londres: Wiley-Blackwell.
- Loretz, O. (1984). *Habiru-Hebräer. Eine sozio-linguistische Studie über die Herkunft des Gentiliziums 'ibri vom Appellativum ḥabiru*, Beihefte zum Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft 160. Berlín: De Gruyter.
- Makdisi, U. (2003). Mapping the Orient: Non-Western Modernization, Imperialism, and the End of Romanticism, en: Michie, H. y Thomas, R. R. (eds.), *Nineteenth-Century Geographies: The Transformation of Space from the Victorian Age to the American Century*, pp. 40-54. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Mazar, A. (2011). The Egyptian Garrison Town at Beth-Shean, en: Bar, S., Kahn, D. y Shirley, J. J. (eds.), *Egypt, Canaan, and Israel: History, Imperialism, Ideology and Literature. Proceedings of a Conference at the University of Haifa, 3-7 May 2009*, Culture and History of the Ancient Near East 52, pp. 155-189. Leiden: Brill.

- Moran, W. L. (1992). *The Amarna Letters*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Morris, E. (2018). *Ancient Egyptian Imperialism*. Hoboken: Wiley-Blackwell.
- Müller, M. (2011). A View to a Kill: Egypt's Grand Strategy in her Northern Empire, en: Bar, S., Kahn, D. y Shirley, J. J. (eds.), *Egypt, Canaan, and Israel: History, Imperialism, Ideology and Literature. Proceedings of a Conference at the University of Haifa, 3-7 May 2009*, Culture and History of the Ancient Near East 52, pp. 236-251. Leiden: Brill.
- Murnane, W. J. (2000). Imperial Egypt and the Limits of Power, en: Cohen, R. y Westbrook, R. (eds.), *Amarna Diplomacy: The Beginnings of International Relations*, pp. 101-111. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Na'aman, N. (1986). Ḫabiru and Hebrews: The Transfer of a Social Term to the Literary Sphere, *Journal of Near Eastern Studies* 45 (4), pp. 271-288.
- (1994). The "Conquest of Canaan" in the Book of Joshua and in History, en: Finkelstein, I. y Na'aman, N. (eds.), *From Nomadism to Monarchy: Archaeological and Historical Aspects of Early Israel*, pp. 218-281. Jerusalén: Israel Exploration Society.
- Niehr, H. (1997). The Constitutive Principles for Establishing Justice and Order in Northwest Semitic Societies with Special Reference to Ancient Israel and Judah, *Zeitschrift für altorientalische und biblische Rechtsgeschichte* 3, pp. 112-130.
- Oren, E. D. (1984). "Governors' Residencies" in Canaan under the New Kingdom: A Case Study of Egyptian Administration, *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities* 14, pp. 37-56.
- Petrie, W. M. F. (1898). *Syria and Egypt from the Tell el Amarna Letters*. Londres: Methuen & Co.
- Pfoh, E. (2016). *Syria-Palestine in the Late Bronze Age: An Anthropology of Politics and Power*, Copenhagen International Seminar. Londres: Routledge.
- (2019). Prestige and Authority in the Southern Levant during the Amarna Age, en: Maeir, A. M., Shai, I. y McKinny, C. (eds.), *The Late Bronze and Early Iron Ages of Southern Canaan*, Archaeology of the Biblical Worlds 2, pp. 247-261. Berlin: De Gruyter.
- (2020). Aspectos del tribalismo político en el Levante meridional durante la Edad del Bronce Tardío, *Antiguo Oriente. Cuadernos del Centro de Estudios de Historia del Antiguo Oriente* 18, pp. 235-260.

- Pfoh, E. y Thompson, T. L. (2019). Patronage and the Political Anthropology of Ancient Palestine in the Bronze and Iron Ages, en: Hjelm, I., Pappe, I., Taha, H. y Thompson, T. L. (eds.), *A New Critical Approach to the History of Palestine: Palestine History and Heritage Project 1*, Copenhagen International Seminar, pp. 200-228. Londres: Routledge.
- Pintore, F. (1972). Transiti di truppe e schemi epistolari nella Siria egiziana dell'età di el-Amarna, *Oriens Antiquus* 11, pp. 101-131.
- Pryke, L. (2011). The Many Complaints to Pharaoh of Rib-Addi of Byblos, *Journal of the American Oriental Society* 131 (3), pp. 411-422.
- Rainey, A. F. (1995). Unruly Elements in Late Bronze Canaanite Society, en: Wright, D. P., Freedman, D. N. y Hurvitz, A. (eds.), *Pomegranates and Golden Bells: Studies in Biblical, Jewish, and Near Eastern Ritual, Law, and Literature in Honor of Jacob Milgrom*, pp. 481-496. Winona Lake: Eisenbrauns.
- (2003). Amarna and Later: Aspects of Social History, en: Dever, W. G. y Gitin, S. (eds.), *Symbiosis, Symbolism, and the Power of the Past. Canaan, Ancient Israel, and Their Neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palaestina*, pp. 169-187. Winona Lake: Eisenbrauns.
- (2015). *The El-Amarna Correspondence: A New Edition of the Cuneiform Letters from the Site of El-Amarna based on Collations of all Extant Tablets. 2 Vols.*, ed. por W. Schniedewind y Z. Cochavi-Rainey, Handbuch der Orientalistik 110. Leiden: Brill.
- Redford, D. B. (1992). *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*. Princeton: Princeton University Press.
- Solans, B. (2014). *Poderes colectivos en la Siria del Bronce Final*, Barcino. Monographica Orientalia 2. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Steel, L. (2018). Shifting Relations in Bronze Age Gaza: An Investigation into Egyptianizing Practices and Cultural Hybridity in the Southern Levant during the Late Bronze Age, *Journal of Ancient Egyptian Interconnections* 20, pp. 15-30.
- Thompson, T. L. (1979). *The Settlement of Palestine in the Bronze Age*, Tübinger Atlas des Vorderen Orients - Beihefte 34. Wiesbaden: Ludwig Reichert.
- van Dijk, J. (2003). The Amarna Period and the Later New Kingdom (c. 1352-1069 BC), en: Shaw, I. (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt. Second Edition*, pp. 265-307. Oxford: Oxford University Press.

- Vidal, J. (2010). Sutean Warfare in the Amarna Letters, en: Vidal, J. (ed.), *Studies on War in the Ancient Near East: Collected Essays on Military History*, Alter Orient und Altes Testament 372, pp. 95-103. Münster: Ugarit-Verlag.
- Vita, J. P. (2015a). *Canaanite Scribes in the Amarna Letters*, Alter Orient und Altes Testament 406. Münster: Ugarit-Verlag.
- (2015b). Language Contact between Akkadian and Northwest Semitic Languages in Syria-Palestine in the Late Bronze Age, en: Butts, A. M. (ed.), *Semitic Languages in Contact*, pp. 375-404. Leiden: Brill.
- Weinstein, J. M. (1981). The Egyptian Empire in Palestine: A Reassessment, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 241, pp. 1-28.

Guerra y transformación política en el reino arameo de Arpad/Bīt-Agusi

Alejandro Mizzoni

Desde diversas perspectivas teóricas se le ha adjudicado a la guerra un rol como catalizador de transformaciones sociopolíticas.¹ Se piensa frecuentemente que la presencia de estados expansivos impulsa la integración de grupos previamente segregados y la jerarquización en el seno de las comunidades de sus periferias.² De un modo análogo, los modelos de interacción de unidades políticas equivalentes pueden incluir el supuesto de que éstas tienden a

1 Dentro del marco neo-evolucionista, el antropólogo norteamericano Robert L. Carneiro, recientemente fallecido, fue uno de los investigadores que más se dedicó a pensar a la guerra como impulsora de procesos de integración política y jerarquización (Carneiro, 1970; 2012; cfr. también Webster, 1975; Cohen, 1984; Earle, 1997; Claessen, 2006). Para una perspectiva alternativa de los múltiples posibles efectos de guerra en la sociedad y la política, véase Campagno y Gayubas, 2015.

2 Con el concepto de “estados secundarios” se busca dar cuenta de la especificidad de las condiciones de surgimiento de formas estatales en contacto con otros estados (Fried, 1967: 240; Price, 1978; Parkinson y Galaty, 2007). Para perspectivas que indagan los efectos del contacto con otros estados en procesos de jerarquización dentro de contextos del I milenio a. C., véase Brown, 1986; Knauf, 1992; Joffe, 2002; Sancisi-Weerdenburg, 1988. Cfr. los comentarios críticos respecto del surgimiento de estados secundarios en contextos de Siria-Palestina en Pfoh, 2014 [2009]:102-106, 173-181 y en Routledge, 2016.

equipararse entre sí en sus capacidades bélicas mediante el aumento de las escalas de integración y de la emergencia de innovaciones organizativas, incluyendo la jerarquización.³ En estos esquemas subyace la idea de una retroalimentación entre militarismo y transformación sociopolítica: las exigencias bélicas impulsan la movilización de recursos materiales y humanos a la vez que posibilitan mecanismos (como la centralización y la expansión) adecuados para ello.⁴

Los reinos de la Siria de la Edad del Hierro son un escenario adecuado para poner a prueba estos supuestos e indagar las posibles interrelaciones entre las condiciones bélicas y la transformación sociopolítica.⁵ Bit-Agusi es una entidad política que emerge en las inmediaciones del valle del río Quwaiq y cuya existencia autónoma durante los siglos IX y VIII a. C. transcurre en el contexto de la expansión asiria hacia el oeste y de la interacción con otros reinos locales de Siria.

A continuación abordaremos la información relativa a los modos de articulación política de Bit-Agusi así como sus transformaciones, prestando atención a los procesos de expansión y jerarquización. Seguidamente, evaluaremos las condiciones bélicas locales y sus cambios, teniendo en cuenta una serie de indicadores. Esto nos permitirá considerar, al final del texto, los posibles condicionamientos mutuos entre las esferas de lo político y de lo bélico en los contextos específicos de Bit-Agusi.

3 El modelo de *peer polity interaction* fue originariamente propuesto por Colin Renfrew (1986), quien cita como autoridad en el aspecto bélico de la interacción a Carneiro (1970) y Webster (1975). En los estudios focalizados en el área de Siria-Palestina se lo ha utilizado para dar cuenta del surgimiento de lo que parecen ser entidades políticamente autónomas y de equivalentes dimensiones en el Edad del Hierro (p.ej., Joffe, 2002; Pfoh, 2014 [2009]: 173-181).

4 O, según la célebre frase de Charles Tilly: "la guerra hizo al estado y el estado hizo la guerra" (Tilly, 1975: 42). Cfr. Routledge, 2016: 79.

5 Sobre los reinos arameos de Siria, véase en general: Dion, 1997; Lipiński, 2000; Niehr, 2014; Younger, 2016. Sobre sus procesos de surgimiento, véase especialmente: Sader, 1992; 2000; Younger, 2014. Sobre Bit-Agusi en particular: Kahn, 2007; Na'aman, 2016; Dušek, 2019.

Modos de articulación sociopolítica

Los anales asirios de los siglos XII y XI a. C. refieren a una serie de expediciones contra los arameos-*ahlamu*. El rey asirio Tiglath-pileser I (1114-1075 a. C.) afirma haberlos derrotado veintiocho veces a ambos lados del Éufrates entre el área babilónica (Rapiqu) y la ciudad de Karkemiš, en Siria, y en las inmediaciones de los montes Líbano y Bešri.⁶ Ésta se trata de una región cuyas poblaciones se dedicaron a las actividades pastoriles en distintos contextos históricos (Nilhamm, 2008). Los arameos-*ahlamu* son presentados en los anales como un colectivo que no se vincula a ninguna entidad política específica y que carece de figuras de liderazgo. Similarmente, en la Crónica de Tiglath-pileser I se habla de las “casas de los arameos”,⁷ pero tampoco se mencionan líderes particulares. Esta imagen contrasta con la asociación habitual en los anales de los enemigos a figuras específicas a las que se hace responsables de la sumisión y la tributación y a quienes se castiga en caso de resistencia o rebelión.

Por otra parte, los anales asirios del siglo IX a. C. hacen alusión a líderes asociados a determinados colectivos o entidades políticas vinculadas a Bīt-Agusi. Gusi, calificado como “yaḥaneo” u “hombre de la tierra de Yaḥan” (*ṁgu-ú-si kuria-ḥa-na-a-a*), es mencionado en una ocasión de entrega de tributo al rey asirio Aššurnasirpal II ca. 870 a. C.⁸ Es posible que denominaciones posteriores como la “Casa de

6 RIMA II 87.1, 44-63; 87.3, 29-35; 87.2, 28-29; 87.3, 29-35; 87.4, 34-36. Pasajes paralelos se encuentran también en los anales de Aššur-bēl-kala (1073-1054 a.C.; RIMA II 89.6 6'-15'; 89.9, 3'-10').

7 MC 15, 3': *é^{meš}kur ar-ma-a-ia^{meš}*.

8 RIMA II 101.1: iii 77-78.

Gūš” (Bīt-Agusi,⁹ *byt gš*)¹⁰ o el/los “hijo(s) de Gūš” (*br gš¹¹ / bny gš*)¹² remitieran a este personaje como fundador epónimo (Lipiński, 2000: 196). Años más tarde se identifica a cierto Arame como “hijo de Gusi” (*ma-ra-me dumu m^{gu-ú-si}*),¹³ que es contemporáneo a Adanu “el yaḥaneo” (*ma-da-nu kur^{ia-ḥa-na-a-a}*). Mientras Adanu participa de una coalición contra Salmanasar III en 858 a. C.,¹⁴ Arame aparece entregando tributo al rey asirio tras la derrota de la coalición.¹⁵ Sin embargo, Salmanasar III ataca más adelante a Arame en varias ocasiones, mencionándose la destrucción de Arnē, su “ciudad real” (*āl šarrūti*),¹⁶ así como la captura de una serie de asentamientos suyos a los que se califica como “ciudad fortificada” (*āl dannūti*).¹⁷ Apparāzu¹⁸ y Mūru.¹⁹ Un rey posterior, Ataršumki I, hijo de Arame, aparece coaligado con Kammuḥ contra los asirios a comienzos del reinado de Adad-nērārī III (811-783 a. C.).²⁰

Desde el reinado de Ataršumki I hasta la conquista asiria en la segunda mitad del siglo VIII a. C., la ciudad real de Bīt-Agusi se ubicó en Arpad,²¹ usualmente identificada con el

9 *kur^{é-a-gu-si}* en RINAP I 11, 1’; 35, ii 4’; 41, 17’; 43, ii 7; 46, 20; 49, obv. 24’.

10 Sefire I, B 11; II, B 10; Puech, 1978.

11 KAI 202 A 5.

12 Sefire I B 3.

13 RIMA III 102.2, ii 12-13; 102.3, 96-98.

14 RIMA III 102.1, 69’; 102.2, i 54-ii 1.

15 RIMA III 102.1, [81’]; 102.2, 12b-13a, 27b, 83.

16 RIMA III 102.80; 102.81. Se ha propuesto identificar Arnē con los sitios de Tell ‘Aran (Lemaire y Durand, 1984: 76; Lipiński, 2000: 198; Bagg, 2007: 23) y de Tell ‘Erin (Dion, 1997: 116), respectivamente al oeste de la llanura de Jabbul y en el valle del Quwaiq.

17 Sobre las “ciudades reales” y “fortificadas” en los anales asirios, cfr. Ikeda, 1979.

18 RIMA III 102.6, iii 10; 102.8, 39’ (*uru^{ap-pa-ra-zu}*).

19 RIMA III 102.14, 130 (*uru^{mu-ú-ru}*).

20 RIMA III 104.3 11-15.

21 Cfr. RIMA III 104.3 11, y las Estelas de Sefire, *passim*. Para otras menciones de Arpad, como ciudad y como reino, véase Bagg, 2007: 23-25.

sitio de Tell Rifa'at.²² Las exploraciones arqueológicas realizadas en Tell Rifa'at evidencian la presencia de estructuras defensivas, incluyendo un muro de veinte metros de ancho y una puerta (Seton-Williams, 1961: 81; 1967: 19-20), que permiten inferir la capacidad de movilización de recursos de Bit-Agusi durante el siglo VIII a. C. (cfr. *infra*).

Paralelamente al establecimiento de una nueva ciudad real en Arpad, se advierte una considerable expansión del reino de Bit-Agusi a costa de sus vecinos. Este proceso es poco conocido en sus acontecimientos, pero puede inferirse de las alusiones territoriales de las fuentes del siglo VIII a. C. En la Estela de Antakya (RIMA III, 104.2) el rey asirio Adad-nērārī III (811-783 a. C.) y el *tartānu* Šamši-ilu establecen una repartición de diversas áreas del valle del Orontes entre Ataršumki II de Bit-Agusi y Zakkur de Hamath (Wazana, 1996). Esto implica la presencia de la autoridad del rey de Bit-Agusi en regiones situadas mucho más al oeste de su núcleo original, lo que necesariamente tuvo que haberse producido a costa de Pattina. Además, en inscripciones asirias del siglo VIII a. C. se menciona como perteneciente a Bit-Agusi la ciudad de Ḫazazu, que antes dependía de Pattina.²³ Similarmente, la ciudad de Alepo, que en los anales asirios del siglo IX a. C. aparecía como una entidad independiente, en las Estelas de Sefire,²⁴ de mediados del siglo VIII a. C., es considerada parte del reino de Arpad (Greenfield, 1993; Dion, 1997: 119-123).

Los reyes de Bit-Agusi aparecen como los principales encargados de los vínculos con el exterior. Ese es el caso de las ya mencionadas relaciones tributarias con Asiria

22 Véase Lipiński, 2000: 208; Yamada, 2000: 98; Bagg, 2007: 25; aunque Dušek, 2019: 184-193 sugiere identificarla con Sefire, al sudeste de Alepo.

23 RIMA II 101.1 iii 71; RIMA III 102.2, ii 11; 102.67, 1; RINAP I 43, ii 2. Véase Bagg, 2007: 102.

24 Texto publicado en Dupont-Sommer, 1958; Fitzmyer, 1967; Lemaire y Durand, 1984: 120-136.

y coaliciones. Adicionalmente, en la Estela de Antakya (RIMA III, 104.2) se le entrega a Ataršumki II y a sus descendientes una serie de territorios pero no se menciona su reino. Por otra parte, en los tratados de subordinación del siglo VIII a. C. también se involucra a una serie de categorías de potentados locales, miembros de la familia real y entidades geográficas. Así, en el tratado entre Mati'el y el rey asirio Aššur-nērāri V se hace responsables del cumplimiento de sus estipulaciones y receptores de los castigos y maldiciones no sólo a Mati'el, sino también a sus hijos (y, en una ocasión, las hijas), a sus “grandes” (*rabūtu*) y a la “gente de su tierra” (*nišē mātišu*).²⁵ En las Estelas de Sefire, que registran un pacto de subordinación entre Mati'el y cierto Bar-Ga'yah de KTK,²⁶ se involucra no sólo al rey (*mlk*) de Arpad sino también a sus descendientes, a su “casa” (*byt*), a cualquiera de sus sucesores, a la “gente” (*m*) de Arpad, a sus “señores” (*b'ly 'rpad*), a los “grandes” de Mati'el (“sus grandes”: *rbwh*) y a distintas entidades que integran el reino, incluyendo lo que parecen ser ciudades o territorios, así como la “Casa de ŠLL”.²⁷ La noción de “casa” se utiliza repetidamente en Sefire para referirse a la casa real de Arpad, con un uso extendido que comprende al reino en su conjunto (*byt gš* o Casa de Gūš), al igual que la noción de los “hijos de Gūš” (*bny gš*). Además se menciona a ciertos “reyes de Arpad” (*mlky 'rpd*),²⁸ quizá figuras subordinadas a Mati'el (Noth, 1961; Dušek, 2019: 177), pero que

25 SAA II, 2, *passim*.

26 La identificación de este personaje y de la tierra de KTK es incierta. La existencia de otros tratados asirios y la mención de divinidades asirias junto a las locales, incluyendo la frase “mientras Aššur reine” (Sefire I, A 25), hacen sospechar que los asirios estuvieran de algún modo involucrados; se ha sugerido identificar a Šamši-ilu, *tartānu* asirio con base en Til Barsip, con el propio Bar-Ga'yah (Lemaire y Durand, 1984; cfr. recientemente Na'aman, 2016: 81-80, con bibliografía anterior).

27 Sefire I, A 1-6, 39-41; I, B 1-12; II, B 2-3; C 14-16.

28 Sefire I, B 41; II, C 15; III, 1.3.16.

probablemente refieran a sus sucesores, ya que aparecen por lo general en relación con hechos futuros (Suriano, 2007: 170, n. 48). La diversidad de elementos políticamente relevantes en Sefire parece reflejar la complejidad de sus configuraciones internas.²⁹

Al igual que en el caso de otras realezas de Siria contemporáneas,³⁰ es posible advertir la asociación de los reyes de Bit-Agusi a la práctica bélica. Ya fue mencionada la participación de los reyes del siglo IX a. C. en diversos episodios bélicos y su vinculación a “ciudades fortificadas” en los anales asirios. Además, el arco aparecería como signo guerrero del rey de Arpad y de los potentados del reino; así, en las maldiciones de Sefire se dice que los dioses 'Inurta y Hadad quebrarán el arco (*qšt*) de Matí'el y el de sus “grandes”.³¹

Resumendo, es posible advertir desde el siglo IX a. C. la presencia de figuras reales o de liderazgo asociadas a entidades políticas (Yaḥan, Bit-Agusi, Arpad), reconocibles en el marco de las relaciones externas (coaliciones, tributación, imposición de límites, tratados de subordinación) y vinculadas a determinados asentamientos fortificados y a la práctica bélica. En torno a estas figuras aparece la noción de la “casa” (*byt*), la cual se extiende al reino en su conjunto (*byt gš*), así como determinados potentados (los “grandes” y los “señores”) y subdivisiones cuya intervención se considera necesaria en el marco de la celebración de tratados con entidades externas, y que presumiblemente eran relevantes en la toma de decisiones a nivel local. Tanto la vinculación de los liderazgos a asentamientos específicos como los procesos de expansión implican transformaciones en

29 Al respecto, véase Dušek, 2019; Noth, 1961; Na'aman, 2016.

30 Cfr., por ejemplo, las “inscripciones de botín” de Hazael de Damasco (Ephal y Naveh, 1989).

31 Sefire IA 38-39.

los modos de articulación política. La complejidad interna del reino que se observa en los tratados del siglo VIII a. C. está sin duda relacionada con estos procesos; la integración de poblaciones, grupos y configuraciones diversos parece haber requerido de la implementación de procedimientos consensuales para su sostenimiento en el tiempo.

Condiciones bélicas

En esta sección se indagarán las condiciones bélicas de los distintos contextos del período abordado; es decir, con qué alternativas podían contar las poblaciones, comunidades y formaciones políticas locales en caso de un enfrentamiento bélico. Nos concentraremos, en particular, en el abordaje de los testimonios disponibles relacionados con los modos de habitación, la arquitectura defensiva, el armamento, la composición de los ejércitos y la evidencia arqueológica de episodios bélicos.

Si bien la cronología del asentamiento de la llanura de Jabbul es imprecisa para los períodos aquí tratados (Yukich, 2013: 215), la evidencia arqueológica indicaría una muy baja densidad de asentamiento en la zona de la llanura de Jabbul durante el Hierro I. De los cuatro sitios con evidencia correspondiente al Hierro I tan sólo uno presenta continuidad con el Bronce Tardío, mientras que sólo seis de los diecisiete sitios que presentan algún indicio de ocupación durante el Hierro II/III también lo hacen en el Bronce Tardío.³² Se advierte, por lo tanto, un desplazamiento en cuanto a los sitios ocupados entre el Bronce Tardío y el Hierro II/III, posiblemente explicable por algún tipo de

32 Véase Yukich, 2013: 211-220, 431-467; también Schwartz *et al.*, 2000.

hiato en el asentamiento de la mayoría de los sitios.³³ Este panorama resulta congruente con la presencia de poblaciones con modos de vida agropastoriles en la zona entre los siglos XII y X a. C.

Antes señalamos la disociación de los arameos-*aḥlamu* de los anales asirios con respecto a denominaciones políticas específicas. No puede descartarse, por otra parte, la presencia de algún tipo de vinculación con el terreno relacionada con los derechos de uso de pasturas o fuentes de agua, por ejemplo. Sin embargo, no se evidencia la fortificación de asentamientos antes del siglo IX a. C. La imposibilidad de los asirios de establecer relaciones de subordinación permanentes en la zona mesoeufrática sugiere que la movilidad con la que contaban las poblaciones locales pudo constituir un modo de defensa eficaz. De este modo, la retirada hacia regiones elevadas y apartadas, como los *jebels* donde se refugian los arameos-*aḥlamu* de los anales asirios, podría haber sido una alternativa adecuada en el marco de la implementación de tácticas de guerrilla contra fuerzas superiores (fueran asirios o de otras entidades políticas de Siria) (cfr. Dion, 1997: 318-319; Darkmark, 2008: 54).

Las fuentes del siglo IX a. C. presentan un panorama diferente. Si bien el elemento pastoril no estaba ausente (se mencionan las “tiendas”, en contraposición a las casas de las ciudades, como parte integral del reino en el Tratado entre Mati‘el y Aššur-nērāri V),³⁴ aparece como novedad la fortificación de sitios específicos. Ya fueron mencionadas las “ciudades fortificadas” de Arame de los anales de Salmanasar

33 Esto contrasta con la aparente continuidad del asentamiento durante el segundo milenio a. C.: si bien con tendencia decreciente, la totalidad de los sitios con indicios de asentamiento en el Bronce Tardío también los presentan en el Bronce Medio (véase Yukich, 2013: 202-214, 431-467).

34 SAA II, 2: 4.

III; puede agregarse, en el mismo sentido, la representación de las fortificaciones de Arnē y de otra de sus ciudades en los relieves de Balawat.³⁵ En cuanto al registro arqueológico, las excavaciones de Tell Rifa'at (Seton-Williams, 1961; 1967) expusieron la presencia de una muralla de ladrillos de barro de veinte metros de ancho en la ciudadela, así como la Puerta Este, que incluye cimientos de basalto, ortostatos de piedra caliza y ladrillos de barro. Se identificó, además, el trazado de una muralla exterior que rodea una superficie de 120 ha. (Seton-Williams, 1961: 70; Casana y Cothren, 2013: 36-37).

Durante los siglos IX y VIII a. C. junto a los sitios fortificados coexistían asentamientos menores, quizá identificables con los sitios con evidencia del Hierro II relevados en las prospecciones del valle del Quwaiq (Matthers, 1981) y la llanura de Jabbul (Schwartz *et al.*, 2000; Yukich, 2013). Estos asentamientos secundarios son aludidos en los anales asirios (las “cien ciudades” que destruye Salmanasar III),³⁶ en la Estela de Antakya (los “campos” (*eqlētu*), “jardines” (*kiriātu*) y “asentamientos” (*dimātu*) de la ciudad (*ālu*) de Naḥlasi en el Orontes)³⁷ y en Sefire respecto del territorio de Til-a'yim perteneciente a KTK (*kpr*, término que puede traducirse como “aldea” y que contrasta con *gryt*, “ciudad”).³⁸ En las maldiciones del tratado entre Mati'el y Aššur-nērāri V, además, se expresa un contraste entre el ámbito de las ciudades y el mundo pastoril: “Que [una ciudad de] mil casas se reduzca a una casa; que mil tiendas se reduzcan a una tienda”.³⁹ La presencia de sitios fortificados posibilitaba la protección no sólo de sus propios

35 Relieves en King, 1915: pl. LXVI-LXXI, acompañados por las inscripciones RIMA III 102.80 y 102.81.

36 RIMA III 102.2.6 ii 59.

37 RIMA III 102.4.1 6-7.

38 Sefire I A 33, B 36, III 12, 23, 26.

39 SAA II, 2, 3-4.

habitantes, sino también de los habitantes de las aldeas y de los pastores que integraban el reino, que podrían encontrar refugio allí en caso de ataque externo.

Las fuentes textuales ocasionalmente hacen alusión a unidades militares o armamento en relación con Bit-Agusi. Éstas no difieren significativamente de lo que se conoce de otros contextos de la Siria del período (cfr. Dion, 1997: 301-314). Ya nos referimos a la presencia del arco como emblema de la potencia guerrera del rey de Arpad y de sus “grandes” en Sefire. En la misma inscripción se mencionan además jinetes (*rkb*) y espadas cortas (*hrb*),⁴⁰ y carros en el tratado entre Mati‘el y Aššur-nērāri V.⁴¹

En el sitio de Tell Rifa‘at existe evidencia arqueológica de episodios bélicos específicos, así como de armamento. La Puerta Este de la ciudadela fue destruida por efecto del fuego, hecho posiblemente atribuible a la conquista asiria de Arpad durante la segunda mitad del siglo VIII a. C. (si bien no puede excluirse una datación posterior, en torno al 600 a. C.; Seton-Williams, 1967: 20). Entre los restos carbonizados se identificaron puntas de flecha trilobulares de bronce y hierro (Seton-Williams, 1961: 81, Pl. XLI 3, 4; Seton-Williams, 1967: 25), mientras que en otros contextos del nivel IIb (siglos IX-VIII a. C.) se hallaron escamas de armadura, puntas de lanza y puntas de flecha trilobulares y planas, de bronce y hierro (Seton-Williams, 1961: 79; 1967: 25). En un nivel más antiguo (IIc, datado en los siglos X y IX a. C.) se hallaron en el interior de una casa con signos de ignición restos óseos de ocho individuos, tanto adultos como niños, con marcas de corte en el cuello y las extremidades superiores (Seton-Williams, 1967: 19).

40 Sefire I A 22, III 14.

41 SAA II, 2, iii 21', iv 2.

Los procesos de cambio en los modos de articulación política y de expansión, reseñados en la sección anterior, se correlacionan con modificaciones en las condiciones bélicas. La fortificación de asentamientos y los procesos de aglomeración poblacional (Tell Rifa'at) a partir del siglo IX a. C. implican posibilidades distintas en cuanto a la implementación de estrategias de defensa respecto de las condiciones del Hierro I. Además, la introducción de nuevas unidades militares, armamento y sistemas de fortificación, así como la expansión del reino, conllevan una aparente equiparación de las capacidades bélicas de Bit-Agusi respecto de los otros reinos locales de Siria.

Conclusiones

¿Hasta qué punto, o en qué sentido, es posible pensar a Bit-Agusi como el resultado de una retroalimentación entre desafíos bélicos y transformaciones políticas? Creo que es imposible determinar –tanto en general como en el caso particular– si en realidad la guerra produce integración política y jerarquización, y si los estados expansivos generan estados secundarios en sus periferias. Si sabemos que el proceso de expansión asiria, que se produjo entre los siglos XII y VIII a. C., fue el contexto en el que se generó la experiencia política de Arpad/Bit-Agusi. En ese marco, las novedades en cuanto a los modos de asentamiento y defensa, a las escalas de integración política (es decir, el proceso de expansión) y a las formas de articulación política y liderazgo –tanto en el plano interno como en el de las relaciones externas– resultaron eficaces para las exigencias bélicas del contexto.

En este sentido, diversos factores podían condicionar las prácticas en las diferentes circunstancias históricas. La articulación regular de configuraciones diversas y liderazgos

secundarios (“grandes”, “señores”) en torno a la casa real de Arpad sin duda requería de innovaciones organizativas y compromisos en cuanto a la toma de decisiones entre las partes que integraban el reino. Paralelamente, el aumento de las escalas de injerencia política, la innovación técnica y organizativa de los ejércitos y las prácticas de coalición posibilitaron la movilización de contingentes militares que resultaban eficaces en el mantenimiento de Bīt-Agusi como una entidad política equivalente a sus vecinos y capaz de mantener su autonomía y negociar su posición con los asirios.

Bibliografía

- Bagg, A. (2007). *Die Orts- und Gewässernamen der neuassyrischen Zeit, 1: Die Levante*, Répertoire Géographique des Textes Cunéiformes 7/1. Wiesbaden: Reichert.
- Brown, S. C. (1986). Media and Secondary State Formation in the Neo-Assyrian Zagros: An Anthropological Approach to an Assyriological Problem, *Journal of Cuneiform Studies* 38, pp. 107-119.
- Campagno, M. y Gayubas, A. (2015). La guerra en los comienzos del antiguo Egipto: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres, *Cuadernos de Marte* 8, pp. 11-46.
- Carneiro, R. L. (1970). A Theory of the Origin of the State, *Science* 169, pp. 733-738.
- (2012). The Circumscription Theory: A Clarification, Amplification, and Reformulation, *Social Evolution & History* 11, pp. 5-30.
- Casana, J. y Cothren, J. (2013). The CORONA Atlas Project: Orthorectification of CORONA Satellite Imagery and Regional-Scale Archaeological Exploration in the Near East, en: Comer, D. C. y Harrower, M. J. (eds.), *Mapping Archaeological Landscapes from Space*, SpringerBriefs in Archaeology 5, pp. 33-43. Nueva York: Springer.
- Claessen, H. (2006). War and State Formation: What is the Connection?, en: Otto, T., Thrane, H. y Vandkilde, H. (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, pp. 217-226. Aarhus: Aarhus University Press.
- Cohen, R. (1984). Warfare and State Formation: Wars Make States and States Make Wars, en: Ferguson, R. B. (ed.), *Warfare and Society. Warfare, culture, and environment*, pp. 329-358. Orlando: Academic Press.
- Darkmark, K. (2008). The Archaeological Potential of the Assyro - Aramaean Hostility on the Euphrates Side of Jebel Bishri. Implications of Battlefield Archaeology, en: Lönnqvist, M. (ed.), *Jebel Bishri in context: introduction to the archaeological studies and the neighbourhood of Jebel Bishri in central Syria: Proceedings of a Nordic research training seminar in Syria, May 2004*, BAR International Series 1817, pp. 48-58. Oxford: Archaeopress.
- Dion, P.-E. (1997). *Les araméens de l'âge de fer : histoire politique et structures sociales*. París: Gabalda.
- Dupont-Sommer, M. A. (1958). *Les inscriptions araméens de Sfiré (Stèles I et II)*. París: Gabalda: Impr. Nationale.

- Dušek, J. (2019). The Kingdom of Arpad/Bit-Agüsi: Its Capital, and Its Borders, en: Dušek, J. y Mynářová, J. (eds.), *Aramean Borders. Defining Aramaean Territories in the 10th-8th Centuries B.C.E.* Leiden / Boston: Brill.
- Earle, T. (1997). *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in the Prehistory.* Stanford: Stanford University Press.
- Epha'al, I. y Naveh, J. (1989). Hazael's Booty Inscriptions, *Israel Exploration Journal* 39, pp. 192-200.
- Fitzmyer, J. A. (1967). *The Aramaic Inscriptions of Sefire*, Biblica et Orientalia 10. Roma: Pontifical Biblical Institute.
- Fried, M. (1967). *The Evolution of Political Society: An Essay in Political Anthropology.* Nueva York: Random House.
- Greenfield, J. C. (1993). Asylum at Aleppo: a Note on Sfire III, 4-7, en: Cogan, M. y Epha'al, I. (eds.), *Ah, Assyria... Studies in Assyrian History and Ancient Near Eastern Historiography presented to Hayim Tadmor.* Jerusalén: The Magnes Press.
- Ikeda, Y. (1979). Royal Cities and Fortified Cities, *Iraq* 41, pp. 75-87.
- Joffe, A. (2002). The Rise of Secondary States in the Iron Age Levant, *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 45, pp. 425-467.
- Kahn, D. (2007). The Kingdom of Arpad (Bit Agusi) and 'All Aram': International Relations in Northern Syria in the Ninth and Eight Centuries BCE, *Ancient Near Eastern Studies* 44, pp. 66-89.
- King, L. W. (1915). *Bronze Reliefs from the Gates of Shalmaneser, King of Assyria B.C. 860-825.* Londres: Trustees of the British Museum.
- Knauf, E. (1992). The cultural impact of secondary state formation: the cases of the Edomites and Moabites, en: Bienkowski, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan*, Sheffield Archaeological Monographs 7, pp. 77-97. Sheffield: J. R. Collis Publishers.
- Lemaire, A. y Durand, J. M. (1984). *Les inscriptions araméennes de Sfiré et L'Assyrie de Shamshi-ilu*, Hautes Études Orientales 20. Ginebra / París: Librairie Droz.
- Lipiński, E. (2000). *The Aramaeans. Their Ancient History, Culture, Religion*, Orientalia Lovanensia Analecta 100. Lovaina / París / Sterling: Peeters.
- Matthers, J. (1981). *The River Qoueiq, Northern Syria, and its Catchment: Studies from the Tell Rifa'at Survey 1977-79.* Oxford: BAR Publishing.

- Na'aman, N. (2016). Arpad and Aram: Reflection of a Dimorphic Society in the Sefire Treaty, *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale* 110, pp. 79-88.
- Niehr, H. (ed.) (2014). *The Aramaeans in Ancient Syria*, Handbooks of Oriental Studies 106. Leiden / Boston: Brill.
- Nilhann, B. (2008). Nomadic Life in Central and Eastern Syria. A perspective from the Present Life on Badiyah to the Amorite Nomadism in the Bronze Age, en: Lönnqvist, M. (ed.), *Jebel Bishri in context: introduction to the archaeological studies and the neighbourhood of Jebel Bishri in central Syria: Proceedings of a Nordic research training seminar in Syria, May 2004*, BAR International Series 1817, pp. 15-30. Oxford: Archaeopress.
- Noth, M. (1961). Der historische Hintergrund der Inschriften von Sefire, *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* 77, pp. 118-172.
- Parkinson, W. A. y Galaty, M. L. (2007). Secondary States in Perspective: An Integrated Approach to State Formation in the Prehistoric Aegean, *American Anthropologist* 109, pp. 113-129.
- Pfoh, E. (2014 [2009]). *The Emergence of Israel in Ancient Palestine: Historical and Anthropological Perspectives*. Londres / Nueva York: Equinox.
- Price, B. (1978). Secondary State Formation: An Exploratory Model, en: Cohen, R. (ed.), *Origins of the State: The Anthropology of Political Evolution*, pp. 161-224. Filadelfia: Institute for the Study of Humans Issues.
- Puech, E. (1978). Un ivoire de Bît-Guši (Arpad) a Nimrud, *Syria* 55, pp. 163-169.
- Renfrew, C. (1986). Introduction: peer polity interaction and socio-political change, en: Renfrew, C. y Cherry, J. F. (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, pp. 1-18. Cambridge: Cambridge University Press.
- Routledge, B. E. (2016). Conditions of State Formation at the Edges of Empires: the Case of Iron Age Moab, en: Kessler, R., Sommerfeld, W. y Tramontini, L. (eds.), *State Formation and State Decline in the Near and Middle East*, pp. 77-97. Wiesbaden: Harrassowitz.
- Sader, H. (1992). The 12th Century B.C. in Syria: The Problem of the Rise of the Aramaeans, en: Ward, W. A. y Sharp Joukowsky, M. (eds.), *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, pp. 157-167. Dubuque: Kendall / Hunt Pub.
- (2000). The Aramaean Kingdoms of Syria: Origin and Formation Processes, en: Bunnens, G. (ed.), *Essays on Syria in the Iron Age*, pp. 61-76. Lovaina / París / Sterling: Peeters.

- Sancisi-Weerdenburg, H. (1988). Was There Ever a Median Empire?, en: Kuhrt, A. y Sancisi-Weerdenburg, H. (eds.), *Achaemenid History*, vol. III, *Method and Theory*, pp. 197-212. Leiden: Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten.
- Schwartz, G. M., Curvers, H. H., Gerritsen, F. A., MacCormack, J. A., Miller, N. F. y Weber, J. A. (2000). Excavation and Survey in the Jabbul Plain, Western Syria: The Umm el-Marra Project 1996-1997, *American Journal of Archaeology* 104, pp. 419-462.
- Seton-Williams, M. V. (1961). Preliminary Report on the Excavations at Tell Rifa'at, *Iraq* 23, pp. 68-87.
- (1967). The Excavations at Tell Rifa'at, 1964 Second Preliminary Report, *Iraq* 29, pp. 16-33.
- Suriano, M. J. (2007). The Apology of Hazael: A Literary and Historical Analysis of the Tel Dan Inscription, *Journal of Near Eastern Studies* 66, pp. 163-176.
- Tilly, C. (1975). Reflections on the History of European State-making, en: Tilly, C. (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, pp. 3-83. Princeton: Princeton University Press.
- Wazana, N. (1996). Water Division in Border Agreements. Did Syrian Kingdoms Share the Waters of the Orontes River according to the Antakya Stela?, *State Archives of Assyria Bulletin* 10, pp. 55-67.
- Webster, D. (1975). Warfare and the evolution of the state: A reconsideration, *American Antiquity* 40, pp. 464-470.
- Yamada, Y. (2000). *The Construction of the Assyrian Empire. A Historical Study of the Inscriptions of Shalmaneser III (859-824 B.C.) Relating to his Campaigns to the West*, Culture and History of the Ancient Near East 3. Leiden / Boston: Brill.
- Younger, K. L. (2014). 'War and Peace' in the Origins of the Arameans, en: Neumann, H., Dittmann, R., Paulus, S., Neumann, G. y Schuster-Brandis, A. (eds.), *Krieg und Frieden im Alten Vorderasien. 52e RAI Münster, 17.-21. Juli 2006*, *Alter Orient und Altes Testament* 401, pp. 861-874. Münster: Ugarit-Verlag.
- Younger Jr., K. L. (2016). *A Political History of the Arameans: From their Origins to the End of their Polities*, *Archaeology and Biblical Studies* 13. Atlanta: SBL Press.
- Yukich, S. T. K. (2013). *Spatial Dimensions of Social Complexity: Environment, Economy, and Settlement in the Jabbul Plain, 3000-550 BC*. Tesis doctoral, Johns Hopkins University.

Abreviaturas

KAI = Donner, H. y Röllig, W. (2002). *Kanaanäische und aramäische Inschriften*, vol. I *Texte*. Wiesbaden: Harrassowitz.

MC = Glassner, J.-J. (2004). *Mesopotamian Chronicles*, Writings from the Ancient World 19. Atlanta: Society of Biblical Literature.

RIMA II = Grayson, A. K. (1991). *The Royal Inscriptions of Mesopotamia Assyrian Periods*, vol. II *Assyrian Rulers of the Early First Millennium BC I (1114-859 BC)*. Toronto / Buffalo / Londres: University of Toronto Press.

RIMA III = Grayson, A. K. (1996). *The Royal Inscriptions of Mesopotamia Assyrian Periods*, vol. III *Assyrian Rulers of the Early First Millennium BC II (859-745 BC)*. Toronto / Buffalo / Londres: University of Toronto Press.

RINAP I = Tadmor, H. y Yamada, Sh. (2011). *The Royal Inscriptions of the Neo-Assyrian Period*, vol. I *The Royal Inscriptions of Tiglath-pileser III (744-727 BC) and Shalmaneser V (726-722 BC), Kings of Assyria*. Winona Lake: Eisenbrauns.

SAA II = Parpola, S. y Watanabe, K. (1988). *State Archives of Assyria*, vol. II *Neo-Assyrian Treaties and Loyalty Oaths*. Helsinki: Neo-Assyrian Text Corpus Project.

Violencias y secuencias narrativas en tres relatos míticos egipcios

Marcos Cabobianco

Introducción

La relación entre la violencia y la representación de la violencia constituye un tópico central de la reflexión intelectual de las últimas dos décadas.¹ De manera preclara, en el prólogo del libro titulado *Anthropology of Violence and Conflict*, Ingo Schröder y Bettina Schmidt (2003 [2001]: 8) exhortaban a los estudiosos de las disciplinas sociales a colaborar en proveer parámetros útiles para “la comprensión de los imaginarios sociales que modelan la práctica colectiva y la representación de la violencia, así como una descripción de la experiencia subjetiva de la violencia y su construcción narrativa”.

Nosotros compartimos con ellos la premisa de que “la violencia produce experiencias únicas que son culturalmente mediatizadas y almacenadas en la *memoria cultural*

1 En lo que respecta al Mediterráneo Antiguo, vale recordar que a partir de 2002 una sección de la *Society of Biblical Literature (Violence and Representations of Violence SBL section)* se dedica específicamente a esta cuestión; <http://www.ancientjewreview.com/articles/2016/2/15/the-genealogy-of-an-sbl-section>.

de la sociedad y [que] su representación forma un importante recurso para la percepción y legitimación de la violencia futura” (Schröder y Schmidt, 2003 [2001]: 8). Para el Antiguo Egipto, el área que nos compete, quizás esto *fue* así. No cabe duda de que el rol que pueden haber jugado sus experiencias culturalmente mediatizadas en “la percepción y legitimación de la *violencia futura*” ya ha cumplido hace tiempo –para bien o para mal– su fin específico.

Ahora bien, no es difícil sostener que un aspecto característico de cualquier “memoria cultural”,² particularmente si nos referimos a sociedades antiguas, emerge del análisis de sus relatos míticos. Sin embargo, la porción que corresponde a la mitología egipcia ha sido poco explorada en relación con la teoría de la violencia. Ésta es una buena ocasión para probar algunas herramientas analíticas que apuntan a identificar la relación entre formas de violencia, sus modos de representación y las lógicas de organización de las sociedades que las conciben. Es más, el Antiguo Egipto tal vez sea una situación muy adecuada para ello, porque –dado que la violencia es siempre un tema *sensible*– su distancia temporal y espacial favorece la calma que propicia todo ejercicio intelectual.

Violencia

Ante todo, ¿a qué llamar violencia? Veamos qué se dice al respecto en una enciclopedia especializada: “Los estudiosos definen la violencia de múltiples maneras. Mientras

2 Jan Assmann y su esposa, Aleida Assmann, desarrollaron desde distintas perspectivas metodológicas, la teoría de la *memoria cultural*. Respecto a la relación de violencia y memoria cultural según Assmann, cfr. Duch, 2014: 7-8, quien prologa la edición castellana de *Violencia y monoteísmo* (Assmann, 2014 [2009]).

algunos pretenden que el término refiera únicamente al infligir deliberado de heridas físicas, otros insisten en que el concepto debe incluir también la provocación de un daño psicológico. Incluso hay quienes sostienen que el daño causado por la desigualdad social (lo que Johan Galtung llama ‘violencia estructural’) debe ser tenido en cuenta para que la definición sea suficientemente amplia. [...] Los conceptos reinantes acerca de la violencia en un contexto social dado se encuentran, obviamente, profundamente influenciados por las ideas de aquellos que ostentan mayor poder en tal contexto. En las culturas que enfatizan el uso de la violencia en sus conflictos, las narrativas empleadas para diferenciar entre una violencia legítima y una ilegítima, suelen reflejar la estructura social: la violencia ejercida por el Estado y las elites es considerada legítima” (Kurtz, 2008 [1999]: 1).

Esto último es lo que nos interesa: cómo se define la violencia en relación con el problema de la legitimidad (sobre todo legitimidad para *quién*). Quizás quien mejor expone el asunto es el antropólogo David Riches. En el prefacio de su libro titulado *El fenómeno de la violencia*, plantea la necesidad de “considerar las reglas sociales que con tanta frecuencia parecen imponerse al ejercicio del comportamiento violento, y describir el significado de las imágenes de violencia que repetidamente afloran en la ideología, la mitología y la cultura estética” (Riches, 1988 [1986]: 11).

Precisemos algunas de las claves del recorrido argumental de Riches. A la hora de dar una definición concreta de qué es violencia” comienza por señalar que prefiere un concepto estricto, apuntando a una conceptualización de mínima que básicamente considera que *violencia es la comisión intencional e impugnable de daño físico* (Bowman, 2003 [2001]: 27). Luego de algunas consideraciones, Riches opta por sutilizar la definición agregando que se entiende

por *impugnable* aquella comisión intencional de daño físico cuya legitimidad se encuentra disputada entre quien la inflige, el que la recibe (la “víctima”) y/o un testigo.

Detengámonos aquí un momento. Es necesario comentar dos de las cuatro propiedades básicas que, según Riches (1988 [1986]: 27-28), determinan el potencial de la violencia como recurso social y cultural, de hecho, de validez intercultural:

1. La ejecución de la violencia es, por su propia naturaleza, susceptible de debate en cuanto a su legitimidad.
2. Existe la posibilidad de que la discrepancia entre los conceptos básicos de los implicados en la ejecución de un acto violento (como golpear a alguien) y la experiencia de una imagen violenta (o representación del acto violento) sea mínima. En su sentido fundamental de comisión impugnable de daño físico, es poco probable que la violencia no sea reconocida como tal.

De aquí se desprenden una cantidad de apreciaciones interesantes. Veamos la primera de ellas, en directa relación con el primer punto. Es clave comprender *qué* se considera legítimo desde cada “lado” de las posiciones enfrentadas. Víctimas y testigos son receptores involuntarios, con toda probabilidad. Sin embargo, para que el ejecutor lidie con menos resistencia de parte de quienes sufren la peor parte, las víctimas y los testigos (contrarios) deben ser persuadidos en algún punto de la legitimidad del acto. Si esto no es posible, se tendría que recurrir a la aniquilación absoluta de los “rebeldes” o “villanos”. De una u otra manera se busca disminuir la posibilidad de una respuesta. Dice Riches: “Un aspecto fundamental de las relaciones políticas es que el ejecutor defenderá la legitimidad del acto, en tanto que los testigos (y las víctimas) lo considerarán ilegítimo. En los

intentos antagónicos de defender sus respectivas posturas, ambas partes se atendrán a las reglas y a los valores sociales, afirmando cada uno que en *su* opinión y en su ejecución consecuente es donde se encuentra la *justicia*. Considero que el propósito *esencial* de la violencia proviene de una contradicción en esta situación, que deben afrontar los ejecutores” (1988 [1986]: 20).

Aquí podemos observar por qué su definición destaca la relación triangular entre victimario, víctima y testigo. Es una relación en la que se genera una tensión clave en torno a la presencia real o virtual del juicio de un tercero. En la disputa por la legitimidad de la comisión de daño intencional, el “testigo” puede alinearse con el victimario o con la víctima, o –inclusive– puede fundar una posición independiente. Resumiendo: unos acusan la violencia de los otros. En palabras de Riches: “...cuando un testigo o una víctima invoca la noción de violencia, emite un juicio no sólo de que la acción referida causa daño físico, sino también de que es ilegítima” (1988 [1986]: 18). Esto implica que toda situación, para merecer el calificativo de *violenta*, debe ser legítima e ilegítima a la vez.

Como dijimos, quizás lo más valioso de la definición de Riches es que permite observar con cuidado cómo el conflicto violento es representado de manera diversa por los perpetradores, las víctimas y los observadores. En el segundo punto, advierte la posibilidad de referencia entre violencia real y violencia representada. Ahora bien, cuando aparece la diferencia entre lo realizado y lo imaginado, puede que tal diferencia haya sido borrada o no exista para un *otro* que observa. Pero, en armonía con el punto dos de las propiedades básicas de la violencia, no habría mucho lugar a dudas acerca de cuándo se encuentra representada en su aspecto de “daño físico intencional”. De hecho, no

sólo están en juego las cualidades destructivas sino también las constructivas.³ Porque si se representó es por algo. En vez de inscribirse como acto aislado, puede ser parte de una relación competitiva entre quienes se disputan el monopolio de la legitimidad. Se encuentra entonces como un conflicto proyectado en las estructuras antropológicas de un imaginario alguna vez vivo. Dicen Schröder y Schmidt:

Los conflictos son mediados por la percepción cultural de la sociedad; esto es lo que otorga un significado específico a la situación, entonces es posible evaluarla sobre la base de la experiencia en conflictos pasados, almacenados como conocimiento objetivado en la memoria social de un grupo (2003 [2001]: 4).

Entonces bien, ¿es posible rastrear algo de todo esto en los relatos mitológicos del Antiguo Egipto? Pensamos que sí. Los relatos que abordaremos pertenecen al género o subgénero de la literatura mitológica, que recién aparece en el Reino Nuevo. Allí una violencia asociada a los dioses, constatable también en conjuros, textos funerarios e inscripciones litúrgicas, se muestra distinta, cobra nuevos sentidos no permitidos por el *decorum* (Baines, 2006: 14-30) de períodos anteriores (por lo menos en lo que respecta al equivalente de “comunicados oficiales”). Nunca la violencia se ha mostrado tan cuestionada y cuestionadora como cuando encontramos a los dioses desplegando su accionar en una trama continua, en una forma literaria.

Es cierto que es poco lo que ha llegado a nosotros. Resulta difícil reunir más de una docena de narrativas con principio

3 En esta línea, para un contexto contemporáneo, se han considerado las cualidades destructivas que evoca cierto arte con el objetivo de deslegitimar violencias y construir nuevas legitimidades en Cabobianco, 2018.

y fin claros, o de mínimo no tener que suplirlas con fragmentos que se destacan por su carácter elusivo.⁴ Esto implica, según la comprensión de algunos egiptólogos, que aún falta la necesaria masa crítica de fuentes para emitir cualquier tipo de juicio relevante (Derchain, 1996: 351; Quirke, 2015: 110). Sin embargo, quizás es material suficiente para advertir que, en esos textos, las elites –vale decir los letrados– “escribían acerca de ellos mismos, del Estado, su relación con éste y de aquellos que caían fuera del Estado” (Horbury, 2009: 18). ¿Podría ser que escribieran (*describieran*) acerca de lo que consideraban “violento” en su contexto? Puede ser. Sospechamos que los modos de referir a las relaciones interpersonales, de atracción y/o antagonismo, se relacionan con los recursos simbólicos que proceden de la propia sociedad y que pueden reflejar, por tanto, sus lógicas de organización social (cfr. Campagno, 2004: 106-108; 2018). Para ver *cómo* podría haberse proyectado esto en el medio narrativo debemos precisar algunas cuestiones teóricas sobre las secuencias de los relatos. No importa que se trate de enunciaciones escritas de hechos imaginados; todo relato consiste en un discurso que integra una sucesión de acontecimientos de interés humano en la misma acción. A su vez, puede constar de una o varias *secuencias* en la que uno o más personajes sufren un proceso de cambio en sus cualidades o situación respecto del punto de partida de la acción

4 Aunque no es la única mitología del mundo que recibe una plasmación tardía, esto es significativo en diferentes niveles. En primer lugar, sugiere que el objetivo primario de los mitos descritos en la cultura oficial consistía en expresar simbólica y alegóricamente, rasgos del mundo con protagonistas divinos y acciones variables según los contextos religiosos y rituales. Cfr. Baines, 1991; Goebis, 2002; Meeks, 2006: 163-170. En segundo lugar, se trataba –con toda probabilidad– de influenciar el mundo apelando a precedentes míticos con la intención de otorgar a un evento validez perpetua (acciones mágicas). Cfr. Borghouts, 1978; Rittner, 1993; Koenig, 1994; Baines, 1996. En lo que respecta a representaciones de la violencia o motivos afines, también cfr. Quirke, 2015: 110.

de la narrativa. Aquí nos centraremos en el papel de la violencia en la estructuración interna de algunas secuencias, seleccionadas por su brevedad y claridad.

Secuencias

El término ha sido utilizado en la teoría literaria por parte de ciertos narratólogos, como V. Propp, R. Barthes o T. Todorov, en sus análisis sobre la estructura del relato. Propp, por ejemplo, entiende por secuencia, dentro de un cuento, el desarrollo de la acción que va desde una transgresión o “fechoría” (un rapto, por ejemplo) o “carencia” inicial hasta su desenlace, representado por su función terminal, que pudiera ser el matrimonio, la recompensa, el encuentro de la persona o el objeto buscado, etcétera. Según Propp (2009 [1928]: 44-48), cada nueva fechoría o transgresión, cada nueva carencia, origina una nueva secuencia. En cada relato hay tantas secuencias (puede constar de una sola) como fechorías o carencias haya (o interese resaltar).

Nosotros prestaremos especial atención a la construcción de una secuencia base que dispara la “fechoría”, y la carencia resultante, que se inicia a partir de que se da lugar a una situación potencialmente violenta. Observaremos que ésta constituye el núcleo que da lugar a la secuencia principal, aunque también es posible distinguir otras secuencias menores o episodios⁵ secundarios que aquí veremos en tanto réplicas de las funciones de la secuencia principal.

5 De acuerdo con Estébanez Calderón (2006 [1996]: 344), *episodio* es un término de origen griego (*epeisodos*: entrada, acción secundaria) que en la narratología se utiliza “para designar los relatos intercalados en una novela, que se desvían de la acción principal de ésta y constituyen un elemento de ‘diversión’ o diversificación, que puede conferir una mayor complejidad e interés a la trama narrativa en su conjunto”.

También desde la narratología, se puede definir la secuencia como una agrupación de *funciones* sucesivas (integradas por acciones y/o acontecimientos) que son la unidad básica de todo relato. Son las que permiten que se distingan procesos en los que están implicados personajes. Las secuencias pueden ser de distintos tipos, según refieran a una u otra parte del cuento. Toda *secuencia violenta* (entre ellas las que aquí utilizamos para distinguir *las partes violentas* del relato) está compuesta por tres funciones, que –por lo que aquí nos importa– constituyen las fases obligadas de todo proceso cuyo núcleo es un conflicto violento:

- a. Transgresión: una función que inicia el proceso, como conducta que implica una vulneración de un límite social (lo que podría señalar algún aspecto límite de una lógica social).
- b. Ejecución (de la violencia): una función que amenaza o pone en acto conductas o acontecimientos relacionados con daños ilegítimos para algunos (entredicho lógico para al menos una parte, posibilidad de ruptura y superación del punto de no retorno).
- c. Reparación: una función que –tras lidiar con el hecho por retribuir– cierra el proceso (reestablece el equilibrio de la lógica dominante).

Esta secuencia es válida para la transgresión de los límites sociales. No siempre acarrea una violencia inmediata, ni siquiera en la representación.

¿Será posible demostrar que identificar la violencia representada sirve para poner en evidencia el rol de las lógicas de organización social como plataformas sobre las que se articulan las secuencias narrativas? Para averiguarlo, teniendo en cuenta cada uno de los múltiples aspectos del problema que nos hemos esforzado en presentar de modo

sucinto, proponemos abordar breves secuencias de la trama de tres relatos egipcios: *Los dos hermanos*, *La contienda entre Horus y Seth e Isis en Khemnis*.

Análisis

Daremos tres ejemplos de análisis de secuencias donde la violencia y/o la amenaza de su presencia juegan un papel crucial respecto de un principio básico de la organización social en el Antiguo Egipto, tanto antes como después del advenimiento del Estado: la lógica del parentesco (cfr. Campagno, 2018). Presentaremos brevemente cada relato, y daremos contexto narrativo a la secuencia escogida. A continuación, citaremos fragmentos de la acción central o episodios relevantes para ejemplificar las tres fases de una situación violenta tal como ha sido definida en el apartado anterior. En todos los fragmentos, los principios de la lógica de parentesco resultan evidentes. Ahora bien: ¿en qué se basan estos principios? De acuerdo con la explicación de Campagno:

Esos principios se basan en la ‘norma de la reciprocidad’, la cual, de acuerdo con Gouldner ‘plantea dos exigencias mínimas relacionadas entre sí: 1) la gente debe ayudar a quien le ha ayudado, y 2) la gente no debe perjudicar a quien le ha ayudado’ (Gouldner, 1973: 232). En un sentido compatible, Sahlins (2011) define al parentesco como cierta ‘mutualidad del ser’. La práctica del parentesco implica, pues, un deber de generosidad, de ayuda mutua entre los integrantes de la sociedad cuya existencia regula. Implica también un interminable juego de dones y contradones, en el que el receptor siempre se halla en deuda con el dador (2018: 25, nota 2).

Bastará con un ejemplo de cada una de las posibles resoluciones según se despliegue –tras la violencia– una reparación por el lado de una reciprocidad generalizada, equilibrada o negativa (Sahlins, 1983 [1972]: 202-252).

*Los dos hermanos*⁶

Como su nombre indica, es la historia de dos hermanos, Anubis, el mayor, y Bata, el menor. Ahora bien, Anubis poseía una casa y estaba vinculado con una mujer, mientras que su hermano menor vivía con ellos como un hijo solícito: era él el que hacía la ropa, iba detrás de su ganado a los pastos, y –por supuesto– también quien cargaba con las faenas más pesadas de la cosecha y la siembra.

El conflicto que nos interesa aparece al principio del relato. De hecho, es el disparador de una serie de peripecias que incluirá resucitaciones milagrosas, transformaciones en animal y el acceso al trono del faraón. Aquí sólo conviene situar nuestro análisis de esta primera secuencia violenta diciendo que, en una ocasión en que ambos hermanos habían ido a sembrar al campo, sucedió que se les acabaron las semillas. El menor, rápido en querer complacer al mayor, se dirigió corriendo de vuelta a la casa para buscarlas. Sin embargo, la mujer de su hermano, que estaba allí acicalándose, en vez de ayudarle a cargar sacos, se dirigió a él del siguiente modo:

6 La única fuente del relato egipcio es el Papiro D'Orbiney, conservado en buen estado en el Museo Británico con la referencia EA 10183. Fue escrito en hierático a finales de la Dinastía XIX, ca. siglo XIII a. C. El texto fue publicado por Gardiner (1932: 9-29). Existen numerosas traducciones; cabe destacar las de Lefebvre, 2003 [1948]: 149-165; Wente, 1972: 92-107; Lichtheim, 2006 [1976]: 214-223; Hollis, 2008 [1990]: 5-15; Wettengel, 2003: 21-190; en español Rosenvasser, 1976: 96-105; López, 2005: 125-136 y Castro, 2015: 11-49.

a. Transgresión:

“Una gran fuerza hay en ti y yo observo tu vigor cada día”. Y se propuso conocerlo como (una mujer) conoce a un hombre. Así pues, se alzó, lo agarró y le dijo: “Ven y pasemos un momento acostados. Eso será provechoso para ti porque yo te haré vestidos hermosos”. El joven se volvió como un leopardo del sur, con [viva] cólera por el discurso que ella había pronunciado, y ella sintió muchísimo miedo. Entonces él se dirigió a ella diciendo: “Mira, tú eres para mí una madre y tu marido es para mí como un padre. Y mi (hermano) mayor, él es quien me ha criado. ¿Qué es esta gran abominación que me (has) dicho?” (3,6-4,1).

Después de esto, Bata propone nunca volver a hablar del asunto. Vuelve al campo con las semillas y –sin decir nada a su hermano– sigue trabajando hasta tarde. Ella, despechada, con miedo de ser denunciada, da vuelta las cosas: cuando su marido regresa esa tarde, finge estar lastimada. Rápido “confiesa” que fue golpeada luego de que se negó a los avances sexuales de Bata (llega a decir que quiso hacer entrar en razón a Bata señalando que su hermano y ella eran como si fueran su padre y su madre). La mujer amenaza con matarse si Bata no muere por lo que ha hecho. Anubis prepara una emboscada a su hermano, que –sin embargo– escapa milagrosamente. Esto implica pedir ayuda a Ra, que frena al hermano furioso el tiempo suficiente (un foso lleno de cocodrilos que aparece de la nada) como para que el menor tenga la oportunidad de increparle por no haber esperado a escuchar su versión. Entonces Bata le dice a Anubis:

b. Ejecución:

“En cuanto a tu [venida (?)] para matar(me) injustamente, tú estabas blandiendo una lanza por instigación de una vulva infecta”. Trajo una caña afilada, se cortó el miembro, lo arrojó al agua y el siluro se [lo] tragó. Entonces se debilitó y se volvió impotente (7,8-8,1).

Su hermano mayor, que –al principio– ni bien apareció el foso no hizo más que lamentarse por no poder vengarse, cambia de actitud ante tamaño sacrificio. De hecho, llora y –a sabiendas de lo que el relato nos informa lacónicamente pocas líneas después– cae en la cuenta de que la engañadora es su mujer (más tarde la matará y arrojará su cuerpo a los perros). Ahora bien, Bata llega a decir algo más antes del cierre de este acto:

c. Reparación:

“¡Así es que pensabas en una mala acción! ¡No pensaste en una buena, ni en ninguna de las cosas que hacía para ti! Vuelve a tu casa y guarda tus vacas porque no permaneceré en el sitio en que tú estés. Me iré al Valle del Pino. Y tú harás algo para mí: vendrás para ocuparte de mí cuando te enteres de que algo me ha ocurrido” (8, 2-3).

Como posibilidad de reparación, pone a disposición de Anubis el recurso mágico de saber cuándo un peligro mortal requeriría de su intervención para salvarlo. Yace en Anubis la decisión de qué hacer y cuánta voluntad y esfuerzo dedicará cuando esto sucediera (cosa que, por supuesto, sucede: un tiempo después, Anubis debe pasar años

buscando la manera de hacer revivir a su hermano tras la traición que sufre de parte de una nueva mujer, tan mala como la primera).

En esta primera secuencia, resulta evidente la violencia en relación con la lógica de parentesco. No cabe duda de que la introducción del relato describe una trama parental. La prohibición del incesto se supone. Y es su vulneración lo que dispara la transgresión. Los daños ilegítimos “inventados” o “reales” aparecen retratados desde una perspectiva que no deja lugar a dudas de la posición correcta. El daño *ilegítimo* del que casi es culpable Anubis al buscar asesinar a su hermano tiene un contrapunto en el que Bata ejerce por su propia mano para subrayar que es inocente. La muerte de la malvada es presentada como una violencia legítima y no necesita justificación. Sin embargo, la relación entre hermanos necesita una reparación que primero recuerda la norma moral de la reciprocidad. Le toca al mayor hacer algo por el menor. Diremos más en el balance y las conclusiones. Ahora pasamos a otra historia de parientes que también tiene de fondo una conflictiva relación entre hermanos.

La contienda entre Horus y Seth⁷

Horus es el hijo de Osiris e Isis. Osiris fue muerto por Seth, su hermano. Isis y otros dioses abogan para que Horus herede. Seth quiere heredar. Además de su enorme fuerza,

7 Se encuentra escrito en hierático en el papiro Chester Beatty I. Fue hallado como parte del archivo de una familia de escribas que vivió en Deir el-Medina durante la época ramésida. La composición podría corresponder a la época de ascenso al trono de Ramsés V (Dinastía XX). Alan Gardiner (1932: 37-60) fue responsable de la publicación, versión jeroglífica y traducción original. Luego, el relato mereció numerosas traducciones. Cabe destacar las de Lefebvre, 2003 [1948]: 183-202; Brunner-Traut, 1963: 93-107; Wentz, 1972: 108-126; Lichtheim, 2006 [1976]: 214-223; Broze, 1996; en español, López, 2005: 161-181; Campagno, 2004: 37-63 (aquí empleamos como base su traducción y estudio específico).

cuenta con algunos partidarios importantes para su causa: entre ellos, el mismo Ra-Atum, el Señor de Todo, que es quien preside el tribunal de una manera anómala para los parámetros estatales. La disputa por la realeza se encuentra estancada. Horus reflexiona en más de una ocasión acerca de la infamia y la injusticia que ello implica. Lo hace del siguiente modo:

a. Transgresión:

Horus, el hijo de Isis, dijo:

“No es bueno que se me humille frente a la Enéada y se me quite la dignidad de mi padre Osiris” (4,9-4,11).

“(…) hace ochenta años que estamos en el tribunal y nadie sabe juzgarnos. Nunca se le ha dado la razón en contra mía, y mil veces hasta hoy, se me ha dado la razón en contra de él, cada día. Pero él no hace caso a todo lo que dice la Enéada” (13,12-14,2).

Aquí vale aclarar que Seth no hace caso porque es un adversario potente, un dios que puede sembrar la confusión (Te Velde, 1977) en el tribunal amenazando con violencia mortal si no se cumplen sus demandas de privar a Horus de su principal sostén durante el juicio: su madre.

Entonces, Seth, el hijo de Nut, se enojó con toda la Enéada por estas palabras que ellos (los dioses) habían dicho a Isis, la grande, la madre divina. Así es que les dijo: “¡Tomaré mi cetro de 4500 *nemes* de peso (y) mataré a uno de vosotros por día!” Y Seth hizo un juramento ante el Señor del Todo, diciendo: “No compareceré en el tribunal (mientras) Isis esté allí” (5,1-3).

Desde la perspectiva de Horus, pese a que –en buena medida– se ha alcanzado el consenso de la trama parental divina, la fuerza violenta de Seth sigue impidiendo que herede la dignidad de su padre. Ésta es la transgresión al parentesco que posee tintes violentos. Porque pareciera que la amenaza que Seth profiere de llegar al extremo de matar a los miembros de la Enéada uno a uno, podría llegar a realizarse.

Ahora bien, acontecen un buen número de idas y venidas donde Horus suele salir triunfante gracias a los ardidés que planea su madre. Sin embargo, ni los más espectaculares resuelven el problema. Finalmente, la cuestión alcanza el conocimiento de Osiris, que, muerto, reside en el inframundo como rey absoluto del Oeste. Tras unos intercambios epistolares con Ra donde éste desmerece su papel como garante de abundancia agrícola, Osiris pierde la paciencia y amenaza él con una violencia de otra magnitud. Lo hace del siguiente modo:

b. Ejecución:

Y entonces, él escribió de nuevo a Ra-Haractes, diciendo “(...) se ha permitido que la justicia se hunda en el inframundo. ¡Mira las cosas por ti mismo! La tierra en la que yo estoy está llena de mensajeros de rostros terribles, que no temen a ningún dios ni a ninguna diosa. Haré que salgan y traigan el corazón de todo el que cometa malos actos, y ellos estarán aquí conmigo (...)” (15,4-15,5).

Su demanda inapelable puede adivinarse: es Horus quien debe heredar la realeza sobre la tierra. Seth, sin embargo, intenta una última vez dilatar la cuestión proponiendo un nuevo duelo. Sin embargo, ya los dioses –Ra incluido– cambian de actitud. Veamos cómo sucede esto:

c. Reparación:

Entonces Seth dijo: “¡Haced que seamos trasladados a la Isla del Medio para contender con él!”. Y se fue a la Isla del Medio. Pero se dio la razón a Horus contra él. Y entonces, Atum, el Señor de las Dos Tierras, el Heliopolitano, envió a Isis: “Trae a Seth, sujetado con un cepo”. Isis trajo, entonces, a Seth, sujetado con un cepo, como un prisionero. Atum le dijo: “¿Por qué has impedido que se os juzgue y te atribuyes la dignidad de Horus?”. Y Seth le respondió: “De ningún modo, mi buen señor. ¡Haz que se convoque a Horus, el hijo de Isis, y se le otorgue la dignidad de su padre Osiris!” (15,10-16,1).

En esta secuencia, la resolución viene de la mano de la lógica del Estado.⁸ La violencia legítima es de otro orden. Si antes parecía que la reciprocidad equilibrada traía reparación a la trama dañada, aquí una reciprocidad negativa, la que merece el extranjero (o el que se ha portado realmente *mal* con los suyos) es la que prevalece.

La secuencia que veremos a continuación bien podría ser una “precuela” de la que acabamos de considerar. Se trata de un relato que nos muestra a un todavía más joven Horus.⁹

8 Esto lo demuestra Campagno (2004: 139-146) en su estudio específico del relato. Para otros relatos egipcios donde la resolución también viene de la mano de la lógica del Estado tras situaciones y secuencias violentas retratadas como rebelión, cfr. Cabobianco, 2014: 181-197.

9 Erik Hornung (1982 [1971]: 145) ha señalado que no se conocen otras narrativas tan detalladas acerca del nacimiento, infancia y juventud de los dioses como la de Horus. Otro relato mítico del Reino Nuevo en donde aparece la juventud de Horus acompañada de una violencia presente como envenenamiento es el conocido como *Isis y Ra*. Aunque también se resuelve con la curación del envenenado, la violencia –que podría parecer injusta desde una perspectiva parental o estatal– prevalece. De hecho, Isis –tras ocultar su protagonismo como envenenadora– consigue que Ra, ya debilitado, pase su poder y “bendición” a su hijo Horus. Los dos manuscritos más importantes son el P. Turin 1993 = CGT 54052, y el P. Chester-Beatty XI, ambos de la Dinastía XIX; también hay *ostraca* que atestiguan su “popularidad” como conjuro. Cabe destacar las traducciones de Borghouts, 1978: 51-55; Koenig, 1994: 158-161.

Pese a que el contexto donde el relato aparece pertenece a la esfera de la práctica mágica, en él la *situación violenta* se manifiesta en un envenenamiento que sufre Horus; presuntamente por parte de un enviado de Seth, un escorpión o similar, que le alcanza en los pantanos donde su madre Isis había buscado refugio para ambos.¹¹ Pertenece al conjunto de conjuros (*operativos e instrumentales* en la categorización de Assmann) cuya función es extirpar el veneno de una víctima de picadura de serpiente o escorpión. Sin embargo, tal como sucede con un buen número de hechizos, las referencias explícitas y las alusiones a la esfera mítica constituyen una garantía de la efectividad de la práctica mágica descrita generalmente al final del texto.¹²

10 La versión más antigua del relato es del fin de la Dinastía XXV o comienzos de la XXVI, proviene de una capilla construida por un funcionario tebano en Karnak. También se encuentra grabado junto con otros conjuros mágicos en excelente estado en la estela de Metternich de la XXX Dinastía (actualmente en el Metropolitan Museum of New York). La publicación y versión jeroglífica de la estela es de Golenischev, 1877. La traducción que incluye comparaciones con otros textos mágicos por Borghouts, 1978: 62-63 núm. 91. También cfr. Traunecker, 1983; Klasens, 1952; Allen, 2005: 49-63. Pascal Vernus ha realizado un análisis en parte inédito (comunicación personal; 2011: 26-37) sobre uno de los fragmentos que aquí nos interesa.

11 La situación es grave: en donde Isis y su hermana tejen la mortaja para Osiris, Seth, el asesino, acecha. Toth, señalado como juez supremo en el cielo y en la tierra, la exhorta de este modo en un conjuro afín: "Escóndete con el joven Horus, para que él pueda retornar para nosotros cuando su cuerpo se haya vuelto fuerte; cuando todas sus fuerzas se hayan desarrollado podrás entonces tú hacerle sentar en el trono de su padre. El oficio del gobierno de las dos tierras debe serle a él entregado". Cfr. Borghouts, 1978: 59-60.

12 A la práctica "mágica" la hemos de definir desde una perspectiva *etic*. O sea, diremos que son los actos que mediante componentes verbales, somáticos y materiales buscan incidir sobre la realidad de un modo que es imposible que lo hagan para la comprensión científica y materialista que predomina en el ámbito académico. Cfr. Rittner, 1993.

Pasemos directamente a observar la descripción que hace Isis cuando encuentra a su hijo exánime:

a. Transgresión:

“Mis pechos rebosaban, pero su estómago estaba vacío. Su boca estaba ansiosa por alimento. La fuente desbordaba, pero el niño seguía sediento. (...) rechazó la jarra de leche pues había estado solo mucho tiempo” (Metternich, 170-171 = Karnak, col. 4-5).

“Mi temor era grande, porque nadie acudió al oír mi voz. Mi padre estaba en el mundo subterráneo, mi madre en el reino de los muertos, mi hermano mayor (Osiris) en el ataúd, y el otro (Seth) era mi enemigo, que insistía en su odio contra mí, y mi hermana (Neftis) estaba en su casa” (Metternich, 172-174 = Karnak, col. 6-7).

Nos interesa observar que su situación es de aislamiento. No tiene a su trama parental para apoyarla, más bien lo contrario. Desesperada ella misma lo señala del siguiente modo:

b. Ejecución:

“Mira, Horus está en peligro por un veneno. El mal es un acto de su hermano (Seth). La muerte sería su eliminación definitiva... Desde el día que lo concebí (a Horus), fue mi deseo conseguir justicia para el padre del niño, que ahora sufre de algún mal” (Metternich, 89-100).

Horus inmaduro debe sobreponerse a las amenazas que ponen en riesgo su posibilidad de ser justificado y vengar a su padre. Aquí vale aclarar que el veneno es símbolo de la violencia de los rebeldes.¹³

c. Reparación:

“¡Oh, vosotras guardianas! ...cuidad de este niño y dirigid sus pasos entre los hombres. Desviad de él los senderos de sus enemigos, hasta que tome posesión del trono de los dos países. Ra, que está en el cielo, intercederá por él, su padre vela por él. Los poderes mágicos de su madre son su protección, al difundir su popularidad e infundir el temor a él en los hombres” (Metternich, 101-125).

A la reciprocidad *positiva* de la madre por el hijo le llega la ilegítima violencia del perturbador del parentesco. Las súplicas y la magia de la diosa alcanzan a conmover al sol, al resto de los dioses y a las matronas locales para que colaboren en el cuidado y sanación de Horus. El cuidado abnegado de todos no proveerá hasta tiempo después un beneficio “tangible”.

13 En varios de los conjuros en los que aparece Horus mordido por algún animal venenoso, este último puede aparecer descrito como un emisario de las fuerzas de Seth o directamente como un ente para nada abstracto personificado como un enemigo. En algunas de las invocaciones realizadas por Isis para purgar el veneno, la identificación del mismo con la figura del rebelde salta a la vista y es blanco de una maldición que reconoce su personificación. En el conjuro 104 de la compilación de Borghouts, se dice: “¡Disípate veneno! 7 veces —Horus te ha conjurado (*šm*), te ha aplastado (*bḥn*). Te ha escupido. No te erguirás, serás pisoteado. Estarás débil, no serás fuerte. Serás cobarde, no valiente. Estarás ciego, nada verás. Caerás de cabeza, no levantarás tu rostro. Empezarás la retirada, no encontrarás el camino. Estarás afligido, no conocerás la alegría. Morirás, no podrás sobrevivir. Errarás perdido (*tnm*, *hnḥn*), no serás guiado (*wn-ḥr*). ¡Por las palabras de Horus, cuya magia (*hkʿ*) es efectiva!” (Borghouts, 1978: 75-76).

Balance: secuencia violenta

A partir de las funciones analizadas, podemos decir que por *secuencia violenta* entendemos el siguiente modelo (justamente construido a partir de la idea de que hay un “daño” producido considerado ilegítimo por alguna de las partes implicadas por “lazos”):

- a. Daño por infligir (o infligido) anunciado → Transgresión = Peligro de desborde del límite.
- b. Situación límite (violencia) → Ejecución = Ruptura/ Punto de no retorno.
- c. Ruptura reelaborada → Reparación = Lógica fortalecida (la misma u otra).

La flecha (→) significa que hay un movimiento narrativo en el sentido indicado. Sucede que, en primer lugar, se hace patente una tensión en relación con una transgresión de un límite social que para una de las partes implicaría provocar o sufrir un daño; en segundo lugar, acontece la ejecución de una violencia (representada), es decir infligir un daño que una parte considera legítimo y otra ilegítimo efectuar; y por último, el trastorno de la disputa que ello acarrea se soluciona con la legitimación *narrativa* de quien tiene la última palabra (cierra la secuencia). Esto subraya y refuerza la validez de una lógica.

Desde ya, de modo general, vale aclarar que no consideramos arbitrario lo que se representa como violento y alimenta el *suspense*: la necesaria resolución dramática deja claro que la legitimidad favorece a una parte. Forzosamente al principio, las funciones de una secuencia están integradas por dos o más perspectivas. Permiten que sean delineados personajes con posiciones contrapuestas en las mismas y/o en diferentes lógicas de organización social. De hecho,

aquí se observa que las amenazas tocan al parentesco y que la mejor manera de retratarlas como ilegítimas es desplegarlas en una narrativa donde se puede “empatizar” con las víctimas. Tal cosa luego ayuda a dar legitimidad a ciertas respuestas violentas que –podríamos aventurar– presentan “sutilmente” la ruptura con las viejas maneras de hacer que fueron desbordadas por aprovechadores. Siempre hay una resolución en donde el orden que se alcanza demuestra que la legitimidad pertenece al que cuenta la historia.

Conclusiones

¿Qué es lo que pudimos poner en evidencia entonces? No cabe duda de que la composición *literaria* de aquello identificable en principio como lo parental (y lo estatal) acontece de *formas* diversas. Pero, en los fragmentos seleccionados, puede apreciarse una vinculación clara entre forma narrativa, lugar de la violencia representada y lógicas de organización social. Los tres aspectos se ven mejor en conjunto e interacción.

Suele aceptarse que el sentido de las representaciones colectivas (la *memoria cultural*) se expresa en narrativas. La representación de la violencia es justamente clave porque tiene un papel crucial en señalar qué es legítimo y qué no lo es en determinada situación. Unido al factor articulador de las lógicas de organización social, desde nuestra perspectiva, puede sugerirse que identificar la violencia representada ayuda a comprender sus alcances. Y no porque sí, sino porque para que haya violencia –real en el mundo concreto compartido, digamos– tiene que haber una base de lo que es considerado legítimo y lo que es considerado ilegítimo. Como también las formas de relato propias de los libros sagrados nos han mostrado para diversas religiones, no existe

mejor manera de presentar argumentos a favor y en contra de ciertas conductas (prácticas) que con ejemplos narrativos. Éstos se componen de secuencias. Y las secuencias suelen requerir de tensiones dramáticas donde la violencia representada es el eje. Algo o alguien debe estar haciendo un daño, o empujando de algún modo a otros al borde de la situación con una fuerza que *se dice* amenaza la existencia. El artilugio narrativo es un dispositivo para mostrar estas tensiones y, quizás, notar que jugar el papel de víctima puede ser útil incluso a los dioses.

Bibliografía

- Allen, J. P. (2005). *The Art of Medicine in Ancient Egypt*. Nueva York: Metropolitan Museum of Art.
- Assmann, J. (2014 [2009]). *Violencia y monoteísmo*. Barcelona: Fragmenta.
- Baines, J. (1991). Egyptian Myth and Discourse: Myth, Gods, and the Early Written and Iconographic Record, *Journal of Near Eastern Studies* 50 (2), pp. 81-105.
- (1996). Myth and Literature, en: Loprieno, A. (ed.), *Ancient Egyptian Literature: history and forms*, pp. 361-79. Leiden: Brill.
- (2006). *Visual and Written Culture in Ancient Egypt*. Oxford: Oxford University Press.
- Borghouts, J. (1978). *Ancient Egyptian Magical Texts*, NISABA Religious Texts in Translation Series 9. Leiden: Brill.
- Bowman, G. (2003 [2001]). The violence in identity, en: Schmidt, B. y Schröder, I. (eds.), *Anthropology of Violence and Conflict*, pp. 25-46. Londres: Routledge.
- Broze, M. (1996). *Mythe et roman en Égypte ancienne. Les aventures d'Horus et Seth dans le Papyrus Chester Beatty I*, Orientalia Lovaniensia Analecta 76. Lovaina: Peeters.
- Brunner-Traut, E. (1963). *Altägyptische Märchen*. Colonia: Diederichs.
- Cabobianco, M. (2014). Contra el Estado en los relatos míticos del Antiguo Egipto, en: Campagno, M. (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, pp. 181-197. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- (2018). Destruction against violence. Destructive tactics for representing violence in art (1955-1970), en: Gorschlüter, P., Görner, K., Noorthoorn, V. y Villa, J. (eds.), *A Tale of Two Worlds. Experimental Latin American Art in Dialogue with the MMK Collection, 1944-1989*, pp. 131-151. Fráncfort: Kerber.
- Campagno, M. (2004). *Una lectura de La contienda entre Horus y Seth*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires / Del Signo.
- (2018). *Lógicas sociales en el Antiguo Egipto. Diez estudios*, Colección Saberes. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Castro, M. B. (2015). *Perspectivas sobre la realeza egipcia durante el Imperio Nuevo: Representaciones y tensiones. Estudio sobre el relato literario del Papiro d'Orbiney*. Tesis para optar por el grado de Doctora en Historia. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

- Derchain, P. (1996). Théologie et Littérature, en: Loprieno, A. (ed.), *Ancient Egyptian Literature: history and forms*, pp. 351-360. Leiden: Brill.
- Duch, Ll. (2014). Introducción, en: Assmann, J., *Violencia y monoteísmo*, pp. 7-15. Barcelona: Fragmenta.
- Estébanez Calderón, D. (2006 [1996]). *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza.
- Gardiner, A. (1932). *Late Egyptian Stories*. Bruselas: Fondation égyptologique Reine Élisabeth.
- Hollis, S. T. (2008 [1990]). *The Ancient Egyptian "Tale of Two Brothers". The oldest fairy tale in the world*. Oakville: Bannerstone Press.
- Goebis, K. A. (2002). A functional approach to Egyptian myth and mythemes, *Journal of Ancient Near Eastern Religions* 2, pp. 27-59.
- Golenischev, W. (1877). *Die Metternichstele in der Originalgrösse*. Leipzig: Verlag von Wilhelm Engelmann.
- Gouldner, A. (1973). *La sociología actual. Renovación y crítica*. Madrid: Alianza.
- Horbury, M. (2009). *Personal Identity and Social Power in New Kingdom and Coptic Egypt*, BAR International Series 2031. Oxford: Archaeopress.
- Hornung, E. (1982 [1971]). *Conceptions of God in Ancient Egypt. The One and the Many*. Ithaca (New York): Cornell University Press.
- Klassens, A. (1952). A magical Statue Base (Socle Behague) in the Museum of Antiquities at Leiden, *Oudheidkundige mededelingen uit het Rijksmuseum van oudheden* 33. Leiden: Brill.
- Koenig, Y. (1994). *Magie et magiciens dans l'Égypte ancienne*. Paris: Pygmalion.
- Kurtz, L. (2008). Preface, en: Kurtz, L. (ed.), *Encyclopedia of violence, peace, and conflict*, vol. 1. Oxford: Academic Press.
- Lefebvre, G. (2003 [1948]). *Mitos y cuentos egipcios de la época faraónica*, traducción de José Miguel Serrano Delgado. Madrid: Akal.
- Lichtheim, M. (2006 [1976]). *Ancient Egyptian Literature. Volume II: The New Kingdom*. Berkeley / Los Ángeles / Londres: University of California Press.
- López, J. (2005). *Cuentos y fábulas del Antiguo Egipto*. Barcelona: Trotta.

- Meeks, D. (2006). *Mythes et légendes du delta d'après le papyrus Brooklyn 47.218.84*, Mémoires publiés par les membres de l'Institut français d'archéologie orientale 125. El Cairo: Institut français d'archéologie orientale.
- Propp, V. (2009 [1928]). *Morfología del cuento*. Madrid: Fundamentos.
- Quirke, S. (2015). *Exploring Religion in Ancient Egypt*. Chichester: Wiley-Blackwell.
- Riches, D. (1988 [1986]). *El fenómeno de la violencia*. Madrid: Pirámide.
- Rittner, R. K. (1993). *The Mechanics of Ancient Egyptian Magical Practice*, Studies in Ancient Oriental Civilization 54. Chicago: The Oriental Institute of the University of Chicago.
- Rosenvasser, A. (1976). Introducción a la literatura egipcia: las formas literarias (con un apéndice), *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental* 3, pp. 7-105.
- Sahlins, M. (1983 [1972]). *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- (2011). What kinship is (part one), *Journal of the Royal Anthropological Institute* (n.s.) 17, pp. 2-19.
- Schröder, I. y Schmidt, B. (2003 [2001]). Introduction: violent imaginaries and violent practices, en: Schmidt, B. y Schröder, I. (eds.), *Anthropology of Violence and Conflict*, pp. 1-24. Londres: Routledge.
- Te Velde, H. (1977). *Seth, God of Confusion. A Study of his Role in Egyptian Mythology and Religion*, Probleme der Ägyptologie 6. Leiden: Brill.
- Traunecker, C. (1983). Une chapelle de magie guérisseuse sur le parvis du temple de Mout à Karnak, *Journal of the American Research Center in Egypt* 20, pp. 65-92.
- Vernus, P. (2011). Isis et les Scorpions: le frémissement du littéraire sous le fatras magique, en: Montesino, J. P. (ed.), *De Cybele à Isis*, pp. 28-37. Paris: Cybèle.
- Wente, E. (1972). The Contendings of Horus and Seth, en: Simpson, W. K. (ed.), *The Literature of Ancient Egypt. An Anthology of Stories, Instructions and Poetry*, pp. 108-126. New Haven: Yale University Press.
- Wettengel, W. (2003). *Die Erzählung von den beiden Brüdern: der Papyrus d'Orbiney und die Königsideologie der Ramessiden*, Orbis Biblicus et Orientalis 195. Friburgo-Gotinga: Universitätsverlag-Vandenhoeck & Ruprecht.

Reflexiones sobre guerra y lógicas sociales en el Antiguo Egipto¹

Marcelo Campagno

Sin espacio para dudas, el tratado de Carl von Clausewitz, *Vom Kriege* (1832), constituye una de las obras más influyentes en el pensamiento moderno sobre la guerra (Clausewitz, 1984 [1832]). De hecho, una de sus consideraciones, aquella que dice que la guerra es la continuación de la política por otros medios, ha desbordado ampliamente el campo de los especialistas y es recurrentemente repetida en los más diversos ámbitos. Sin embargo, esa consideración llega recién en el acápite 24 del primer capítulo de aquella obra. Mucho antes, en el acápite 2, Clausewitz ofrece su definición más básica: “La guerra constituye un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad”. En el despliegue del análisis que tiene ese punto de partida, observa entonces que la guerra no tiene objetivos en sí, que se derivasen del propio hecho militar, sino que tales objetivos

1 El presente texto corresponde a la conferencia de cierre de la Jornada *De la guerra y otras formas de violencia en el Mediterráneo oriental entre el IV y el I milenios a. n. e.*, celebrada en el Instituto de Historia Antigua Oriental “Dr. Abraham Rosenvasser” (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires), el 13 de noviembre de 2019. La bibliografía ha sido reducida a mínimos de referencia.

proceden del ámbito político. De este modo, la guerra cobra la forma de un medio para un fin político. El punto es interesante porque, entonces, puede entenderse que la guerra en tanto práctica es sólo la que instauro una polaridad en la que cada grupo antagonista busca imponerse violentamente al otro, mientras que su existencia específica –aquella de la que se derivan sus objetivos concretos, pero también su forma y sus efectos concretos– puede variar, en función de las lógicas sociales que organizan los contextos históricos en los que la práctica bélica se inserta.

¿A qué llamar lógica social? A la acción que ejercen las prácticas dominantes –esto es, aquellas que producen lazo social– sobre el conjunto de prácticas que tales dominantes articulan, así como al efecto de esa articulación situacional (Campagno, 2018: 12). En el ámbito de las situaciones históricas, cada práctica dominante opera estableciendo sus principios de consistencia como los parámetros de existencia en la situación, de modo tal que las prácticas que la integran han de ser compatibles con esos principios. Esto implica que diversas dominantes imponen diversos principios de articulación. Y en este sentido, es posible considerar que las formas que adquiere la práctica de la guerra –en el sentido de aquella definición básica de Clausewitz– en una situación histórica específica dependen de la lógica social que la incluye y que un cambio de lógica social implica una reconfiguración de tal práctica. En estas reflexiones, me interesa explorar los modos en que se configura y reconfigura la práctica de la guerra en el Antiguo Egipto, en función de su articulación en situaciones regidas por muy diferentes lógicas de organización social. Así, interesa considerar la práctica de la guerra tanto en función de la prevalencia de la lógica del parentesco en las comunidades aldeanas de tiempos preestatales como del dominio de la lógica estatal en tiempos dinásticos a la escala de la entidad política que articula el

Estado. También se tomará en consideración la relación entre la guerra y otras lógicas generalmente más subsidiarias como las que corresponden, en contextos más puntuales, al patronazgo y a la esclavitud. En particular, interesa trascender el aspecto violento que es inherente a todo fenómeno bélico para pensar los efectos específicos que produce la práctica de la guerra en función de las distintas lógicas de organización social que rigen las situaciones históricas.

La guerra y la lógica del parentesco

En primer lugar, entonces, quisiera abordar el lugar de la guerra en las comunidades regidas por la lógica del parentesco en el valle del Nilo pre-estatal. Con todo lo elusivas que son las evidencias de guerra en contextos documentados arqueológicamente, los indicadores que habitualmente identifican los especialistas para hablar de guerra se hallan ampliamente presentes en el valle del Nilo: indicios que apuntan a lesiones osteológicas, a distinto tipo de armamento (mazas, hachas, lanzas, flechas), a dispositivos de defensa y a destrucciones, a lo que hay que agregar la información indirecta pero contundente que procede del campo iconográfico, que también apunta a la existencia de combates, el uso de armas y murallas y la ejecución de posibles prisioneros de guerra (Gilbert, 2004; Gayubas, 2014: 150-153). No sólo eso: las representaciones iconográficas de individuos destacados, que pueden interpretarse como figuras de liderazgo, frecuentemente se presentan en asociación con armas y ejecutando acciones violentas, lo que sugiere que la guerra pudo ser una práctica significativa para los procesos de jerarquización sociopolítica y los modos de caracterización de las formas locales de jefatura (Campagno, 2016: 16-19; Gayubas, 2016: 35-36).

Desde el punto de vista teórico, Pierre Clastres ha observado en varios trabajos que, en el ámbito de las comunidades no-estatales, todo lo que queda por fuera de la comunidad es visto como un mundo extranjero, hostil, cuya existencia confirma la cohesión interna, el *Nosotros* de cada comunidad (Clastres, 1976-77; 1981 [1980]: 181-256). Hay así una entidad comunitaria que es posible asociar en su interioridad al dominio de la lógica del parentesco pero que, en su borde, se relaciona también con ese espacio exterior que le marca su límite. Se trata de un afuera que se entiende en términos negativos, lo que implica que, según el argumento de Clastres, el tipo de relación que se mantiene es siempre de hostilidad. La guerra, llega a decir el antropólogo, define y garantiza el orden y la unidad de la comunidad. No necesariamente una guerra real permanente pero sí, al menos, una guerra potencial con ese mundo exterior de no-parientes. En este punto, es importante notar que la guerra trabaja al servicio de la cohesión comunal, de la lógica del parentesco (Campagno y Gayubas, 2015: 16). La guerra es, en términos específicos, la que produce ese antagonista, ese no-pariente, afirmando, al mismo tiempo, la homogeneidad de aquellos que integran la propia comunidad. Se podría decir, entonces, que la guerra en el valle del Nilo pre-estatal opera sobre la distinción que propone la lógica del parentesco respecto del afuera y del adentro: un afuera de no-parientes que son, por definición, oponentes por su propio ser-no-pariente, y por lo tanto enemigos reales o potenciales; y un adentro parental, cohesionado –y eventualmente organizado– ante la amenaza que representa ese mundo exterior hostil que rodea a la comunidad.

La guerra y la lógica estatal

En segundo lugar, quisiera referirme a la lógica del Estado en relación con la práctica de la guerra. Por cierto, la práctica de la guerra en el valle del Nilo guarda una relación directa con el propio advenimiento de la lógica estatal, en la medida en que implica una relación violenta entre no-parientes, que se entabla en un ámbito extraparental y que involucra la pretensión de imponer condiciones –es decir, de actuar coercitivamente– sobre aquel que ha sido vencido en el combate (cfr. Campagno, 2004; 2018: 57-61). Pero lo que importa destacar aquí es que, desde el principio, el Estado egipcio define el carácter enemigo de las poblaciones que quedan por fuera de sus fronteras. Como señala Pascal Vernus (2011), las tierras que se hallan más allá de las que controla el Estado se encuentran “en barbecho”, disponibles para la expansión estatal en cuanto el rey lo determine. Pero, en tanto el monarca no las incorpore, son el espacio de las fuerzas del caos. En este sentido, la lógica del Estado implementa la práctica de la guerra fundamentalmente como modo de afrontar y repeler ese agente caótico que acecha desde allende las fronteras. El motivo iconográfico de la masacre ritual del enemigo, tal como célebremente se representa en la paleta de Narmer y en un vasto conjunto de ejemplos que abarcan desde el período Predinástico hasta el Egipto romano, evoca precisamente eso: la imposición del orden sobre el caos cobra la forma de la ejecución de un prisionero, un enemigo extranjero (Hall, 1986; Davis, 1992: 192-200; Cervelló Autuori, 1996: 206-208; Köhler, 2002; Bestock, 2018: 65-69). A lo largo de las épocas, el rey es representado en escenas militares abatiendo en soledad una multitud informe de enemigos que caen bajo sus flechas, y que también son explícitas acerca del contraste entre el orden que encarna el rey y el caos de lo extranjero (cfr.

por ejemplo, Frankfort, 1978 [1948]: 8-10; Sales, 2017). Los textos, por su parte, enfatizan la misma idea. Sinuhé, por ejemplo, refiere acerca del rey que “él es valiente cuando ve a los orientales; se regocija cuando ataca a los arqueros: toma su escudo y los aplasta [...] Fue hecho para golpear a los asiáticos, para pisotear a los beduinos” (B60-61, B72-73; Parkinson, 1998: 30-31; Campagno, 2015: 341). Lo fundamental, entonces, es esta ecuación que el Estado egipcio traza desde muy temprano entre enemigo y caos: lo que está por fuera del orden egipcio es caos, y el caos amenaza el orden, por lo que todo lo extranjero deviene enemigo, tanto político como cósmico, y en ese sentido, la guerra es el modo por excelencia de afrontarlo.

Pero además de esta percepción estatal del mundo exterior, que implica que siempre se está en guerra con lo que queda por fuera del orden, hay otra dimensión en la que la guerra se reconfigura desde la emergencia misma de la lógica del Estado: es aquella que se relaciona con la estructuración de un orden jerárquico, que se advierte en el campo de lo específicamente militar. Considérese a modo de ejemplo la autobiografía del nomarca Herkhuf, de fines del Reino Antiguo. En ella, Herkhuf refiere a una serie de incursiones hacia el sur, que implican búsqueda de bienes de prestigio, intercambios, pero que se presentan en un formato evidentemente militar. Lo primero que se advierte respecto de estas incursiones es que es el rey quien las ordena. Dice el nomarca: “La Majestad de Merenra, mi señor, me envió (*h3b*) [a Iam] [...] Su Majestad me envió por segunda vez [...]. Su Majestad me envió por tercera vez a Iam” (Urk. I, 124: 9, 17, 125: 13; Strudwick, 2005: 330; Campagno, 2018: 194). El rey no pregunta, no propone: el rey decide y envía. Por otro lado, se advierte el modo no negociado a través del que se determinan los soportes de abastecimiento con que cuentan las expediciones: “Se han impartido órdenes

(*wd*) a [cada] jefe de establecimientos nuevos, compañero y supervisor de sacerdotes para comandar que se tomen las provisiones que están a su cargo, del almacén de cada establecimiento y de cada templo; no hago ninguna excepción (*hw*)” (Urk. I, 131: 4-7; Strudwick, 2005: 333; Campagno, 2018: 195). Y también se advierte lo que Herkhuf dice de sí mismo en relación con estas incursiones al sur, en cuanto a que él es “quien trae todos los productos del extranjero a su señor [...], quien impone (*wdj*) el temor de Horus en las tierras extranjeras [...], quien hace lo que a su señor place” (Urk. I, 123: 17, 124: 3-4; Strudwick, 2005: 330; Campagno, 2018: 195). Es decir que Herkhuf encarna a un funcionario que ejecuta órdenes. Se hace presente así en el ámbito propiamente militar la misma configuración del lazo social que corresponde a las acciones de un burócrata, un escriba, cuya tarea se circunscribe a ejecutar los comandos que recibe de sus superiores.

Esa secuencia jerárquica finaliza, en todo caso, en los soldados que, a diferencia de la organización *grosso modo* voluntaria que es posible pensar para las comunidades no estatales, son reclutados mediante levás, al menos hasta el Reino Nuevo, cuando la guerra adquiere un status más permanente (Gnirs, 1999: 77). En efecto, el Estado despoja a las comunidades campesinas de su autonomía militar y les impone –monopolio legítimo de la coerción mediante– sus propios objetivos, a los que los campesinos deben plegarse en términos de sus obligaciones tributarias (Campagno, 2013: 215). Allí puede verse lo fundamental de cómo la lógica estatal reformatea la práctica de la guerra respecto del modo en que ésta opera bajo la lógica del parentesco. No sabemos cómo habrá sido un despliegue bélico en tiempos en que se enfrentaban dos comunidades predinásticas y sabemos que la tecnología militar pudo no haber sido demasiado distinta en una época y en la otra a juzgar por los

testimonios de armamento, pero es claro que la guerra en condiciones estatales no sólo obedece a objetivos diferentes sino que determina una organización interna de lo militar en donde la toma de decisiones se encuentra muy lejos del campo de batalla. Y es desde esa misma sede lejana, y en función de la misma lógica del Estado, que se definen las jerarquías y la logística que sostienen y estructuran la acción propiamente militar.

Ahora bien, si la lógica del Estado modifica sensiblemente la práctica de la guerra, imprimiéndole otros objetivos y modos de existencia, la gravitación de la guerra en ciertos períodos de la historia egipcia también introduce cambios sensibles en la organización sociopolítica que rige la lógica estatal. El Reino Nuevo es sin duda la época en la que tal situación se manifiesta de modo más evidente. Luego de la expulsión de los hicsos, la maquinaria militar que se había puesto en marcha, lejos de desactivarse, se potencia y deviene permanente: en tiempos de la Dinastía XVIII, el Estado egipcio llegaría a controlar, a través de la conquista militar, desde la cuarta catarata del Nilo en la Alta Nubia hasta las nacientes del Éufrates en Siria. Las campañas militares regulares determinarían una creciente “profesionalización” de la actividad militar y una expansión del papel del ejército en la estructura institucional del Estado (Kemp, 2006: 297-301), lo que generaría efectos tanto en la base como en la cúspide de la organización social. Por un lado, la ampliación de la demanda de fuerza de trabajo militar implicaría la expansión correlativa de la lógica estatal en la distribución de recursos para el mantenimiento de los soldados, incluso si no se tratara de una ocupación permanente (Spalinger, 2005: 204, 260). Por el otro lado, los líderes militares ocuparían posiciones cada vez más encumbradas en el marco de la elite estatal, al punto de que los primeros monarcas de la Dinastía XIX

procederían directamente del seno del ejército (Kemp, 2006: 298; Spalinger, 2005: 172-174). En este sentido, la guerra no sólo trabaja para el orden que regula la lógica estatal sino que incide en los modos específicos en que ese orden se configura y eventualmente se reconfigura.

La guerra y la lógica del patronazgo

En tercer lugar, interesa considerar qué relaciones pueden establecerse entre la guerra y la lógica del patronazgo. En este sentido, vale la pena considerar la situación política durante el Primer Período Intermedio, a finales del III milenio a. C. Se trata de una época de fuerte fragmentación del poder político, en la que los gobernantes locales, particularmente en el Alto Egipto, alcanzan una gran autonomía frente al poder monárquico que nominalmente seguiría rigiendo desde Menfis. Uno de estos gobernantes es Ankhtifi, quien gobierna en Hieracómpolis en tiempos de la Dinastía IX. En su autobiografía (Vandier, 1950; cfr. Assmann, 2003 [1996]: 94-105; Campagno, 2018: 136-141), como en la de otros “hombres fuertes” de la época, se aprecia de modo explícito una capacidad de ejercer patronazgo a escala local, que debió darse de un modo más implícito en los tiempos previos, durante el Reino Antiguo, cuando el núcleo estatal central tenía mayor potencia para imponerse a lo largo del valle y el delta del Nilo (cfr. Campagno, 2014; 2018: 129-160). En efecto, se trata de personajes que demuestran una fuerte prevalencia a nivel local o regional, principalmente a través de vínculos de subordinación personal. En este contexto, Ankhtifi se presenta a sí mismo como “un héroe (*t3y*) sin igual” (Inscr. 3), que sabe prevalecer de modo personalizado sobre sus clientes, respecto de los cuales declara: “En cuanto a cada uno sobre los que puse mi mano, nunca les

pasó algo [malo], debido al secreto de mi corazón y la excelencia de mis planes; pero en cuanto a todo ignorante (*hm*) y todo miserable (*hrww*) que se puso contra mí, recibió de acuerdo con lo que dio” (Inscr. 4).

Ahora bien, en relación con la práctica de la guerra, hay algunas cuestiones que merece la pena considerar. Una de las imágenes de la decoración interna de la tumba de Ankhtifi presenta un grupo de individuos con arcos y flechas, que se asocia a un texto en el que el nomarca refiere a una incursión que había realizado hacia el norte de sus territorios: “Habiendo descendido la corriente con mis tropas confiables (*d3mw n mh-ib*), desembarqué en la ribera occidental del nomo tebano [...] Entonces, mis valientes y confiables tropas se transformaron en exploradores [en las regiones] del Oeste y el Este del nomo tebano, en el deseo de entablar combate, pero nadie osó salir, por temor a ellos” (Inscr. 7). ¿Qué son esas “tropas confiables”? Esos *d3mw n mh-ib* –que literalmente significa “jóvenes de corazón pleno”– no parecen constituir una especie de ejército regular sino un grupo de jóvenes leales, en los que Ankhtifi puede confiar. Y de hecho, al pie del sepulcro del nomarca hay un grupo de tumbas más pequeñas que ha sido interpretado como el lugar de entierro de esos jóvenes leales. Sobre esta cuestión, señala Ludwig Morenz (2009-10: 190): “Por varios lugares conocemos que los asistentes eran enterrados a los pies de su señor –*hrrd.wjnb=f*. Por ello es plausible que estos *d3mw* hayan sido enterrados frente a Ankhtifi y sus hijos”. Todo indica que se trata de seguidores del nomarca, cuya lealtad es seguramente la contrapartida por la protección o el acceso a bienes que el patrón les garantiza. Lo que importa destacar aquí es que la organización militar que se expresa en este contexto no es la de las levadas y de las órdenes reales transmitidas por una cadena jerárquica de funcionarios hasta un conjunto numeroso de soldados rasos sino un

tipo de operaciones militares que seguramente implican grupos más pequeños, que son reclutados entre aquellos que son personalmente leales a quien los conduce. En este sentido, lo que puede notarse es que la escala y la dinámica misma de la guerra en términos de táctica y de estrategia se redefinen cualitativamente bajo la prevalencia de la lógica del patronazgo.

La guerra y la lógica de la esclavitud

Finalmente, en cuanto a la lógica de la esclavitud, es posible pensar también en cierto modo de articulación entre la práctica de la guerra y tal lógica. Para ello, quisiera subrayar ante todo una reflexión de Claude Meillassoux en su *Antropología de la esclavitud*: “El esclavo es un muerto en suspenso, en efecto, ya sea porque no ha sido muerto en el campo de batalla, ya sea porque no ha sido ejecutado por sus crímenes. El prisionero de guerra sólo le debe la vida a la mansedumbre del vencedor, del amo, o de quienquiera que lo tome a su cargo, vida que puede pues perder entre sus manos en cualquier momento. Como ‘muerto social’ no tiene más prerrogativas que las que se le conceden, siempre a título precario” (Meillassoux, 1990 [1988]: 120; cfr. Testart, 1998: 44). Se advierte aquí una relación directa entre la guerra y la producción de un individuo como esclavo: en tanto prisionero de guerra, el individuo que deviene esclavo es arrancado de su contexto social e insertado en otro como “muerto social”, de allí que su vida ya no le pertenece a él sino a su amo. Respecto del Antiguo Egipto, seguramente no es casual que este nexo entre guerra y esclavitud se haga más visible durante el Reino Nuevo, pues se trata de la época más expansiva en términos político-militares de la historia egipcia antigua (Menu, 2004: 339-344; Loprieno,

2012: 9-12). Es el momento de la ya referida profesionalización del ejército, lo que implica una gravitación mucho más sensible de los cuadros militares en la arena política, y también es el momento, como se veía anteriormente, de una acción militar más consistente y permanente más allá de los tradicionales límites egipcios del valle del Nilo.

En este marco, refiriendo a los enemigos asiáticos, señala Ramsés III en el papiro Harris: “Yo apresé a sus líderes en fortalezas que llevan mi nombre, y los agregué a los jefes de arqueros y jefes tribales, marcados y esclavizados (*m ḥmw*), tatuados con mi nombre, siendo sus esposas e hijos tratados del mismo modo” (I, 77, 5-7; Erichsen, 1933: 34). De hecho, en uno de los relieves de Medinet Habu (Nelson y Hoelscher, 1929: 34) se advierte cómo los prisioneros extranjeros son marcados a fuego en sus brazos, como seña permanente de su condición de esclavos. Así, los que en primera instancia habían resultado prisioneros de guerra, serían trasladados a tierras lejanas, donde quedarían insertos en otra lógica social. Puede verse entonces que la práctica de la guerra se asocia a la lógica de la esclavitud de un modo muy específico y muy decisivo, porque opera como la dinámica que aporta a los individuos que son violentamente separados de sus sociedades de origen y que serán integrados en una sociedad diferente en calidad de esclavos. La guerra aparece, entonces, como condición de posibilidad para la existencia de la lógica de la esclavitud.

A modo de balance

Al término de este módico recorrido por distintos contextos históricos del Antiguo Egipto en los que puede advertirse el lugar que ocupa la práctica de la guerra bajo la prevalencia de distintas lógicas de organización social, tal vez

emerge un denominador común: más allá de sus efectos disruptivos, la guerra se presenta como una práctica que afirma la prevalencia de cada una de las lógicas a las que se acopla. Ciertamente, lo hace de un modo distinto en cada una de ellas. En las comunidades no estatales, siguiendo el planteo de Clastres, la guerra opera como una práctica que asegura el Nosotros comunitario, que afirma la condición de totalidad-una de cada comunidad, al contraponer ese Nosotros a los de las comunidades circundantes: estar en guerra con el afuera es mantener la unidad del grupo. En condiciones estatales, la guerra se transforma en una herramienta de la elite estatal para relacionarse con un mundo exterior que se interpreta como cósmicamente hostil: en ese sentido, afirma también la cohesión, aunque a la escala de la elite que está en condiciones de concebir las fronteras de lo estatal y, por ende, de ver más allá. Pero además, la guerra estatal requiere de soldados que suelen proceder de las levadas de campesinos, es decir, de la extracción de tributo en un tipo particular de trabajo, lo cual pone en juego el atributo central de la lógica estatal: su capacidad de ejercer la coerción para lograr que esa forma de tributación se concrete. Y además, en condiciones de mayor militarismo, la guerra estatal puede incidir en la redefinición de los integrantes de la elite, tal como ésta es determinada desde la lógica del Estado. Por otra parte, en condiciones de prevalencia de la lógica de patronazgo, la guerra es una de las prácticas en que más directamente se manifiesta la lealtad de los seguidores a su patrón, esto es, el principal elemento que, junto con la protección o el acceso a recursos que el patrón proporciona, caracteriza el intercambio asimétrico entre patrones y clientes. Y en cuanto a la esclavitud, la guerra aparece no en el despliegue de la propia lógica sino más bien como mecanismo que posibilita ese despliegue, en la medida en que es la guerra la que produce los prisioneros que han de devenir esclavos.

Volviendo a Clausewitz, si el efecto esperado de la guerra es, básicamente, imponer la voluntad al adversario, tal vez haya que añadir que, en su acople efectivo en las situaciones regidas por diversas lógicas sociales, hay otro efecto fundamental de la guerra que es el de la afirmación del orden que esas lógicas establecen. Este segundo tipo de efectos aparece algo ensombrecido respecto del que se aprecia en el resultado directo de los combates. Sin embargo, quizás es el que resulta más relevante a la hora de intentar comprender las múltiples formas de organización social que, durante milenios, han tenido lugar en el Antiguo Egipto.

Bibliografía

- Bestock, L. (2018). *Violence and Power in Ancient Egypt: Image and Ideology before the New Kingdom*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Campagno, M. (2004). In the Beginning was the War. Conflict and the Emergence of the Egyptian State, en: Hendrickx, S., Friedman, R. F., Ciałowicz, K. M. y Chłodnicki, M. (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August - 1st September 2002)*, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, pp. 689-703. Lovaina: Peeters.
- (2013). Coercion, creation, intervention: Three capacities of the early Egyptian state, en: Froot, E. y McDonald, A. (eds.), *Decorum and experience: Essays in ancient culture for John Baines*, pp. 214-219. Oxford: Griffith Institute.
- (2014). Patronage and Other Logics of Social Organization in Ancient Egypt during the IIIrd Millennium BCE, *Journal of Egyptian History* 7, pp. 1-33.
- (2015). Egyptian Boundaries in the Tale of Sinuhe, en: Amstutz, H., Dorn, A., Müller, M., Ronsdorf, M. y Ullas, S. (eds.), *Festschrift für Antonio Loprieno*, pp. 335-346. Hamburgo: Widmaier.
- (2016). Surgimiento de lo estatal y liderazgo local en el valle del Nilo (IV-III milenios a.C.), en: Campagno, M., Gallego, J. y García Mac Gaw, C. G. (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, pp. 15-29. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- (2018). *Lógicas sociales en el Antiguo Egipto. Diez estudios*, Colección Saberes. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Campagno, M. y Gayubas, A. (2015). La guerra en los comienzos del antiguo Egipto: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres, *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra* 8, pp. 11-46.
- Cervelló Autuori, J. (1996). *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Aula Orientalis-Supplementa 13. Sabadell: AUSA.
- Clastres, P. (1976-77). Conférence de M. Pierre Clastres. École pratique des hautes études, Section des sciences religieuses, *Annuaire* 85, pp. 53-54.
- (1981 [1980]). *Investigaciones en Antropología Política*. Barcelona: Gedisa.
- Clausewitz, K. von (1984 [1832]). *De la guerra*. Barcelona: Labor.

- Davis, W. (1992). *Masking the Blow. The Scene of Representation in Late Prehistoric Egyptian Art*. Berkeley: University of California Press.
- Erichsen, W. (1933). *Papyrus Harris I. Hieroglyphische Transkription*, Bibliotheca Aegyptiaca 5. Bruselas: Fondation Égyptologique Reine Élisabeth.
- Frankfort, H. (1978 [1948]). *Reyes y Dioses*. México: Revista de Occidente.
- Gayubas, A. (2014). Pierre Clastres y la guerra en el valle del Nilo preestatal, en: Campagno, M. (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, pp. 143-162. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- (2016). Guerra, territorio y cambio social en el valle del Nilo preestatal, en: Campagno, M., Gallego, J. y García Mac Gaw, C. G. (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, pp. 31-43. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Gilbert, G. P. (2004). *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, British Archaeological Reports International Series 1208. Oxford: Archaeopress.
- Gnirs, A. M. (1999). Ancient Egypt, en: Raaflaub, K. y Rosenstein, N. (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, pp. 71-104. Washington: Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University.
- Hall, E. S. (1986). *The Pharaoh Smites his Enemies. A Comparative Study*. Munich: Deutscher Kunstverlag.
- Kemp, B. J. (2006). *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilization*, 2da ed. Abingdon / Nueva York: Routledge.
- Köhler, E. Ch. (2002). History or ideology? New reflections on the Narmer palette and the nature of foreign relations in Pre- and Early Dynastic Egypt, en: van den Brink, E. C. M. y Levy, Th. E. (eds.), *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the early 3rd Millennium B.C.E*, pp. 499-513. Londres / Nueva York: Leicester University Press.
- Loprieno, A. (2012). Slavery and Servitude, en: Frood, E. y Wendrich, W. (eds.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, pp. 1-19. Los Ángeles: UCLA. En línea: <https://escholarship.org/uc/item/8mx2073f>. [Consulta: marzo 2021]
- Meillassoux, C. (1990 [1988]). *Antropología de la esclavitud*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Menu, B. (2004). *Égypte pharaonique. Nouvelles recherches sur l'histoire juridique, économique et sociale de l'ancienne Égypte*. París / Budapest / Turín: L'Harmattan.

- Morenz, L. D. (2009-10). Power and Status. Ankhthifi the Hero, founder of a New Residence?, en: Moreno García, J. C. (ed.), *Élites et pouvoir en Égypte ancienne* (= Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille 28), pp. 177-192. Villeneuve d'Ascq: Université Charles de Gaulle-Lille III.
- Nelson, H. H. y Hoelscher, U. (1929). *Medinet Habu 1924-28*, Oriental Institute Communications 5. Chicago: University of Chicago Press.
- Parkinson, R. B. (1998). *The Tale of Sinuhe and Other Ancient Egyptian Poems 1940 - 1640 BC*. Oxford: Oxford University Press.
- Sales, J. das C. (2017). The ritual scenes of smiting the enemies in the pylons of Egyptian temples: Symbolism and functions, en: Popielska-Grzybowska, J. e Iwaszczuk, J. (eds.), *Thinking Symbols. Interdisciplinary Studies*, Acta Archaeologica Pultuskiensia 6, pp. 257-262. Pułtusk: Pultusk Academy of Humanities.
- Spalinger, A. J. (2005). *War in Ancient Egypt. The New Kingdom*. Malden / Oxford / Carlton: Wiley-Blackwell.
- Strudwick, N. (2005). *Texts from the Pyramid Age*, Writings of the Ancient World 16. Atlanta: Society of Biblical Literature.
- Testart, A. (1998). L'esclavage comme institution, *L'Homme* 38 (145), pp. 31-69.
- Urk. I = Sethe, K. (1933). *Urkunden des Alten Reichs*, vol. I. Leipzig: J. C. Hinrichs'sche Buchhandlung.
- Vandier, J. (1950). *Mo'alla. La tombe d'Ankhthifi et la tombe de Sebekhotep*, Bibliothèque d'Étude 18. El Cairo: IFAO.
- Vernus, P. (2011). Los barbechos del demiurgo y la soberanía del faraón. El concepto de "imperio" y las latencias de la creación, en: Campagno, M., Gallego, J. y García Mac Gaw, C. G. (eds.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, pp. 13-43. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Editores

Marcelo Campagno

Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Es Profesor Titular Regular de Historia Antigua I (Oriente) y Profesor Adjunto Regular a cargo de Elementos de Prehistoria (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires), Investigador Independiente del CONICET y docente del Máster en Egiptología de la Universidad Autónoma de Barcelona. Actualmente es Secretario de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires), habiendo sido anteriormente Director del Departamento de Historia de la misma casa de estudios. Ha realizado estadias doctorales y postdoctorales en la Universidad Autónoma de Barcelona, la Universidad de Basilea, la Universidad de Oxford, la Universidad de Londres (Warburg Institute), la Universidad de Michigan y la Universidad de Harvard (Dumbarton Oaks). Entre sus obras se destacan *De los jefes-parientes a los reyes-dioses* (2002), *Una lectura de "La Contienda entre Horus y Seth"* (2004), *El origen de los primeros Estados* (2007), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas* (2014), *Lógicas sociales en el Antiguo Egipto* (2018), así como más de cien capítulos de libros y artículos en publicaciones especializadas.

Augusto Gayubas

Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Es auxiliar docente de Historia Antigua I (Oriente) (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires) y becario posdoctoral del CONICET. Integra proyectos de investigación sobre sociedades antiguas en la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de Salta y el CONICET. Ha participado en diversas actividades académicas y organizado la jornada *De la guerra y otras formas de violencia en el Mediterráneo oriental entre el IV y el I milenios a. n. e.*, celebrada en el Instituto de Historia Antigua Oriental (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2019). Es secretario de redacción de la Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser" (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires). Ha publicado artículos en libros y revistas especializadas y es coeditor (junto a la Prof. Perla S. Rodríguez) del libro *Poder y cultura en el antiguo Egipto. Contribuciones a la reflexión histórica sobre el valle del Nilo y sus periferias* (Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Nacional de Salta, 2019).

Autores

Marcos Cabobianco

Doctorando en Historia de la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como docente de Historia Antigua I (Oriente) y Elementos de Prehistoria y Arqueología Americana para Historiadores en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su investigación versa sobre las representaciones de la violencia en la narrativa mítica antigua, también extensible al arte moderno y al diseño de juegos de rol. Integra proyectos de investigación sobre sociedades antiguas en la Universidad de Buenos Aires, y ha participado en congresos y jornadas tanto nacionales como internacionales. Es autor de capítulos de libros y artículos en publicaciones especializadas. En pos de desplegar sus intereses y otros afines en Argentina y en México, promovió la creación de www.espacioartedual.com.

Ezequiel Cismondi

Profesor de Historia por la Universidad de Buenos Aires y estudiante de la Maestría en Estudios Histórico-Arqueológicos (Universidad de Buenos Aires). Ha participado en jornadas académicas y ha colaborado con el equipo argentino que participó en la campaña arqueológica realizada en Tel Erani, Israel, en 2018.

Leandro Wladimir Gastón Constanze Lima

Estudiante avanzado de la Licenciatura en Historia (Universidad de Buenos Aires). Adscripto a la cátedra de Historia Antigua I (Oriente) de la carrera de Historia en la Universidad de Buenos Aires. Es integrante de dos proyectos de Investigación (UBACyT y FILO:CyT) radicados en el Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser".

Lluís Feliu

Doctor en Geografía e Historia por la Universidad de Barcelona. Es Investigador en el Instituto del Próximo Oriente Antiguo de la misma universidad. Es especialista en las culturas de la Mesopotamia antigua. Ha publicado diferentes artículos y monografías en el campo de los estudios cuneiformes, entre otros: *The God Dagan in Bronze Age Syria* (2003) y *Time and History in the Ancient Near East* (2013).

Pablo Jaruf

Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es Secretario del Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Becario postdoctoral del Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas, CONICET. Se desempeña como docente en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Nacional de Luján y en el Instituto Superior del Profesorado "Dr. Joaquín V. González".

Katherine Kifer

Estudiante avanzada del Profesorado en Historia (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires) y de la Diplomatura en Teología (Instituto Bíblico Río de la Plata). Adscripta a la cátedra Historia Antigua I (Oriente), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Su área de investigación se enfoca en el período del Bronce Antiguo IV en el Levante meridional.

Sebastián F. Maydana

Profesor y Licenciado en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es becario doctoral en la misma institución. Ha realizado trabajo de campo en el Desierto Oriental de Egipto. Es integrante del Instituto de Historia Antigua Oriental “Dr. Abraham Rosenvasser”. Sus intereses se centran en las dinámicas sociopolíticas y las manifestaciones visuales del IV milenio a. C. en Egipto.

Alejandro Mizzi

Profesor y Licenciado en Historia por la Universidad de Buenos Aires y estudiante de doctorado en la misma institución. Es integrante de diversos proyectos de investigación del Instituto de Historia Antigua Oriental “Dr. Abraham Rosenvasser” de la Universidad de Buenos Aires y docente de la cátedra de Historia Antigua I en la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Ha publicado artículos y reseñas en libros y revistas especializadas, y ha participado en congresos nacionales e internacionales.

Emanuel Pfoh

Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires, Investigador Adjunto (Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas, CONICET) y Profesor Adjunto de Historia de África y Asia (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata). Es autor de *The Emergence of Israel in Ancient Palestine* (2009), de *Syria-Palestine in the Late Bronze Age* (2016) y de varios artículos y capítulos de libros, además de ser editor y coeditor de cinco libros colectivos.

Leticia Rovira

Doctora en Humanidades y Artes con Mención en Historia (Universidad Nacional de Rosario). Es Profesora titular de la cátedra de Historia de Asia y África I (Universidad Nacional de Rosario), Investigadora

Adjunta del Consejo de Investigaciones de la misma universidad y auxiliar docente en la Universidad Nacional del Litoral. Directora de *Claroscuro*, *Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural* (UNR). Autora de artículos y capítulos de libros en medios científicos nacionales e internacionales.

Andrea Seri

Doctora en Asiriología por la Universidad de Michigan en Ann Arbor. Actualmente es profesora de Historia Antigua en la Universidad Nacional de Córdoba. Es autora de *Local Power in Old Babylonian Mesopotamia* (Londres 2006 y 2012) y *The House of Prisoners* (Boston-Berlín, 2013). Dictó clases de Asiriología en Harvard (2005-2008) y en la Universidad de Chicago (2008-2013), donde se desempeñó, además, como investigadora en el Oriental Institute.

Jordi Vidal

Doctor en Historia Antigua por la Universitat Autònoma de Barcelona. Es Profesor agregado del Departamento de Ciencias de la Antigüedad y de la Edad Media de la misma universidad. Especialista en historia de la guerra y en historia de la historiografía del Próximo Oriente Antiguo, es autor de un centenar de artículos y monografías sobre esos dos ámbitos de investigación.

En los últimos años, la guerra ha suscitado un creciente interés en los estudios dedicados al Cercano Oriente y el Egipto antiguos. Las preguntas que moviliza orbitan en torno a los modos de identificar e interpretar la evidencia, la formulación de herramientas teóricas y el abordaje de la relación histórica entre la guerra y otros aspectos de lo social. Simultáneamente, interrogantes que exceden lo bélico dirigen su interés hacia el estudio de diversas formas de violencia, ofreciendo un impulso adicional para el análisis de las situaciones históricas que conforman el campo de estudios.

Los trabajos que integran este volumen consideran el rol de la guerra y otras formas de violencia en la configuración social y en los procesos de cambio histórico de las sociedades antiguas del Mediterráneo oriental, atendiendo a las especificidades históricas y a aquello que emerge como un denominador común: la condición decisiva de esos fenómenos en la estructuración de las sociedades del mundo antiguo.



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

ISBN 978-987-8363-99-8



9 789878 363998